

EMILIO GRANDÍO SEOANE

Hora Zero

La inteligencia británica en España
durante la Segunda Guerra Mundial



se

Verano de 1943. Flotaba en el ambiente una posible invasión inglesa de la península para echar del poder al general Franco. Aviones británicos sobrevuelan territorio español y bombardean submarinos alemanes. El embajador británico Samuel Hoare solicita una reunión urgente con Francisco Franco en su retiro veraniego del Pazo de Meirás. Los días siguientes se difunde por las capitales peninsulares el rumor de que a principios de octubre tendría lugar un desembarco británico por el Tajo y que al día siguiente Portugal declarararía la guerra a Japón. Samuel Hoare no regresa a Madrid hasta el 10 de octubre. En las conversaciones de estos días entre Churchill, Eden y Hoare el 8 de octubre fue señalado como la «Hora Zero».

A este grado de presión se llega tras un intenso trabajo en la creación de una extensa red de servicios de inteligencia vinculados a la Embajada británica y sus servicios consulares, con la aportación de personal español. En poco más de un año desde el inicio del conflicto se crearon tupidas redes de inteligencia que tenían como marco toda la península ibérica, dividida en tres grandes zonas, así como grupos de Servicios de Operaciones Especiales británicos dispuestos a actuar en los principales puertos españoles que servían de refugio a los barcos y submarinos del Eje.

Esta obra aborda el proceso de construcción, desarrollo y adaptación del espionaje británico en España en los años de la Segunda Guerra Mundial. Basada en una investigación realizada sobre fuentes británicas y españolas, aporta una interpretación de conjunto sobre los servicios de inteligencia en España en esos años de incertidumbre.



Emilio Grandío Seoane

Hora Zero

**La inteligencia británica en España durante la Segunda
Guerra Mundial**

ePub r1.0

Titivillus 01.12.2022

Emilio Grandío Seoane, 2021

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa



Índice de contenido

Cubierta

Hora Zero

Siglas

Introducción

«No hay alternativa...»: antes de la Segunda Guerra Mundial

Capítulo primero

La inteligencia británica en España al inicio de la Segunda Guerra Mundial

La creación del SOE y los duros meses de julio a octubre de 1940

De Beigbeder a Serrano: los naipes se ponen boca arriba. (noviembre de 1940 a enero de 1941)

Capítulo 2

Amenaza de invasión: organizando la resistencia (primavera de 1941)

Impaciente espera: la expansión de la red (verano-invierno de 1941)

Cambio de ritmo: La invasión aliada del norte de España en 1942

Capítulo 3

«Hora Zero». El año más complicado de Franco: 1943

¿Cómo inclinar la balanza hacia los aliados? Las dudas sobre Franco

Todo o nada: La encrucijada del Pazo de Meirás (20 de agosto de 1943)

La «Carta de los Generales»: septiembre de 1943

Capítulo 4

Franco y los aliados, cara a cara. La caída de los Servicios de Información aliados.

La «Red Sanmiguel»

Capítulo 5

España cambia de bando (1944-1945)

Construyendo las bases del futuro de los Servicios de Información

Bibliografía

[Sobre el autor](#)
[Notas](#)

Siglas

~~BB~~ **BBC** *Broadcasting Corporation.*

:

~~COE~~ **Confederación Española de Derechas Autónomas.**

~~CI~~ **Central Intelligence Agency.**

:

~~DCS~~ **Dirección General de Seguridad.**

:

~~FO~~ **Foreign Office.** Servicio de Asuntos Exteriores británico.

~~HM~~ **His Britannic Majesty.** Su Majestad Británica.

:

~~IS~~ **Servicio de Inteligencia.**

:

~~KG~~ **Kooperativa** alemana de inteligencia para operar en territorios neutrales, en este caso, España.

~~NA~~ **National Archives.**

:

~~MI~~ **Military Intelligence.**

:

~~MI~~ **También conocido como**

SIS

, responsable ante el Gobierno británico de la inteligencia en países extranjeros.

~~NO~~ **Notas y Documentales.**

—

DO

:

~~OSS~~ **Office of Strategic Services.** Servicio de

inteligencia estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial.

~~Pa~~~~PC~~~~PC~~ Comunista de España.

:

~~Pol~~~~PI~~~~PI~~ *Internacional e de Defesa do Estado*. Portugal.

~~Se~~~~SI~~~~SI~~ *Intelligence Service*.

:

~~Sp~~~~SC~~~~SC~~ *Operations Executive*.

:

Departamento de operaciones especiales
encargado de los trabajos de propaganda.

Departamento de operaciones especiales
especializado en operaciones de sabotaje.

Departamento de operaciones especiales
encargado de búsqueda y recogida de
información

Introducción

«No hay alternativa...»: antes de la Segunda Guerra Mundial

Pocos hechos exteriores han suscitado un debate tan intenso antes de la Segunda Guerra Mundial como el conflicto civil en España entre 1936 y 1939. Todos conocemos las implicaciones internacionales de estos tres años. La política de no intervención aplicada por los principales países europeos fue fundamental para entender las fases del largo conflicto militar. La estrategia internacional de *appeachment* un papel decisivo, crucial, ante el constante expansionismo del Tercer Reich y de la Italia de Mussolini. La puesta en práctica de esta política de *realpolitik* permitió la inactividad de Francia y Gran Bretaña. Cuando menos oficialmente...

Lo cierto es que, en el caso de Gran Bretaña, el ascenso del Partido Conservador al poder en los últimos meses de la Segunda República española hizo girar de manera decisiva la opinión hacia la incipiente democracia española. La inesperada victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936 hizo saltar todas las alarmas diplomáticas británicas. La orientación del nuevo Gobierno de izquierdas fue saludada con notable inquietud por parte del Foreign Office. La documentación procedente de los archivos consultados nos muestra el incremento de la actividad diplomática ante lo que consideraban podía constituirse como la nueva «república soviética». Las informaciones hacia Londres procedentes de la Embajada en España realzaban los aspectos más dramáticos del

corto período de gobierno frente-populista. No ha habido un tema de política exterior en el espacio británico antes de la Segunda Guerra Mundial de mayor repercusión que este. Observada como lucha en territorio ajeno entre el desarrollo del fascismo y el comunismo, de lo que se estaba produciendo en Europa y en Gran Bretaña, la defensa de la democracia republicana realizada por la mayoría de la izquierda del país se vio obstaculizada por la oposición de buena parte del *establishment* político, que hacía de la defensa de los intereses británicos su argumentación principal. Teoría frente a praxis. Y venció la segunda...

No hay grandes diferencias entre la práctica británica respecto a España entre 1936 y 1946. Es cierto que hay una mayor dificultad de adaptar este discurso en el ámbito interno tras la Segunda Guerra Mundial y haber observado el posicionamiento pro Eje del régimen del dictador Franco, y no solo en los primeros años[1]. Parece que los años del conflicto mundial, la considerada como «guerra definitiva» en la que se jugaba la defensa de la democracia liberal, no habían provocado un especial cambio de orientación respecto a la aceptación de la dictadura española. Sin embargo, habían sucedido muchos hechos que pudieron poner en peligro esta línea continuista. Numerosas circunstancias que habían posibilitado diversas iniciativas respecto a qué hacer con España. Pero, sobre todo, la pregunta era qué hacer con Franco, tema que abordaremos a lo largo de las siguientes páginas a través del hilo de los servicios de información británicos desplazados a España en estos años. Los historiadores jugamos con ventaja: sabemos el final de la historia. Son curiosas las coincidencias en esta actitud tras una década en la que habían tenido lugar muchos acontecimientos, pero, como veremos, semejante consideración política no tiene por qué equivaler a circunstancias idénticas.

Tratar este tema puede tener un acceso más o menos fácil, pero solo puede ser abordado desde la complejidad. Narrado desde el contexto de un mundo cambiante y convulso. Absolutamente inestable. En medio de constantes conflictos bélicos que hacen del escenario español el protagonista de combates en toda una década. Apoyado por una propaganda de la dictadura que deseaba mantener de manera intencionada el clima bélico para, en primer lugar, conservar la elevada carga represiva de los tres años de guerra civil

—¿es posible realizar un proceso de reconciliación nacional en aquel contexto?— y, en segundo lugar, para consolidar en el tiempo la legitimidad —y la necesidad de ejercicio— de una dictadura militar. Al final, la idea de la falta de alternativa al Gobierno autoritario, disfrazado y murado en el adalid necesario en la lucha frente al comunismo, es algo que sobrevuela en todos estos años en el posicionamiento británico para con la península ibérica. Y que triunfa finalmente. Se reitera una y otra vez: «Queremos echar a Franco pero... no hay alternativa». Intentaremos en las siguientes líneas aportar algo más sobre la participación e influencia de Gran Bretaña en la península ibérica desde sus servicios de información. Desde esa guerra silenciosa que caracteriza a los servicios de espionaje: la información y el engaño. La posición frente al contrario.

Y sí. Hablamos de península ibérica. Porque nunca en estos años se dejó de plantear al régimen español dentro de unos prioritarios objetivos geoestratégicos de defensa de los intereses británicos. España y Portugal, las dos dictaduras, «Estado Novo» y «Nuevo Estado», eran vistas desde el exterior casi como un conjunto. Cada cual con sus particularidades. Cada una con sus exigencias. Abordables por separado, pero relevantes en su unidad. Limítrofes a un Peñón de Gibraltar necesario para preservar la hegemonía naval sobre el Mediterráneo y que se convertirá en enclave prioritario en su defensa y control. Pero también el dominio de esa «autopista marítima» del Atlántico, en la que había que vigilar las costas portuguesas y cantábricas. Conformaban una unidad de enorme relevancia a nivel territorial que conjugaba la comunicación con el Mediterráneo, África y norte de Europa.

El ministro británico de Marina en 1936 era Samuel Hoare, en 1940 nombrado embajador en España. El Ministerio de Marina poseía el mejor servicio de información de Gran Bretaña en el exterior hasta ese momento. A poco de iniciada la sublevación militar, cuando los primeros aviones alemanes comienzan a realizar el primer puente aéreo militar de la historia en el Estrecho de Gibraltar, el 5 de agosto de 1936 indica que «de ninguna manera cabía hacer nada que pudiera ayudar al comunismo en España», ya que «podría extenderse a Portugal y esto sí que constituiría un grave peligro para el Imperio Británico»[2]. Los informes de la

Inteligencia de Marina relataban pocos días después, en septiembre de 1936, el tránsito que se estaba produciendo en la República española. Describían el desplome de un Estado por el impacto de una sublevación militar reaccionaria que había partido al país en dos. Se narraba abiertamente en estos informes la toma de poder por los anarquistas, la constitución de soviets o la ejecución por fuerzas republicanas del almirante Azarola en Ferrol. La realidad que se pretendía reflejar se encontraba claramente decantada a favor de la necesidad del golpe en la mayoría de estos informes, hasta el punto de confundir la muerte de Azarola a cargo de fuerzas republicanas cuando sucedió exactamente al revés: fue fusilado por los sublevados [3].

¿Qué había ocurrido para llegar a esta consideración negativa de la Segunda República? ¿Y si la consideración sobre la democracia republicana en España fuera siempre negativa? ¿Y si no hubiera un tránsito?

Desde principios del siglo XX el Almirantazgo británico contaba con servicios de información repartidos por todo el territorio español. Eran las estructuras de Marina las que se encargaban de suministrar información a Gran Bretaña sobre lo que ocurría en España. Por ejemplo, ya en febrero de 1917, el Almirantazgo contaba con estaciones en Madrid y buena parte de las zonas españolas de costa: Sevilla, Bilbao, Vigo y Barcelona.

La llegada del régimen republicano a España es saludada de manera positiva. Pero, como ocurre prácticamente en toda Europa, no es hasta 1933, con el ascenso al poder tras las urnas del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP

, por sus siglas en alemán) en Alemania, cuando se encienden todas las alarmas. El proceso de radicalización consiguiente permite olfatear cada vez más cerca la «amenaza» comunista. También en España. La fallida revolución de octubre de 1934 representa un auténtico aldabonazo en la mentalidad de los conservadores españoles... También en los británicos.

El mapa político europeo comenzaba a agitarse. Y perdía el equilibrio en el control de las opciones ideológicamente más radicales. Los análisis que se enviaban desde Inteligencia de Marina hacia el Ministerio no se encontraban envueltos de dogmatismo

ideológico, sino que tenían el enfoque más práctico posible. Aquello no había sido solo una revuelta comunista, sino que la sombra del austríaco Dollfuss, del húngaro Combos y del alemán Hitler se encontraba detrás:

Cabe afirmar que las recientes algaradas en España se han producido como consecuencia de la política gradual, pero insistente, de las derechas para crear una oportunidad favorable con el fin de purgar al país del peligroso elemento comunista que tan lamentables efectos ha tenido sobre la estabilidad económica durante los dos últimos años [4].

Y es que agitar la bandera de la previsible llegada del comunismo a España se convierte desde ese momento en la tónica en los informes de los informantes británicos. El diplomático británico en España Bernard Malley, en unas notas escritas en agosto de 1936, en el contexto de las primeras acciones en la España republicana, indicaba algunas cifras sobre el aumento de los votos del Partido Comunista en España desde 1931:

El desarrollo de odio y violencia de clase que culmina en una despiadada guerra civil es el resultado de agravios sociales que se sienten de manera agitada y de una sensación de opresión que se ha atendido con un amargo resentimiento [...]. Su éxito puede ser juzgado por las cifras electorales o las tres elecciones parlamentarias celebradas bajo la República. En 1931, 1000 personas votaron por el candidato comunista; en 1933, se emitieron 50 000 votos por la misma causa; y en 1936, 250 000 apoyaron la coalición en la que aparecieron los candidatos comunistas y anarquistas.

Es evidente que la intención del católico Malley era inclinar la balanza hacia el bando sublevado en cuanto a lo que consideraba como un ataque contra la religión católica y sus representantes. Esto era cierto en el momento en el que Malley escribía estas líneas: agosto del 36. Pero no en los meses anteriores. El cotejo de las cifras no admite resultados fiables, ya que compara los votos destinados a la amplia coalición Frente Popular, en la que los candidatos del

PCE

eran minoría, con el voto a candidatos concretos comunistas, sin coalición, en los primeros procesos electorales. Pero más indicativo si cabe es su interpretación de lo que ha ocurrido durante la República:

Es la voz de las masas de españoles que viven en un estado de paganismo absoluto [...]. El veneno del ateísmo que ha penetrado en tantas mentes y la división de la nación en dos mundos totalmente irreconciliables ha provocado una doble crisis religiosa y social de influencia mutua y causalidad, que es el fondo real de la tragedia española [5].

La información dirigida al Foreign Office venía orientada hacia una determinada línea de opinión sobre la democracia española desde los años anteriores al inicio de la sublevación militar del verano de 1936. Ya en agosto de 1935, un informe británico que citaba palabras del conde de Romanones, posiblemente el político de mayor experiencia de aquellos años [6], narraba que «la forma republicana de gobierno sigue siendo profundamente repugnante para las derechas en tanto que el programa de estas se les atraganta a los republicanos» [7].

Pero la mayor inflexión de la opinión de los informadores británicos hacia perspectivas negativas sobre lo que estaba ocurriendo se produce el 22 de octubre de 1935, con la llegada de la nueva dirección diplomática a la Embajada en Madrid, dirigida por sir Henry Chilton. Es su último destino diplomático antes de la jubilación, tras pasar por numerosos lugares en Europa, Estados Unidos o Brasil. Su cambio de actitud hacia los que ahora comienzan a denominarse «rojos» es notorio tras su llegada. Consentido desde Londres. No hay constancia de que se le llamara la atención por los informes que enviaba. Resulta muy significativo el hecho de que, inmediatamente después de presentar credenciales a las autoridades republicanas, se marchó a almorzar con uno de los hombres fuertes de *El Debate*, el periódico de la

CEDA

, la organización más representativa de la derecha católica española dirigida por Gil Robles. Su interlocutor, no sabemos cuál de los dos

hermanos, Francisco o Angel Herrera Oria, le confirmaba la intención de Gil Robles de llegar legalmente al poder a través de una nueva crisis. Un «golpe blando», nada extraño en la Europa de los años treinta.

Lo cierto es que este Herrera Oria suministraba información de manera frecuente no solo a Chilton, sino también a los embajadores de Estados Unidos y Alemania. Es decir, que las noticias y los rumores que recibían la Alemania nazi, los Estados Unidos y Gran Bretaña eran idénticos. No se buscaba en ninguno de los tres casos informadores de tendencia «aséptica», sino comprometidos directamente con la opción «legalista» de irrumpir en el poder del candidato derechista y, no olvidemos, en ese momento ministro del Ejército, Gil Robles. La procedencia de la información no era inocente[8], como tampoco la elección de la fuente por gobiernos con objetivos tan dispares y enfrentados en esos momentos como el nazi o el estadounidense. Es más, a finales de diciembre, ya a las puertas de una inminente convocatoria electoral, el recién llegado Chilton destacaba que la cuestión principal de la política nacional residía en el único hecho de si Gil Robles transigía o no con la celebración de elecciones. Impedir las significaría un golpe de Estado.

A la altura del 30 de diciembre de 1935 ya se conocían de manera manifiesta las intenciones de convocar nuevas elecciones. Los gobiernos de Pórtela Valladares, que tanto incomodaron a Gil Robles, se realizaban precisamente para frenar esta opción de «golpe blando». En carta que envía el embajador británico al Foreign Office sobre las intenciones monárquicas del político salmantino, ahondaba en el hecho de que las relaciones entre la Iglesia —mencionando expresamente al jesuita Angel Herrera, «unofficially leader» de los católicos— y la

CEDA

podrían deteriorarse, ya que no contemplaban los mismos objetivos en torno a la Restauración monárquica:

Sería precipitado deducir de la explicación anterior sobre las intrigas políticas que el Sr. Gil Robles y sus pagadores jesuitas y monárquicos estén a punto de separarse, pero es posible que estos últimos tengan serias dudas de que el Sr.

Gil Robles se encuentre privadamente más interesado en forjar una base para una República Fascista que en conducir los intereses de la monarquía y la iglesia [9].

No podía estar más claro. Un proceso semejante al que había ocurrido en otros lugares de Centroeuropa en torno a la entrada en el poder de opciones políticas populistas que tenían el propósito de suplantar la representatividad popular de las democracias europeas de los años treinta. En carta enviada a Londres horas después de la convocatoria electoral de principios de enero de 1936, Chilton indicaba aspectos de la conversación con Herrera que también había comentado al embajador de los Estados Unidos: «Es decir, que el 95 por 100 del Ejército era leal al Sr. Gil Robles hoy, pero no podía contar con que existiera un porcentaje tan grande si la extrema izquierda alcanzara el poder».

Sin embargo, tras los primeros días de la convocatoria electoral, las posibilidades del ex ministro de la Guerra de tener un «golpe blando» decrecían. El tiempo corría a favor de la izquierda, de acuerdo con los comentarios de Herrera:

Le preguntamos si el Sr. Gil Robles, por temor a una victoria de la izquierda, podría contemplar un «golpe de estado» militar antes de que tuvieran lugar las elecciones. Él replicó con una respuesta negativa. Sería muy difícil lograr un exitoso «golpe de estado» en Madrid [10].

Pero durante el proceso electoral no descendió la sensación de alarma difundida desde la diplomacia británica. Y siempre participaron en buena medida de las impresiones de informadores conservadores, como hemos visto. La victoria electoral caería inevitablemente del lado de las listas conservadoras, presentadas en coalición. En estos días, la duda radicaba en cómo afrontar la situación si Gil Robles era elegido en las urnas como jefe de Gobierno. Esa deriva autoritaria no era nada nuevo para Gran Bretaña, pero necesitaba jugar sus bazas de equilibrio geoestratégico. Para los monárquicos la opción consistía en frenar la revolución que se encontraba en marcha. Las conversaciones con Mussolini en Roma se encontraban en un momento álgido, y el propio monarca en el exilio, Alfonso XIII, le comunicaba a un

empleado de la Embajada británica en Roma pocos días antes de las elecciones:

Dijo que estaba convencido de que iba a haber una segunda revolución allí. Creía que si las elecciones se celebraban de manera justa, los partidos de derecha tendrían la mayoría; pero la izquierda, y en particular los comunistas, al darse cuenta de esta situación realizarían un movimiento violento antes de las elecciones o intimidarían a los votantes hasta tal punto que el gobierno tendría que declarar las elecciones no válidas. En cualquier caso, probablemente habría un levantamiento comunista y un golpe de estado[11].

Pero no. Las previsiones resultaron erradas en su totalidad: ni hubo victoria electoral conservadora —circunstancia que, por cierto, también sorprendió a la plataforma electoral Frente Popular—, ni tampoco hubo golpe comunista posterior (elemento que será difundido repetidamente en los medios de comunicación para mantener el estado de alarma en los meses posteriores hasta julio de 1936). Pero tampoco tenemos constancia en los fondos británicos de alguna mención a la presión que se establece tras la victoria electoral desde los sectores conservadores para que Pórtela Valladares, en ese momento presidente del Gabinete ministerial, proclame el estado de guerra y que los militares del Estado Mayor —no casualmente nombrados en su mayoría por Gil Robles en su etapa de ministro de la Guerra— asuman el control del Estado. Las únicas menciones a esta circunstancia fueron alusiones al hecho de que había habido una tentativa de golpe de Estado, pero sin definición. Y toda la correspondencia previa enviada a Londres se decantaba más por una opción revolucionaria... Parecía que la derecha no conspiraba. Solo la izquierda.

La reacción británica inmediata será comenzar a indicar cuáles serían los pasos que daría el nuevo Gobierno. La información previa, como ya hemos visto, era escasa. Se analizan los puntos aprobados en el establecimiento del pacto del Frente Popular. Señalaban asimismo que había sectores republicanos moderados que no lo podían aceptar, pero también que «*the Right have not yet*

found an appropriate counter-blast»[12]. En pocas horas, el giro en el enfoque de la información suministrada era evidente.

Las opciones violentas de la reacción conservadora comenzaron a asomar tras el doble fracaso: el del «golpe blando» y el electoral. Desde los primeros días tras la victoria en las urnas se constata movimiento en los cuarteles, que venía anunciándose meses antes. Y con gobiernos conservadores. La situación de *shock* para la derecha hegemónica hasta aquel momento, la «posibilista» de Gil Robles, ante esta derrota inesperada fue absoluta, hasta el punto de que en las horas siguientes a la comprobación de la victoria electoral de las izquierdas se aprueba la amnistía para los presos de octubre de 1934: ¡con apoyo cedista!

La desesperación era de tal calibre, la sensación de impotencia ante la derrota en las urnas tan fuerte, que para los medios de comunicación conservadores, en marzo, la esperanza tenía pedigrí republicano: Manuel Azaña. Sí. Aquel considerado enemigo número uno, la personificación de la revolución comunista en marcha. Tras un largo proceso de demonización durante toda la Segunda República, Azaña se convertía ahora en el «dique contra el comunismo» de la derecha. Esto era lo que se expresaba públicamente. Pero, de manera paralela, la idea de una conspiración militar para echar abajo el Gobierno del Frente Popular fue aumentando como si de una bola de nieve se tratara[13].

Pero la representación diplomática británica ya pensaba desde hacía unos meses en una posible opción de derrota de la derecha. Chilton ofreció la propia Embajada para preservar intereses de personalidades españolas ante un eventual cambio en la dirección del Gobierno que pudiera poner en peligro bienes o personas. Por ejemplo, para depositar los fondos del duque de Alba, en una acción que ya había sido aprobada previamente por su antecesor en el cargo. Pero desde la convocatoria electoral de principios de enero de 1936 había recibido preguntas «por cerca de 40 miembros monárquicos para darles asilo en caso de peligro para sus vidas». Indica que «por supuesto estaría preparado para ese servicio». Chilton solicitó orientación más concreta del Foreign Office sobre qué hacer ante las peticiones de representantes comerciales británicos «en el supuesto de serios altercados en un futuro

cercano». La carta se envía pocas horas después de celebradas las elecciones, en fecha del 20 de febrero de 1936 [14].

De ahí que no fuera extraño que el 23 de marzo, cuatro días después de una primera fecha planificada para un golpe militar entre algunos sectores castrenses, el nuncio Tedeschini llame al alto responsable diplomático británico Ogilvie-Forbes indicando que «la situación actual era mucho más grave que en 1931, y que en el caso de un golpe de estado militar, que cree que podría ocurrir en cualquier momento, su vida podría estar amenazada por grupos comunistas»[15]. Se le intentaba buscar una solución de asilo en una legación diplomática sin la relevancia de la británica. De hecho, desde principios de marzo Angel Herrera ya se encontraba preparando en un viaje a Friburgo la posible salida del nuncio, que se verificó en los días siguientes.

A principios de mayo, debido a la obligatoriedad constitucional de dejar el cargo de presidente de la República tras dos convocatorias electorales extraordinarias, Alcalá Zamora abandona. Esto provoca que Azaña sea elegido presidente y que pase la jefatura del Gobierno a Casares Quiroga, a quien Chilton considera una «personalidad más enérgica que Azaña»[16]. En estos meses, buena parte de los servicios consulares británicos (Sevilla, Madrid, Vigo...) envían informes negativos, rozando la alarma social, sobre lo que está ocurriendo en las calles españolas. El cónsul en Vigo, Oxley, transmite a Chilton, a finales de mayo y principios de junio, una serie de planes organizados por sectores comunistas y ugetistas, inspirados desde la

URSS

. El rumor llega a la prensa nacional. Primeras planas de los periódicos surgen con estas nuevas noticias, infundadas, como se ha comprobado desde hace mucho tiempo, pero útiles para que, en un corto plazo de tiempo, se polarice un debate presente. Muy presente el impacto en los sectores conservadores de las imágenes de los desfiles del 1 de mayo de 1936. La idea de que las masas obreras se estaban apoderando de la calle era una reacción lógica e instantánea tras la revolución de octubre de 1934, la propaganda apocalíptica de la derecha en las elecciones y los constantes rumores de una segunda revolución en ciernes. Fácilmente creíble. Eficaz.

Los números sobre la violencia política de las izquierdas existen, claro que sí, pero no en la cantidad y trascendencia que podríamos pensar *a priori* tras leer estos informes. Los estudios de González Calleja y otros indican, sin lugar a dudas, que había menos conflictos sociolaborales, como movimientos huelguísticos o huelgas generales, en relación con el primer bienio... [17]. Todos los datos apuntan a que, a finales de junio, la oleada de huelgas y conflictos comienza a remitir, en buena parte —o precisamente— por el control de la calle por parte de los sindicatos.

Lo que no se indicaba nunca en los informes que hemos visto era la planificación de movimientos golpistas. Conocidos a voces, con movimientos en cuarteles que fallaban, luego retraídos esperando una oportunidad que iba sumando cada vez más fuerzas. Si seguimos la información que sale de la Embajada británica en estos días, el peligro inminente de España, desde 1935 cuando menos, residía en los movimientos huelguísticos y la posición sindical radicalizada. En el fondo se daba la impresión de que el Gobierno del Frente Popular no era capaz de controlar esta situación.

Es notoria la implicación de los servicios secretos británicos en el vuelo del Dragon Rapide, ese que permite a Franco su traslado para ponerse al frente de las fuerzas de Marruecos. La participación de Luis Bolín, el empresario Juan March y los servicios británicos. Los movimientos del piloto Pollard eran observados desde Londres. Según Peter Day:

El 16 de julio, el día en que Pollard estableció contacto con Franco en Tenerife, el embajador británico en España, sir Henry Chilton, envió un despacho a Londres sobre sus actividades. Ese informe, aunque se menciona en la correspondencia posterior, falta en los registros oficiales y no está claro cómo Chilton o el gobierno español pudieron haber tenido noticias sobre el vuelo en una etapa tan temprana. Ciertamente el Ministerio de Asuntos Exteriores no hizo nada para detenerlo [18].

No hemos localizado ese papel. También Peter Day afirma que, tras los primeros momentos del golpe, Luis Bolín, delegado por Franco, llevó una carta de autorización del general gallego a fin de

negociar urgentemente con Inglaterra, Alemania o Italia para aviones y suministros. La ruta que realizó para estos contactos fue Biarritz-Marsella-Roma. La ciudad del Tiber se había convertido sin duda en la capital de la conspiración contra la Segunda República. No era casual el hecho de que el destino de la familia real en el exilio fuera precisamente allí. Las simpatías de Mussolini por echar abajo la democracia republicana española eran evidentes. Pero inicialmente Roma rechazó la petición de doce bombarderos, hasta que se recibieron llamadas del general Mola... y una del rey Alfonso XIII[19]. Por Ismael Saz o Angel Viñas, entre otros, conocemos la avanzada planificación de los sectores monárquicos en este sentido.

Tras la sublevación en Marruecos, desde la Embajada británica se remiten a Londres noticias de lo que está ocurriendo en España tras el fallo de un pronunciamiento militar. Que la sublevación triunfa en algunos cuarteles, pero no los suficientes como para desequilibrar la balanza de las instituciones centrales de gobierno. Como había comentado meses antes Herrera, ha sido fundamental la derrota de la sublevación en Madrid.

En las primeras horas del lunes 20 de julio, desde San Sebastián Chilton emitía un telegrama dando cuenta de lo que ocurría en el Gobierno republicano. En el anterior se había transmitido la tentativa de sustitución de Casares Quiroga por el «*more moderate*» Martínez Barrio, con el objetivo de llegar a una conciliación con los «*insurgents*». Martínez Barrio nunca fue nombrado Presidente de Gobierno debido a la oposición de los sindicatos y de sectores socialistas, que habían manifestado abiertamente su protesta en los despachos y en la calle[20]. El Gobierno fue entonces encomendado a otro hombre de confianza de Azaña, José Giral, quien, al frente de un gabinete prácticamente idéntico al de Casares, había perdido horas preciosas para la defensa ante la sublevación. Y Chilton avisaba del peligro de radicalización: «El tono del gobierno es ahora más radical, ya que ambos generales están rotundamente orientados a la izquierda»[21].

El cónsul de Vigo, Oxley, seguía difundiendo la sensación de peligro. El lunes 20 de julio, momento en el que salen las tropas de los cuarteles en Vigo, escribe: «*Situation here very serious*»[22]. Y es que, en algunos territorios dominados de manera rápida por los sublevados, la situación es realmente dramática. La realidad es que

el enfrentamiento entre militares y resistencia mínimamente organizada se había producido por el centro de la ciudad gallega. El segundo telegrama, procedente de la Marina británica al día siguiente, obligaba a pensar en una intervención de la flota de Su Majestad Británica para la defensa de ciudadanos e intereses británicos[23]. Según el texto, la defensa de la República no se encuentra en ningún lado. Casi lo contrario.

La sensación de radicalización se incrementa lógicamente. Pero las fuentes para observar esta situación y analizar lo que está ocurriendo siguen siendo las mismas que un año antes. Y, evidentemente, no estaban para decir algo distinto. Al mediodía de ese martes 21 de julio, Pack, secretario comercial de la Embajada británica, envía desde Biarritz un telegrama en el que comenta la conversación que ha mantenido con Gil Robles. Además de resaltar el hecho de la ingobernabilidad en la que parece estar cayendo el control del Gobierno en ciertas zonas (por ejemplo, en San Sebastián: *«From my own personal experience in San Sebastian this morning I can vouch that there is no civil authority»*), lo que se transmite de la conversación con el líder conservador es que la alternativa a los golpistas es el caos:

Si los militares tuvieran éxito, España tendría paz y orden; pero si fallaran, el resultado sería la anarquía. Pensaba que, ante todos nuestros intereses en el Mediterráneo y en Marruecos, nos daríamos cuenta de la gravedad de la situación en el supuesto de que se estableciera un soviets en España [24].

La inicial reacción de defensa de los intereses de la democracia parlamentaria cambia en pocos días, casi en horas, por una actitud de defensa de los intereses británicos, en un «dejar hacer». Se contempla como una «cuestión interna española» en la que la intervención no tiene por qué resultar positiva para sus intereses respecto del ascenso del fascismo. Pero la inacción en la reacción ante el golpe militar en España permitía el incremento de la actividad encubierta de apoyo manifestado ya por Alemania e Italia. El rápido cambio de orientación en los encabezamientos de los informes enviados al Foreign Office resulta muy indicativo de lo

que estaba ocurriendo: mientras los enviados el día 17 se introducen como «*Spanish Rebellion*», se va cambiando de manera progresiva en los días siguientes por los de «*Revolt against Spanish Government*» o «*Revolution in Spain*», hasta que, el 28, se fijan ya con «*Spanish Civil War*». Precisamente el día en el que se da inicio al puente aéreo de aviones alemanes para el traslado de las fuerzas de Marruecos a la península[25]. De hecho, el acuerdo de no intervención se firmó a lo largo de los meses de agosto y septiembre, rápido y urgente, reafirmando cuanto antes esa política de neutralidad británica[26]. Con consideración de igualdad en los bandos. Es una «cuestión interna» que, sin embargo, levanta una oleada de indignación frente al Gobierno por parte de los sectores progresistas británicos. También hay cuestiones de orden interno británico que favorecen que Chamberlain continúe en el poder a pesar del escaso compromiso por el tema español, ya que las élites británicas se encontraban bastante tranquilas con esta actitud.

Esto no provoca ningún cambio en la actitud institucional ante el tema. Muy al contrario, los informes negativos de los consulados sobre lo que ocurre en las calles de las zonas controladas inicialmente por los sublevados se atemperan (Tetuán, Sevilla, Vigo), mientras que las noticias de los territorios que habían quedado bajo control republicano siguen resultando alarmantes[27]. A finales de diciembre de este mismo año,

F.

Newell, representante de varias líneas internacionales de transatlánticos españoles, ofrecía sus servicios al Foreign Office «*unreservedly*». En la descripción que ofrecía de los hechos que ocurrían en España, seguía medio año después utilizando los datos suministrados por Gil Robles en las sesiones parlamentarias anteriores al 10 de julio de 1936 sobre la situación de orden público en la que se indicaba que, desde la victoria del Frente Popular, se habían destruido totalmente 160 iglesias, se habían producido 269 muertes y 1287 heridos, habían estallado 146 bombas y petardos... Evidentemente, tras la sublevación la situación había cambiado a peor de manera notoria... [28].

Un personaje clave en toda esta situación es Alan Hillgarth, el responsable de la inteligencia británica en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial en España. Su persona resulta el hilo

conductor entre estos años de la Segunda República y el período más complicado de defensa de los intereses británicos en la península ibérica (1940-1944).

Con la llegada del embajador Samuel Hoare, Hillgarth será el referente indispensable, la consulta permanente sobre qué hacer y cómo actuar en España.

A principios de los años veinte, durante la revuelta del Rif de Abd

el-Krim,

se encuentra en Marruecos como escritor y periodista. Posteriormente se desplazará como responsable de Inteligencia de Marina a Mallorca. Es aquí donde entra en relación con Francisco Franco. Tras el golpe de Sanjurjo en 1932, a Franco se le desplaza, en gesto conciliador, de la División Militar de A Coruña a la Comandancia de las Islas Baleares. Es en estos años cuando Hillgarth establece toda una serie de relaciones con base en Mallorca que se revelarán extraordinariamente útiles en determinados momentos. Alan Hillgarth se había convertido en un personaje cercano a Churchill y se encontró con él y su mujer en Mallorca a finales de 1935 [29].

La verdad es que Alan Hillgarth está fuera de España cuando el golpe empieza. Solo regresa de Marsella a Mallorca en la mañana del 10 de agosto, cuando el golpe ya tiene el apoyo de la Iglesia católica, cuando se ha solventado la ayuda alemana e italiana y el pronunciamiento se convierte en una guerra de trincheras... Y no olvidemos, cuando ya Gran Bretaña ha impulsado con sus hechos, y negociado, la política de no intervención.

La red establecida por Gran Bretaña durante los años de la Guerra Civil tiene una característica común: la ayuda a Franco a título individual. Algunos británicos, generalmente, detrás de ficticios trabajos de prensa, se encontraban detrás de Franco. Es el caso de Peter Kemp, quien quería ir a la Guerra Civil a luchar contra el comunismo más que a favor del fascismo. Trabajó con acreditación periodística del *Sunday Dispatch* en la Guerra Civil, y después se integró en la unidad de Caballería de los requetés y en la Legión Extranjera. Volvió a España en 1939 a recibir un premio personal de Franco por su participación, con quien tenía cierta

relación. Aquí se encontró con Dodds-Parker, de la inteligencia militar, y se convirtió en parte del futuro SOE

[30]. En las páginas siguientes veremos cómo Kemp tendrá un importante papel no solo en las actividades británicas de los años cuarenta por todo el mundo, sino específicamente en la creación y desarrollo de la guerrilla del norte de España, además de entrar en conexión con los requetés navarros entre 1940 y 1941.

Había entre ellos personajes prácticamente desconocidos, generalmente bien situados en sus respectivas sociedades locales y que, junto con diplomáticos y empleados de embajadas, conformaban una primera retícula de servicios de información para Gran Bretaña que se iban estructurando, sin prisa pero sin pausa, en un escenario territorial que potencialmente podía revelarse como muy perjudicial para los intereses británicos. Como ejemplo, el caso de Apfel en Valencia, en la cárcel en la primavera de 1943 por denuncias de sectores falangistas locales. Ello motivó en estas fechas que el propio embajador Hoare se preocupara especialmente por él. Y la relación con el régimen venía de lejos:

El Sr. Apfel todavía sigue en prisión. Yo mismo he investigado de manera más amplia su caso y he obtenido numerosas evidencias que demuestran que durante la guerra civil salvó las vidas de muchos nacionalistas, que es muy anti-comunista y nunca ha participado en ninguna actividad contra el Estado español [31].

Todo este apoyo implícito hacia Franco en los años de la Guerra Civil contaba también con sectores muy influyentes en Londres: los grupos católicos británicos. Estos expresaron desde el primer momento su cercanía al objetivo de los sublevados. Muy especialmente se deshacían en elogios hacia el general Franco, «*that was fighting the cause of Christianity against anti-Christ*» [32]. Como dice Moradiellos, «la España de Franco se convirtió en la encarnación del Mito romántico en su lucha a vida o muerte contra la Leyenda Negra, personificada en la España Republicana» [33]. En una carta dirigida a Anthony Eden, secretario de Estado del Foreign Office, el mismo 20 de julio de 1936 —donde el asunto español aún

se seguía considerando con un epígrafe de «*Spanish rebellion*»—, se indicaba que «*urges [...] to use his influence to help those Spaniards who are fighting to save their country from the hands of the Soviets*». La carta se encuentra firmada por Mrs. Nelly Harveys, que se presentaba como residente inglesa en Madrid durante veinte años y que días antes se había marchado de Madrid hacia Irún, donde escucha las noticias sobre el asesinato de Calvo Sotelo. Su petición no era solo una cuestión «in the name of Civilization, in the name of Christianity», también tenía un interés instrumental para Gran Bretaña: «Si España cae, Francia también caerá. ¿Es conveniente para Gran Bretaña tener una provincia soviética a las puertas?» [34].

Hillgarth se convirtió en el referente para la llegada de Hoare en 1940. Su salida de España hacia el Sudeste Asiático tres años más tarde marca el final de la posición central de España en las prioridades geoestratégicas británicas para la Segunda Guerra Mundial. Como veremos, su presencia esos tres años —y su experiencia anterior acumulada— fue fundamental para entender qué pasó en los primeros años cuarenta en las relaciones entre el régimen de Franco y la posición internacional británica. Para Churchill, la red de Hillgarth era imprescindible, sobre todo tras la caída de Francia en manos alemanas en 1940. De hecho, cuando Samuel Hoare llega como embajador en Misión Especial a Madrid, le menciona en carta a Halifax la existencia de una sección secreta de inteligencia vinculada al Ministerio de la Guerra: «Acabo de escuchar para mi sorpresa que hay alguna organización secreta de una sección de la Oficina de Guerra, que creo que se llama

MIR

, trabajando en España».

Indicaba que se gastaban importantes sumas de dinero entre los círculos de izquierda, pero lo que temía era la diferencia de criterio respecto a lo que pretendía y tenía encomendado desde el Foreign Office. No podía haber interferencia de ningún tipo en este sentido, avisaba el ahora nuevo embajador en Madrid, una de las más relevantes personalidades de la inteligencia británica en este tiempo [35]. En esta relación económica, trascendente para entender los vínculos de la dictadura franquista con Gran Bretaña, tendría especial interés seguir en los círculos británicos en Madrid, que

propician una operación envolvente que anule las buenas relaciones de Franco con Alemania y mantenga a España fuera de la guerra, sin desbordarse hacia el comunismo. Esta era la intención de los dirigentes británicos en 1940, 1943..., pero también en 1935, 1936... El mismo general Ungvár, alto responsable de los servicios de información franquistas, se encontraba implicado, junto con responsables ministeriales de la dictadura [36].

Y es que, desde el final de la Segunda República, se estableció en la relación entre británicos y españoles una especie de doble juego. Un juego efectivo para tiempos de gran incertidumbre y en el que Francisco Franco se presenta como protagonista aventajado, hasta el punto de desesperar finalmente al avezado Samuel Hoare.

A lo largo de estas páginas aparecerán los protagonistas de este doble juego: Beigbeder, el duque de Alba, March, Churchill, el propio Samuel Hoare... Todos coinciden en algo: su anticomunismo. También en que consideran que la posición de Franco en los años del conflicto mundial es la de un *primus inter pares*, el líder militar vencedor de una guerra. Y en guerra continuaron. De todas maneras, el enfoque británico siempre fue el control de la situación: un militar se podía cambiar por otro, siempre y cuando se ajustara a sus intereses. Franco jugó ese papel en el momento en el que no deseaban tener especiales conflictos con la Alemania nazi, a pesar de que el equilibrio era precario. De hecho, esa era la impresión del Foreign Office a finales de abril de 1939 en un informe sobre la situación europea, recién finalizada la guerra en España, con las tropas de Franco paseando por el Arco de la Victoria de Madrid: «[España] será neutral, pero interpretará su neutralidad en un sentido muy favorable al Eje [...]. Pudiera ser que se uniese al enemigo como beligerante» [37].

Cuando la situación convierte a España en un posible enemigo por el dominio alemán del continente europeo, las alarmas se agitan, los movimientos se reinician... y se considera a España objetivo. Cuando el régimen nazi sea derrotado, y con él, la opción fascista, Franco puede ser desalojado del poder. En la medida en que es posible su reconversión al servicio de los intereses de las ahora Naciones Unidas en la lucha contra el comunismo —otra vez—, se le mantendrá en el cargo. A pesar de que, como imagen de una democracia, que la Gran Bretaña laborista ayude —con su

inhibición— a la continuación del dictador de la División Azul no es algo muy deseable. Lo que no podían consentir era la vuelta al «desorden republicano», circunstancia que también agitaron entre 1945 y 1948. Otra vez el mismo discurso. Tras una guerra civil y una guerra mundial que cambiaron el mundo. Pero no la dictadura en España. Porque no había alternativa...

Capítulo primero

La inteligencia británica en España al inicio de la Segunda Guerra Mundial

Durante la Segunda Guerra Mundial la península ibérica jugó un papel estratégico fundamental. La participación directa de España en el conflicto a favor del Eje habría permitido a los submarinos alemanes en el Atlántico una superioridad notable. Las rutas hacia el sur de Europa y África habrían quedado totalmente rotas. La ambigüedad del régimen del general Franco, en busca de sus propios objetivos jugando a dos aguas, facilitó que Gran Bretaña intentara cierta solución a la posición preeminente de la Marina alemana durante mucho tiempo en este espacio.

Los servicios de inteligencia británicos se encontraban deficientemente preparados en los inicios del conflicto bélico ante la posibilidad de una invasión alemana sobre España. Para Gran Bretaña el control de la información en España era algo secundario, controlable a partir de las redes empresariales y diplomáticas ya existentes. Por cierto, en paralelo a lo que ocurría con las redes alemanas, antes de la llegada del régimen nazi. Su participación en el interior era muy reducida, y cuando intervenían, siempre se realizaba desde suelo británico: intervenciones precisas con fachada española. Pero la expansión nazi lo cambia todo. Inicialmente, en la defensa de las democracias frente a la agresión nazi se establece una especie de reparto de áreas de influencia: el control de la información en España quedó en manos de las redes de inteligencia francesas, desarrolladas sobre todo en el norte de España, entre

Bilbao y Barcelona. Las redes británicas comenzaron a desarrollarse especialmente desde el verano de 1940 en la península ibérica en el momento en que resultó absolutamente necesario movilizar todas las fuerzas ante un Tercer Reich que llega literalmente a las costas británicas y se requiere un esfuerzo suplementario para derrotarlo. También en el momento en el que se observan serias posibilidades de deriva de las dictaduras ibéricas hacia un compromiso firme con el Eje, abandonando definitivamente los estados «aparentes» de neutralidad. Aquellos territorios de Europa, como España, que aún permitían formalmente la entrada de británicos se convertían en países referenciales para llevar adelante trabajos indispensables para el rumbo del conflicto [38].

La península ibérica se había convertido en un objetivo estratégico de primer orden. Y por varios motivos. El comercio de la extracción de mineral de wolfram en la parte occidental de la península provocaba un interés añadido al meramente geográfico, ya de por sí suficiente. Así, la frontera pirenaica española se convertía, tras la invasión alemana de Francia y el control de la denominada República de Vichy, en un territorio cercano de posesiones británicas como Gibraltar. El control del Peñón de Gibraltar era trascendente por el control del Mediterráneo, lo que obligó a reforzar sus defensas y disposición militar, ante el dominio del Mediterráneo casi absoluto en los primeros años del conflicto tras la entrada de Italia en la guerra. La vertiente atlántica de la península, especialmente en su parte noroeste, era un espacio marítimo de obligada referencia para el paso de barcos, militares o no, pero también de submarinos, de posibilidades de reparación y repostaje —como se venía realizando en este territorio español por parte de los alemanes prácticamente desde el inicio de la Guerra Civil [39]—, y también de referencia aérea y en el ámbito de las comunicaciones. Un territorio con muchos frentes, todos ellos importantes y trascendentes para el rumbo del conflicto en Europa.

Varios fueron los puntos de referencia. Uno de ellos, por ejemplo, olvidado durante un tiempo por la historiografía: el noroeste de la península ibérica, que «no fue un destino secundario ni mucho menos»:

Galicia fue una zona de la máxima importancia

estratégica para ambos bandos por varias razones. La primera, porque desde allí unos y otros observaban el paso de barcos de toda bandera en ruta hacia el canal de la Mancha, Francia, Gran Bretaña o hacia el sur, en dirección a Portugal, Gibraltar, el Mediterráneo y puertos africanos. La segunda, fundamental, porque los puertos de A Coruña y Vigo eran punto de llegada y partida de barcos y tripulaciones, igualmente de ambos bandos, que tenían a América como origen y destino. Y una tercera razón, no menos importante, porque Galicia como Portugal fueron el epicentro de la «guerra del wolframio», mineral [...] absolutamente necesario para la industria bélica alemana y aliada [40].

En el territorio peninsular existía toda una serie de intereses reales, que había que defender. Es precisamente desde 1936 cuando hay un interés especial por el estado de los intereses británicos en la península. Incluso antes del golpe militar. Como ejemplo está la petición del Gobierno británico en junio de 1936 de hacer un recuento de las propiedades inglesas en la península. Aquí se encuentran las propiedades de consulados, cementerios británicos y, sobre todo, los intereses de distintas empresas: Eastern Telegraph Company, Anglo South-American Bank en Vigo y A Coruña, fábricas de distintos tipos, concesiones mineras y distintas propiedades individuales de ciudadanos británicos [41].

La posición inglesa, nunca muy favorable al establecimiento de un sistema republicano en España, se endurece en los meses previos a la llegada del Gobierno del Frente Popular. Si bien el establecimiento del sistema republicano en España no fue un elemento de gran dificultad entre sus análisis, lo que entendían como la deriva del republicanismo progresista hacia el movimiento obrero español —necesario, además de para ganar elecciones, para apoyar la primera coalición de gobierno de la República con la participación de ministros socialistas, en su mayoría de tendencia moderada— sí les causó motivo para encender las luces de alarma. Los meses posteriores al fallido proceso revolucionario de Asturias y Cataluña de octubre de 1934 provocaron la unificación de fuerzas en torno a la fórmula de «Frente Popular», coalición amplia de

izquierda. Lo que era en principio una plataforma para concurrir de la mejor manera posible a unas elecciones se convirtió, tras la victoria de febrero, en una coalición que permitía la gobernación del Estado tras un reparto de papeles: para el republicanismo progresista, el gobierno; la calle, para el movimiento obrero. Y ahí se activaron las luces rojas [42].

En los primeros días tras el golpe, a finales del mes de julio, la posición de los diarios británicos más influyentes ha variado, en la más pura anticipación de la política de «no intervención». El interés de los sublevados por ganarse a la población británica fue notable, por lo que instalaron de manera rápida oficinas de apoyo a la sublevación en Londres. Concretamente, en una *suite* del Hotel Dorchester. Y es que no se puede entender esta realidad sin tener en cuenta la figura del duque de Alba: familiar de Winston Churchill y de la familia real británica, el noble con mayor número de títulos y posesiones de la familia real española, que reside de manera habitual en Londres... Es indispensable para entender las reacciones británicas y las relaciones con España en estos años. A su implicación notable en el apoyo a la sublevación hay que añadir que se convierte en el mejor interlocutor que pueden tener los sublevados con Gran Bretaña. Su papel durante estos años está plagado de sorpresas, que iremos desgranando a lo largo de las páginas siguientes.

A partir del año 1939, la situación se complicó de manera notable. La antesala del conflicto mundial en la lucha fascismo/democracia en el solar español desde el año 1936 había preparado a la sociedad europea para vivir —sobrevivir— en un nuevo contexto de violencia. Gran Bretaña y Francia resistían a duras penas, tras el acuerdo de Múnich, los embates dialécticos y los procesos expansivos de una Alemania desbocada. En España, Franco, elegido de manera «interina» para dirigir el conflicto, se había quedado solo en el poder. Su condición: la de *primus inter pares*. Entre los compañeros de armas que se habían sumado a la sublevación. Pero el régimen necesitaba pervivir sobre la base de la represión. No hubo reconciliación tras el final del conflicto. Solo victoria y derrota. El clima de violencia *in crescendo* hacia la Segunda Guerra Mundial fue bien aprovechado por una dictadura personal a la que el tiempo en el poder y su necesidad de orden le beneficiaban.

Y para Gran Bretaña ya no era solo la circunstancia de que las propiedades británicas estuvieran en peligro ante un régimen que podía oscilar de manera notable —tal como se visualizaba en la imagen pública— hacia el Eje. Era algo más. Los lazos con el régimen alemán se estrecharon. Las relaciones aumentaron, en parte por la deuda pendiente por la ayuda militar en la Guerra Civil, pero también por convencimiento mutuo en el proyecto fascista, en la ola de aquel contexto de victoria. El 30 de noviembre de 1939 Franco se comprometió a proporcionar apoyo a los submarinos alemanes, e incluso a que, desde los primeros momentos de la guerra mundial, los barcos alemanes recibieran soporte y ayuda desde los puertos[43]. Por supuesto que para los británicos no era extraña esta presencia: como ya hemos visto, desde el verano de 1936, barcos de guerra alemanes se encontraban en estos puertos[44]. La connivencia del régimen de Franco con el Eje en la utilización de ese espacio fue absoluta.

Un informe sobre la situación general española enviado al Foreign Office en los primeros días de enero de 1940 reflejaba una situación absolutamente dramática para los intereses británicos: que todavía había «demasiada miseria»; que políticamente el país estaba tan poco afianzado que «una guerra civil podría comenzar de nuevo en cualquier momento»; la apreciación de que «España pronto volverá a ser una Monarquía»; que alemanes e italianos tenían las mayores oportunidades de negocio; españoles que mandaban a sus hijos al colegio a Portugal (un viajante comenta desde Lisboa que estar allí es «como estar en el Cielo después de España»); el monopolio de la empresa de películas alemana

UFA

en Madrid... Pero también se indicaba que el pacto germano-soviético había alejado las relaciones con Alemania y que ahora, especialmente a través de Goebbels,

el movimiento monárquico parece estar respaldado paradójicamente por los republicanos [...]. De ello se deduce que Alemania está ahora preparada para respaldar un movimiento monárquico con elementos de izquierda para avergonzar al general Franco. Puede estar promovido por el deseo de importantes concesiones, que Franco no está

dispuesto a regalar[45].

Pero el principal problema seguía siendo el abastecimiento. A una mayor carestía tras la Guerra Civil se añadía una deficiente, cuando no inexistente, infraestructura de distribución, planteada casi como trueque, dentro de una organización estatal cada vez más patrimonializada por grupos de poder. Lo que llegaba del exterior para ayuda social no necesariamente se destinaba a esta función. El poder omnímodo de los vencedores provocaba que la orientación de los recursos exteriores tuviera un reducido y discrecional control. Como ejemplo cabe indicar lo que un informador británico explicaba a finales del año 1939 sobre Auxilio Social, institución destinada a actividades de beneficencia con recursos procedentes de numerosos países, entre ellos Estados Unidos. Al cabo de pocos meses se encontraba totalmente superada por la necesidad de la demanda. Pero también por las prioridades que establecía el régimen:

Las perspectivas [...] de un sistema realmente de distribución de comida y aumento general de las condiciones de vida no podían aparecer como muy prometedoras cuando es conocido que Auxilio Social va a gastar 100 000 pesetas en un monumento al gran número de simpatizantes de la extrema derecha que fueron masacrados en Paracuellos del Jarama a las afueras de Madrid, en noviembre de 1936 [46].

La inteligencia británica en territorio español necesitaba una mayor estructura, más allá de los voluntariosos servicios consulares[47]. En buena parte de los casos, los servicios de información se circunscribían a la adaptación de la red diplomática previa, ciudadanos británicos establecidos en puestos y ciudades estratégicas, que llevaban adelante actividades de vigilancia sobre una política del Eje que parecía haberse implantado en la España de estos años para quedarse. Así ocurría en Barcelona, ciudad clave en el desarrollo de esta red por su condición estratégica. Un informe enviado a la Secretaría General del Caudillo indicaba en enero de 1940 que los servicios consulares británicos en la capital catalana repartían «con profusión» boletines de la
BBC

—que según esta referencia se publicaban de manera diaria en Barcelona en ciclostil— y se distribuían con el apoyo del International Banking Corporation, así como por el Anglo Sud Americano. Según el nuevo embajador británico, Samuel Hoare, a su llegada en junio de 1940, la recepción del boletín entre la sociedad española era relevante:

El público español le prestó muchísima atención y su demanda fue ilimitada. Un gentío, a veces desconcertante, se agrupaba en los locales de nuestra sección de prensa desde que se aproximaba la hora de su distribución. Los ejemplares pasaban en seguida de mano en mano y hasta se vendían luego en el mercado negro [...]. La Falange y los alemanes hicieron cuanto pudieron por detener la publicación del Boletín. Serrano Suñer declaró que era ilegal [48].

Las quejas de los servicios consulares británicos eran constantes, especialmente en relación con la información del régimen: «partidismo de la Prensa española en favor de Alemania y de Italia, la importancia que se le da a cualquier bombardeo o victoria del Eje y la poca importancia de las Aliadas, publicándose con extraordinario retraso y sin destacar sus triunfos» [49].

En los primeros meses de 1940, la situación se convirtió en desesperada para Gran Bretaña. Ante la escasez de infraestructura de los servicios británicos de información, y para contrarrestar la notable influencia alemana desde la inteligencia británica, se piensa incluso en sobornar en algunos puertos a los tripulantes de los barcos alemanes. No era fácil. El contacto con las tripulaciones alemanas en la mayoría de los puertos era casi imposible: no se les permitía bajar a tierra más que a unos pocos, seleccionados. No sería extraño que, en un tiempo en que los dobles agentes y las filtraciones en territorio neutral eran la norma y no la excepción, esta posibilidad fuera comentada y se dispusieran las medidas necesarias. Como ejemplo, la costa atlántica, en cuyos informes de los servicios de inteligencia de la Marina británica se destacaba su trascendencia estratégica: «En ningún puerto las restricciones son más rigurosas que en Vigo» [50].

En estos primeros meses de 1940, los servicios diplomáticos

británicos del noroeste de la península, especialmente aquellos situados en las zonas portuarias, buscan y demandan una mayor comunicación con el exterior. La presencia de las fuerzas alemanas que llegaban a Francia, el aislamiento que provocaba su situación en la península y la siempre permanente amenaza de deriva institucional hacia el Eje del régimen franquista obligaban a tomar medidas. Un informe enviado en febrero de 1940 relataba los esfuerzos iniciales en la creación de las redes de inteligencia en Galicia. Tomando como centro Vigo, se informaba de manera continua del tráfico portuario —incluida la llegada de submarinos alemanes al puerto— y de los servicios de información que hacía el aparato consular. Por ejemplo, el vicecónsul de A Coruña, Henry Guyatt, y su hijo realizaban vigilancia y observación en su motocicleta por toda la costa gallega. La continua constatación entre la sociedad de la salida y llegada constantes de submarinos y barcos alemanes a los puertos españoles para repostaje y reparación de averías provocó ciertas protestas entre los grupos británicos, que observaban un consentimiento excesivo del Estado en estas prácticas.

Ante esta situación negativa, los servicios de inteligencia británicos en España se tuvieron que reforzar. Quizás el mayor referente de esta reorganización, la persona clave que conectaba las altas esferas londinenses, la Embajada de Madrid y los servicios de inteligencia «a pie de obra» fue Alan Hillgarth. Curiosa resulta la trayectoria del agregado naval Hillgarth: buen amigo de Winston Churchill, ni se llamaba Alan ni Hillgarth. Ambos nombres fueron adoptados por Hugh Evans tras su paso por el Marruecos de los años veinte. Combatiente en la Primera Guerra Mundial, en los años veinte trabajó como asesor militar de la Legión Española en los combates del Rif marroquí y se mantuvo en relación con Juan March en momentos clave, como la trama de financiación para el viaje de Franco en la sublevación militar de julio de 1936. En los inicios del golpe militar de julio de 1936 en España se encontraba de licencia y solo pudo regresar a su puesto de cónsul en Mallorca desde Marsella en la mañana del 10 de agosto [51].

El cambio fue preparado meses antes del inicio del conflicto bélico mundial. A Hillgarth se le trasladó desde su Consulado en Mallorca a Madrid ya en el verano de 1939. Se le nombró agregado

de Marina en Madrid con el objetivo de coordinar las actividades de la inteligencia británica —Información Naval, Servicios de Inteligencia (

SIS

) y del futuro organismo dedicado a sabotajes, el

SOE

(Special Operations Executive)[52]. En los primeros meses de 1940 ya había contactado con sectores de la inteligencia española [53]. En abril de este año, el propio Hillgarth enviaba un informe en el que destacaba unas primeras líneas sobre la actividad extractiva alemana. Decía textualmente: «Ha habido rumores de submarinos cargando wolfram en Vigo para llevarlo hacia Alemania, pero no hay confirmación» [54].

El responsable máximo de la inteligencia británica pretende ampliar el número de empleados en los servicios diplomáticos y, desde su protección, crear y desarrollar una red de inteligencia ampliable desde Madrid hasta Barcelona, Lisboa y Gibraltar [55]. Hillgarth se encontrará de manera casi permanente en comunicación directa con Churchill. Ya en enero de 1940 le avisaba al duque de Malborough de que había miembros del Gobierno español que deseaban llegar a un acuerdo directo con los alemanes [56]. Hillgarth advertía desde el primer momento de una de las constantes para atacar el punto débil de Franco: sus propios compañeros de armas. Esa condición de *primus inter pares* que tenía Franco al final del conflicto civil español, aún humeante y muy latente, provocó una primera preocupación —que se plasmará en los siguientes meses— por indicación directa de Churchill al agregado naval de la Embajada de plantear de manera inmediata acciones de soborno a generales y funcionarios españoles. Esta circunstancia se facilitaría a través del siempre presente Juan March. March aparece de manera constante envuelto —debido a su utilización de fondos en otros países— en la financiación de buena parte de las tentativas que afecten a los cambios de gobierno en España. Y no solo a principios de los cuarenta. Como ya conocemos, Juan March juega un papel clave —y decidido— en la política española de mayor nivel desde la dictadura, pasando por el período republicano, y por supuesto en la financiación del golpe militar y de la Guerra Civil, y también en los años de la Segunda Guerra

Mundial. Gran Bretaña se aprovecha de estas relaciones para crear un sistema de transferencias económicas a los militares que no deja mucha huella y que permitía a su vez tener información de las relaciones del régimen español con los alemanes [57].

En abril de 1940, ante las presiones alemanas para que Italia (en este momento el principal aliado de Franco) se decidiera a entrar en el conflicto, en España se tomaron ciertas precauciones frente a una posible invasión. Las informaciones británicas constatan el refuerzo de tropas y artillería en las cercanías de Gibraltar, Marruecos, Baleares, Barcelona y la zona pirenaica. Ya desde los primeros informes británicos se reconoce la lucha de los grupos de la resistencia franquista, embolsados en pequeñas agrupaciones en zonas especialmente de montaña, lo que derivará después, con asesoramiento británico, en organizaciones más estructuradas: la denominada «guerrilla», el origen del «maquis»: «que continúa en las montañas asturianas, cuyo acceso sigue prohibido». A veces estas informaciones contemplan noticias, casi rumores de difícil comprobación. Como cuando se indica la existencia de trabajos entre los procuradores en las Cortes españolas en torno a una «defensa química» ante las amenazas al territorio español. No sería tan extraño, ya que en las últimas experiencias bélicas fuera del territorio español del Ejército, en Marruecos, se utilizaron armas químicas. La alarma era evidente. La influencia alemana (considerada en este informe directamente como «quinta columna») es notable. Mientras, la propaganda aliada sigue considerándose «inadecuada tanto en cantidad como en calidad». En cuanto a la radio, si bien los programas de la

BBC

son apreciados (aunque no tanto sus horarios en verano, que «interfieren en los horarios de la comida»), las noticias de la radio española son abiertamente pronazis, sobre todo en el caso de Radio Valladolid («que tiene su hora diaria de propaganda anti-aliada») o «Radio Verdad» desde Roma [58].

En mayo de 1940, la caída de Francia determina la posición de Gran Bretaña en Europa. Sola. Aislada por el entorno marítimo. La única democracia parlamentaria ante el dominio nazi de Europa. Un auténtico *shock* sacude Westminster. Una sacudida de tal calibre que obliga a reestructurar y adaptar en situación de urgencia a los

servicios de inteligencia británicos ante la amenaza, ahora sí directa, del fascismo. Horas después de la invasión por tropas alemanas de Holanda, Bélgica y Francia el 10 de mayo, Churchill sustituye a Chamberlain como primer ministro británico. La orientación de la posición británica respecto al conflicto cambia de manera radical. Y urgente. Hay una reunión al más alto nivel de los servicios de seguridad el día 27 de ese mes en la que se valoran las posibilidades de que Gran Bretaña pudiera seguir llevando la guerra contra el Eje siempre y cuando la moral de la población se mantuviera. Como remedio se plantea la formación e infiltración de «quintacolumnistas» en buena parte de Europa, en aquellos países con capacidad real de infiltración debido a su posición ambigua en el conflicto. El plan será aprobado por Churchill [59]. En el caso de España, la dirección recaería en Alan Hillgarth. Para los miembros del

SOE

en España Churchill escogería entre aquellos agentes que se habían encargado de colocar a Franco en el poder unos años antes, de reconocida experiencia y trabajo en España. En algunos casos, durante décadas [60].

Quizás el punto decisivo en las relaciones hispano-británicas fue la elección de un nuevo representante diplomático: la designación de Samuel Hoare como embajador coincidió con la reactivación de los trabajos de los servicios secretos. El vizconde de Templewood, hombre reconocido de enorme experiencia en los servicios de inteligencia, tenía un notable peso político dentro de los gabinetes británicos. Su trayectoria así lo demostraba: había dirigido el servicio secreto británico en Rusia, negociado con Mussolini y había pertenecido al Gabinete británico de Guerra como secretario del Aire en los meses anteriores a su nombramiento como embajador [61]. Churchill —posiblemente por la cercanía y calidad de sus informantes: Hillgarth, el duque de Alba...— siempre pensó que a Franco había que tratarlo de manera distinta que a Hitler o a Mussolini. El envío inicial de diez millones de dólares de un fondo reservado especial del Ministerio de Hacienda para el soborno a generales y funcionarios españoles con el objetivo de mantener a España fuera de la guerra, como el nombramiento de Hoare, fueron acciones encaminadas a ese fin [62]. No casualmente Hoare fue

enviado a España en, textualmente, «Special Mission»[63]. Inicialmente su empresa se preveía realizable en poco tiempo, unos meses quizás[64]. Su nombramiento fue rápido: su aprobación por el Gobierno español fue «*almost embarrassing speed*». Y la rapidez en su llegada también, ya que, en sus propias palabras, son las gestiones del duque de Alba, amigo mutuo de Hoare y Churchill, las que le ayudan en el viaje a España[65]. Enviado con la idea de invertir un mayor esfuerzo en la posición española, reestructurando de manera notable la Embajada, pero el *modus operandi* real de Hoare tuvo una característica común: nunca perder el control real de las actividades en torno a la defensa de los intereses ingleses (diplomacia, propaganda, operaciones especiales e inteligencia), a pesar de la imagen exterior[66]. Praxis versus dialéctica. Según el nuevo representante diplomático británico en España, los mensajes enviados al régimen debían ser contundentes, pero sutiles y, sobre todo, con un enorme cálculo previo.

Porque lo que se percibe en la evolución del régimen de Franco incrementa las señales de alarma para los británicos. En un informe sobre la reunión mantenida el 4 de mayo de 1940 entre representantes del Estado Mayor de la Luftwaffe y del Ministerio del Aire en Berlín se indicaba lo siguiente: «Los españoles han permitido que varios aviones de reconocimiento meteorológico vuelen con bandera española y la estación de radio de La Coruña ha estado trabajando para la Luftwaffe»[67]. La presencia alemana e italiana se hacía cada vez más patente en la península. Incluso un coronel español que escribía desde Vigo indicaba que se sentía muy incómodo con la banda de «nazi gansters» —textualmente— que se encontraban en Vigo, ya que «eran capaces de dirigir a este país hacia un movimiento fatal»[68].

Un artículo de *The New York Times* de esos días, además de subrayar la desproporción entre los empleados británicos y alemanes de las embajadas —12 por más de 200—, indicaba textualmente que «Barcelona y otros puertos españoles parecen estar abarrotados de agentes alemanes e italianos esperando la señal de Mussolini para que empiece la guerra en el Mediterráneo»[69]. El trabajo de los equipos consulares había cambiado radicalmente desde los tiempos de paz: se había pasado de la información y

tramitación de barcos mercantes o de recreo a la información sobre el comercio de guerra o informes con objetivos militares. Ahora es tan vital, tan valiosa, que incluso en casos puntuales se atiende la petición de aumento de salario de los diplomáticos británicos, como ocurre con el cónsul Guyatt en A Coruña, ayudado por su hijo y una escasa infraestructura [70].

En estos primeros momentos del conflicto, sin haber entrado aún en guerra, los servicios norteamericanos continuaron la estela del espionaje británico. Los británicos convirtieron Bilbao en uno de los lugares referenciales del aparato de información. Junto con Barcelona fueron dos de los centros de mayor presencia de los servicios de inteligencia, en lo que se puede ver una continuidad respecto a la posición central de estas ciudades en los servicios franceses. Pero la ciudad vasca —como Barcelona— también era centro del servicio secreto nazi. Los puertos del norte de España se convirtieron en objetivos apreciados, sobre todo «aquellos que pudieran suministrar alimentos o combustible al enemigo» [71].

Sí. La situación se presenta de extrema alarma para los británicos. Sin embargo, en ocasiones aparecen cuestiones curiosas que matizan este discurso. O, cuando menos, que nos permiten contemplar otra realidad de los servicios de inteligencia. ¿Cómo entender, si no, que el recién llegado embajador británico, Samuel Hoare, tras residir unos días en el Hotel Ritz de Madrid, elija una casa en pleno centro de la capital, anexa a la del propio embajador alemán Von Stohrer, separadas ambas únicamente por un tabique? [72]. La relación previa a la llegada del régimen nazi, entre finales del siglo XIX y principios del XX, entre los servicios diplomáticos consulares —y sectores empresariales— de Gran Bretaña y Alemania había sido muy cercana. Frecuentaban los mismos lugares, residían en zonas semejantes y cercanas, tenían objetivos e intereses semejantes... La llegada del fascismo a Alemania cambia la actitud de un gobierno que reclama la expansión territorial para implantar un nuevo mundo. La cultura común anglo-alemana se ve rota por cuestiones políticas, no culturales ni de relación secular. También entre los servicios de información e inteligencia, como veremos. Realmente, analizados en perspectiva temporal, los años de las dos Guerras Mundiales fueron la excepción y no la regla en cuanto a la colaboración de los dos servicios de inteligencia.

Esta era la complicada situación en los días previos al aterrizaje de Samuel Hoare en Madrid el 1 de junio, nada esperanzadora. Así le comentaba al ministro de Información, Duff Cooper, una semana después de su llegada: «Realmente voy tan lejos que le diré que la Embajada y yo solo existimos aquí por la tolerancia alemana. Me parece imposible que en Londres nadie se dé cuenta de la gravedad de esta situación»[73].

O en carta enviada al ministro del Aire, lord Beaverbrook, del 6 de junio, en la que le indica que «la situación es pésima. Los alemanes están apostados en todas partes y se tornan muy agresivos. Nueve de cada diez españoles creen que Hitler ganará la guerra en tres semanas»[74]. En otra enviada a Chamberlain con la misma fecha comenta:

Ni siquiera puedo sacar la cabeza de mi hotel sin encontrar un ejército de hombres armados en el pasillo que, aunque no lo aparentan, se presume que son policías que me están protegiendo. Cuando salgo a la calle hay guardia y coches policiales junto al mío que me siguen a donde vaya[75].

Lo primero que hace es recibir las impresiones de los designados para llevar adelante la reestructuración de los servicios británicos. Seguramente, uno de los mejores análisis en este sentido es el que hemos recuperado en estas páginas realizado por Hillgarth. Propiciado sin duda por la voluntad, pero también por la asfixiante situación mundial, no tiene una opinión muy alentadora sobre el papel que puede jugar Gran Bretaña en España. Sobre todo en relación a la potencialidad del personal de la Embajada y su funcionamiento actual. En su informe, conciso, estructurado y rotundo, enviado al embajador británico el 2 de junio de 1940 —inmediatamente después de la llegada de Hoare, posiblemente lo primero que le envió al llegar a España—, indicaba inicialmente que «esta Embajada, en los primeros ocho meses de la guerra, se comportó exactamente como si la guerra fuera un asunto lejano». Los tiempos son distintos, pero en la Embajada de Madrid aún no se han entendido: «Los métodos pausados de la diplomacia de paz son inútiles en la situación actual». El Departamento de Prensa es

ineficiente, «no intentamos realmente contrarrestar las mentiras alemanas». Parece que la dirección es inexistente: «No hay ningún tipo de dirección. Los papeles circulan y son minuciosos, y a menudo toman cuatro días para hacer una ronda. Podrían hacerlo fácilmente en un día...».

Pero el análisis de Hillgarth iba mucho más allá. Era necesario llevar adelante medidas urgentes y un giro en el enfoque de la intervención del Reino Unido en España. El agregado naval insistía en que el parámetro de actuación debía ser la consideración de que «lo único que el español respeta es el poder, aunque prefiere expresarlo con cortesía». Considera que hubo ciertos prejuicios en la aplicación de las medidas:

Durante algún tiempo hemos tratado a España de manera muy estúpida [...]. De manera estúpida no hemos comprendido las necesidades materiales de España. Debemos darles lo que necesitan, nueces molidas, carbón, fertilizantes, aceite, trigo, etc. Pero no debemos dárselo como si fuera una jugada sino como cuestiones concretas, como si fuera un asunto puramente comercial [...]. Esto debe hacerse a la vez, pero sin florituras de trompetas. Ellos saben perfectamente bien que podemos cortarlo en cualquier momento que queramos...

Además, continúa diciendo que en materia estrictamente política, Gran Bretaña debería leer correctamente las claves españolas:

El relato democrático y liberal debe ser evitado. Simplemente no se comprende en España en su sentido británico. También deberíamos dejar claro [...] que simpatizamos con las aspiraciones españolas y estaremos encantados de promoverlas [...]. Al mismo tiempo, debemos dejar muy claro que no debemos ser intimidados por nadie y que no cederemos nada a la presión, que no estamos perdiendo la guerra y no podemos hacerlo. A menos que hagamos eso, nadie nos respetará. Creo, tal vez erróneamente, que la actitud de la Oficina de Relaciones Exteriores en el momento actual es entregarnos a cambio de

la neutralidad [...]. La tendencia en la política británica al tratar con España ha consistido demasiadas veces en considerar a los españoles como si pensarán como ingleses. Debemos hacer que España entienda claramente que ganaremos esta guerra pero que la consideramos como una amiga, para que nos ayuden cuando hayamos ganado [76].

Pocos días más tarde, el 12 de junio de 1940, las tropas alemanas entran en París. España pasa oficialmente de la «neutralidad» a la «no beligerancia». Salto sustancial, no de matiz. Un paso más que se suma al llevado adelante por Mussolini dos días antes, en el que el líder italiano abandonaba su neutralidad. En este mismo día, Hoare enviaba una carta privada a Winston Churchill en la que calificaba la situación de aquellos momentos como «*this Armaggedon*» [77].

Aprovechando la circunstancia, dos días después, el 14 de junio, el ejército español ocupa Tánger, rompiendo los dos tratados firmados anteriormente [78]. La necesidad obligaba a Gran Bretaña. En pocos meses veremos cómo se consigue extender con éxito una red de inteligencia por todo el país, activa y preparada para actuar en caso de emergencia. El jefe del contraespionaje alemán en España, Kurt von Rohrscheidt, indicaba en uno de los informes de su proceso de desnazificación que durante el conflicto llegó a haber hasta 117 británicos desplazados a la península con este cometido. Estrictamente ciudadanos británicos [79]. A la cabeza: Hillgarth.

La creación del SOE

y los duros meses de julio a octubre de 1940

La reorganización de los servicios británicos de inteligencia en julio de 1940 tiene lugar en este contexto forzado, con una obsesiva y permanente sensación de urgencia. Se establece el carácter prioritario de la defensa de los intereses de Gran Bretaña en España. El 15 de julio el primer lord del Almirantazgo escribió un supuesto comunicado de reacción ante una hipotética declaración de guerra de España a Gran Bretaña. El control de las islas Canarias y de las

Azores era indispensable[80]. En la estrategia militar del conflicto, la «autopista marítima del Atlántico» era fundamental para el dominio marítimo de la contienda. Una nota del Almirantazgo al Gabinete de Guerra británico informaba de la estrategia marítima que había que seguir en el caso de guerra. Había que mantener Gibraltar por la obvia conservación del control del Estrecho y «en la medida en que la base naval pueda ser utilizada». Se adelanta la planificación respecto al control de las Azores e islas de Cabo Verde, aunque ello suponga cierto riesgo de ruptura en las relaciones con Portugal. Incluso si hay que establecer prioridades, se permitiría abandonar el control de las Canarias, debido a que «su territorio es demasiado grande». En el supuesto de tener que dejar Gibraltar, la flota se desplazaría parte a Gran Bretaña, parte a Freetown y a las Azores. Desde estas posiciones de retirada estratégica a posiciones de control británico se plantearían de la manera más rápida posible —de hecho, se encuentran proyectadas, como vemos en respuesta a la pérdida de territorio peninsular— acciones militares contra Vigo, Cádiz y Ferrol, por su condición de enclaves-refugio de barcos y submarinos alemanes. Desde el primer momento la prioridad se desplaza a la defensa del enclave gibraltareño. Secundariamente, se plantea la posibilidad de acceso a una base intermedia, preferentemente Azores[81].

Y el nuevo embajador llegaba con urgencia. Casi en el mismo momento en el que llega a España, Francia se rinde a los alemanes y las tropas del Eje tienen el camino libre para llegar hasta los Pirineos. Era evidente que la estrategia que se debía seguir reclamaba mayor complejidad y, sobre todo, sutileza con el enemigo a las puertas de Gibraltar. Sus defensas eran muy débiles. Se era consciente: el gobernador Liddell insistió a Hoare en que consiguiese «tres meses de paz para poder reforzarlas»[82]. Estas informaciones incidieron sin lugar a dudas en la moderada estrategia diplomática desarrollada por Hoare entre 1940 y 1941.

En un informe de Hoare con fecha del 16 de julio que envía a Londres indica que «seis semanas es un período corto de tiempo para formarse cualquier opinión de un país», pero también dice que hasta que llegó a España «no tenía idea de la fortaleza del poder alemán en el país». Alude a que la Legión Cóndor fue mucho más que una unidad útil en el ejército del general Franco: fue el

organismo a través del cual «la juventud aventurera de Alemania y España se aproximaron». La llegada de Alemania a los Pirineos es un hecho central que influye en cualquier acción del Gobierno español: «A los Ministros, creo sin excepción, no les gustan los alemanes, pero también los temen sin excepción». Pero «España es muy débil». El país se encuentra destrozado tras la Guerra Civil y «mucha de su intelectualidad [...] tenderá hacia la izquierda. El resultado es que [...] no hay ni experiencia ni personalidades suficientes en este momento para hacer que la máquina gubernamental funcione razonablemente bien»[83].

En este relevante informe, por ser un resumen de las primeras impresiones que recibe Hoare en los primeros pasos de su actividad, se indica también que el general Franco es lo más opuesto a nuestra concepción de dictador. Es pequeño casi hasta el punto de la insignificancia. Habla tan sosegado que es difícil escucharle. Pero también es conocedor de que su primera impresión no es la importante: «Hay mucho más detrás del General Franco de lo que encuentra el ojo, y secundariamente su Gobierno no es tan débil como la incompetencia de la maquinaria administrativa nos podría dirigir a suponer». Es evidente que en esta interpretación cuenta mucho la opinión que hemos visto de Hillgarth en páginas anteriores. Además, en este escrito valoraba sus primeros contactos con otras personalidades como el ministro de Asuntos Exteriores, Beigbeder («De una personalidad encantadora y casi romántica [...]. Amigo de la civilización europea y lo lamentaríamos si deja el Ministerio de Asuntos Exteriores») o Serrano Suñer («Es un fanático [...]. Desea sentir que todo en España depende de él»). El embajador británico estaba convencido de que cualquier cambio de Gobierno en España en esos momentos significaría «abrir la puerta a la intervención alemana o italiana Para nosotros la no-beligerancia, incluso con todas sus asociaciones negativas, es mejor que la guerra»[84].

Hay que indicar que, si bien ya desde el verano de 1939 altos responsables británicos —como el relevante David Eccles— señalaban al coronel Beigbeder como «un hombre de excepcional habilidad» y «un aislacionista a favor de España para los Españoles»[85], también es cierto que Beigbeder tenía una trayectoria no tan lejana de estrecha relación con los alemanes:

entre otras circunstancias, en la primavera de 1936 había acompañado a Sanjurjo en su viaje a Berlín [86].

Además, de manera paralela, y no precisamente poco importante, se encontraban las intenciones desesperadas de Churchill por sacar de España a los duques de Windsor, ante el miedo de que los alemanes interfirieran en la Casa Real británica, en un momento desesperado y complicado para los británicos. Hoare y parte de su grupo de confianza acompañaron a la pareja durante toda su estancia en Madrid, intentando que, tras llegar a Lisboa, un hidroavión los trasladara a Inglaterra. La intervención y protección de Beigbeder en este hecho influyeron todavía más en el ascenso de la influencia de Serrano Suñer entre los alemanes [87]. Presión en contra del ministro de Asuntos Exteriores que se haría notar meses más tarde.

No tardarían mucho en llegar los problemas. Pocas horas después de esta primera impresión de Hoare sobre España, tendría lugar el primer gran conflicto con el régimen. El discurso de Franco del 18 de julio aludía directamente a una reclamación pública sobre Gibraltar. En el desfile de Ejército y Falange por Madrid, el embajador y su mujer tuvieron que abandonar la ceremonia presionados por los gritos de «Gibraltar español» [88]. De manera paralela, surgieron movilizaciones contra Gran Bretaña lideradas por grupos falangistas.

Aquel era un ambiente decididamente antibritánico auspiciado por el Eje y con ayuda de los sectores fascistas españoles. Por ejemplo, palpable en cuestiones protocolarias en banquetes de gala auspiciados por el Gobierno. En alguna de estas recepciones, al embajador británico se le coloca al lado del embajador alemán, un error que no cabe considerar casual. El propio ministro Beigbeder envía el 21 de julio al embajador una carta personal disculpándose por estos hechos, que consideraba ajenos a la intención del Gobierno [89].

De manera consecuente a esta percepción británica de hundimiento paulatino e inminente se crea el

SOE

. Con base en la londinense calle de Baker Street, a partir del 20 de julio de 1940 esta oficina se encargó de las operaciones militares secretas en territorio ocupado por el Tercer Reich o de sus apoyos,

entre los que se encontraba España. Dividido en tres secciones,

SOI

/

SO

3 —propaganda e información— y

SO

2 —operaciones secretas y sabotaje—, sus miembros tenían como objetivo entrar en la península para crear grupos que, en el supuesto de una intervención directa española o de una invasión alemana de la península, fueran capaces de realizar una resistencia activa ya instalados en el terreno:

Dalton se había hecho cargo del recién creado

SOE

en julio de 1940. El Ejecutivo de Operaciones Especiales era una organización dedicada al sabotaje, la subversión y la propaganda secreta. En el discurso que acabó conociéndose como la declaración fundacional de la misión del

SOE

, «su ordenanza suprema», Dalton dijo: «En los territorios ocupados por el enemigo tenemos que organizar movimientos comparables al Sinn Fein en Irlanda, a las guerrillas chinas que operan en Japón y a los irregulares españoles que desempeñaron un papel importante en la campaña de Wellington» [90].

Según Heiberg, dos fueron los grandes proyectos reconocidos del

SOE

vinculados con España, denominados «*Sprinkler*» (Regadera) y «*Sconce*» (Candelabro), en la formación militar a españoles en Gran Bretaña para realizar este tipo de acciones [91]. Pero la red británica desplegada en la península en estos meses fue de mucha mayor diversidad. Se desarrollaron de manera paralela dos grandes orientaciones: recogida de información y capacidad de sabotaje. España era prioritaria: el mismo día en que comienza a funcionar el

SOE

se difunde a todo el personal de los servicios consulares las consignas del primer lord del Almirantazgo en caso de conflicto con

España, mencionado en líneas anteriores[92]. La situación en el verano de 1940 se antojaba casi desesperada: las manifestaciones antibritánicas planificadas desde el Estado franquista aumentaron, en número e intensidad. Según la versión de Hoare, Serrano Suñer pensaba en ese agosto que «Gran Bretaña sería derrotada en un plazo de tres semanas»[93].

De hecho, en el recuerdo del embajador siempre quedó que los tres meses iniciales de su cometido, entre junio y agosto de 1940, «fueron, indudablemente, los tres meses más críticos de mi misión»[94]. La adopción de una postura contemporalizadora con el régimen, pasiva en imagen, permitía incluso que se difundieran rumores de colaboracionismo del propio embajador. Pero la realidad era que durante estos meses estivales se probó la capacidad de resistencia diplomática de Hoare. Tras lo que había considerado como el «segundo gran problema» desde que se encontraba en el puesto —en las primeras semanas de agosto de 1940 tras un artículo publicado en el periódico falangista *Arriba*—, escribía: «Si llevamos nuestras justificadas quejas demasiado lejos, corremos el riesgo de una victoria completa como inicio y para entrar en seguida en una derrota por la contraofensiva alemana»[95]. Churchill y Halifax compartían su estrategia. Se insistía en los beneficios, no solo económicos, que España tendría con la colaboración británica: el mantenimiento financiero del régimen ayudaría a mantener la independencia de España («*We alone were in a position to support her independence*»). Pocos días después de los hechos relatados del último 18 de julio, y de toda la presión generada, es decir, en el contexto de una incómoda y provocadora situación por parte del régimen franquista y de sus apoyos alemanes, se llegaba a un acuerdo suplementario al tratado comercial ya firmado en abril[96]. La vertiente económica era básica, indispensable para una sociedad devastada por la Guerra Civil. No parecían ser estas acciones muy coherentes con una respuesta firme británica contra el creciente ascenso de la influencia fascista en el régimen de Franco, pero el foco en España estaba puesto en la posibilidad de retener al Caudillo hasta donde se pudiera.

Y dentro de esta estrategia de no molestar, de pasividad, de imagen de colaboración con el régimen, era indispensable, vital,

que no se observara lo que realmente importaba a Franco: la lucha contra el enemigo interior. Se desarrollaba el

SOE

, no podía ser desconocido para el franquismo, incluso podía ser valiosa su aportación para la defensa común ante una forzada invasión alemana contra Franco, pero todo valía mientras no se traspasara esa línea roja de intervención contra la dictadura. Hoare luchó lo posible, desde el inicio, por que la imagen de apoyo a opciones violentas y la relación con antiguos miembros republicanos en los grupos de sabotaje fueran lo más reducidas posible. Así le explica a lord Halifax en carta dirigida en julio de 1940, ya citada brevemente en páginas anteriores:

Acabo de escuchar con sorpresa que hay una organización secreta de una sección de la Oficina de Guerra, creo que se llama

MIR

, trabajando en España. Si mis informes son correctos, está gastando sumas considerables de dinero en círculos de la izquierda con el fin de provocar problemas internos. Espero que estos informes no sean ciertos, ya que no puedo imaginar nada más peligroso y objetable. En este momento solo hay dos políticas posibles: la primera, apoyar a un gobierno que desea mantener a España fuera de la guerra; la segunda, estimular un movimiento revolucionario en su contra [97].

A pesar de la voluntad y de mantener una imagen de calculada ambigüedad hacia el exterior, había que crear esta estructura de información de manera rápida. Los papeles del Foreign Office indican que la estructura con la que contaban antes era prácticamente inexistente. De hecho, no se planteaban realizar desde el interior de la Europa occidental acciones importantes a corto plazo. El problema inicialmente se achacaba a que, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, España «se suponía sería vigilada por nuestros aliados franceses, pero tras el colapso de Francia se tomaron cierto número de medidas improvisadas» [98]. Así que, en esta construcción de una nueva estructura desde cero, las nuevas acciones solo se observaban desde perspectivas a medio

o largo plazo. En este sentido, una frase del Foreign Office referente al

SOE

del mes de octubre de 1940 resulta muy explicativa de la línea que se debía seguir: «La paciencia es necesaria y cualquier golpe espectacular debe ser firmemente desechado»[99]. Pura doctrina Hoare.

Las dificultades no residían únicamente en buscar material para trabajar, sino también en las mismas posibilidades de comunicación sobre información de gran sensibilidad, en un entorno en el que cada inglés se consideraba un sospechoso por buena parte de la sociedad española. El clima antibritánico y el ascenso de los incentivos que supondría una unión más firme con el Eje, con el fascismo europeo que triunfaba en Europa, motivaban una percepción social de la cultura británica como extraña, aislada, caduca en ocasiones... La modernidad fascista arrinconaba y consideraba excepción de nuevo a la insularidad británica.

Además, en el desarrollo inicial del

SOE

hubo problemas internos entre las competencias de los servicios de inteligencia tradicionales y los de la nueva estructura. Quedaron solventados en parte con un acuerdo entre

SIS

y

SOE

del 15 de septiembre de este año: en él se indicaba que todas las comunicaciones del

SOE

cifradas sin hilos deberían ser llevadas a través de la estructura del SIS de manera inicial, mientras que la procedente de estos últimos sería reenviada hacia el

SOE

. Además, toda participación de un agente del

SIS

en cualquier operación del

SOE

debería ser aprobada previamente por los primeros [100].

Entre agosto y octubre de 1940 se pone en marcha de manera decidida este proceso. Mientras en suelo británico se está reclutando y formando a sectores especializados en actividades de sabotaje e información para trasladarlos a territorio europeo, se va recabando en el interior la mayor información disponible. Hoare se apoyó de manera notable en Arthur Yencken, al que no podía valorar («invaluable») y del cual, según su propia apreciación, dependía enormemente[101]. Su actividad fue notable. Un informe enviado a mediados de agosto desde la Embajada británica indicaba que ya se habían recibido comunicaciones en este sentido desde Ibiza, Palma de Mallorca, Barcelona, Cádiz, Sevilla, Bilbao, Madrid, Toledo, Ávila, Guadalajara, Cuenca, Segovia, Valladolid, Soria, Ciudad Real, la zona de La Mancha...[102]. Para buena parte de los viajes realizados Hoare fue acompañado por el responsable del Servicio de Prensa, Bernard Malley. Profesor de una entidad universitaria católica en El Escorial, también había estado prisionero en la checa de la calle Serrano de Madrid... Su amabilidad y sensibilidad favorecían considerablemente, según la documentación consultada, los objetivos de las entrevistas que realizaba [103].

De estos viajes se concluía que el nivel de vida era «decididamente más bajo que en 1936». Si bien el coste de la vida se estimaba que había aumentado al menos en un 100 por 100. En algunas ciudades, como Sevilla, en los últimos ocho meses había aumentado un 48 por 100. Las autoridades españolas indicaban que una entrada directa en el conflicto mundial significaría para la sociedad española una «inevitable catástrofe final». Otras versiones recogidas en otros viajes de estos primeros años del conflicto, por ejemplo en Barcelona, expresaban que la mayoría de la sociedad iba observando como inevitable la entrada en el conflicto[104]. La Falange, según estos informes, no tenía una consideración positiva entre la sociedad española. Tras señalar considerables diferencias con las intenciones del fascismo italiano, ya que en España se encontraban más en sintonía con el pensamiento católico más tradicional, definía al «típico jefe local o Ministro de Falange como un joven teórico cuyas altas aspiraciones y verborrea se encuentran en contraste con su ignorancia económica y administrativa»[105]. De hecho, el resumen de estas conversaciones mantenidas por ciudadanos británicos y españoles destacaba que el descontento era

generalizado entre todas las clases sociales, altas y bajas, con excepción de los miembros de Falange, considerados «privilegiados». Se preveía que en los meses de invierno el descontento sería más acusado, por las propias condiciones climatológicas, y en consecuencia las protestas públicas contra el régimen, más articuladas.

Desde Vizcaya los informadores británicos insistían en dibujar un contexto de indecisión y falta de resolución por las autoridades económicas. Había un clima de incertidumbre dentro de la industria siderúrgica vasca, tanto desde la perspectiva del trabajador como de la patronal. En Cataluña, la percepción económica era semejante: algunas empresas textiles catalanas habían cerrado y muchas otras trabajaban solo tres o cuatro días a la semana por la escasez de material. En Málaga, en fechas recientes, se habían arrojado 50 000 toneladas de arroz al mar, que se había almacenado doce meses y se había deteriorado para su consumo.

En un informe de finales de octubre de 1940 se indicaban los problemas que entre la población de Vigo causaba la carestía de comida, en claro contraste con el acaparamiento de productos que realizaban en las empresas conserveras y de otros productos procedentes de Galicia que iban con destino a Italia, la Francia de Vichy e incluso «agentes alemanes que en todas partes de Galicia están comprando comida a altos precios». Según esta información, la situación de los agentes económicos de la ciudad era grave; a algunos la guerra les beneficiaba, mientras la sociedad en su conjunto tenía serias complicaciones para acceder a numerosos productos básicos. Se indicaba que la industria de la conserva de sardina estaba deprimida debido a una combinación de causas, que incluían la confusión en los reglamentos de precios, dificultades en la expansión de líneas de exportación y ausencia de aceite de oliva y hojalata. Sin embargo, se informaba de que la construcción era próspera desde que se consolidó la seguridad en el capital inversor. También, que era «razonablemente activa» la construcción de barcos, pero señalaban la carencia de azúcar, harina, aceite de oliva, queso y mantequilla. El café y el tabaco son «casi imposibles de encontrar», como el petróleo, «extremadamente escaso, incluso en el mercado negro». Hasta se informaba desde el Consulado de Vigo de que se decía que la Guardia Civil se encontraba insatisfecha

con su salario[106].

El incremento de la desigualdad social era notoria y se hacía especialmente visible en determinadas zonas. Por ejemplo, en Valencia, «la atención de las clases bajas y medias se centraba en conseguir suficiente comida». Pero de manera paralela se indicaba la presencia de gran variedad de productos en las tiendas, con material especialmente de origen alemán. Los productos farmacéuticos abundaban. Había mucho textil, pero de peor calidad y a precios muy caros[107]. La fractura social era evidente. Y se ensanchaba.

Se insistía en que muchos de los miembros de los sindicatos del régimen habían sido miembros del Frente Popular. El tono de los mítines que realizaban recordaba cada vez más lo que se había escuchado durante la República. Desde Vigo se señalaba que anteriores miembros de izquierda se habían integrado en Falange: «Otros no tenían esa suerte». Desde Santander se indicaba que las prisiones de la zona se encontraban llenas y el paro se encontraba entre aquellos que habían salido de la cárcel y que «no podían encontrar a nadie que les diera trabajo»[108].

Por estas fechas comienzan también movimientos más intensos cerca de la clandestinidad. El propio servicio secreto franquista observa la difusión de hojas de la «Alianza Democrática Española», a través de una red basada en grupos contrarios al régimen, pero que ya en estos momentos se extienden por todo el Estado. En esta estructura, embrión de la posteriormente denominada «Red Ponzán»[109], hay una relación muy estrecha con la Embajada inglesa visible de manera muy intensa desde el mes de julio de 1940. La declaración de uno de los detenidos así lo indica:

Que en Francia vive un inglés que era al parecer representante del Intelligence Service inglés [...] haciéndose llamar Mister Halle, el cual tenía varios coches y hasta un avión para la realización de sus servicios y el mejor cumplimiento de su misión [...]. Que si en Madrid se veía perseguido por la policía, no tuviera inconveniente en ir en su nombre a la Embajada inglesa [...]; es primero el agregado naval el que le recibe en la Cancillería y le ofrece refugio que no acepta, por no creer el peligro inminente,

pero no obstante, dicho agregado le pone en contacto con *Miss Flik* o *Flix*, la que dice que ellos tienen medios para sacarle de España o para ocultarle, pues disponen de agentes de absoluta confianza [...] para resolver estos incidentes del espionaje que se llevan desde la Cancillería de la Embajada inglesa de Madrid[110].

Según la causa militar de donde procede esta información, esta red se encontraba conformada por personas relacionadas todas ellas, pero sin relación aparente con la Embajada británica. Su vínculo común: la oposición a la dictadura. Algunas apreciaciones de esta causa indican que incluso era aconsejable este perfil: «Utilizaban a las personas que por carecer de medios de vida se veían obligados a aceptar esta misión casi ignorantes del servicio que prestaban»[111]. Conseguir el dinero no era lo más difícil. Aparte de un sueldo, que se vinculaba a la calidad y cantidad de la información que se aportara (se valoraba especialmente el trabajo en centros oficiales), se les costeaban todos los viajes. En el caso concreto de esta red, les permitía traer propaganda desde imprentas francesas. Su radio de acción fue notable en poco tiempo: fueron detenidas personas en Madrid, Jerez de la Frontera, Valencia, Barcelona, Logroño, Zaragoza, Cádiz, Sevilla, Huesca, Vigo y A Coruña. Esta primera interacción con potenciales opositores al régimen será observada negativamente por Samuel Hoare, quien desde el primer momento se muestra reacio a aprovechar estas redes por parte de los servicios de inteligencia propios. No tanto por su falta de confianza, sino por la capacidad de horadación de las redes clandestinas que tenía el servicio de información español. Aprovechar la red de una organización política que intentaba difundir sus proclamas o aprovechar la estructura de la guerrilla no era ni diplomáticamente correcto ni fácil de justificar en el caso de ser detenidos y descubiertos, pero tampoco era realmente muy operativo ante la gran capacidad de infiltración del servicio secreto español. De hecho, la caída de esta red tiene lugar en concreto tras la intervención de un miembro del servicio de información español. Colaborar con ellos era importante, pero había que tener mucho cuidado ante la aparición de posibles conflictos diplomáticos con el régimen.

Es evidente que el Gobierno británico se había implicado de lleno en la obtención de información y preparación de redes que pudieran llevar adelante sabotajes contra los intereses del Eje en España. La sensación de que era inminente un giro rotundo de España en su relación con el Eje y la presión sobre el territorio británico de las fuerzas alemanas hacían tomar medidas que en otros momentos se considerarían arriesgadas.

Según los informes británicos redactados por estas fechas, aumenta la actividad de la resistencia. Su presencia ya era notable en muchas zonas. Hoare indicaba, a finales del año 1940, que el número de guerrilleros en Málaga, especialmente en la zona de Sierra Nevada, se estimaba entre «cinco y seis mil personas». Citaba el hecho de que un contingente de la Guardia Civil seleccionado había intentado derrotar a estos últimos, pero había fallado. También recibía noticia de la existencia de estas actividades en los montes de Toledo y Asturias, o de motines en los campos de prisioneros políticos en Badajoz y Córdoba, o de que el tráfico por carretera no estaba asegurado en las provincias de Ciudad Real, Asturias, Toledo y entre Málaga y Gibraltar [112].

Y es precisamente por estas fechas, en el verano de 1940, cuando aparece en los fondos británicos una primera cita respecto a una supuesta invasión de la península. No solo alemana, sino incluso aliada. La situación económica desesperada, la falta de resoluciones operativas al respecto, un gobierno orientado cada vez más hacia el Eje, la continuidad del contexto bélico de la Guerra Civil con el gobierno militar... Todo ello hace comentar al cónsul británico en Sevilla, en su informe, que «los rumores, en su mayoría fantásticos, abundan: recientemente parecen insistir en una invasión proyectada desde Portugal, involucrando indistintamente a Alemania o Gran Bretaña como el invasor». La indecisión era absoluta, tanto por la presencia cercana de las tropas alemanas como por las expectativas de caída de Gran Bretaña [113].

Los rumores se habían convertido, ante la propaganda oficial, en la única manera de conseguir información sin los cauces oficiales, censurados y controlados. El sistema de información británico se las vio y deseó para verificar la información que recibía inicialmente. Ante la falta de una capacidad fiable para verificar la información, el rumor se convierte en un arma cargada de peligro, por las

posibilidades que ofrece de confusión. En Málaga se llegaba a difundir la idea de que la insuficiencia de acceso a la comida era fruto de una planificación, resultado de una política deliberada para dirigir a la gente a la desesperación y justificar medidas represivas. Incluso se relacionaba la salida de prisión de numerosos presos políticos por los problemas que ya se habían dado en el interior de las cárceles[114]. La difusión de noticias a través de los servicios alemanes desde Lisboa o Gibraltar, adecuadamente recogidas y divulgadas por agencias informativas británicas y estadounidenses, era uno de los principales problemas de la diplomacia británica en España, incapaces de frenar noticias publicadas procedentes de fuentes aparentemente distintas[115]. Para prevenir esta contrainformación Hoare diseñó un sistema de información centralizado, discreto, muy trabajado, basado en su anterior experiencia en el Gabinete de Guerra. Había una única información, analizada todas las mañanas por los jefes de los servicios civil y militar junto con el embajador, que transmitía a su vez la información de sus reuniones. Finalmente, se decidía con Londres cuál era la mejor opción de presión sobre la dictadura y para contrarrestar la contrainformación de los rumores alemanes[116].

Si bien en estos primeros meses los servicios de información del SOE

—nombrado

SO

3— funcionaban relativamente bien y a buen ritmo, lo cierto es que los encargados de implementar una política de captación de grupos e individuos para realizar acciones de sabotaje —nombrado

SO

2— tenían más dificultades. Algunos autores señalan la existencia también de un tercer grupo de

SO

, diferenciando entre

SOI

(propaganda),

SO

2 (operaciones especiales) y

SO

3 (información), aunque indican asimismo el hecho de que las actividades de propaganda (

SOI

en este caso) se convertirían, a partir de agosto de 1941, en una organización independiente (*Political Warfare Executive*) [117].

Los informes de las actividades del

SOE

respecto de sus grupos en estos meses finales de 1940 siempre destacaban la escasa estructura del

SO

2 en España. Las dificultades se achacaban a problemas en la elección de las personas —«un intento de dos agentes del

SO

de comprar armas en España no ha tenido éxito»— o incluso a las propias objeciones del Foreign Office [118]. Como venimos manteniendo, seguro que muchos de estos planes fueron frenados en la aplicación de la estrategia de calculada ambigüedad de Hoare.

Las islas Canarias eran un objetivo de vigilancia de primer orden. Una urgente puesta en marcha de la estructura de información debía ser prioritaria, pero también llevada a cabo con la máxima discreción. En algunos casos esto era imposible debido al conocimiento mutuo que existía entre los distintos servicios de inteligencia. El caso de Las Palmas es sintomático en este sentido. Resulta ilustrativo de cómo fueron los primeros pasos de constitución de los servicios de información británicos. Según se indica en un informe realizado años más tarde por el Servicio de Información de la española Dirección General de Seguridad, fue en el primer día de septiembre de 1939 (día curioso cuando menos, inicio de la invasión alemana de Polonia) cuando desembarcaron en las islas Gordon Alston Coles, capitán de la Marina, y John William Reginal Parrot, teniente naval; los dos bajo la profesión oficial de agentes consulares de Vapores y agregados al Consulado británico. Desplegaron su actividad en conexión con varias personas: entre ellas, el gerente de la Casa Miller, y luego agregado comercial de la Embajada inglesa en Madrid, Gerardo Miller; y un tal Mister Park, encargado después de la gerencia de la referida empresa. Coles se encontraba de manera permanente en el Consulado y todos los asuntos de la representación debían ser supervisados por los

responsables navales.

El informe no nos indica cómo fueron descubiertos. Bien por presiones o voluntariamente, Coles y Parrot salieron de Las Palmas con dirección a Liverpool el 10 de septiembre de 1940. Es en estos primeros meses cuando se intensifica el proceso. En el caso concreto de Las Palmas, y siempre según esta fuente, la relación con los súbditos británicos tomó todo el carácter de un llamamiento a filas:

Hubo un llamamiento secreto a todos los súbditos británicos y protegidos de dicha nación para que estuviesen preparados para, al primer aviso, ser enviados a Londres y, antes de que esto sucediese [...] y en su casi totalidad, se presentaron voluntariamente en el Consulado ofreciendo sus servicios, que fueron aceptados[119].

De Beigbeder a Serrano: los naipes se ponen boca arriba.
(noviembre de 1940 a enero de 1941)

La política de la dictadura española de «dejar hacer» a Alemania e Italia en cuanto a la extensión de sus servicios de información comenzaba a verse contrarrestada en la segunda mitad del año 1940 con una creciente actividad de los aliados, véanse servicios británicos. Por pura necesidad, por pura supervivencia en el conflicto.

Las conversaciones entre diplomáticos sobre las actividades de inteligencia en territorio español no se hicieron esperar, especialmente tras la sustitución de Beigbeder como ministro de Asuntos Exteriores por Serrano (precisamente Franco sustituye a Beigbeder una semana después de su encuentro con Hitler). Estos dos personajes se entrevistaron con Samuel Hoare en fechas cercanas. En el primero de los casos, la entrevista tuvo lugar el 18 de noviembre, a horas no muy normales para un primer encuentro (las ocho de la noche). Se dirigió el propio embajador hacia el domicilio de Beigbeder, aquel personaje que le había encandilado en sus primeros contactos. Aquella positiva impresión continuó, en una «visita cortés en donde ninguna impresión interesante fue

tratada», aunque el saliente ministro no dejó de valorar y elogiar «las condiciones de talento y habilidad del Agregado militar yanqui, por el que siente admiración y simpatía» [120]. La sustitución del ministro de Asuntos Exteriores español por el considerado como peor candidato posible para los intereses aliados, Serrano Suñer, fue observada por Hoare como un auténtico desastre:

Había logrado mantener un frente precario que dependía principalmente de mis propias afirmaciones y de la amistad del coronel Beigbeder [...]. Me habían derribado mi apoyo principal en el Ministerio de Asuntos Exteriores [...]. En estas condiciones, ¿sería posible para mí permanecer en Madrid? [121].

De hecho, la baza Beigbeder podría ser utilizada: poco tiempo después Hoare le promete «liderar la resistencia armada si Hitler marchaba a España e intentaba capturar Portugal y Gibraltar». En la primavera del año siguiente, Beigbeder mantiene reuniones de carácter clandestino y secreto con importantes cuadros del servicio secreto británico [122].

Si la reunión con Beigbeder fue considerada muy cómoda para el representante británico, la visita a Serrano fue mucho más dura. Se entrevistó con él el día 20 por la mañana. Los días anteriores se habían visto salpicados de comentarios procedentes de los servicios de información alemanes y españoles sobre la posición que debían tomar en relación con los británicos. Era evidente que el nombramiento de Serrano iba en esa dirección. Se preveía un planteamiento más frontal. Según la información procedente de los servicios españoles desde dentro de la propia Embajada británica:

Hoare hizo presente su posición de que no estaban dispuestos a aceptar más insultos y el trato injusto que recibían por parte de la prensa y ambiente en general. Que estaban dispuestos a realizar lo que de ellos dependiera para demostrar su buen deseo de amistad para con España, y a este efecto con la mejor voluntad entrarían o continuarían los arreglos hechos hasta el día, siempre que se les diese confianza de que no serviría para otros fines.

Serrano le insistió en la buena voluntad de reconducir estas relaciones. El resto de la entrevista continuó sobre temas de intercambio económico que le interesaban especialmente al Gobierno español (como la relación del cambio de la libra o proyectos financiados por Gran Bretaña). La impresión final de Hoare, transmitida a los miembros de la Embajada, era que había sido «buena la visita y sus resultados, pero sin olvidar ni por un instante todos los prejuicios acumulados [...]». Solo el tiempo podría o bien alejar su pesimismo o confirmar sus extrañas predicciones»[123].

Un mes más tarde parecía que sus predicciones se cumplieran. La intención de la Embajada de realizar actividades de propaganda en España y en los países de habla española en América ahora es firme. Era una actividad sobradamente conocida. Nada oculta. La situación parecía tomar un sesgo de urgencia. También de cierto nerviosismo. El informador español del interior de la Embajada británica decía lo siguiente: «La vigilancia en la Embajada, estrechísima, es imposible salir y entrar sin control. El movimiento allí dentro da la sensación de un hormiguero de tantísimo funcionario y visitantes británicos que hay»[124].

A mediados de noviembre, Hoare realizó un viaje relámpago a Lisboa. Aquí Hoare se entrevistó con los embajadores británico y estadounidense sobre Francia, interesándose por el movimiento de tropas alemanas en la frontera pirenaica. Pero había algo más. Un viaje a Londres de carácter secreto y reservado para entrevistarse con Halifax. Este último necesitaba tener la información más directa posible sobre cuáles eran las intenciones de Serrano, en un momento en el que los combates de la Royal Navy contra la flota italiana en el Mediterráneo se incrementaban. Y es que Londres se encontraba totalmente desorientada sobre la nueva posición que debía adoptar el nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Su visión de Serrano estaba demasiado basada en apreciaciones indirectas:

Más que de sus sentimientos y condiciones desconfían de los contactos que pueda tener. Le juzgan hombre fácilmente sugestionable débil al halago. Dicen que habla demasiado y se extiende en consideraciones y exposición de teorías poco congruentes con los objetos de las entrevistas que tiene con

los embajadores [125].

Además de ponerle al corriente de lo realizado, el servicio español de inteligencia informaba de que «quizás precise Hoare que le aprueben las sugerencias que tiene hechas, pues se presume que el buen deseo de Hoare le lleva a más concesiones que el propio pensamiento de Londres» [126]. De hecho, años después, en carta privada de Beigbeder a Hoare, el primero le reconocía el mérito de ser capaz de aguantar en el puesto de embajador, a pesar de la opinión de Londres [127].

Sin duda, la prioridad era Gran Bretaña. Y de la manera que sea. Interesantes en este sentido fueron las apreciaciones escritas en las memorias del agregado de prensa británico, Tom Burns: «Si supieran cuál era la política británica: mantener a España neutral permitiendo que Franco controlase a sus anchas el país y ayudándole económicamente en la medida de lo posible. Nuestro objetivo principal era evitar que los alemanes invadieran y atacaran Gibraltar» [128].

Un mes más tarde del encuentro en Lisboa (y del de Londres), Hoare se entrevista con Serrano. El propio Serrano anotó sus impresiones de este encuentro para transmitírselas al jefe del Estado. Tres son los puntos principales: la campaña de prensa contra Inglaterra, una petición de audiencia personal con Franco y el tema de Marruecos. Para observar la impresión que le causó a Serrano el tono de las reclamaciones realizadas por Hoare, reproducimos párrafos textuales de estas notas:

1. ° Reclamación sobre la campaña de prensa contra Inglaterra (salí del paso bien. No estuvo enérgico). Se limitó a hacer observaciones y expresar sus inquietudes (pude tranquilizarle).
2. ° Que agradece mucho la audiencia del Jefe del Estado. Que Inglaterra ve con simpatía la consolidación del régimen y que para el fin de la guerra prevé una España grande, a lo cual desea contribuir Inglaterra.
3. ° Que desea una colaboración estrecha y me pide que estemos constantemente en comunicación —me hizo observar que Inglaterra acepta como lógica la ocupación de Tánger.

Su última pregunta fue si teníamos alguna preocupación o inquietud en que ellos nos pudieran ayudar... [129].

Pocos días más tarde de esta entrevista, el informador español dentro de la Embajada británica indicaba que la sustitución de Halifax por Eden en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico no iba a ser motivo de cambio en la política seguida con España. El prestigio del representante británico en España no se encontraba en entredicho. Según este informe, Hoare tiene

libertad de acción y responsabilidad en su puesto, es de asegurar que no cambiará en orientación alguna [...] en su cometido no tienen cortapisa alguna de intervención del Gabinete más que *a posteriori*. Ahora bien, así mismo aseguran que si Hoare tuviere necesidad de consultar, el carácter y genio de Eden no es comparable a la sutileza y diplomacia de Halifax.

Respecto a las relaciones personales con Serrano, esperan que «las dotes de diplomacia y serenidad de Hoare» llevarán buen fin en lo que ellos esperan de rectificación de política española en Tánger. Dicen que «se convencerá el ministro de las razones que asisten a Hoare» [130].

Pero hay temas que era imposible no abordar. La toma de Tánger era de suficiente trascendencia en el contexto bélico internacional. Se le hace la siguiente advertencia al régimen, casi un regalo envenenado:

Siempre para una liquidación, quedará bien firme la POSTURA DE INGLATERRA EN EL MISMO MOMENTO QUE LA CUESTIÓN se hizo. Con esto parece que quieren aludir a que si otras contingencias les obligaran a ellos a pasar por alto la cuestión, no la olvidan sino que la dejan pendiente para lo que ellos llaman REVISIÓN Y LIQUIDACIÓN DE POSGUERRA [131].

Es decir, que se tendrá en cuenta en el momento preciso, siempre que siga existiendo una colaboración estrecha. El informador también insistía en el cambio de tono de los miembros de la Embajada a medida que el conflicto internacional se nivelaba:

Se ha de hacer notar que, de manera bien patente, a medida que parece que los éxitos en el Mediterráneo les acompaña, son menos respetuosos con nosotros. Se permiten comentar cosas que antes no ocurrían, hablan en un tono de más dominio. Se permiten hablar de las colaboraciones que tienen y cuentan y de las simpatías de las embajadas americanas[132].

Sin embargo, la visión de Samuel Hoare sobre España que transmitía a Londres no era precisamente muy positiva en estos días finales de 1940. En carta a Anthony Eden enviada en la Nochebuena de 1940 le indicaba que consideraba a España «*as the worst governed country in Europe*» («como el país peor gobernado en Europa»)[133].

La situación iba murando. Gran Bretaña había cumplido en muy poco tiempo, meses, una primera fase, con riesgo, templada en la actitud exterior del primer responsable diplomático en España. Pero también firme y decidida. Con apoyo casi incondicional. De hecho, Hoare contaba con el apoyo previo de Eden para realizar sus declaraciones del 2 de enero de 1941 en la

BBC

en las que difundía los contenidos de la reunión celebrada con Serrano Suñer días antes, especialmente en la cuestión que más le interesaba a Gran Bretaña, como era el control del Estrecho y Tánger[134].

La actividad en estos días entre representantes diplomáticos fue frenética. Las opiniones que circulaban eran en ocasiones contradictorias. El interés de las potencias del Eje en España con relación al cierre del Mediterráneo era manifiesto: si bien Alemania quería acercarse a Franco a través de Pétain para llegar a un acuerdo en el reparto de zonas de influencia futuras en África, un mayor interés tenía sin duda Italia con las posibilidades de cesión de las bases de Cádiz y Ferrol para poder controlar de esta manera todo el Mediterráneo y contrarrestar las posibilidades de los aliados en África[135].

De manera sutil la presencia británica en España se iba haciendo notar. A través del rumor se hacía frente a la inexistencia de noticias del régimen respecto de la ayuda económica y de material

que se entregaba desde Gran Bretaña. En Sevilla se había difundido la idea de que no había trigo en España porque este se dirigía hacia otros países y que «gracias a que las autoridades inglesas se han “plantado” se logró que algunos cargamentos que llegaron a Sevilla fueran repartidos en la población y “gracias a esa intervención se podía comer en Sevilla, aunque escaso, algún pan”»[136]. Y la estrategia del rumor no se limitaba únicamente a su extensión entre las clases medias y bajas. Un agente de información de la Embajada insistía en nota manuscrita:

Propaganda inglesa en España muy intensa y muy hábil con un gran poder de captación. Explotan mucho a los intelectuales cuyo espíritu crítico y envidioso saben aprovechar para enterarse de cosas y para que les sirvan de vehículos a sus propagandas. Me cita a Garrigues y a Melchor E Almagro. Informadores muy próximos a los altos puestos [137].

Esta primera actitud tomada por Hoare tenía una fecha límite marcada como objetivo: primavera de 1941. Salvada la primera fase de defensa a ultranza y de no molestar la actividad del Eje en España, la previsión de la Embajada británica de que habría un cambio de situación en Italia en la próxima primavera reactivó a los servicios de información británicos. Se incrementó el número de personas empleadas en los servicios diplomáticos. El «topo» español avisaba de que «están por llegar 8 agregados comerciales para trabajar intensamente en España. Para ellos y para la propaganda están habilitando unas oficinas en la calle Lista». Burns había salido a finales de enero hacia Londres llevando los informes sobre la situación social en España, concluyendo que aproximadamente el 80 por 100 de la población española se encontraba favorable a los aliados. El mayor obstáculo: «la agresividad del Ministro de A.E.

en sus discursos pronunciando palabras a sabiendas de que los hechos no son como de ellos pudieran deducirse»[138].

Las posibilidades del cambio de gobierno en España se incrementaron. La orientación británica, más allá de la que siempre consideraron como inadecuada presencia de Serrano Suñer en

Asuntos Exteriores, estaba clara. Gran Bretaña daría su apoyo a figuras militares. Detrás de esta intención está sin duda la adscripción monárquica de buena parte de ellos, lo que se percibirá pocos meses más tarde en la alternativa a Franco: la Restauración monárquica en la figura de Don Juan. Pero también esa condición de Franco como *primus inter pares* podían aprovecharla en su beneficio. A pesar de las presiones ejercidas en este sentido por Gran Bretaña, el dominio del Eje en la política española era cada vez más notoria. Las quejas de la Embajada durante estos meses respecto a conflictos protocolarios fueron reiteradas. Por ejemplo, en la recepción de Franco el día de Reyes de 1941, los asientos de los embajadores alemán y británico solo estaban separados por un único espacio: el del embajador francés [139].

Capítulo 2

Amenaza de invasión: organizando la resistencia (primavera de 1941)

En noviembre de 1940, los ejércitos alemanes diseñaron el llamado «Plan Félix» con el objetivo de ocupar Gibraltar. Al mes siguiente, Hitler, en carta dirigida a Mussolini, le indica que pensaba atacar Gibraltar a principios de febrero de 1941, contando con la aprobación de Franco[140]. A principios de 1941, los proyectos alemanes de ocupación de la península incrementan las posibilidades de respuesta británica. La mayor actividad de la Embajada británica a finales de 1940 —incremento de personal, frecuencia de viajes de altos responsables británicos...— presagia un nuevo rumbo en las acciones británicas en España. La posición británica en la península debía ser defendida a toda costa. Y la de sus servicios de inteligencia en Europa dependía en gran medida de esta actividad peninsular. Las únicas cuatro bases que le quedaban al

MI

6 en la Europa de marzo de 1941 eran Berna, Estocolmo, Lisboa y Madrid. Y las perspectivas sobre estas dos últimas no eran muy halagüeñas. Según algunos autores, Hamilton-Stokes, el jefe del

MI

6 en España, tenía 168 agentes e informadores repartidos por toda la península[141]. Desde luego, no era comparable a la red de información alemana, que contaba con varios miles, ni a la española, que se acoplaba de manera complementaria a esta última.

Pocos días más tarde de la visita de Hoare a Londres, el 9 de enero de 1941 se autorizaba el entrenamiento de «40 british officers» bajo la responsabilidad de la War Office y el Ejército. También se indicaba que la planificación se desarrollaría como parte de una operación del

SO

2[142]. El esquema «*Relator*» comprendía varios grupos, entre los cuales la operación «Alí Babá» sería una de las de mayor protección. Con base en Gibraltar, y dirigida por Hillgarth, planteaba la necesidad de un escogido y selecto grupo de alrededor de cuarenta personas, oficiales británicos especialmente entrenados que podrían ser enviados para aportar liderazgo, experiencia y equipo militar[143].

Y Hoare toma la sartén por el mango. Es en este mes de febrero de 1941 cuando se decide finalmente a montar una base de los Servicios de Operaciones Especiales en España. Se pasaba la línea roja de la red de información para crear un servicio capaz de llevar adelante acciones de sabotaje dentro de las líneas enemigas. Y se repartieron papeles. La actividad de Hoare debía mantenerse en un perfil institucional. El

SOE

se desarrollaría bajo la supervisión del agregado naval Hillgarth, relacionado a su vez con los servicios de prensa de la Embajada[144] y, cuando la ocasión lo requiera, de manera directa con Londres.

Desde los primeros meses de este año se acelera la formación de los grupos con el objetivo de poder conectarlos con otros de la resistencia española que pudieran desarrollar actividades de sabotaje. Y es que el propio embajador Hoare reconocía que «ahora existe en España una voluntad de resistencia, y, con un poco de tiempo y estímulo cuidadoso por nuestra parte, esto se hará temible»[145].

La amenaza de una posible invasión militar alemana en la península se convierte en real. Ante esta, consideran que la aportación de la guerrilla antifranquista podía resultar decisiva en la defensa contra las acciones del Eje. Habría que utilizar todos los recursos disponibles. Así, los planes «*Sprinkler*» y «*Sconce*» se activan en este mes de febrero. En concreto, consistían en la

formación e instrucción de españoles refugiados en Gran Bretaña en campos escoceses con el objetivo de insertarlos en las líneas enemigas. Minoritarios, elegidos cuidadosamente, deberían ser capaces de constituir una red con capacidad de intervención de sabotaje dentro de España. Reclutados entre republicanos españoles y militares británicos, se constituirían, ante un cambio de régimen, en la primera línea de respuesta ante una invasión alemana. Además, se convertirían en los instructores de un ejército dispuesto a intervenir en ayuda de una supuesta invasión aliada [146].

Todos forman parte de una red más compleja, que, en dosis reducidas —como se presenta en los archivos británicos—, es difícil de observar en sus primeras fases. Sobre todo en cuanto a la magnitud del trabajo de creación de redes emprendido. Otro de estos proyectos, el denominado «*Blackthorn*», tendrá, como veremos en las páginas siguientes, un especial recorrido. Pero es que buena parte de estos planes se entrecruzan, se mezclan, aparecen y desaparecen transformados en otros nombres, y en otras personas y grupos. Sin embargo, en el origen de estas estructuras siempre existe una característica común: la precariedad de tiempo, la urgencia. Las primeras líneas referidas a la «*Blackthorn*» lo dejan bien expreso:

La idea subyacente, sin embargo, es atacar las comunicaciones en el área de los Pirineos por medio de agentes infiltrados después de la ocupación alemana, y organizar centros de guerra de guerrillas en una línea que se extiende desde el noroeste al sureste de España, escogiendo particularmente las áreas en donde el terreno es difícil y las comunicaciones son por lo tanto más vulnerables... [147].

En estos primeros informes se ratifica esta tesis de que otros proyectos paralelos se encontraban en preparación. Su preparación previa llegaba al punto de dividir la península en zonas geográficas concretas de influencia y actuación. Según esta primera estructura, España se dividía en diez áreas: «a) Pirineos Central; b) Pirineos Oeste; c) Oviedo-Ponferrada; d) Montañas de la Culebra; e) Salamanca; f) Montañas de Credos; g) Montañas de Toledo; h) Montañas de la Calderina; i) Sierra Morena, y j) Montañas de

Tabilla». Las áreas de los Pirineos tendrían su base en el exterior, en localizaciones de dominio británico: Pirineos Central, en Gibraltar; Pirineos Oeste, directamente en el Reino Unido. La superficie desde el área noroeste hasta las montañas de Credos, es decir, toda la zona norte española, tendría su base en Oporto (donde las compañías vinateras inglesas se usarían como «tapadera» y base de comunicación)[148]. Las áreas del sur desde Toledo tendrían su base también en Gibraltar. La intención inicial era conseguir barcos de pesca que sirvieran de enlace (y de refugio) en algunas áreas especialmente relevantes estratégicamente, como el área de Barcelona, Gibraltar y la costa norte española. También de manera inicial se pretendía llegar a acuerdos para comunicarse tanto con aquellos grupos de guerrilla que estaban «bajo control británico» como con aquellos que actuaban de manera independiente[149].

Le seguía un informe de varias páginas perfectamente estructurado y sintetizado, sobre clima, geografía... Se indicaba de manera expresa que ninguna fuerza británica oficial podría apoyar a la resistencia española. Solo los grupos más clandestinos del

SOE

, el

SO

2, se convertirían en el único recurso para dar asistencia sobre el terreno. Se consideraba a la guerrilla española como capaz de automantenerse casi todo el año, excepto en la montaña en invierno. Se estimaba que sus movimientos en verano deberían ser restringidos debido a la escasez de agua. Se aconsejaba que los movimientos que había que realizar serían más factibles durante la hora de la siesta («*a long siesta is customary in the middle of the day*»), debido a que se acostaban a «horas avanzadas de la noche».

También se consideraba que la llegada de los alemanes podría jugar en su contra. Se desarrollaba el supuesto de que una invasión alemana rompería todos los planteamientos políticos sobre la sociedad española, incluso esa diferenciación entre sectores políticos progresistas y conservadores. Esta última descripción tiene una muy significativa acotación manuscrita al margen: «*I wonder*» («Me pregunto»). Además, los análisis británicos consideraban que, en el supuesto de que hubiera una resistencia por parte del ejército español, esta sería escasa, debido a su reducido equipamiento y a

una moral muy deteriorada. Se estimaba que «en las condiciones más favorables, y sin oposición, las unidades motorizadas y blindadas alemanas llegarían a Madrid el cuarto día». La situación era absolutamente desfavorable para los intereses británicos. Se reproducía el esquema de los años victoriosos del Tercer Reich. Invasión contundente y rápida. La llegada a la zona norte de Gibraltar se estimaba en tres semanas, 21 días. La «Quinta Columna» alemana en España rondaría en aquellos momentos entre 80 000 y 100 000 personas, con gran diferencia respecto de lo que ocurría en Portugal, que solo se estimaba en 5000 alemanes.

Se hacía necesario bajar a lo concreto. Las posibilidades de invasión se percibían reales. ¿Y con qué recursos se contaba en aquel momento? ¿Cuáles serían las primeras acciones en la resistencia?: 1) se necesitaba la aportación de grupos reducidos: 20 británicos con dominio del idioma español y 6 británicos que pudieran realizar desplazamientos, además de otros 20 españoles entrenados por los británicos en trabajos de sabotaje, combinando varios equipos; 2) la obtención de material de sabotaje sobre el terreno; 3) habría que custodiar y vigilar los materiales de sabotaje desplazados; 4) apoyo desde el 25 de marzo del navío *Fidelity*;

HMS

5) el desplazamiento ya en la península de personal del

SO

2; 6) utilización de personal civil en empresas radicadas en España y Portugal que pudiera ser empleado según necesidades. Se estimaba como prioritaria («*as soon as possible*») la recogida de información, circunstancia ya iniciada, pero ahora se apuntaba de manera concreta la vigilancia de puertos y sistemas de comunicación.

Tras estas estimaciones se planteaban dos opciones:

- a.) Introducir agentes y materiales en las áreas seleccionadas para organizar centros de resistencia. Ventajas: mayor capacidad de coordinación y preparación para una posible resistencia. Inconvenientes: no en todas las áreas se puede realizar, como por ejemplo en la zona más vigilada de los Pirineos.
- b.) Esforzarse en introducir agentes en áreas ya ocupadas por el

enemigo, como, por ejemplo, los Pirineos. Ventajas: una mayor capacidad de realizar acciones de sabotaje. Inconvenientes: sería una acción para considerar a medio plazo, imposible de verificar de manera inmediata[150].

Ninguna de las opciones se desechara, pero se prefería la primera. De hecho, en la contestación de Londres se apoya esta, especialmente por la urgencia[151]. Según la información, el número de desplazados formados directamente desde el SO

2 sería de aproximadamente cuarenta personas, con un coste estimado de 10 000 libras en equipamiento y material, y superior a 5000 libras al mes en gastos frecuentes[152]. Pero al final fueron más. La interrelación entre grupos operativos preparados y la demora en las operaciones provocó que el número fuera mayor, entre relevos y cambios a través de los años.

Además, desde febrero de 1941 el

SOE

recibe órdenes de limitar todo tipo de actividades que pongan en peligro las relaciones de Gran Bretaña con Franco. No solo Hoare paralizó la realización de estas actividades secretas en España, sino que el responsable de estos servicios en Portugal, Ronald Campbell, llegó incluso a imponer la prohibición casi absoluta de actividades de los servicios secretos[153].

El posicionamiento británico adoptado desde la llegada de Hoare provocó que las relaciones con los grupos guerrilleros ya existentes en España fueran más allá. Hillgarth insistía en que se «alejara a los “rojos” de sus planes y Hoare prohibió toda relación con fuerzas hostiles al régimen franquista»[154]. De hecho, en un informe de abril de 1941 en el que se comparaba la actividad de los

SO

2 y el grado de cumplimiento en la creación de la «organización de sabotajes» en los países europeos elegidos, se consideraba que España era el país en que se encontraban más dificultades. Esto era así, sobre todo, por la buscada falta de relación entre británicos y grupos españoles de resistencia. De hecho, se les consideraba «personal sin entrenamiento». Además, las dificultades que en las fechas anteriores tuvo la creación de la estructura del

SO

2 en España, cuando se relacionó a dos de sus miembros con los grupos de izquierda en Portugal —posiblemente vinculados a la guerrilla[155]—, habían provocado también serios problemas en el desarrollo de la organización[156]. El objetivo no era tanto dar un golpe interno contra Franco —opción siempre presente— como mantener a los alemanes fuera del control peninsular. Franco podía permanecer en el poder siempre y cuando no cediera el terreno de manera absoluta a los alemanes. Se convertirá en una conducta de actuación diplomática permanente: se prefería no mover ficha antes que alterar el equilibrio de intereses británico/español.

Y la señal era clara. Como le informaba Hoare a un alto responsable británico en Gibraltar el 31 de marzo de 1941: «De una cosa estamos seguros, de que no puede haber entrada en España de agentes del

S.O.E.

hasta que los alemanes entren en España». Esta comunicación se realiza después de mantener una reunión al más alto nivel con Yencken, Torr y Hillgarth. Precisamente a este último se le encomienda la centralidad de las decisiones y, en concreto, de las posibilidades de esta misión[157].

En la primavera de 1941, la sensación en la Embajada británica seguía siendo de notable inquietud. Las informaciones que suministra el «topo» del servicio de inteligencia español aluden a que la resistencia en Egipto al avance del Eje «la hará cerrar en lo posible el Estrecho de Gibraltar como lugar de estratégico alcance para el suministro de hombres y material al cercano Oriente». El cierre de la frontera franco-española en Hendaya se consideraba un acto de poca amistad hacia España para obligar a una mayor adhesión de esta a la política del Eje. Según algunas fuentes de archivo, para Gran Bretaña, España se convertía en objetivo prioritario. Urgente: «Conservan una muy cauta actitud sobre España y se les nota el nerviosismo de una creciente preocupación sobre lo que se hace, lo que se piensa y lo que se dice en la calle [...]. Temen sinceramente que España en plazo breve se identifique con la causa del Eje»[158].

Y aquí se encontraba la red conocida como «*Ali Baba and Thieves*» («Alí Babá y Ladrones»), diseminada por la costa

peninsular española, especialmente en su territorio meridional. Se envió a su líder, Alí Babá, a mediados de febrero, estructurando a sus «ladrones» posteriormente. Los primeros documentos conocidos sobre esta red datan del 8 de febrero de 1941. Se indica que el líder sería enviado en el siguiente convoy (12 o 14 de febrero). En esta fecha ni siquiera había puntos todavía concluidos (que se encontraban en «fase embrionaria») como uniformes españoles, tarjetas de identidad... Ni siquiera Alí Babá había conocido a los 40 miembros de su equipo. Tras mantener varias conversaciones con los responsables del

SO

2 en las cercanías de Londres, el teniente coronel elegido marcharía a Gibraltar sin conocer al cien por cien al equipo que dirigiría [159].

En el mes de enero se realizó el proceso de selección y, entre los distintos candidatos a dirigir el proceso —es decir, quien sería «Alí Babá»—, se eligió a un teniente coronel. A principios de febrero ya se encontraban en la fase de entrenamiento un total de 27 personas, incluido Alí Babá. Tras su paso a Gibraltar, dependerían también de las autoridades británicas del Peñón. Y el proceso se aceleró —se realizó en un mes— para introducir lo antes posible estas tropas de total confianza [160]. Se incidía de manera especial en el entrenamiento sobre los sistemas de comunicación. Para esta operación se desplazaron seis radios que se dividirían: uno con Alí Babá, otro en Gibraltar —posteriormente dos— y cuatro repartidos entre los miembros volantes del grupo [161].

En el primer día de marzo se notifica parte del material que tienen que desplazar al Peñón (que se considera más «voluminoso de lo que se había imaginado»): medicamentos para caso de heridas graves (que sustituyen a la morfina tradicional), uniformes españoles específicos (aunque inicialmente se pensaba enviar para todos)... Esta carta se dirige al «Coronel Hutcheon», al que se le insiste en que se le informará «al Capitán Hillgarth en Madrid de su salida, y no tenga duda de que arreglará, posiblemente a través de su ayudante Babington Smith, ponerse en contacto con usted». La carta finaliza con la firma de Quennell, que le «da sus mejores deseos de éxito en la empresa en la cual estábamos asociados» [162].

En la misma fecha también se le informa de la existencia de un barco en Gibraltar, el *Gebel Djersa*, que podría solventar algunos de

los problemas con los que se podría encontrar esta red a su llegada al Peñón. Entre estos se encontraban la evacuación de un número aproximado de 3000 gibraltareños en el supuesto de que Gibraltar fuera tomada, el bloqueo militar de la entrada en el puerto, la custodia de personas que atravesaran por el Peñón con la protección del

SO

2 («por ejemplo, polacos o italianos»), la seguridad de los «ladrones de Alí Babá» o el control del material de contrabando. Se indicaba que en un plazo de 48 horas el barco estaría dispuesto, provisionado y con tripulación. Incluso se aconsejaba que la mejor manera de impedir cualquier información sobre la actividad («it is a *sine qua non* of any plan for Spain») era tener a los «ladrones» encerrados en un barco. Aislados. De hecho, se aconsejaba que el barco funcionara como base, la casa de «los ladrones de Alí Babá», camuflado en su utilización para el contrabando[163].

De manera paralela se plantearon otras operaciones como la denominada «Claribel», solo ejecutiva para planes anti-invasión tras una presumible ocupación inmediata. Todas ellas se encuentran encuadradas en un marco de acción global que recibe el nombre de «Relator Project». Lo que aparece en estos papeles es la formación y entrenamiento en Escocia y las cercanías de Londres de varios grupos (dependiendo de las especialidades de su formación), que van saliendo hacia Gibraltar y el territorio español en períodos de aproximadamente quince días. A la altura del 7 de marzo se elabora un informe en el que se señala a los 21 elegidos: hombres entre 21 y 34 años, con distintos rangos militares (1 teniente coronel, 20 capitanes, 7 sargentos y 1 ordenanza, al que le habían reconocido el derecho de asistencia para el teniente coronel Hutchinson) y, curiosamente, casi todos con hijos. Tres de ellos (Kemp, Musson y Robert) procedían directamente de los servicios de inteligencia. Se convertirían en elementos de confianza —de algunos de ellos hemos recogido en páginas anteriores su trayectoria y los porqués de la idoneidad de su reclutamiento— para desarrollar acciones fuera de Gibraltar; por ejemplo, en Marruecos o en el norte de España.

Se enviaron en varias tandas. Una, a principios de marzo. Otros salieron entre el 15 y el 20 de marzo[164]. Se les notificaron instrucciones precisas sobre cómo tenían que comportarse tras su

llegada a Gibraltar. Su destino dependía solo de si se realizaba o no la invasión. Se señalaban con un «antes de que los alemanes invadan España» o un «después de que los alemanes invadan España». En el segundo de los casos, el personal se introduciría sin perder tiempo desde Gibraltar en las áreas designadas para operar[165].

Tras Gibraltar, la defensa irrenunciable del territorio británico, la segunda zona considerada como objetivo era el noroeste de España. Ya en estas fechas se encuentra un interés notable en la realización de posibles acciones directas en esta zona, en combinación con los equipos de la operación «Sconce». De hecho, a la altura de mediados de marzo se planteaban dos posibilidades: una posible acción combinada, entendemos que con la guerrilla ya organizada en aquel territorio, y otra de acciones llevadas directamente por el equipo de procedencia británica[166].

Pero el tiempo pasaba y la invasión no llegaba. La impaciencia parecía hacer mella entre unos agentes dispuestos para la acción. Sobre el terreno se realizaba un aprendizaje que complementaba el ya realizado en los meses anteriores. Parte del equipo del «Relator» llegó el 20 de abril a Gibraltar. Su entrenamiento en el terreno comprendía cinco puntos esenciales: 1) entrenamiento físico: largas escaladas a la Roca, partidos de *hockey* natación, con la salvedad de que los oficiales mantenían su propio entrenamiento de combate; 2) español: se instruía a un grupo de diez oficiales cuyo español necesitaba mejorarse durante dos horas al día; 3) comunicación: todos los oficiales eran adiestrados para leer y enviar señales en código morse; 4) conducción: práctica de conducir coches por la zona derecha de la carretera y, a partir de la semana siguiente, con motos; 5) derribos: información con visitas a sitios en Gibraltar y otros con fotografías, y 6) primeras ayudas: lecturas sobre cómo proceder ante casos urgentes. Además, realizaban visitas a los barcos y submarinos británicos fondeados en el puerto, a los nuevos túneles de la Roca para observar los métodos de las operaciones, con realización de vuelos en avión[167].

El teniente coronel al mando indicaba que en poco tiempo había mejorado notablemente la capacidad de sus hombres con el ritmo del entrenamiento[168]. Parecidas prácticas a las ya citadas realizaban los del grupo de Alí Babá: conducción de coches,

preparación de la intendencia —raciones de comida, gasolina, material diverso...— e incluso prácticas de explosión en barcos[169].

Los desplazados a la península en las operaciones «Relator», «Blackthorn» y «Ali Baba», con centro en Gibraltar, tras el envío de informes[170], y un conocimiento adecuado del terreno, plantearon directamente a Londres a finales de abril cuatro propuestas para la acción, que según su análisis mejoraban las previsiones iniciales:

- a. Organizar la resistencia militar española: lo consideraban la opción más fácil y capaz de realizarse en cualquier momento.
- b. Organizar una resistencia en torno a la línea del Guadalquivir con Muñoz Grandes. Este general, uno de los hombres de mayor confianza del Caudillo, pero también de mayor prestigio dentro del estamento militar, fue sondeado, como otros, por parte del Gobierno británico para su colaboración en un hipotético futuro. Esta opción se contemplaba también fácil de realizar, pero se suponía que no habría una invitación oficial del Gobierno español, sino que se llevaría a cabo tras el desprestigio de la figura de Franco después de la entrada alemana.
- c. La creación de una resistencia ocasional en el sur, también dirigida en esta ocasión por Muñoz Grandes, pero con apoyo español. No se veía como una salida muy satisfactoria, pero la consideraban útil para desorientar a los nazis y permitir retrasar su ataque sobre el territorio británico de Gibraltar.
- d. Que el régimen franquista diera un permiso a los alemanes para atravesar España. Era el supuesto que más desarrollaron desde los servicios de inteligencia británicos (posiblemente por las informaciones que les llegaban de colegas españoles). Pero también se consideraba la situación más complicada de abordar de todas. La infiltración de los agentes se realizaría especialmente a través del puerto de Málaga para sabotear el transporte militar, mercante y de petróleo. Conllevaría acciones urgentes, pero ya correspondería a decisiones directas del

SO

2 y Londres, puesto que tendría que contar con el apoyo del Consulado[171].

Según la documentación que hemos revisado, este último era el supuesto más aceptado entre los miembros desplazados a Gibraltar. De hecho, coincidiría con la opinión de testimonios posteriores que relatarán que en abril se encontraban dispuestos en Gibraltar un numeroso grupo de militares británicos del

SOE

con el objetivo de infiltrarse ante la invasión alemana[172]. El mes siguiente, en mayo, tomaba posesión el nuevo gobernador de Gibraltar, lord Gort. Hombre con experiencia —pertenecía al Estado Mayor Central y había sido comandante en jefe de las tropas británicas en Francia—, se convirtió en el principal impulsor del entramado defensivo del Peñón: se instalaron baterías antiaéreas, radios, túneles bajo tierra dentro de la Roca; se construyeron cuarteles, depósitos subterráneos para abastecimiento o, sobre todo, el aeródromo. Gort, en el plazo de un año, hasta su salida hacia Malta en mayo de 1942, había transformado las posibilidades defensivas del Peñón, y consolidado su potencialidad estratégica en beneficio de los países aliados y de Gran Bretaña en particular. Para Hoare, la construcción de este aeródromo se convirtió en un elemento decisivo para el rumbo del conflicto en el Mediterráneo: «Se convirtió en poco tiempo en un gran aeródromo de cerca de mil yardas de largo [...]. Sin las facilidades que proporcionó a las fuerzas británicas y americanas en el transcurso del mes de noviembre, el desembarco en África del Norte tal vez no hubiera tenido éxito»[173].

Los responsables de la Embajada en Madrid frenaron las ansias de entrar en combate de los agentes desplazados en Gibraltar[174]. Londres advertía de que las operaciones «Sprinkler» y «Sconce» no estaban bajo la dirección de Gibraltar, sino que se encontraban directamente bajo el control del Foreign Office. Además de considerar excesivamente arriesgada la opción de introducir inicialmente hombres en Málaga, es bien cierto que los movimientos respecto a la anticipación de las acciones alemanas podían causar un efecto de conflicto diplomático nada aplicable a la estrategia «contemplativa» del embajador.

Y no pararon aquí las demandas. El responsable de la «Relator» coincidía con «Ali Baba» en que los «Servicios Irregulares» deberían tener una mejor estructura, pero sobre todo más acción. El hecho es

que esta «Alternative Relator» envió su opinión a Londres en los días siguientes, insistiendo en que la capacidad de entrenamiento del personal británico desplazado excedía con mucho a las actividades que les habían sido encomendadas hasta el momento.

Se insistía en que la mejor opción sería la entrada en la zona Málaga-Ronda-Antequera-Loja, por su práctica de contrabando y también por la capacidad de establecer ayuda sobre el terreno con mayor facilidad. Había grandes posibilidades de que esta fuera la ruta de entrada elegida por los alemanes. Este plan consistía en el desembarco del grupo y del material de noche a través de un barco de contrabando de tabaco en el puerto de Málaga. Divididos en dos grupos, finalmente conectarían con los grupos de la resistencia [175].

Impaciente espera: la expansión de la red (verano-invierno de 1941)

En el grupo de Alí Babá esta tardanza a la hora de entrar en acción fue considerada casi un desprecio. Se interpretó que se les dejaba de lado, en beneficio de otras alternativas, como la «Blackthorn» [176]. Lo cierto es que esta combinación de medidas diplomáticas con la acción de militares especializados y la espera fue motivo de especial conflicto entre los tres núcleos del proyecto: Londres, Gibraltar y Madrid. La respuesta de Londres fue como casi siempre sutil, matizando ciertas diferencias en el planteamiento del golpe (que los grupos entraran desde las cercanías de Málaga y no directamente, o un menor número de miembros para desarrollar la acción...), pero sobre todo su oposición se centró en las grandes dificultades de pase de la frontera tanto de personas como de material. Para el

SOE

no era factible este traslado, especialmente ante la inseguridad del apoyo por la resistencia española [177].

A medida que pasaban los meses, la alerta cambió de territorio. Gibraltar, la prioridad máxima, había sido reforzada. El territorio noroeste de la península iba creciendo en importancia. El «Plan Félix» alemán fue sustituido por la «Operación Isabela» (este último,

sin necesidad del consentimiento de Franco). Diseñado este plan en mayo, modificado en junio, insistía en una invasión por la fachada atlántica de la península ibérica, «con objetivo de anticiparse a una posible invasión británica» y asegurar la «Operación Barbarroja» contra el este de Europa [178].

El control marítimo de la zona norte peninsular se intensificó con la instalación de emisoras de radio, proceso que también ocurrió en el sur español. En el caso concreto del noroeste, desde mayo de 1941 la emisora de Radio Nacional de España en A Coruña, tras terminar su programación, entre las 12 de la noche y las 4 de la madrugada, emitía una señal especial, que partía de una emisora de radio móvil instalada sobre seis camiones de origen alemán. De manera paralela a la aparición de estas señales, los británicos percibieron que se intensificaban las operaciones aéreas alemanas sobre los barcos ingleses en el Atlántico. Un año más tarde, en septiembre de 1942, Franco y la Alemania nazi habían cerrado un pacto verbal para la construcción de «dos estaciones aéreas en la costa noroeste española», objetivo que encomendaron al agregado naval en Madrid [179]. La emisión de señales de radio duró prácticamente hasta la retirada del Tercer Reich de Francia en septiembre de 1944.

A estas se añadió la existencia de una estación
SONNEN

en Castro de Rei (Lugo), que orientaba los vuelos de la Luftwaffe y operó con personal alemán hasta el final de la guerra, así como un servicio meteorológico establecido en Santa Uxía de Ribeira (Pontevedra), a cargo también de personal de procedencia germana que enviaba información recogida en bimotores Heinkel con distintivos españoles [180].

Respecto a la capacidad de contrarrestar una posible intervención directa de tropas alemanas en el norte peninsular, los informes de la Embajada inglesa indicaban textualmente que «tendrían ciertos problemas y la previsión de una ocupación de Galicia en nueve o diez días era demasiado optimista». Consideraba que se podría relanzar en menos tiempo, «a pesar de la resistencia» que se podría encontrar, «de las deficientes comunicaciones y del mal tiempo habitual» [181]. Entre los meses de mayo y julio de 1941 llegaron a difundirse las consignas que habrían de utilizar los

delegados británicos de prensa en España en el supuesto de una invasión alemana. En este intercambio de información, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores le indicaba a Madrid y Lisboa que la resistencia en España se contemplaba como más dudosa que la portuguesa[182]. Como ya hemos visto, en los informes del

SOE

la desproporción de influencia de la comunidad alemana entre España y Portugal era destacable. España se estaba «germanizando» de manera rápida.

Las actividades de sabotaje pretendidas no tropezaron únicamente con los obstáculos que ponían los propios servicios de información franquistas, conocedores del doble juego en el que se encontraba buena parte del servicio secreto inglés. El salto hacia la captura de información disponible podía ser asumible por el servicio secreto franquista, que también intentaba captar información nadando entre dos aguas. Pero lo que ya no sería asumible ni defendible por los servicios franquistas era la preparación de acciones de sabotaje sobre los barcos del Eje en los puertos españoles. Supondría una rotunda toma de postura ante el conflicto. Al régimen le obligaría a tomar partido. El pacto nunca comentado, pero siempre presente. Además, al servicio exterior británico por ahora no le interesaba abrir nuevos frentes, sobre todo para no añadir un país más a la lista de expulsados diplomáticos[183].

Pero la política de propaganda del

IS

se encontraba a toda máquina, y no solo dentro de España. Así relataban los servicios de información españoles la influencia del

IS

en Portugal y las informaciones que hacían circular en esta primavera:

Parece ser interesa a los ingleses fomentar la existencia en España de un nuevo frente de batalla, parecido al de Yugoslavia, que tenga la virtud de retrasar la guerra y completar el agotamiento total del ya depauperado Continente europeo.

A mediados de abril comenzaron a correr por

Portugal —especialmente Lisboa y Oporto— rumores de un golpe de Estado en España con fines favorables a la fracción germanófila, anunciándose la llegada de incógnito a Lisboa de

S. E.

el Generalísimo Franco, del que también decían había sido destituido de la Jefatura del Estado Español...

También se habló del «seguro» paso alemán por España en dirección a Gibraltar; coincidentes con estos rumores, tomaba auge la conspiración contra Salazar y en todo ello se veía la mano del Intelligence Service[184].

Son sobradamente conocidas las referencias a Lisboa como una especie de «puerto franco» en la interrelación de servicios de inteligencia de distintos países durante la Segunda Guerra Mundial[185]. En un informe de los servicios secretos españoles se alude a una información procedente de Lisboa en la que se indicaba que el duque de Maura le pasaba a Gil Robles una pensión anual de 3000 escudos, en «estrechísimas relaciones con todo el personal de la Embajada Inglesa en Lisboa». Se insistía en que el político salmantino era «anglófilo», recibía dinero de Inglaterra y se veía con cierta frecuencia con el hijo del duque de Maura, Ramón. Quizás una de las cuestiones más relevantes de esta información es que la fuente señala textualmente que «el que puede informar sobre esto es Jesús Suevos», alto jerarca falangista[186]. Desde luego, el panorama planteado es explosivo: la red monárquica en el exilio en contacto con un importante mando de Falange. Si partimos de la relación ambigua mantenida tanto por Franco como por la Embajada británica respecto al dominio peninsular, y le añadimos este papel casi de «puerto franco» de Lisboa como zona de contacto habitual entre contendientes en el conflicto, no resulta difícil de visualizar.

Pero no debe ser menos esta apreciación respecto a la segunda ciudad del país, Oporto. Ya hemos visto en las páginas anteriores dónde se localizaba la base británica respecto de posibles actividades del

SO

2 en el noroeste español. Pero es que, además, desde la perspectiva de la zona norte, Oporto siempre fue un punto de referencia en la huida de refugiados o del exilio español. Observaremos más tarde cómo estos servicios de inteligencia tenían en la ciudad norteña capital importancia.

La preparación británica ante los proyectos de invasión no era desconocida para estos sectores de inteligencia. En junio de 1941 se comentaba que había españoles que se encontraban entrenando en Gran Bretaña hace meses para introducirse en grupos (con o sin oficiales británicos):

Los entrenamientos estaban destinados a sabotear centros estratégicos, manejar bombas de mano, voladuras de edificios, puentes, carreteras, vías de tren. Cualquier cosa que sirviera para entorpecer a los alemanes en los territorios invadidos. Los ejercicios se efectuaban a plena luz, o los despertaban de madrugada para practicar en la oscuridad. Las estrategias variaban tan continuamente como la realidad[187].

Y también se atrevían a aventurar, a pesar del interés dispuesto en el control del sur de España, que el destino preferente de estas fuerzas sería la costa norte de España, incluso con el apoyo de un destructor a corta distancia por si hubiera problemas[188]. Otra vez el discurso de Franco conmemorativo de la sublevación del 18 de julio de 1941, marcado por su carácter antibritánico, acelera las dinámicas. Cinco años después del golpe militar contra la República, se pensó incluso en la posibilidad de organizar otro golpe contra él, idea que no desecharían durante buena parte de la Segunda Guerra Mundial, como veremos a lo largo de estas páginas[189]. En distinta medida las concentraciones antibritánicas seguían produciéndose como pinza de presión establecida entre Franco y Serrano Suñer sobre la Embajada. Incluso el 24 de julio, pocos días después del discurso conmemorativo pieza angular del régimen, se organizó una manifestación hacia la Embajada británica de la calle Fernando el Santo, se había retirado la guardia policial de la Embajada, con un furgón cargado de piedras... e incluso hubo varios coches alemanes con cámaras de cine para difundir la presión

sobre Gran Bretaña en España [190].

Pero ahora, reforzado Gibraltar, comienzan a desechar posibilidades. En papeles internos del

SOE

de agosto de 1941 se considera que los objetivos de «Sconce» y «Sprinkler» eran impracticables. Desde la inteligencia británica en Madrid se indicaba que desde febrero hasta este mes de agosto «las circunstancias habían cambiado tanto que la Operación Relator en la forma contemplada originalmente había dejado de ser practicable». Hillgarth se explicaba claramente: «No hay por supuesto insatisfacción con los servicios del coronel Hutcheon; la posición es simplemente que fue reclutado para un objetivo especial que, con el cambio de circunstancias, no puede ser ahora utilizado» [191]. Aunque las circunstancias habían cambiado, no faltaba una dosis de autocritica. Se criticaba el hecho de que «Relator» había sido planificado en origen con un rotundo carácter militar de actividad directa más que como operación de recogida de información, propia de la oficina del

SO

2. De los 19 oficiales iniciales del «Grupo Relator», 6 volvieron a casa y 13 quedaron para su utilización en operaciones en Gibraltar [192]. De hecho, «Sconce» y «Sprinkler» no se abandonan totalmente. Continúan en la reserva. Pero los objetivos deberían cumplirse de otro modo. La línea roja de nuevo...

Es en esta fecha cuando se comienza a considerar la idea de utilizar a algunos de los elementos de los proyectos anteriores como «organizadores en el norte de España si las dificultades políticas y de otro tipo cambiaran». Concretamente, se citaban los casos particulares de los capitanes Kemp y Burton, dos de los oficiales de la «Relator». Se consideraba que podía ser muy útil tener una o dos personas entrenadas y preparadas ante la oportunidad de reclutar gente en el norte de España [193]. Pronto surgió la oportunidad del regreso: en septiembre se indicaba al

SO

2 que era posible que en fecha cercana se creara una pequeña organización de resistencia en Navarra en la que su experiencia resultaría de utilidad [194]. De hecho, esta idea de contar con grupos de requetés como apoyo ante una posible invasión alemana

de España se ve apoyada en la información posterior de algunos procesos de desnazificación[195].

A la luz de la documentación consultada, parece que la estructura de búsqueda y recogida de información se encontraba con buenos cimientos, pero faltaban directores, elementos capaces de integrar las redes de intervención directa que se habían estado formando y desplazando. No eran necesarios grandes movimientos. Un par de personas bastarían. En este caso se había señalado a dos excombatientes de la Guerra Civil que verían con buenos ojos desplazarse desde el sur de España hasta el norte —los capitanes Kemp y Burton ya citados—, pero los informes internos evidenciaban la necesidad de una dirección más formada y experimentada.

Resulta muy curioso contrastar el hecho de que buena parte de los recursos británicos que se ponen en marcha en la España de estos años, tanto de carácter diplomático como estrictamente militares o de inteligencia, hayan tenido una experiencia previa desde posicionamientos conservadores: Hillgarth, Hoare..., pero también sectores estrictamente de combate como el propio Peter Kemp. Un personaje central en el desarrollo del SOE

en España, en estrecha relación por los datos descubiertos hasta ahora con grupos guerrilleros y que enlazaría, precisamente en la zona noroeste, con los servicios de inteligencia británicos. Hijo de juez y educado en Cambridge, se desplazó como voluntario a luchar contra el comunismo en la Guerra Civil española, como acreditado de un periódico, y sirvió en una unidad de los requetés y posteriormente de la Legión. Tras regresar a Gran Bretaña por heridas de guerra, volvió a España en 1939 y recibió reconocimiento personal del propio Franco. Durante este tiempo se encontró con Douglas Dodds-Parker, miembro de la inteligencia militar, quien lo reclutó de nuevo para enviarlo a España en estos años[196].

La vía de utilizar para las actividades de inteligencia de manera preferente el noroeste de España, con el apoyo de la red de inteligencia británica en Portugal, especialmente en Oporto, cada vez se consolidaba más. Era evidente que por el sur la influencia gibraltareña y lisboeta facilitaba mucho esta tarea. Además, hay que

recordar que la invasión alemana significaría la pérdida de Gibraltar, pero también el contacto directo que se establecía con Portugal. Si no se acometía la defensa de España, esta entrada constituía la pérdida del «puerto franco» de Lisboa y, peor aún, las posibilidades de utilización de las Azores. En todos los mapas que preveían la entrada militar alemana en España el objetivo final era Portugal, no España, en virtud de la mayor sintonía británica con el país luso. El Mediterráneo estaría perdido, así como el control de la ruta hacia el norte de Europa por el Atlántico. El planteamiento de intensificar la actividad del

SO

2 en el norte coincide con las fechas en que el futuro responsable y director de la Red Norte de información, Lorenzo Sanmiguel Martínez, se desplaza hacia el sur de España desde León (recorriendo Madrid, Córdoba, Sevilla y Algeciras). A su vuelta, comienza su actividad con el objetivo de empezar una campaña de intoxicación hacia el régimen para indisponer a militares y clero con la Falange [197].

En un informe sobre la situación interna de Portugal y España se observaba al régimen español en estrecha colaboración con el régimen nazi. La comparación que se establece sobre ambos países destaca que España se encuentra a gran distancia del compromiso portugués, pero Portugal tendría que verse obligado a secundar la actitud de Franco, de manera forzada o no. En España, la presión anticomunista era muy fuerte, extendiéndose a todas las capas sociales, de una u otra manera:

En España, mucho más que en Portugal, el Gobierno siempre está buscando algún tipo de excusa para aniquilar a sus oponentes políticos. La guerra ruso-alemana es una excelente excusa del Gobierno para arrestar a los «simpatizantes comunistas». Para lograr ese fin, fue necesario crear en el país la aparición de una «psicosis comunista». En la campaña anticomunista que se evidenciará en la Península durante las próximas semanas o meses, España es sin duda la parte que de manera constante llevará la iniciativa en este sentido [198].

La centralidad que el

SOE

había designado para la ciudad portuguesa de Oporto en relación con sus actividades en el noroeste español hacía que el corredor gallego-portugués con destino en la ciudad portuaria tuviera un notable flujo. La policía portuguesa tiene amplio conocimiento de ello, cuando menos constatado desde septiembre de 1941. En esta fecha, se envía información al Foreign Office, desde fuentes vinculadas a la policía lusa, en la que se comenta que en Oporto la

PIDE

había interceptado una considerable cantidad de propaganda «anglo-francesa», enviada —con la cobertura de varias empresas comerciales— desde el norte de Portugal hasta Francia y el Marruecos francés [199].

Y convergen más factores en estos momentos que denotan la sensación de urgencia británica respecto a la defensa de la península. También en este verano, concretamente en agosto de 1941, se hace un llamamiento por el

PCE

para la creación de la Unión Nacional [200]. La movilización es notable en el interior y en un contexto nada favorable: reuniones estudiantiles y llamamientos en contra de la dictadura. Además, tenemos que hacer constar las importantes bolsas de huidos, fugitivos del régimen que, con una incipiente organización, se encuentran en los montes españoles y que de cuando en vez realizan alguna acción que permite visualizar su existencia. El servicio exterior británico intercepta una carta, cuya autoría desconocemos, supuestamente dirigida de Buenos Aires a China [¿sic?], en la que se informa que se estima en 30 000 personas las que se encontraban escondidas en los montes de Asturias, Badajoz, Andalucía... Y su actividad no se consideraba reducida, sino que se asumía que podían jugar una potencial baza en el conflicto mundial:

Estos fugitivos se han convertido en bandas de guerrilleros y frecuentemente descienden de las montañas para atacar a la Guardia Civil u otros cuerpos de falangistas, para capturar sus armas y municiones y así continuar la

lucha [...]. La gente del campo está aliada a la guerrilla y siempre que pueden ayudan[201].

Siempre estuvo presente. En silencio, la guerrilla fue una baza a considerar por los británicos, pero nunca utilizada en su totalidad.

Y es que la situación en estos meses distaba de ser fácil. Samuel Hoare, antes de marcharse a Londres, entabla una breve conversación con Franco de alrededor de tres cuartos de hora el 29 de septiembre de 1941. Esta cita, solicitada por el británico, comenzó ya con ciertas reticencias por parte del Caudillo. En palabras del mismo Hoare: «Como no parecía ansioso por comenzar la conversación, le pregunté si le gustaría escuchar mis puntos de vista sobre el estado actual de la guerra. Cuando dijo “sí”, describí su posición de la siguiente manera [...]». Y es que las consideraciones expresadas por Franco a estas alturas sobre la guerra no eran coincidentes con la opinión británica:

Franko respondió que Hitler no había finalmente fallado con sus objetivos estratégicos, que Alemania era mucho más fuerte hoy que al comienzo de la guerra, que los recursos alemanes eran inagotables y que el frente ruso estaba irremediabilmente roto. Su conclusión fue que si bien podría continuar la guerra, el único resultado sería el sufrimiento inútil y la anarquía en Europa... [202].

Pero los meses que transcurrieron entre el verano y el invierno de 1941 supusieron la consolidación de los apoyos británicos. Desde mediados de 1941 las ciudades que los servicios de inteligencia británicos interpretaban *cubiertas* por el

MI

6 británico eran Bilbao, San Sebastián, Zaragoza, Sevilla y Vigo[203]. Desde diciembre de 1941, y junto a otras, la red de huida del Dr. Eduardo Martínez Alonso funciona de manera casi rutinaria. Desde el café Embassy de Madrid, refugio de las relaciones

anti-Eje

en España, se realizaron numerosos contactos con la Embajada británica con el fin de consolidar esta línea de escape, junto con

otras[204].

En estos meses finales de 1941 se consolida la colaboración de la resistencia española con los aliados en España. Como la incipiente creación de la «Red Ponzán», que vimos en las páginas anteriores y que comienza a desarrollarse como una realidad en estos años [205]. No casualmente estas redes de huida de los refugiados europeos a través de España tenían su punto de fuga en el norte de la península. Así, el noroeste se convierte en el punto de salida de varias redes controladas por la Embajada británica donde tenía un especial papel dirigente la mujer del embajador, *lady* Maud. Entre los papeles privados de Samuel Hoare se encuentran numerosas referencias de su intervención; por ejemplo, a través del suministro de prendas de vestir a determinadas zonas de España. Sirva como ejemplo la dirigida por Martínez Alonso, en ruta por lugares como León (Hotel Oliden), Bañeza, Vigo y Tui, hasta salir finalmente por el embarcadero de A Portela (Vigo) [206].

Este goteo constante de refugiados tuvo sus problemas. La idea inicial, finalmente desarrollada con éxito, de desplazar de manera clandestina a los refugiados por toda España desde Barcelona y Francia fue considerada a finales de 1941 muy peligrosa. Se llegó a pensar en llevar a los refugiados directamente al enlace máximo del SOE

en la Embajada inglesa en Madrid, restando así complicaciones excesivas al recorrido[207]. Pero esta tampoco era la mejor solución, debido a la vigilancia extrema que se establecía sobre las actividades de la sede diplomática: interna y externa.

¿Precauciones? Todas. Aunque sin la urgencia de aquellos primeros meses del año 41. A finales de este año se planifica desde Londres para Gibraltar —con el apoyo de la Marina— la creación de un «Comando altamente entrenado» —para lo que se podría utilizar la experiencia y presencia de los hombres de la «Relator» y de «Ali Baba»—, con el objetivo de realizar ataques a los barcos del Eje, pequeñas incursiones en el sur de Italia y operaciones contra el norte de África y las costas ibéricas [208].

Esta llamada a la acción sorprendió a algunos: «El Proyecto Relator no había sido abandonado». Los mismos protagonistas se sorprendían de que la petición fuera para el grupo «Relator», estimando que había existido cierta confusión en este sentido [209].

En los días siguientes se desarrollaron las fases de estudio, elección y salida de un pequeño número de personas. También se sometieron a un rutinario proceso de entrenamiento en la localidad de Arisaig (Escocia), mezclando veteranos y recién llegados. Un programa intensivo, de aproximadamente un mes; en este caso concreto, desde el 9 hasta el 30 de diciembre de 1941, en horario de nueve de la mañana a cinco y media de la tarde, y con varias actividades[210].

A pesar de todo este movimiento británico, los buques y submarinos del Eje continuaban en los puertos españoles. Incluso con mayor intensidad. Considerando que se encuentra en mejor predisposición para la presión, los británicos comienzan una campaña de protesta por este tema con una notable ofensiva diplomática contra estas acciones en el mes de diciembre de 1941. La estrategia moderada de Hoare continuaba planteándose en clave de precaución, incluso, si se quiere, de cierta adulación. Si seguimos al pie de la letra la información que se le suministra a la Secretaría del Caudillo a finales de 1941 sobre el discurso del embajador británico:

Ningún estadista de país neutral podría superarle en conceptos precisos, seguros, y documentados. Así como que ha demostrado en él su gran patriotismo, su recia independencia y que domina los acontecimientos en bien de su pueblo sin atender a pretensiones ni sugerencias extrañas, sino solamente a la imposición de la realidad [...]. La posterioridad será la que apreciará debidamente el valor de este Jefe de España.

Pero el objetivo era otro bien distinto. Esta misma nota indicaba cuál era la relevancia dada al discurso de Hoare por las embajadas inglesa y americana: «Es igual que se pronuncie de una u otra forma por estimar que España está en período de transición hacia una Restauración monárquica, llegada la cual el Caudillo dejará de ser el Jefe del Estado»[211].

El servicio de inteligencia británico comenzaba a dar sus frutos en algunas de sus iniciativas: los agentes ingleses obtuvieron testimonios de tripulantes de los barcos alemanes. Algunos reconocían abiertamente que habían estado en Vigo en la noche del

14 al 15 de diciembre reponiendo combustible y cargando alimentos del mercante *Bessel*, incluso aportando algún recibí de esa fecha[212]. Había constancia de esta actividad también en Ferrol, Cádiz, Tenerife o Las Palmas[213]. La protesta diplomática surtió cierto efecto, ante la amenaza británica de restringir los derechos de navegación a los buques españoles. A partir de ese mes de diciembre, «se interrumpe» oficialmente el suministro de combustible a las embarcaciones alemanas. Aun así, las dos últimas operaciones reconocidas por el Estado franquista con submarinos alemanes se realizaron en Ferrol en los meses de mayo y septiembre de 1942, con la justificación de reparación de «averías mecánicas»[214].

Para la inteligencia británica se tornaba cada vez más necesario fomentar una resistencia española eficaz. En los primeros planteamientos se entiende que, ante la presumible invasión alemana, solo le harían frente los tradicionalistas en Navarra, debido a su falta de acuerdo con Franco, pero sobre todo contra los alemanes. Sin embargo, se considera a las masas españolas suficientemente preparadas, ya que «no tienen armas capaces de realizar algunas actividades efectivas de guerrilla, además de que, como es sobradamente conocido, no existe ningún liderato que sea capaz de coordinar». Ante esta tesitura se plantean la posibilidad de creación, desde el propio servicio secreto británico, de un movimiento por la libertad de los españoles («*Free Spanish Movement*»). Se desecha inicialmente a los refugiados porque se considera que es virtualmente imposible llegar con ellos a una unidad de acción. En los informes británicos se orientaban hacia la idea de que los dos únicos puntos en común de todos los grupos del exilio son el rechazo hacia la figura de Negrín y la pérdida de respeto hacia sus líderes. La opinión sobre el republicanismo español no había mejorado. Se continuaba en la predisposición británica, ya vista en los años treinta, de que, ante una hipotética posibilidad de cambio en España, se entendía que lo mejor para Gran Bretaña sería enfocar estos esfuerzos hacia la Restauración monárquica. Las sugerencias que acabamos de mencionar del Foreign Office son transmitidas a personal de la Embajada madrileña en los últimos días del año 1941, pero se consideran solo de carácter provisional y, por supuesto, dependiendo mucho del

curso de los acontecimientos [215].

Cambio de ritmo: La invasión aliada del norte de España en 1942

Primer día del año 1942. El Foreign Office se desayunaba con una información que reactivaba las alarmas respecto a la invasión alemana. El enviado en Berna indicaba que, de las aproximadamente 30 divisiones alemanas que existían en Francia en aquel momento, entre 10 y 11 —incluida una de Panzer— se encontraban entre el río Loira y la frontera española; que había una concentración de barcos utilizables para transporte de tropas cerca de Burdeos; o que el Séptimo Cuerpo de Ejército se encontraba dispuesto para operar contra España y Portugal al mando de Von Bock [216].

Esta idea vino a ser apoyada una semana más tarde por otra información procedente de Río de Janeiro por el embajador brasileño en Vichy. Este llamaba la atención sobre el hecho de que «durante las últimas tres semanas los alemanes habían estado enviando tropas a la frontera española, con el objetivo de atravesar España para atacar Gibraltar». Además, se avanzaba un paso más en el proceso, indicando que las conversaciones de alemanes con españoles y portugueses ya se habían realizado y el inicio de la acción ya se encontraba solo pendiente de la decisión de Hitler [217]. Es cierto también que desde el primer momento, desde la inicial comunicación de Berna, las apreciaciones fueron desmentidas por la Embajada inglesa en Madrid. Y no es otro que el general Aranda, reiterado suministrador de informaciones al FO

, quien les confirma que los alemanes no planean ningún tipo de operaciones contra España o el norte de África [218].

Hay también un elemento decisivo que cambia el panorama en el tránsito del año, incluso en el rumbo de los servicios de inteligencia en su relación con el conflicto mundial. Hasta finales de 1941 la inteligencia británica no pudo descifrar las máquinas de cifrado Enigma de los servicios de inteligencia alemanes, la Abwehr.

Desde ese momento el conocimiento del enemigo fue indudablemente mucho mayor [219]. Posiblemente el desmentido de esta intención de invasión de la península fuera uno de sus primeros éxitos por la falta de credibilidad del asunto que otorgaba la Embajada británica.

Se aporta un nuevo grupo al plan «Relator». Previamente ocho oficiales fueron enviados a un curso de duración de un mes a la localidad escocesa de Arisaig. Finalizada la primera instrucción el 30 de diciembre de 1941, fueron enviados en dos grupos de una docena de personas en los primeros días de 1942 a Gibraltar. El número de intervenciones en los puertos españoles, el control de los servicios de inteligencia británicos y la cercanía permanente de las divisiones alemanas a España así lo aconsejaban. Había que aglutinar fuerzas en previsión.

Pero una parte de los «ladrones» de Alí Babá permanecían en Gibraltar, mientras observaban cómo podrían ser sustituidos en cualquier momento por el nuevo relevo de «Relator». Llegaron a enviar un comunicado a la dirección del

SOE

a principios del 42 indicando lo ya comentado en la pasada primavera: que deseaban entrar en acción y que podían aportar mucho más. Algunos de ellos expresaban directamente que querían regresar. Paradójicamente, la respuesta siempre era la misma: que mientras las circunstancias no cambiaran en la relación de España con los alemanes, no se podía hacer otra cosa [220]. De manera específica los mandos superiores de inteligencia citaban las posibilidades aún reales de invasión por parte de Alemania:

Me siento obligado a llamar la atención sobre el hecho de que en este momento están superando los requisitos de la Sección H. Puede ser que si la Península Ibérica fuera atacada de manera repentina por el enemigo, deberíamos estar muy contentos de tener a estos hombres [221].

De hecho, y aunque no de la manera en la que se esperaba, comenzará la acción del

SOE

en Gibraltar precisamente en los primeros días del año 42. Tuvo

lugar la explosión de una valija diplomática británica procedente de Gibraltar en el puerto de Tánger, con el resultado de varios muertos. Se descubrió la intención del

SOE

de colocar bombas lapa en los barcos alemanes. El incidente no evidenciaba un camino fácil para la estructura de sabotaje e información británicos[222]. Más aún, el propio embajador británico recomendaba a algunos de los miembros que actuaban en la clandestinidad que se marcharan. Así se lo comunicó el propio Hoare en su despacho a Eduardo Martínez Alonso, elemento clave de la red de fugas ya mencionado, en enero de 1942:

Siento confirmarle, doctor, que, en efecto, va a tener que marcharse. La Gestapo nos acecha constantemente. Ya han muerto cuatro de nuestros agentes en España y no puedo permitir que sea usted la quinta víctima. Me notifican que están enterados de sus actividades en la vía de escape española y ni siquiera en su finca gallega estamos seguros de poder mantener el anonimato por más tiempo [...]. Nuestra máxima prioridad es que España no entre en la guerra. Cualquier cuestión que lo entorpezca tendrá que evitarse[223].

A principios de 1942, la

PIDE

descubre parte de las redes clandestinas británicas en Portugal de nuevo, sobre todo aquellas en las que se encontraban implicados militantes del Partido Comunista portugués[224]. La caída —realizada no casualmente después del secuestro por el

SOE

de un miembro destacado del servicio de inteligencia alemán, del Abwehr— parece además una advertencia por parte de Salazar respecto de la colaboración de la inteligencia británica en la oposición a la dictadura. De hecho, la organización del

SOE

en Portugal fue parcialmente desmantelada en el verano de 1942, tanto por ineficacia de sus miembros como por la distinta situación diplomática que mantenía Gran Bretaña con el país luso [225]. No es

casual que la política seguida por Franco en este tema contemple meses después acciones semejantes como advertencia.

Más grave todavía para el

SO

2 fue la explosión en el puerto de Tánger de una valija diplomática británica, lo que llevó a un cruce de acusaciones entre los distintos servicios de inteligencia sobre la autoría y la intencionalidad de los explosivos. El Foreign Office se desentendió inmediatamente del asunto y achacaron el problema a la incompetencia de los servicios localizados en Gibraltar. El hecho arrastró con él al jefe del

SOE

en Gibraltar, Peter Quennell, que dimitió posteriormente. Hoare, por su parte, vio reafirmada su estrategia de moderación, de no mover ficha, e intensificó si cabe sus llamadas a la paralización de todas las actividades de carácter específicamente militar del

SOE

en España y Portugal [226].

A mediados de marzo de 1942 regresaron aquellos miembros del SOE

que demandaban su retorno a Gran Bretaña tras estar desplazados un año en Gibraltar. Se les intentó buscar empleo dentro de sus propios servicios, ya en contacto estrecho con las estructuras de inteligencia americana. Un año después del inicio del proyecto «Relator», nueve de los integrantes de su grupo original habían dejado este destino. Habían regresado a sus unidades o integraron los servicios de la Embajada británica. Dos de ellos (Montgomery y Robert) se encontraban prisioneros en Laghout (Marruecos). La nueva orientación será mantener un grupo más reducido en Gibraltar, de alrededor de ocho personas, e integrar a los restantes en otros servicios, bien a cargo de la Embajada o desplazados hacia otras zonas [227].

La relación con el norte de África de este grupo había sido reconocida hace tiempo por los servicios españoles a través de información suministrada por los servicios de inteligencia alemana desplazados a Casablanca. Como se desprende de los informes de un miembro de la inteligencia alemana que, con el nombre de Alfonso Hers, suministra documentación a los servicios secretos españoles durante varios años que procedía de informantes con nombres en

clave como «Alí Babá» o «Pedro». En ellos se describe el armamento británico, buques, aviones, pero también armas o lugares donde se realizan pruebas con armas químicas o con hidrógeno (de hecho, se habla de pruebas en este sentido en Inglaterra). Aquellos movimientos de los primeros meses de miembros del

SOE

hacia el puerto de Málaga también eran citados y, de hecho, se buscaba el desplazamiento de grupos de contrainteligencia —también como representantes comerciales— hacia ese puerto[228]. Toda esta información bien pudiera haber sido suministrada durante estos meses por los miembros del

SOE

detenidos en Marruecos, pero también por otros que se encontraran desplazados dentro de este país.

La actividad de los miembros del espionaje inglés en Marruecos era citada expresamente en los medios de comunicación españoles. El 5 de octubre de 1941, en el dominical *Domingo* de un diario de Madrid, Ernesto de Guzmán publicaba la siguiente información sobre el trabajo del Departamento Colonial de Inteligencia británico, «más complicado y peligroso que el de la Inteligencia del Servicio Secreto». Sus misiones se centraban en dar información sobre importación y exportación, preparar sabotajes, comentar el embarque y concentración de tropas y municiones, tratar con los líderes tribales para atraerlos a la causa británica... Los agentes podían funcionar como representantes de una compañía de suministros petrolíferos, que les permitían realizar constantes viajes, como exportadores de algodón o té, encargados de banca o agentes de barcos comerciales. Dentro de una descripción novelesca se indicaba: «Los agentes saben que en tiempo de guerra sus actividades pueden llevarles a una sentencia de muerte y este terror los hace muy cautelosos y vigilantes. Las compensaciones les llegarán más tarde»[229].

La realidad que demuestra buena parte de la documentación consultada es que los movimientos del Intelligence Service eran bien conocidos por los servicios de inteligencia españoles. Y no solo en el sur. Los informes que se enviaban procedían de distintos lugares de la geografía española, y de manera bastante constante. Por ejemplo sobre A Coruña, tras insistir en un Informe del Servicio

de Información de la Dirección General de Seguridad sobre la necesidad de mayores medios para contrarrestar el enorme despliegue británico en Galicia («personal en cantidad e idoneidad, medios de locomoción, dinero abundante...»), se subrayaba que «se presume que funciona en esta Región con actividad redoblada y que sus componentes se encuentran entre los súbditos ingleses aquí radicados, en íntima colaboración con elementos españoles, afines —derechistas, anglófilos y rojos— reclutados entre los descontentos de buena posición social y los sedimentos, que en gran cantidad, quedan del Frente Popular». Se citaba a determinadas personalidades —el ya conocido cónsul Guyatt (y sus hijos), que realizaba «todos los meses» una visita de «inspección de sus súbditos» con recorrido «Coruña-Ferrol y Coruña-Villagarcía»—; altos empleados del Anglo South American Bank, súbditos británicos —una mujer, Rosemary Magellan Douglas, que se matricula durante un tiempo en la Universidad compostelana y que se desplaza entre esta ciudad, A Coruña y Vigo— y algún civil español. Pero, según la

DGS

, era la punta del iceberg: «Sería necesaria una actuación de gran envergadura, por la que se llegara a fiscalizar sus cuentas, dinero que gastan, que es mucho, y clase de relaciones que cultivan en las altas esferas de la Sociedad coruñesa, para todo lo cual se precisaría una labor de largo alcance»[230].

O la feroz vigilancia que se establecía sobre Ferrol:

En algunos establecimientos públicos, se pone y se escucha la Radio Londres y de Boston, pero dada la situación actual de España, de no beligerante, se desconoce si han de tolerarse o prohibirse estas audiciones. La propaganda que las potencias en contra del Eje, y por consiguiente en contra de España, hacen por medio de la radio, sirve de pasto a elementos perturbadores y desafectos al Régimen, para sembrar el confucionismo [...]. Con cierta periodicidad, se reciben en la Comisaría, y con membrete para Autoridades, sobres procedentes de la Embajada de los Estados Unidos, con propaganda de las fuerzas que luchan en contra del Eje, la cual es destruida[231].

O, cómo no, de otro enclave estratégico como Las Palmas. A los redactores de todos estos informes les llamaba la atención la utilización de mujeres en las redes de espionaje. Tropezaba con una imagen política de la mujer totalmente distinta difundida por el conservadurismo español, que no procedía del franquismo, desde luego, pero que se refuerza con este. El Servicio de Información indicaba que

así se explica la predilección por estas Oficialidades procurando mantener contacto estrecho a base de elementos femeninos. La gran frecuencia de fiestas extraordinarias en lugares selectos como el Gabinete Literario y Club Inglés, estrecha estos lazos de amistad y contribuye a la obtención de noticias pequeñas o grandes, que van pasando por la cadena de anglófilos hasta llegar al centro director de toda la red británica.

Tras la expulsión de los dos miembros citados en páginas anteriores en septiembre de 1940, la actividad del

IS

por Canarias se había incluso diversificado bajo la dirección de Ian Kendall Park, con la participación del cónsul y secretario del Consulado de Brasil, así como de representantes diplomáticos holandeses y escandinavos. El Consulado de los Estados Unidos estaba al corriente: «Coopera a la obra espionil (textual), aunque su actividad se supedita en ese orden a las instrucciones inglesas».

Por medio de distintos empleados de casas comerciales o de energía (petróleo) realizaban listados de alemanes residentes en Las Palmas o españoles simpatizantes de los nazis, transmitían información procedente de radios clandestinas, datos sobre la actividad portuaria, establecían contactos con miembros del ejército español, con miembros de organizaciones republicanas, organizaban rutas de huida... Pero ¿cómo se transmitía esa información? La ruta se encontraba bastante definida y se utilizaban los cauces que podía aprovechar el

IS

:

La casi totalidad de las informaciones son remitidas a

Londres por África, Zona Francesa, por el siguiente itinerario: Las Palmas, Ifni, etc., hasta Casablanca, de donde pasan a Tánger: otras en cambio se remiten a Freetown (Sierra Leona), donde se encuentra uno de los hermanos Russo, que aprovecha el paso de convoyes ingleses para tales fines. Las más urgentes se cree van directamente por medio de la emisora clandestina que se estipula instalada en Tenerife. Tampoco es aventurado suponer que envían directamente noticias a la Península, ya que, como se ha dicho en otras informaciones, en casi todos los barcos españoles existe algún elemento que ellos utilizan para sus fines, bien por afinidad ideológica o por dinero [232].

También la zona noroeste de España se había convertido ya en un problema al que se le debía prestar atención. Solventada en parte la cuestión de la capacidad del ejército alemán para tomar la península —aunque nunca desechada del todo [233]—, la situación de fragilidad de esta parte de la costa española, unida a su interés estratégico en el conflicto mundial, obligó a tomar medidas de prevención. Es conocido el desplazamiento de tropas por toda la costa gallega, especialmente al norte de las provincias de A Coruña y Lugo, de manera especialmente intensa desde finales de 1942. En su mayoría eran tropas de reemplazo. Se encontraban ubicadas en campamentos provisionales, incluso en zonas alejadas de los entornos poblacionales, pero el recuerdo de las localidades costeras respectivas se mantuvo presente. Su localización significó también la constatación real para estas comunidades de que la guerra no había terminado.

Era evidente que, a pesar del comunicado del primero de abril de 1939, la guerra «no» había terminado. La sensación, la percepción social de que se estaba en una situación de guerra seis años después del golpe del general Franco seguía existiendo. No había desaparecido desde 1936. Y ello motivado tanto por la situación interna, en la que cada vez son más los informes que hablan de un estado de corrupción interno notable dentro del régimen franquista, como por la externa, el conflicto bélico mundial, en una lucha entre los totalitarismos de izquierdas y de derecha, y donde, a partir del año 1942, comienzan a desempeñar

un creciente papel las democracias occidentales, apoyadas por Estados Unidos.

Este citado desplazamiento masivo de tropas se combinó con la construcción de defensas antiaéreas de costa entre Vigo y Ferrol, y la disposición de sistemas defensivos en los aeródromos en el norte de España[234]. El peligro había variado de bando. La posibilidad más cierta de invasión ya no era la alemana, sino la de los aliados. Los alemanes la consideraron muy factible. De hecho, los rumores de esta posible irrupción aliada en la península llegaron hasta el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano. El objetivo era crear un segundo frente. La vigilancia aérea alemana en esa zona se intensificó. El embajador alemán y Serrano Suñer expresaban que todo era un rumor falso. Pero lo cierto es que se reactivó la construcción de fortificaciones y la vigilancia en esta zona. Con o sin la inminencia de una invasión, la debilidad defensiva en esta zona de costa ante una previsible invasión por mar o aire era suficiente motivo para prestarle atención especial [235].

La idea de una invasión inglesa por el norte costero de la península continuó prácticamente hasta el final de la Segunda Guerra Mundial[236]. Frente a esta posibilidad, a Franco solo le quedaba una alternativa, como se indica en un informe alemán de noviembre de 1942:

En opinión del ministro español de Exteriores, la posibilidad de iniciar un segundo frente por medio de un desembarco de tropas anglo-norteamericanas en la península Ibérica también resulta perfectamente plausible. En el caso de que eso ocurriese, el ministro espera ser auxiliado por Alemania. En su opinión, dicha ayuda debería comenzar inmediatamente, con la entrega de armas confiscadas al enemigo [237].

Un informe del agregado naval alemán por estas fechas ponía un toque de gravedad mayor en la percepción del franquismo que el anteriormente citado:

Los círculos castrenses españoles no confían en la promesa anglo-norteamericana de que sus tropas no invadirán España y, a raíz de los desembarcos aliados en los

territorios franceses de África del norte, consideran que la situación del Marruecos español es desesperada. Como resultado de esto, los círculos anglófilos y algunos elementos rojos creen que, por fin, su hora ha llegado. Los españoles esperan con la máxima expectación las declaraciones oficiales de Alemania acerca de la nueva situación [238].

Y también había tácticas de distracción aprovechando el descifrado de los mensajes de los servicios de inteligencia alemanes. A principios de octubre de este año 1942 se urdió un plan por el MI

5 para tratar de engañar a la Embajada española en Londres con información falsa sobre un desembarco masivo en el norte de África. El titular del servicio diplomático en Londres era el duque de Alba, Grande de España, personaje decisivo en estos años, primo del primer ministro británico, con el que tenía un trato frecuente. De ahí que, como comentan algunos, la planificación se llevara a cabo «a espaldas de Churchill» [239].

Lo que sí es cierto es que, desde el verano de 1942, los aliados parecen tomar la iniciativa en la pugna información/contrainformación en la península ibérica. La oficina del Foreign Office enviaba un comunicado al embajador británico en Berna para indicarle sus impresiones respecto a la situación interna de España (el embajador en Suiza estaba en relación directa con la Casa Real española y, según esta documentación, le señalaron que las noticias del cónsul británico en Barcelona hacían presagiar que «todo estaba listo para la Restauración»). La situación interna de España se definía como «*increasingly unstable*», por la ineficiencia del régimen y su alto grado de corrupción, incapaz de hacer frente a una situación económica crítica. Y se decía textualmente: «Tenemos que estar preparados para los posibles cambios en el régimen que puedan surgir de la situación interna o del desarrollo general de la guerra». Por estas fechas, los contactos con los líderes, especialmente militares, se incrementaron. Samuel Hoare se vio autorizado a comentarles el rol que debían jugar los servicios diplomáticos británicos en el supuesto de un inminente cambio de jefatura del Estado, que se resumía en tres puntos:

- a.) representar a la opinión moderada, incluyendo la republicana;
- b.) mantener una política de total neutralidad y amistad con Portugal, y
- c.) dar pasos inmediatos para una reconciliación en España como primer avance para introducir una amnistía política generosa.

Además, para la Embajada británica en España la guerrilla no sería suficiente para hacer frente a una influencia alemana creciente[240]. La intervención británica era necesaria. Pero con condiciones.

La estrategia del embajador británico en España en julio de 1942, si seguimos el relato que envía al Foreign Office el propio Hoare, es realmente directa, pero con el añadido de que no se observa quién podría llevarla adelante con suficientes garantías. Hoare tiene una línea roja que no traspasa: «No se podía esperar ningún tipo de ayuda de nosotros por cualquier régimen que se comprometiera directa o indirectamente con el Eje». Para Gran Bretaña el problema no era la sucesión monárquica, según ellos bien considerada y con escaso pasado que criticar, sino la extrema desunión en que se encontraba la sociedad española, y por lo tanto la escasa posibilidad a medio plazo de una perspectiva estable de futuro. Samuel Hoare seguía nombrando con sustantivos como «rojos» a los grupos guerrilleros y a buena parte de la oposición clandestina[241]. La fractura provocada por la Guerra Civil lo contaminaba todo:

Lo mejor, por lo tanto, sería esperar que, desde el punto de vista de los rojos, esto se viera como una guerra civil; lo peor a temer sería una aplastante derrota y masacre a manos del Ejército. En cualquier caso, el resultado sería, desde nuestro punto de vista, deplorable.

En este relato de varias páginas, minucioso y detallista, la Restauración monárquica, concluía, «era la mejor esperanza de paz en España, pero se tendrían que cumplir ciertas circunstancias» (entre ellas, las indicadas más arriba), y, sobre todo, «esperar el momento propicio»[242].

Sin querer jugar a la ucronía, lo cierto es que si Gran Bretaña o los aliados hubieran invadido la península como desarrollo de su objetivo estratégico mundial, el rumbo del franquismo habría sido muy distinto. Tras la posibilidad de una invasión alemana o inglesa se encontraba el interés británico en estos años de cambiar a Franco por un dirigente más manejable, como se ha abordado en otras líneas de esta obra. La inserción previa de agentes del

SOE

era un elemento básico ante las distintas posibilidades. De hecho, la estructura de los servicios de inteligencia se habría reforzado todavía más con el acuerdo firmado con los servicios secretos americanos de la

OSS

en este mes de junio, que limitaban la actividad americana al norte de África francés y al Marruecos español [243]. Así, los servicios de información ingleses se activaron de nuevo. Los servicios de investigación franquistas detectaron en el mes de junio de 1942 la realización por responsables diplomáticos británicos de dibujos de croquis de zonas urbanas y recintos militares de la zona costera sur de Pontevedra, como Cangas, Arcade o Vigo [244]. Además, durante estos meses la expansión del

SOE

desarrolló a un nutrido grupo de informadores en el noroeste de España, que suministraban información indispensable para un supuesto de invasión. Los esfuerzos en este sentido desde Gran Bretaña fueron comentados por el miembro de la inteligencia británica Bristow, desplazado al sur de España en aquellos días, en sus memorias:

Durante los meses de julio y agosto [...] Londres insistía una y otra vez para que reclutáramos gente que decididamente militara en la oposición antifranquista. En aquellos días, los declarados antifranquistas se distinguían por su poca fiabilidad y por sus tendencias básicamente anarquistas [245].

Las conversaciones de miembros de la diplomacia británica con responsables políticos se multiplicaron; personajes de la oposición, pero también sectores pertenecientes al régimen que pudieran hacer de cabeza de puente y de vehículo de transmisión de información para el franquismo. A finales de agosto, en el viaje que realiza por

Lisboa Samuel Hoare, se entrevista en una misma cita con dos destacados dirigentes monárquicos, uno en conexión con el interior, otro ampliamente observado por Franco y residente en el exterior: Sainz Rodríguez y Gil Robles. Según la Embajada, esta entrevista se realizó en «casa de un amigo donde no había riesgo de espionaje español, alemán o portugués». Se insistió en comunicarles que el régimen de Franco colapsaría cuando se tuviera conocimiento de que los aliados iban ganando la guerra (lo que podría anticiparse a ese invierno de 1942, con gran parte del ejército alemán ocupado en el frente ruso). También el hecho de que una Restauración solo era posible con una amplia amnistía política. Preguntado Gil Robles sobre su antiguo compañero de filas cedistas y ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Suñer, dijo que había perdido a sus antiguos amigos: *«Spaniards, he added, never forgive traitors»*[246].

Y la difusión de propaganda republicana comienza a extenderse por toda la geografía. Por ejemplo, en junio de 1942 se detecta, por parte de los servicios de inteligencia españoles, la difusión de panfletos con el discurso de Indalecio Prieto entre los empleados del Ayuntamiento de Vigo[247]. La vigilancia de las instituciones públicas[248] y de las empresas vinculadas a la defensa se estrecha, como en la fábrica de armas coruñesa[249].

Muy pronto el interés alemán por la invasión de la península fue decayendo. Ante todo se encontraba la necesidad de resolver cuanto antes los problemas en el frente oriental. En agosto de 1942, el propio encargado de prensa de la Embajada alemana en Madrid, Lazar, habría comunicado a los portugueses esta idea: «Los alemanes están menos que nunca interesados en una invasión de la Península»[250]. Sin embargo, existía la percepción de que cualquier bando podría actuar. Tras el encuentro con Samuel Hoare en Lisboa, tanto Gil Robles como Sainz Rodríguez le preguntaron por las posibilidades que el servicio británico les podía ofrecer en caso de invasión alemana para ser evacuados de Portugal. Según esta documentación, el embajador ofreció garantías de evacuación vía Lisboa-Madrid-Berna[251].

La plasmación del proyecto de la Restauración borbónica es una idea que tiene su principal valedor en Hoare. Pero había que esperar el momento propicio. El cambio de Serrano Suñer por Jordana el 3 de septiembre de 1942, tras el atentado fallido de

Begoña, fue entonces considerado por los grupos monárquicos como un paso adelante hacia la Restauración, entre otras cuestiones porque el padre del general había sido un colaborador muy cercano de Alfonso XIII. Pero todo era posible. Los propios servicios de Asuntos Exteriores británicos advertían a sus enlaces en Suiza de conservar cierta precaución con lo que se decía a la reina de España (o con cualquier miembro de la familia real), ya que se encontraba en contacto estrecho con el embajador español en Suiza, quien «sin duda informa de todo lo que comentan al General Franco» [252]. Tras esta advertencia, el responsable británico en Suiza dialoga con la reina, quien le describe España como «un absceso que está a punto de reventar, pero nadie podría decir cuándo». Y paciencia: «Sus propias palabras fueron: “Puede llegar en semanas o meses o incluso años”» [253].

Franco solo podía jugar a un doble juego. A pesar del cambio de tendencia oficial de finales de 1941, navíos alemanes seguían siendo reparados en España. Incluso algunos fueron transformados, como el caso, en septiembre de 1942, del mercante *Bessel* reconvertido en los talleres de Ferrol en buque cisterna para aprovisionamiento en alta mar con depósitos de petróleo, agua y provisiones. Había otros dos petroleros alemanes que se pretendía reformar del mismo modo, pero finalmente las presiones diplomáticas lo impidieron [254].

Las amenazas alemanas de invasión de la península se volvieron a reactivar ante las informaciones que se recibían sobre un posible ataque de los aliados a Dakar, Casablanca, Argelia y Túnez. De hecho, la Embajada inglesa en Madrid notificaba al Foreign Office a principios de octubre que los alemanes habían sondeado a dirigentes españoles la posibilidad de la concesión de un permiso para atravesar la península ibérica con el objetivo de reforzar su posición en el Mediterráneo occidental. Estos sondeos tropezaron con respuestas negativas, motivadas por la propia inestabilidad del régimen, y sobre todo del propio Francisco Franco, que no podría conservar el poder tal y como lo había establecido hasta el momento con la entrada de tropas alemanas en territorio español [255]. No se desechara incluso la posibilidad de que «los alemanes pudieran haber explorado la posibilidad de reemplazar al General Franco», lo que los servicios de inteligencia relacionaban

con los hechos ocurridos en la basílica de Begoña en Bilbao el 16 de agosto —en el que se había llevado a cabo un atentado fallido contra el ministro del Ejército por un falangista—, y que evidenciaba los problemas internos entre los distintos sectores del régimen[256]. En la conversación que el propio Franco mantuvo tras los hechos con el objetivo del atentado, el general Varela, la respuesta de Falange indicaba que el culpable podía incluso haber sido un «espía británico»[257].

La ocupación alemana de la Francia de Vichy a partir del 11 de noviembre de 1942 no había despertado especial entusiasmo entre los sectores franquistas españoles, ni tampoco el reforzamiento y blindaje de la zona norte española ante una posible acción militar aliada en combinación con los grupos interiores de resistencia. La entrada en el norte de África de los aliados y la caída de Tobruk (Libia) el 13 de noviembre aumentaron la situación de debilidad en la península. España se encontraba rodeada de fuerzas aliadas. Finalmente Franco se decide a convocar una movilización general y a reforzar todas sus fronteras, especialmente las del norte costero. Los servicios ingleses tenían conocimiento de ello por varias fuentes. No solo hay un desplazamiento y readecuación de tropas hacia el norte (o también con especial interés en las islas Canarias), sino también un refuerzo en la intensidad de los trabajos de las fortificaciones fronterizas, que habían sido paralizadas desde mayo[258]. Todas estas informaciones se veían afirmadas con noticias procedentes de los servicios de inteligencia americanos que hablaban de una división Panzer en Perpiñán en la parte oriental de los Pirineos, y concentración de tropas cerca de Biarritz-Hendaya, en la parte occidental de la cordillera[259]. Pero lo cierto es que los mandos militares españoles en los distritos fronterizos no entendían la credibilidad otorgada a la idea de la invasión alemana: «Consideran que hay muy pocos alemanes en el suroeste francés, Hendaya casi vacía, no hay señales de preparación de material que tendrían que saber si existieran»[260].

En esta nueva situación los alemanes seguían difundiendo rumores que indicaban que no había una vía intermedia: en España, o se colaboraba con el Eje o con la extrema izquierda. Se insistía constantemente en la vuelta de un Negrín desacreditado y en las actividades violentas guerrilleras localizadas en las zonas menos

accesibles de España. De manera paralela, Hoare tranquilizaba a los delegados consulares británicos en España asegurándoles que no había motivos para la elevación del grado de alarma del Estado franquista[261], aunque también marcaba las pautas sobre cómo comportarse ante una supuesta invasión alemana en territorio peninsular[262]. La Embajada británica activó todos sus recursos. Se envió un telegrama cifrado a sus consulados por toda España (Barcelona, Bilbao, Valencia, Málaga, Sevilla, Vigo y Palma de Mallorca) indicando la información que deberían tener en cuenta en sus conversaciones con españoles, advirtiéndoles de que la propaganda alemana estaba «*reviving the story that Great Britain is keeping Dr. Negrín in England in order to bring him back to Spain*» («reviviendo la historia de que Gran Bretaña está manteniendo al Dr. Negrín en Inglaterra para traerlo de vuelta a España»)[263]. La idea alemana era propagar que «el precio a pagar por la neutralidad es demasiado alto y que colocarse del lado de Alemania sería la única manera de salvarse». La idea del Negrín vinculado al Partido Comunista seguía siendo difundida curiosamente con la ayuda de «elementos rojos» (textualmente). Para los británicos esta «*war of nerves*» («guerra de nervios») podía ser determinante para las élites del régimen y, en consecuencia, influía en el control del espacio marítimo occidental del Mediterráneo[264].

La información que circulaba sobre los éxitos militares de los aliados de finales de año en África provocaba en algunos lugares manifestaciones espontáneas de alegría. Un informe de la Capitanía General de Coruña de la VIII División Militar del día 5 de diciembre de 1942 indicaba textualmente que en la Fábrica Nacional de Armas de Coruña, «con motivo del desembarco de las tropas anglonorteamericanas en el Norte de África, hubo entre los obreros de dicha fábrica ciertas manifestaciones de alegría. Fueron localizados los más significados»[265].

La réplica alemana no se hizo esperar para contrarrestar, cuando menos en parte, la percepción de que las cosas cambiaban de rumbo en el conflicto bélico mundial. Hoare presentó una reclamación al ministro de Asuntos Exteriores español sobre la difusión por radio de noticias falsas por parte de los servicios de propaganda alemanes. Al embajador le llegó información de que los servicios secretos americanos habían agrupado en el norte de África a mil

«rojos» de las Brigadas Internacionales que habían escapado de la «justicia de Franco». O que «en Casablanca los rojos se encuentran en las calles llevando banderas rojas y republicanas y pancartas con los lemas “Demandamos a Inglaterra y

USA

armas para reconquistar España. Larga vida a la España Soviética” mientras gritaban “Abajo Franco, Abajo la Falange”». O sobre la relación directa con los servicios británicos en España

que habían mantenido permanentemente contacto con todos los elementos rojos clandestinos en España, y que hacía pocos días que un pequeño barco, con judíos en su interior, había dejado el puerto de Barcelona para encontrarse con un submarino británico [...]. Es natural que los elementos subversivos españoles esperen ayuda y armas de los Anglo-Americanos, pero muy en especial de la Embajada Británica [266].

De una manera o de otra, parecía que el final de la dictadura franquista se acercaba.

Ahora, la estrategia militar varía. Desde los primeros momentos de 1943, el interés británico sobre la península se orientó a solventar los problemas de la guerra naval del Atlántico. El Estado franquista no parecía tener en cuenta en exceso las advertencias británicas respecto del apoyo que les seguía prestando a los barcos alemanes. Citamos a Ros Agudo:

En Galicia, la ría de Vigo continuó siendo en 1942 un foco de actividad alemana. Puesto que ya no era posible el empleo del *Bessel*, el *Nordatlantik* o el *Antartiks*, Meino Von Eitzen —el hombre Meyer-Dohner en Vigo— trasladó los suministros almacenados en estos barcos a una casa de su propiedad en Sotomayor, en la orilla izquierda del río Verdugo. En noches señaladas —siempre según la documentación aliada— los suministros eran transportados en camiones hasta una cueva en Cariño, en la ría de Coruña [sic], desde donde se cargaban en los submarinos alemanes. En opinión del cónsul británico, las autoridades españolas conocían estas actividades, pero discretamente miraban para

otro lado. Rumores sobre otros abastecimientos en Muros, Noya, Corcubión y Santa Eugenia de Riveira no pudieron ser confirmados [267].

Y no solo en la gallega. Un informador de la zona asturiana y cántabra de la «Red Sanmiguel» indicaba la existencia de este tráfico marítimo clandestino con rumbo a Alemania:

Sobre la veracidad de la entrada en Gijón de los seis barcos alemanes que cambiaron de tripulación y nombre, puedo asegurar que *es completamente cierto*, aunque no puedo dar los nombres que antes tenían ni los que en la actualidad ostentan, pues no deben olvidar que estos barcos, que son de los llamados costeros, por su pequeño tamaño, son los que se dedican al tráfico «clandestino» entre Francia o Alemania con España [...]. Ya en aquel informe advertía que entraban y salían de noche y que, en el Puerto del Musel, es donde ellos atracan, no permiten acercarse a nadie a aquella zona, que está guardada por carabineros y paisanos, no dudamos pertenezcan a algún servicio nazi o en combinación con estos [...]. El JAQUELINM, el cual está llevando una clase de mineral que, por desconocer su naturaleza, adjunto 5 piedrecitas para que vean su clase y calidad [268].

Pero el servicio británico entendía que, en el enfoque general de aquellos días del conflicto naval atlántico, era mejor llegar a ventajas y facilidades en el trato con el Gobierno portugués para el uso de sus islas que no precipitar con la denuncia «reacciones indeseables del Eje en la Península Ibérica», según frase textual del propio embajador Samuel Hoare [269]. En aras del cumplimiento de la estrategia iniciada en 1940, y de los objetivos británicos, el conflicto directo con el fascismo debía ser aplazado en la península ibérica. Y se mantuvo el *statu quo* vigente: es decir, la dictadura militar. Pero en los años siguientes asistiremos a duros pulsos de fuerza por orientar la política española hacia algo básico: echar a Franco.

Capítulo 3

«Hora Zero».

El año más complicado de Franco: 1943

Las redes de información del
SOE

seguían desarrollándose en España. Bristow indica que en marzo de 1943 entre él y otro compañero supervisaban de manera conjunta a alrededor de treinta agentes dobles [270]. Por su parte, los servicios de inteligencia norteamericanos en segundo plano en España respecto a los británicos, pero cada vez más presentes sobre el terreno, trabajaban tras la cobertura de «*oil observers*», es decir, encargados de la distribución del suministro de los productos derivados del petróleo, «pero casi ninguno de ellos se dedicaba a ese cometido». También, en este caso, el embajador Hayes, como Hoare, insistía oficialmente en la aplicación de una estricta política de no intervención [271]. Años más tarde, Hugh Ellis-Rees, el agregado financiero de la Embajada madrileña, revisando la obra de Samuel Hoare *Ambassador on Special Mission* le indicaba su percepción de aquellos años: «En el invierno de 1942/43, nosotros y los estadounidenses hicimos los preparativos para un gran ataque. Apenas nos ayudamos en 1942, y necesitábamos una mejor organización en el campo y más capital para poder realizar pagos en efectivo sobre el terreno» [272].

Los servicios de información españoles seguían jugando un importante papel. La ayuda alemana resultó de especial valor. Los servicios secretos de Falange se insertaron en los cuadros del

tradicionalismo navarro y consiguieron la información que el servicio secreto británico venía facilitando a este sector, siempre observado como alternativa contra Franco:

El servicio de Información falangista había logrado infiltrarse entre los Tradicionalistas, enterándose de todos los detalles de la planificación inglesa, incluso los puntos de desembarco y de aterrizaje de aviones, depósitos de gasolina, claves de comunicación radiofónica, y planes de liberar a soldados aliados internados en Miranda [273].

Las operaciones que se producían en torno al Campo de Gibraltar eran observadas con especial —y lógico— interés. Esta es parte de la nota que se envía el 21 de marzo de 1943 desde los servicios de información españoles sobre lo que ha comentado Samuel Hoare dentro de la Embajada, con un muy factible viaje del embajador al Peñón:

Lo que llaman ellos HEADQUARTERS (a manera de centrales de Estado Mayor «cabezas de guarnición»), tanto del ejército como de la Marina, están perfectamente y completamente instalados en los subterráneos de la Roca. Parece que las instalaciones en el interior de la misma son una perfecta obra. Hospitales, cuarteles, oficinas, viviendas, almacenes de toda clase, dos centrales eléctricas más de las que se habla y hasta gasógenos del «Gas Company» han sido montados. Dicen que el sistema de refrigeración y aireación es una consumada obra técnica.

Hablan de que podría fácilmente resistir un asedio sin grandes sacrificios de racionamiento, de más de dos años.

La artillería, sobre todo la antiaérea, aseguran que es lo mejor que se ha producido para Inglaterra, siendo cuantiosa y manejada por buenos especialistas [274].

Las acciones de búsqueda de información de los aliados por los falangistas llegaron al punto de casi provocar un conflicto diplomático. Según Eduardo Martín de Pozuelo, en mayo de 1943

los falangistas se dedicaron a vigilar las legaciones de Estados Unidos y del Reino Unido, violando incluso la valija diplomática[275]. La búsqueda de información no tenía límites: hay constancia de que desde 1942, y cuando menos hasta estos meses de febrero y marzo de 1943, los servicios diplomáticos británicos en Lisboa funcionaban como fuente de información hacia periodistas españoles. En ese momento se envió un delegado especial británico para investigar la situación[276]. La información suministrada parece tener un carácter global, especialmente tras los años de extensión de las redes británicas y americanas por la península. El propio embajador británico en España opinaba lo siguiente sobre las redes nazis:

Las organizaciones alemanas de espionaje y sabotaje se habían centrado en España desde el comienzo de la guerra. Sus métodos eran bien conocidos por nosotros. No podría ser de otra manera. Tan confiados estaban de inmunidad que apenas se preocuparon por mantener ningún tipo de secreto sobre su trabajo. Igualmente bien conocidos eran muchos de los funcionarios españoles a quienes les pagaban [277].

Esta apreciación resulta interesante no solo por la intención de intentar explicar su conocimiento del espionaje alemán, sino por la constatación implícita de que todos conocían a todos. También su información. La denuncia sobre estas redes alemanas en la península ponía en evidencia algo ya constatado en la realidad y, sobre todo, intentaba colocar en una situación de superioridad táctica en este ámbito a las redes aliadas. Su objetivo: la inserción y localización de la mayor cantidad de información posible dentro de la península ibérica. Los pases transfronterizos eran territorios de cierta seguridad, ya que su objetivo era el control peninsular. Según algunas fuentes, en este mismo mes de marzo de 1943, tras capturar la Guardia Civil a algunos guerrilleros en Ourense, estos reconocieron que, mediante un enlace especial de nacionalidad portuguesa, habían recibido una propuesta en un punto fronterizo del país vecino para servir de observadores del terreno para los servicios diplomáticos ingleses [278].

Además del control de la información, algunas otras

circunstancias permitían aventurar que era necesario un giro en la posición aliada respecto a España. Parecía que el modelo se agotaba. Una prueba de ello era el hecho de que las redes de evasión comenzaban a no tener utilidad. Tanto por un mayor conocimiento de estas por los españoles —y por el Eje— como por el creciente número de personas que utilizaban el paso peninsular para su salvación personal [279]. Según Hoare, «el resultado fue que a principios de 1943 nuestra estructura para la huida y protección estaba a punto de llegar a su punto de desaparición» [280].

Sin embargo, también es cierto que, en este cambio de percepción británico sobre la aplicación de rutas de evasión para los refugiados, tuvo un peso importante el cambio de actitud del régimen de Franco sobre este tema. Un informe con fecha del 29 de marzo de 1943, encontrado entre los papeles privados de Samuel Hoare sobre el tratamiento de los refugiados, indica que el régimen de Franco había variado su posición sobre este tráfico. Se considera un asunto de suma gravedad:

Las instrucciones dadas a las autoridades fronterizas indicaban que los hombres valientes que habían demostrado su coraje al escapar ante las terribles dificultades y peligros para luchar una vez más por su país serían entregados a sus enemigos por un país no-beligerante. ¿No parecía esta una instrucción contraria a todos los dictados de la humanidad? ¿No es contrario a toda concepción de la caballería española? No puedo creer que haya sido otorgada con la autoridad del General Franco, el Ministro de Relaciones Exteriores y todo el Gobierno. Espero, por lo tanto, que me resulte suficiente mencionarlo al Ministro de Relaciones Exteriores para que sea inmediatamente cancelado [281].

Y es que el gran problema para los británicos fue siempre la intensa relación entre los alemanes y el Gobierno de Franco. En carta personal de Hoare al comandante Redvers, le decía textualmente que

uno de nuestros problemas es que nunca podemos anunciar nuestro trabajo sin llevar a los alemanes sobre las espaldas de los españoles. Simplemente hemos estado inundados de

refugiados y prisioneros huidos de la guerra. De alguna manera u otra, hemos mantenido la máquina funcionando y hemos logrado que varios miles de personas pasen por debajo de las narices de los alemanes [282].

Pero la reacción británica a estos hechos seguía la tónica de los meses anteriores, marcada por la ambigüedad y la falta de decisión. La primera percepción de que los aliados intentaban forzar la relación de España con el Eje se observa en una conversación entre el conde de Jordana y Samuel Hoare del 18 de febrero [283]. En estos primeros meses de 1943, esta actitud se reafirmó por parte del Gobierno británico. Así, entre las directrices dadas al

SOE

el 20 de marzo de 1943 se encontraba la continuidad de esta actitud vigilante, aguardando un paso en falso del Eje:

No deben practicar ninguna acción en estos dos países (España y Portugal) al margen del mantenimiento de las líneas de contacto y comunicación con los países controlados por el Eje [...]. Deben continuar los preparativos discretos fuera de ambos países para actuar en el caso, ahora improbable, de una invasión alemana [284].

La opinión que tenía Hoare sobre Franco seguía manteniéndose en la idea de que si no había una alternativa más eficaz, era mejor seguir poniéndose de perfil. Palo y zanahoria: combinación de suministros económicos y presión diplomática para que el régimen no se moviera de donde estaba. Y ello a pesar de las presiones cada vez más insistentes de la diplomacia norteamericana de endurecer las medidas que había que tomar con el Caudillo. En la misma nota enviada por los servicios de información españoles desde la Embajada inglesa que hemos relatado en las líneas anteriores, con fecha del 21 de marzo, se indicaba que «continúa marcándose el interés anglo-americano por las cosas de España». Y con fechas concretas: «La presión que se ejerce sobre España por parte del Eje tenga consecuencias en un plazo que no cifran superior a 40 o 50 días» [285]. El filtrado de noticias de la Agencia

EFE

hacia el propio Franco, tras la caída de Mussolini del 25 de julio, indicaba la capacidad y autonomía de las fuerzas alemanas para ejercer esta presión:

Hay muchas fuerzas alemanas del lado de allá de los Pirineos por Hendaya. Están vestidos de uniforme kaki como el que usaban en África. También abunda el material de guerra. Algunos se han manifestado en el sentido de que si los Aliados intentaran entrar en España rebasarían las fronteras para contenerlos; es decir, que comenzarían su defensa desde dentro de España.

Y algo más: «En esta embajada alemana se han corrido rumores entre algunos de sus empleados de que S.E.

haya formulado un tratado secreto con los americanos. Esto han sido noticias captadas por el servicio de información alemán»[286].

Realmente la caída de Mussolini fue tomada por el franquismo casi como algo propio. Entre la cúpula del régimen se interiorizó, porque había sido su referencia... pero también su mejor aliado para el golpe. El primer referente internacional, no olvidemos, en la conspiración golpista. En definición de algunos autores, «tuvo un impacto estremecedor en el régimen»[287].

En paralelo se intensificaba la campaña monárquica, como se comprueba en la carta del 8 de marzo de Don Juan a Franco[288]. Aumentaron las conversaciones de los británicos con los monárquicos: el propio Hillgarth tuvo una reunión a principios de abril de este año en Lisboa con Sainz Rodríguez y Gil Robles para intentar buscar cauces en este sentido. Samuel Hoare se sentía orientado hacia la solución monárquica: seguía considerando que la mejor opción era la constitución de un gobierno provisional de centro-izquierda dentro de una monarquía constitucional. Pero no era solo el seguidismo de la política «pasiva» de los primeros años del conflicto, como seguía indicando incluso un informe confidencial del embajador soviético en Londres a la oposición republicana[289]. Incluso Hoare se atrevía a plantear abiertamente que los planes para que Don Juan regresara a España desde Suiza tendrían que empezar a concretarse de manera directa y tener

dispuesta una acción determinada. De hecho, entre el envío de la carta por el embajador británico y la respuesta definitiva de Anthony Eden —un mes aproximadamente— se plantearon acciones concretas: por ejemplo, la utilización conjunta de militares neozelandeses y aviadores suizos que recogieran a Don Juan en un lago en la zona fronteriza de Italia con la Francia de Vichy. Había que calibrar los perjuicios o beneficios de una acción de este calibre[290]. A Estados Unidos nunca le agradó sobremanera la decidida intención británica de Restauración monárquica: un observador estadounidense de la Embajada llegaba a decir que «los británicos financian a los monárquicos por todo el morro» [291].

Y es que en estos primeros meses de 1943 la percepción negativa de Gran Bretaña ante la pasividad gestual del régimen a favor de los aliados aumenta. Es esta firme autoridad que expresa Hoare ante el Gobierno español la que paraliza la presión que los alemanes realizaban para que se redujera el tránsito de refugiados de guerra por territorio español, como hemos visto en las páginas anteriores[292]. Pero el embajador, a pesar de las recomendaciones personales de Franco, comenzaba a perder las esperanzas puestas en el cambio que se había producido con Jordana al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores[293].

Y no solo esto: en carta que el subsecretario de Asuntos Exteriores, sir Alex Cadogan, envía a principios de abril a Samuel Hoare, le indica que las conversaciones con Estados Unidos se centran en preparar el futuro europeo tras la finalización de la guerra con la victoria aliada. La nota es enviada de manera confidencial al embajador en España para que tenga en cuenta los movimientos que se están realizando, pero advirtiéndole que deben ser de utilización exclusivamente personal. Sir Cadogan insiste en que

no hay ninguna razón para sospechar la sinceridad en la actitud del General Jordana, no deseamos que nos involucren en discusiones con el Gobierno español sobre nuestra política de posguerra, ya que de ninguna manera tenemos la certeza de que cualquier cuestión que se haya dicho a Jordana o a otros miembros del Gobierno español no llegará tarde o temprano al enemigo.

Desde luego, por lo que se ve en esta declaración no había ningún tipo de confianza en la dictadura franquista: las buenas palabras de los representantes del régimen no podían sustituir al no cumplimiento de las reiteradas demandas británicas que no se traducían en hechos. Incluso entre los países considerados «neutrales», la posición española era la que tenía una menor consideración por su escasa fiabilidad, como se observa en otro párrafo de Cadogan: «Además, difícilmente podemos discutir tales preguntas con los españoles antes de discutir las con neutrales mejor dispuestos, como los portugueses, turcos, suizos y suecos o, por lo demás, con muchos de nuestros aliados menores» [294].

Y es que Samuel Hoare continuará sin entender, según se deduce de sus opiniones más privadas, el posicionamiento español de seguimiento alemán. A veces planteado sin ningún tipo de disimulo. Como cita en carta dirigida a Churchill:

Estamos pasando por un capítulo muy irritante. De acuerdo con un planteamiento lógico, nuestra posición debería ser cada día más fácil. La guerra en África va bien, la imposibilidad de una victoria alemana se está haciendo más evidente y ahora hay un ministro de Asuntos Exteriores español que cree en la neutralidad. Estas consideraciones deberían haber disminuido nuestros problemas y mejorado el ambiente político. En cambio, el resultado ha sido el contrario. Se ignoran nuestras quejas, no se libera a nuestros prisioneros y se inventa todo tipo de dispositivos ingeniosos para irritarnos [295].

¿Cómo inclinar la balanza hacia los aliados? Las dudas sobre Franco

Desde esa desconfianza hacia el régimen, la estrategia militar británica no puede dejar de considerar a España como un potencial enemigo. Y no tanto a la península ibérica en su conjunto, sobre todo tras las positivas conversaciones realizadas con el gabinete Salazar para la utilización de las Azores como base aliada. El gran peligro que se observa desde Gran Bretaña es la posible reacción

alemana al control de las islas portuguesas por los aliados. Y el temor no es solo de Gran Bretaña: la Embajada estadounidense elaboró planes de evacuación de su personal y destrucción de la documentación confidencial, ante una posible reacción violenta por parte de Alemania[296]. Lo que ocurriera en España podría convertirse en una acción focalizada dentro del contexto mundial, pero era una opción muy real, sobre todo si los alemanes pretendían el control de las islas Baleares como respuesta. Los informes de carácter militar sobre una posible entrada alemana en la península siguen realizándose por los técnicos británicos, que indicaban siempre que la principal vía de entrada no eran los Pirineos, sino la zona noroeste; de manera relevante, las costas gallegas y asturianas. De hecho, el agregado militar de la Embajada británica, brigadier Torr, indicaba que la toma de Galicia, a pesar del clima, se podría realizar en ocho o nueve días a lo sumo, pero que después había que tener en cuenta que el paso hacia la meseta sería la parte más complicada, ya que la estrecha vía férrea hacia León permitiría la realización de permanentes sabotajes[297].

La ayuda interna se convertía en otro factor que considerar al romperse el precario equilibrio mantenido hasta la fecha en las relaciones británico-españolas. Los servicios de información londinenses enviaban información a Hoare a principios de abril sobre cuál sería la actitud de los grupos internos de oposición ante dos posibles casos, la toma del poder sin intervención extranjera o si hubiera previamente una invasión de la península por parte de los aliados. Ante el primero de los casos, la respuesta de este grupo de análisis —no referenciado en esta nota— insistía en que sería difícil mantener un primer avance debido a la precariedad de los medios, el necesario control de Madrid —recordaba cómo había ocurrido en los casos de octubre de 1934 y de julio de 1936— y la gran diferencia en las posibilidades de éxito según las zonas —si atendemos a la experiencia más reciente, lo que había ocurrido en los primeros días de la sublevación del verano de 1936. Para el segundo planteamiento se necesitaría un fuerte apoyo y se dejaba a la opinión de los aliados la autonomía de sus actuaciones o su encuadramiento bajo unidades militares, poniendo a su disposición la estructura de la guerrilla en funcionamiento. Tanto en un caso como en otro se reclamaba la constitución de redes de información

y apoyo en determinadas provincias, para lo que se solicitaba mayor financiación [298].

Pocos días después de estos informes, la conversación del delegado militar de la Embajada británica con el general Kindelán indicaba la necesidad de que una posible Restauración se realizara antes de acabar el año, ya que el dominio de los aliados, junto con la percepción por parte de la sociedad española de la falta de apoyo alemán a Franco, conllevaría mayores oportunidades ante el posible retorno de los Borbones. De hecho, se señalaba directamente al infante Alfonso de Orleans como interlocutor entre Don Juan y el propio Franco, circunstancia que el propio infante había aprobado. Solo se esperaba la contestación de Don Juan [299].

Un mes después de la solicitud enviada por Hoare a Gran Bretaña con todas estas consideraciones, el 14 de mayo, la respuesta de Eden fue que la opción de Don Juan era «impracticable». En su respuesta no indica que no se haya considerado seriamente, pero sí que las propias consideraciones de Hoare afirmaban la idea de que la aplicación del principio de neutralidad conllevaba el riesgo de protagonizar directamente con inspiración británica el traslado de Don Juan en avión desde Suiza. La estrategia internacional había variado en la apreciación de la península ibérica como prioridad en el planteamiento de los aliados tras el control de Túnez. En las negociaciones con Portugal se consideraba que algún tipo de «reacción alocada por parte de los españoles», incluso con «presión alemana», no preocupaba en exceso. El control de la información alemana por los aliados jugaba un papel importante, ya que en estos momentos la desconocía el Eje. Sin embargo, sí preocupaba, y mucho, el control de los *U-Boat* alemanes por el Atlántico. Ante la duda, Eden finalizaba diciendo que la estrategia que había dado buenos frutos en España era básica y debería mantenerse [300].

Y es que la presión en estos momentos para el Gobierno español se debió de convertir casi en insoportable. Incluso desesperada, con el rumbo de la guerra contrario a la apuesta inicial y un ejército aliado que presionaba sistemáticamente sobre su colaboración. Sin embargo, por estas fechas, el análisis del embajador norteamericano Hayes sobre Franco no era precisamente de agotamiento del régimen. Y le expresaba a Roosevelt por carta (del 3 de mayo de 1943) sus potenciales flancos débiles:

Desde el punto de vista político, el general Franco seguirá en el poder durante un tiempo. Los monárquicos están demasiado divididos y los republicanos demasiado intimidados. Sin embargo, tarde o temprano el profundo desagrado y odio que el pueblo siente por la Falange provocará un cambio radical del régimen. Si con el tiempo Franco se libra de la Falange (cosa que no creo que haga), podría liderar una evolución hacia un gobierno más liberal y mantenerse en él. De lo contrario, será derrocado por la fuerza junto a la Falange [301].

De hecho, Franco también jugaba a la política de dos cartas. Si cabe, más orientado hacia el apoyo al Eje. El 9 de mayo en Almería ofrece un discurso en el que comenta lo siguiente: «Para los que serenamente miramos la contienda, juzgamos insensato el retrasar la paz. Y digo esto, porque detrás de esta fachada, hay algo peor: [...] la barbarie rusa esperando su presa, la anti Europa» [302].

En un informe realizado en la Embajada británica tras una entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores del 13 de mayo, la percepción era la de que los discursos públicos del general Franco «dan la impresión al público británico de que somos nosotros los que deseamos prolongar la guerra y que nuestro sistema de gobierno es una mezcla de fraude y crimen». Se comienzan a perfilar las demandas concretas hacia el general Franco que serán presentadas en la reunión del Pazo de Meirás en el mes de agosto, en la denuncia de los siguientes puntos: la diferencia de trato entre la difusión de noticias británicas y alemanas, la utilización de los puertos de dominio español y la persecución de miembros del servicio diplomático inglés por toda España. Se comentaban de manera especial las contradicciones en el caso de Apfel en Valencia, del que se decía que tres ministros —Beigbeder, Varela y Suñer— habían admitido la injusticia de su caso, pero que todavía se encontraba en prisión, justificado por el hecho de una *vendetta* organizada por grupos que deseaban obtener el control del puerto de Gandía [303]. Se activó una solución de manera rápida. En carta enviada por Hoare al duque de Alba el 9 de junio, aquel le informó de que el general Franco había otorgado el perdón a Apfel, noticia que le fue comunicada directamente por Jordana el día anterior.

Hoare agradecía los esfuerzos realizados por el duque de Alba en este sentido [304].

Fueron la victoria en Túnez y el anuncio de nuevas ofensivas aliadas en torno al Mediterráneo los hechos que permitieron mover algo al régimen. Con fecha del 19 de mayo, Carrero Blanco realizaba un informe para Franco en el que indicaba que existía un «derrumbamiento vertical» y que la situación de equilibrio había virado contra el Eje. También contra España. La precaución contra Inglaterra era obligada: según el delfín de Franco, «la política inglesa fue siempre fundamentalmente hipócrita» [305].

El régimen franquista reconocía la intensidad creciente de las demandas británicas publicando por primera vez en junio algunas noticias de hechos violentos del conflicto realizados por alemanes [306]. La dictadura percibía el acoso aliado de manera más directa, con la presión estadounidense. Y con la constancia de que se habían ido articulando redes de información y sabotaje auspiciadas por los sectores británicos en el interior de España, pero ahora utilizando tácticas militares. La zona atlántica se había convertido en prioridad estratégica. Así ocurrió en el caso portugués, donde las presiones directas y precisas sobre el salazarismo sobre la cuestión de que los aliados estaban dispuestos a tomar el archipiélago de las Azores para controlar el tráfico atlántico, «a las buenas o a las malas», provocaron que se atendieran las sugerencias reiteradas de eliminación de las redes de espionaje alemanas en Portugal [307]. Idéntica estrategia que se utiliza en estos momentos con Franco.

Las operaciones aéreas aliadas sobre la esquina noroeste de la península se intensificaban con el tratado establecido con Salazar para las Azores. La visualización de aviones aliados, especialmente ingleses, se convirtió en un referente obligado y prioritario para las disposiciones defensivas de las costas gallegas. Aún hoy en día, en algunas instalaciones militares de vigilancia aérea en la zona de Ferrol, se conservan —en lamentable deterioro— los dibujos de aviones ingleses para su identificación. Los combates aéreo-navales para la localización de los submarinos alemanes en esta ruta se convirtieron en una constante por estas fechas. Pero también las misiones de reconocimiento por la zona. No solo en la línea de costa. El 10 de junio de 1943 el gobernador civil de Ourense

enviaba un telegrama al ministro de Gobernación indicándole el aviso que la Jefatura de la Guardia Civil de Celanova, localidad del interior de la provincia cercana a la frontera portuguesa, le realizaba sobre el vuelo de reconocimiento que a las doce de ese mediodía habían llevado a cabo hasta «siete aviones nacionalidad desconocida sobre frontera territorio español»[308]. El día siguiente, 11 de junio, Churchill transmitía directamente a Roosevelt que Salazar estaba en disposición de permitir el uso de bases en las Azores a cambio de la no ocupación de su territorio, el apoyo para defensa en caso de ataque, además de armamento, protección de navíos portugueses y la revisión de los acuerdos económicos a favor de Portugal [309].

Sin Portugal, la pieza clave de la península ibérica ahora era doblegar la voluntad de Franco. La presión se intensificaba sobre Franco. Por todos los medios disponibles. En la tarde del 22 de junio de 1943 se declaró un incendio en uno de los polvorines de la base naval del Ferrol. Hubo varias explosiones y abandonó el recinto su guarnición militar, con un sargento y siete soldados heridos de gravedad. Las sucesivas explosiones obligaron incluso a evacuar parte de la ciudad. La frecuencia de los vuelos aliados era tan notable en estas fechas estivales que incluso llegó a correr el rumor de que se había oído volar un avión justo entre aquellas horas. La Dirección General de Seguridad informó un mes después de que el hecho de «la explosión de este polvorín ha sido determinado por accidentes puramente casuales y fortuitos», en concreto, por la combustión de pólvora en mal estado procedente de Lugones (Oviedo), con cerca de treinta años de existencia [310]. La verdad es que la idea de un sabotaje no podía ser vista con buenos ojos por los responsables del régimen. Pero todo parece apuntar a ello, incluso la existencia de una tupida red de información y sabotaje en el norte de España (con ramificaciones notables entre A Coruña y Ferrol, sedes militares con importantes guarniciones de tropa en la zona).

Los servicios de información intensificaron su actuación ante una presión que se veía aumentar por momentos. Es el tiempo de los servicios secretos. Los grupos de la inteligencia española necesitan entrar en acción. Formados y apoyados por los alemanes, en el verano de 1943, con el apoyo de Falange, se realizó una

campaña contra los monárquicos, con numerosas detenciones y localización de estructuras. El siempre vigilado Gil Robles fue motivo de especial seguimiento no solo por su condición de cabeza de puente y continuidad simbólica respecto de la derecha que participara en el régimen republicano, sino también por su relación con los grupos monárquicos y británicos. Franco siempre señaló a Gil Robles como un elemento a seguir, circunstancia para nada inocente, ya que el político salmantino, de hecho, seguiría jugando un papel específico hasta los primeros momentos de la transición española. En una carta localizada en la Fundación Francisco Franco que envía Gil Robles a Antonio Aranda con fecha del 23 de junio de 1943, le advertía a uno de los enlaces británicos de mayor nivel dentro del régimen de lo siguiente:

Puede que existan ingenuos capaces de creer que por motejar de tradicional el sistema de hoy o por pretenderle buscar un entronque con los Reyes Católicos, resistirá a la avalancha que se le vendrá encima [...]. Si la suspensión de las hostilidades sobreviniesen antes de que se haya operado un cambio político completo, España comparecerá en la Conferencia de la Paz en la fila de los vencidos [...].

Las circunstancias no permiten perder tiempo. En torno al Rey se ha polarizado ya una gran corriente de opinión. Es él quien tiene que ordenar. Fio más en él que en organizaciones de concentraciones que tantas veces dan lugar a disolventes pugnas personalistas. Además creo que el pensamiento de las derechas está suficientemente maduro para permitir articular una doctrina y dar a órganos de gobierno [311].

Y no solo Gil Robles. En un Estado como el que dirigía en aquellos años el general Franco, donde el control de los militares había sido fundamental para conservar el poder en un contexto bélico continuo de más de seis años, la opinión de los principales mandos era muy relevante. Beigbeder, desplazado por el régimen para observar unas maniobras militares en Tennessee (Estados Unidos), le comenta a un miembro del servicio de información estadounidense sus impresiones, que son remitidas directamente a

lord Halifax y a Anthony Eden. En ellas Beigbeder afirma haber roto con Franco, entre otras cuestiones porque solo ve posible el futuro tras la derrota del Eje a través de una Restauración monárquica, para lo cual se necesita el apoyo de los Estados Unidos. Considera que los ingleses «entienden Europa», pero que el planteamiento utópico estadounidense podría complicar este punto, permitiendo que volvieran los sectores republicanos al poder[312]. La impresión sacada por los americanos sobre las posibilidades de Beigbeder para llevar adelante la conspiración no fue positiva, confirmando la postura reacia estadounidense ante otra Restauración monárquica[313].

Cuando tenía lugar esta conversación, a miles de kilómetros de distancia con Beigbeder, en España comenzaba el juego en serio. A mediados de junio, veintisiete procuradores en Cortes —entre ellos, el sempiterno y fundamental duque de Alba— remitieron una carta a Franco, en la que le pedían textualmente la Restauración de la monarquía católica tradicional. La reacción, obvia. Franco, en la Junta Política convocada tras el hecho, considera que algunos de los firmantes se han comportado como unos desagradecidos, tras colmarles de favores y beneficios. Incluso comenta su indignación personal contra Arrese por haber llevado este asunto a la Junta Política[314]. Se realiza la destitución inmediata de sus puestos y la advertencia, bajo instrucción reservada a todos los militares, de la necesidad de salvaguardar la unidad de acción establecida en la Guerra Civil[315].

Comenzaba a removerse una presión, ya no sobre España, sino sobre la dirección unipersonal de Franco, que empezaba a abrirse en muchos frentes. Circularon hojas clandestinas de apoyo a este manifiesto de los procuradores en las que se indicaba textualmente que el general Franco debería meditar «si la farsa que vivimos puede continuar indefinidamente» y elegir el momento para que «el régimen estable lo implantemos los españoles sin correr el riesgo de que lo que suceda tenga el marchamo del vencedor, sea quien sea»[316].

Franco también movía sus piezas. El discurso del 17 de julio del Caudillo había decepcionado las escasas esperanzas de los aliados, en un cambio de actitud de Franco hacia el Eje. Sobre todo, en sus consideraciones sobre el fracaso del sistema capitalista liberal y su

mensaje a favor de los totalitarismos. Tras este discurso, «para Hayes [...] no era ya tolerable por más tiempo sustentar el Régimen con la continuación de la guerra económica»[317]. Ese mismo día, el cardenal Segura solicitaba una reunión urgente por la mañana con el embajador británico. Se realizó en la casa de su hermano, a las afueras de Madrid. Uno de los mayores enlaces de Franco con el Vaticano le comentaba al representante diplomático británico en España su preocupación por el camino iniciado por Gran Bretaña. Temía que el Estado se dirigiera hacia una situación de guerra civil no deseada. Ante esto, la petición de Segura era conocer la posición del Gobierno británico ante las posibilidades de Restauración. Hoare le contesta, de manera absolutamente oficial, lo acordado días anteriores: que no es un asunto propio y que no deben interferir, pero que su actitud de apoyo dependería sobre todo del programa político que estuviera detrás de las acciones realizadas, especialmente en torno a la neutralidad real y un programa de amnistía. El cardenal le comentaba que Don Juan podría perfectamente personalizar estas peticiones, pero la dificultad se encontraba en la permanencia en el poder de Franco y el apoyo del estamento militar[318].

Los miembros de la inteligencia británica continuaban mientras tanto sus acciones. Un escrito enviado a finales del mes de julio indicaba que solo sería posible la Restauración en la persona de Don Juan —apoyado directamente por Juan March y el marqués de Aledo, «reconocido banquero»— si Franco dejaba el poder, para lo que había que convencerlo de que diera un paso atrás. Sin embargo, también se citaba la división del falangismo en torno a la opción de la Restauración y la falta de actividad de algunos de los personajes claves en esta trama, como por ejemplo Gil Robles o el propio Sainz Rodríguez[319]. La verdad es que parecía que nunca se apostaba de manera decidida, lo que reforzaba todavía más a los británicos la impresión constante de la inexistencia de una alternativa a Franco.

¿Y diplomáticamente? En este mes de julio, el embajador británico envió un memorándum al ministro de Asuntos Exteriores advirtiéndole de que consideraban «faltas a la neutralidad» las «facilidades concedidas o no denegadas al Eje». En este amplio informe, base de la reunión que establecería directamente con Franco días más tarde, Hoare indicaba varias cuestiones,

especialmente la denuncia sobre el trato privilegiado que recibían los servicios de información y de sabotaje alemanes (citaba especialmente el sur, en relación con la base gibraltareña: Sevilla, Huelva, La Línea, Algeciras y Melilla). Nada nuevo que no se llevara a cabo anteriormente, pero sí la transmisión por escrito de lo que el régimen español realizaba en contra directamente de los propios británicos. Se citaban varias cuestiones: que desde el inicio del conflicto se había prohibido a la población civil británica y aliada en edad militar pasar a través del territorio español y viajar en barcos españoles —circunstancia que no ocurría con alemanes e italianos—; la expulsión sistemática de ciudadanos británicos, en la que se veía la mano directa de Falange, citando textualmente que, en un período de veinticuatro meses, treinta y cuatro súbditos británicos habían sido expulsados de España; la interceptación constante de la Embajada británica y los consulados británicos en España; la persecución por Falange de repartidores de boletines de la

BBC

... Un amplio y documentado informe sobre la diferencia de trato, con el objetivo manifiesto de llegar diplomáticamente a la máxima presión[320].

La réplica de las autoridades españolas fue, sin embargo, una calculada posición de silencio. La única respuesta que tiempo después Hoare indica que recibió de esta notificación fue las quejas respecto de la interceptación de barcos españoles por la Marina británica, así como la constatación, ya señalada en líneas anteriores, de la presión aérea realizada por aviones británicos en zonas especialmente sensibles ante la perspectiva de una posible invasión aliada[321]. En esas horas tiene lugar el encarcelamiento, el 25 de julio de 1943, de Mussolini y el encargo de la formación de gobierno al mariscal Badoglio, con la intención manifiesta de un armisticio. La situación en el Mediterráneo se templaba, oscilaba en beneficio de los aliados. En un escrito de Hillgarth a Churchill dos días después del hecho lo calibraba de manera positiva: «Sicilia ha impresionado a todo el mundo y ha encantado a la mayoría. La destitución de Mussolini y lo que presagia ha noqueado a los adversarios»[322].

Si atendemos al informe que el duque de Alba le transmite a

Franco de su conversación con Churchill del 27 de julio, la situación con el régimen militar se modula, a pesar de la presión iniciada desde principios de año. El duque de Alba, que no había sido destituido de su posición de embajador a pesar de su firma bien visible en la «Carta de los Procuradores», le indicaba al Caudillo que Churchill

personalmente siempre fue y es amante de España y que durante nuestra guerra al principio estuvo de nuestro lado y que si después cambió fue debido a la ayuda que vio nos prestaban Alemania e Italia [...] pero me repitió que si él hubiera sido español desde luego habría estado a nuestro lado[323].

De hecho, el Gobierno británico había cambiado la postura inicial de dejar hacer por la inseguridad ante el futuro alternativo. Esa percepción de falta de alternativa creíble, junto con el ambiguo juego de Franco, propiciaba posiblemente esta opinión de Churchill (más allá de la estrecha relación entre el primer ministro británico y el duque de Alba). Es el cambio de actitud norteamericano el que fuerza esta transformación desde principios del año 1943. Y no era solo en Londres. Hoare comentaba en sus memorias esta misma percepción de ser incapaces de competir con el Eje en la situación de control militar de la península, y sobre todo de España:

Aunque el poder alemán de 1940 a 1942 fue mucho más formidable que cualquiera de los que podríamos haber ejercido en 1943, la mano dura de Hitler no logró los grandes resultados realmente deseados [...]. A la vista de esta historia, parecía muy poco probable que en 1943 tuviéramos éxito con un gran golpe donde Hitler había fallado con un golpe mucho más grande en 1940, 1941 y 1942[324].

Existe un período en el que Estados Unidos permite que el Reino Unido apueste por la estrategia combinada de presión diplomática de baja intensidad junto con la creciente visibilización de la potencia bélica de los aliados. Esta política conllevaba bajos riesgos de error que no fueran reversibles a corto plazo, y no forzaba la

situación de los aliados. Algunos autores indican que, en este verano, Estados Unidos modera sus pretensiones de presión respecto a Franco[325]. También porque la campaña de contrainformación alemana ante los constantes amagos de invasión aliada de la península reclamaba la posición de defensa de unidad a favor del régimen: «El Ejército alemán estaba dispuesto a intervenir para salvar al país de la devastación»[326]. Esta idea de la invasión era fácilmente creíble, ya que era una variación respecto de los anuncios sobre una invasión alemana el año anterior.

Todo o nada: La encrucijada del Pazo de Meirás (20 de agosto de 1943)

Franco había movido pocas piezas a favor de los aliados. Su actitud de cambio seguía siendo la mínima posible. Lo imprescindible, lo estrictamente necesario para no provocar un conflicto diplomático en el que siempre tendría la peor parte. Existía un acercamiento paulatino desde principios del año 1943, más en las formas que en el fondo, ya que el rumbo del conflicto había oscilado hacia la derrota del Eje. Siempre existía la posibilidad de que quedara en un empate técnico. O en un arreglo de fronteras, sobre todo si vemos el mosaico desde la perspectiva eurocentrista en sus dos actores importantes: Gran Bretaña y Alemania. Para sus intereses de permanencia en el poder, Franco leyó convenientemente este mapa: a veces diplomático, a veces bordeando el conflicto directo. Y su régimen en el medio. Esa fue la posición que siempre quiso jugar. La menos cómoda, posiblemente la más difícil de mantener cara al exterior, pero seguro que la que menos afectaba a su objetivo prioritario y único. Un objetivo sin el que las demás prioridades eran imposibles: el mantenimiento de su poder personal.

El memorándum enviado por la Embajada británica al Ministerio de Asuntos Exteriores en julio tampoco había tenido la reacción buscada. Otra vez se afrontaba de perfil la resolución del conflicto. Y es que a Franco no le interesaba jugar a ese juego. Pero el Reino Unido necesitaba recuperar la iniciativa para no perder la convergencia con Estados Unidos en este tema. De hecho, los

informes sobre denuncias concretas al régimen no se paralizaron: se intensificaron a partir de la negativa a debatir de finales de julio. Con fecha del 30 de julio, la Embajada británica en Madrid elabora un informe que cita las circunstancias concretas en las que se considera trato discriminatorio la difusión de noticias procedentes de Gran Bretaña en España. Se mencionan casos concretos de Tarragona, Bilbao, Fernando Poo, Tánger o Madrid, pero también se denuncia la agencia de propaganda alemana «pseudo-tourist Alemana», localizada en la calle Alcalá de Madrid, que difunde noticias en contra de las Naciones Unidas, y que imprime en Cartagena diariamente alrededor de tres mil boletines distribuidos por toda España, sin ningún tipo de obstáculo por el Gobierno. La difusión de noticias del Eje es ampliamente recogida en periódicos españoles y otros medios de comunicación —como el NO-DO—, dejando un espacio reducido, o simplemente inexistente, para las agencias de prensa aliadas.

Dentro de este informe también se integra una denuncia de mucho mayor calado diplomático. Diluida la advertencia como un punto más de los once en que se divide, lo cierto es que esconde una amenaza directa de ruptura diplomática: «La correspondencia postal de la Embajada y de los Consulados de Su Majestad en España está siendo interceptada continuamente. Los paquetes postales debidamente sellados no se han entregado y se han vendido a una fábrica de papel para su destrucción»[327].

Una manera sutil de avisar de posibles consecuencias persistiendo en esta falta de acciones a favor de los aliados. Aun cuando por estas fechas la guerra comienza ya a percibirse de manera nítida en su giro definitivo, la dictadura sigue manifestando su querencia por una solución pronazi. La presión no se ejercía solo desde los palacios. A principios de agosto, en colaboración con la policía de Oporto, se descubre «una red de espionaje al servicio de los angloamericanos, Masonería y Comunismo», que conectaba el envío de mensajes entre Lisboa —procedentes según esta fuente del banquero Espirito Santo— y A Coruña —con un tal Reibado, reconocido finalmente como Ricardo González Vicente—, a través de entregas en el «Restaurant» de la estación de tren de Valença do Minho[328]. Toda la documentación incautada a la que se alude en esta causa militar coincide con el paquete de demandas que

plantearan los aliados días más tarde —oficiales alemanes en España, localización de estaciones que suministran datos a submarinos alemanes, División Azul...—, pero también hay información geográfica relevante de la península sobre fortificaciones y posiciones de artillería[329]. La defensa de los implicados fue asumida por dos de las más importantes personalidades del régimen en Galicia, Babio Calleja y Jiménez del Llano, líderes de las juventudes cedistas en su momento y apoyos del naciente franquismo en A Coruña, sede especial para temas de inteligencia[330]. Curiosamente este proceso se fue demorando notablemente, y no terminó el procedimiento hasta bien avanzado el año 1945... En ese momento las tensiones diplomáticas con Gran Bretaña, y sus redes de información, ya iban por otro camino. No era lo mismo 1943 que 1945. Había cambiado notablemente el contexto.

Es entonces cuando Hoare le plantea a Franco una audiencia con carácter urgente para el 21 de agosto, fecha en la que se encontraba en su residencia veraniega del Pazo de Meirás (Sada, A Coruña). Como vemos, no hubo tal apresuramiento, sino que formaba parte de una estrategia hilvanada desde el Foreign Office en la que Samuel Hoare fue un mero ejecutor. La fecha de la reunión se pidió inmediatamente antes del viaje ya estipulado previamente del embajador británico a Londres, con el objetivo de unir ambas circunstancias en la manera en que menos interfirieran los mensajes de unos y otros. Se preveía también que por esas fechas la campaña de Sicilia hubiera terminado, lo que añadiría un plus de presión y una velada amenaza militar. Y, desde luego, tampoco es inocente el hecho de que precisamente en esa semana se organizara la Conferencia de Quebec... Paralelamente, entre el 17 y el 24 de este mes se realizó en la ciudad canadiense esta primera conferencia entre Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña. En esta reunión se acordará respecto a España que era necesario cambiar la relación de privilegio que mantenía con Alemania. Los puntos firmados y las medidas concretas serían prácticamente idénticos a los que presentó el embajador británico en persona a Franco en Meirás[331]. El mismo día en que Hoare se entrevistaba en Meirás con Franco se enviaba la propuesta estadounidense sobre el régimen franquista, en tonos muy severos[332].

La presión diplomática se mantuvo en los días anteriores a esta reunión, incluso se incrementó. Las noticias entre los aliados respecto de las posibilidades de golpe en contra del general Franco se multiplicaron al principio del mes de agosto. El 16 de agosto de 1943 desde Madrid se envía un informe en el que se indica que «un grupo de generales incluyendo a Orgaz y Kindelán han decidido dar un golpe de estado militar en fechas entre el 20 de agosto y el 30 de agosto. Los detalles inciertos y muy especulativos pero el objetivo es suprimir Falange y por la fuerza el gobierno militar de Franco». Se estimaba que Franco intentaría anticiparse a este hecho y trataría de cambiar el Gabinete en la reunión del Consejo de Ministros que se celebraría en el Pazo de Meirás, prevista inicialmente para ese mismo día 21. De todas maneras, el juego ambiguo que establecía de manera constante Franco se aplicaba otra vez. En este mismo informe, en aquel contexto de presión británica para la Restauración monárquica, se indica que «la caída del fascismo ha provocado un profundo efecto en todos excepto en Franco». Oficialmente. También se escribe líneas más adelante: «El país deriva oficialmente proaliados con considerable velocidad y esto solo puede ser debido a las instrucciones de Franco». En la prensa de estos meses se observaba el cambio de las orientaciones oficiales del régimen y se destacaba su carácter anticomunista [333].

Sin embargo, las acciones son otras bien distintas. En un resumen realizado meses después desde la Embajada británica en octubre de 1944 sobre las relaciones anglo-españolas se recuerda el contexto dramático de este agosto de 1943 como obligado punto de inflexión. Especialmente en el tema del wolframio:

Habían negociado un acuerdo con los alemanes en agosto de 1943, que les daba la libertad de comprar wolfram, entre otras cosas, con el cual automáticamente les otorgaba licencias de exportación, siempre que el estado de los pagos entre los dos países lo permitiera; y como, en este momento, los alemanes estaban exportando grandes cantidades de productos a España, en teoría no debería haber habido ningún obstáculo para obtener la entrega de wólfam. Además, los españoles todavía temían las repercusiones en su propio comercio y deseaban evitar una ruptura directa con

Alemania [...]. Por supuesto, había también cierta opinión a favor de Alemania entre los círculos del Gobierno [334].

Decidida la fecha para aprovechar el mejor momento de plantear algo parecido a un ultimátum al régimen, para el embajador fue especialmente complicado plantear el propio viaje. El viaje hasta el Pazo de Meirás fue difícil. Llegar a lo que fue comparado por el propio Hoare como el *Berchtesgaden* del Caudillo era complicado, no por el acceso al lugar, sino por el lamentable estado de las comunicaciones hacia esta zona peninsular. Según dejó anotado en sus memorias, Hoare observó que cualquiera de las opciones le resultaría complicada. Por carretera: 1200 kilómetros de ida y vuelta a Madrid en medio de la ola de calor de aquel agosto y por vías no muy accesibles. En avión: pasar dos cadenas montañosas sin radio a bordo en el único avión disponible por la Embajada —un Vega Gull del agregado del Aire— no era muy recomendable. Por tren: prácticamente impracticable, la incomodidad de sus líneas era manifiesta, pero además la duración del trayecto no lo hacía recomendable. Finalmente se consiguió, a través del brigadier Torr, que se puso en contacto con el ministro de Asuntos Exteriores —en aquellas fechas en San Sebastián—, la disponibilidad por el general Vigón de un Douglas que hacía regularmente los trayectos entre Madrid y Lisboa, con tripulación incluida. Las facilidades y el trato por parte del régimen para esta reunión fueron, como se observa, exquisitos.

En ese contexto prebélico Hoare se desplaza hasta el Pazo de Meirás («unos 60 kilómetros a lo largo de un camino empinado y sinuoso y sobre un país de matas»)[335]. El destino del avión desde Madrid fue Guitiriz, un amplio espacio que podría funcionar como improvisada pista de aterrizaje. En él se halla un reconocido balneario de aguas termales, situado cerca de la carretera que conecta A Coruña y Lugo, a varias decenas de kilómetros de Meirás. Este sería el espacio que utilizaría para descansar el día previo al viaje el séquito de la Embajada, un grupo reducido debido al carácter de la visita. Se encontraba integrado, al margen de la tripulación del avión, por el adjunto del agregado del Aire y un secretario de la Embajada. Fue todo un acontecimiento local. Tras el aterrizaje, según el testimonio de Hoare, se agrupó un gentío al que

debió enfrentarse una fuerte guardia para evitar que los instrumentos y neumáticos fueran saqueados [336].

La impresión que registró el agregado al llegar fue distinta. A pie de pista les esperaba el cónsul de A Coruña, una guardia de honor compuesta por veinte personas al mando de un oficial y una ambulancia con dos doctores. El gobernador civil de la provincia «había enviado su gran Mercedes Benz (que le había sido regalado [a Franco] por el Señor Hitler)», además del coche italiano que había mandado la Casa Civil del Generalísimo [337].

El trato diplomático fue impecable. Pero Franco jugaba sus escasas bazas de ofrecer una imagen de fortaleza. Por sí mismo, sin ayuda. La llegada de Hoare coincidió con la realización de unas maniobras militares, además del desplazamiento de aproximadamente dos mil personas en cuatro trenes militares. Concretamente, entre los días 13 y 19 de agosto. Y ¿dónde se realizaban estas? En Guitiriz. No consistió en nada excepcional («prácticas de tiro y asalto a unas lomas, así como marchas forzadas a pie»)[338]. La prensa hizo públicas fotos de este hecho días más tarde. Hoare llegaba a un aeropuerto improvisado, en medio de un fuerte despliegue militar.

Pero los británicos tampoco andaban cortos a la hora de jugar a las sorpresas. Según algunas informaciones, tenemos referencias de que, en las horas cercanas a la entrevista, el 20 de agosto, a plena luz del día, un caza inglés sobrevoló el puerto de Ferrol y dejó caer una bomba sin munición unos kilómetros hacia el interior de la ría, en Xubia. Ferrol se encuentra por vía marítima a poco más de una decena de kilómetros en línea recta del Pazo de Meirás. Un avión sobrevolando este espacio aéreo era fácilmente detectable ante el extremo control impuesto en la zona en estas fechas.

En la recepción del hotel se repitieron los gestos de atención: todos los clientes se encontraban fuera esperando la llegada del embajador; el gerente tuvo que desplazar a seis personas de sus habitaciones para acomodar la llegada de su equipo; el menú del restaurante se encontraba escrito en inglés... De hecho, en declaraciones al agregado Muirhead, y como respuesta a las disculpas dadas por los encargados del balneario por todos los problemas que les estaba causando su llegada, le respondía que «estaba encantado de mostrar sus simpatías hacia Inglaterra» [339].

Efectivamente, según las memorias del embajador, el gerente del balneario se mostró tan implicado que dio instrucciones a su personal de avisar a todos los clientes de que, cuando Hoare abandonara el restaurante, debían levantarse[340].

El testimonio de Hoare describía la escena: no apreciaba una excesiva vigilancia alrededor del recinto (pero no dudaba de que existiera un círculo más grande de control). El embajador llegó al Pazo un cuarto de hora antes de la hora prevista, a las seis menos cuarto de la tarde. Le reciben Muñoz Grandes, el jefe de la Casa Militar, y el barón de las Torres, jefe de Protocolo, y lo encaminan al Gabinete del general Franco. Los dos, junto al barón de las Torres, conversaron durante más de dos horas. La conversación transcurrió en un contexto amable y confortable. Hoare indicaba que, en la preparación del entorno de la entrevista,

evidentemente, la intención es que tengamos el normal cotilleo en la atmósfera de un agradable domingo por la tarde. De hecho, el aire parecía tan abrumadoramente pacífico que comencé a preguntarme si alguna vez podría penetrar en la pesada neblina de la autocomplacencia que protegía al Caudillo [341].

La reunión de Meirás fue ampliamente trabajada, como hemos visto. Prácticamente es la reunión que cierra una etapa y abre otra en las relaciones hispano-británicas, con cierto nivel de riesgo por la necesidad de acción del general Franco. La presión se estrecha sobre la dirección del régimen. Si bien la convocatoria de la reunión pudo ser de urgencia, debido a las decisiones finales tomadas en Quebec sobre la postura que se debía tomar con España, lo cierto es que la recogida de información realizada por los servicios de inteligencia comienza a ponerse encima de la mesa.

Si bien es una pena que no tengan fecha, entre los papeles privados de Samuel Hoare aparecen unas «*Confidential Notes for the British Ambassadors Interview with General Franco on the 20th August 1943*» que creemos de gran relevancia. Preparadas por su equipo técnico, por su colocación en medio de los legajos podemos presuponer como preparatorias de una reunión inminente, el guion de las demandas que se iban a plantear. Incluso algunas se

encuentran subrayadas a lápiz para destacarlas.

Podemos reconstruir gracias a estas seis páginas de manera muy real cuál fue la intervención del embajador británico en el bucólico Meirás. Comenzaba agradeciendo a Franco poder concretar esta entrevista antes de su partida hacia Inglaterra para discutir cuestiones que «parecen estar aumentando de manera constante en urgencia e importancia». Su relevancia se centra en que los cambios se veían probables en un futuro no muy lejano. Como pruebas: la caída del fascismo en Italia —«el nuevo orden, creado por el Señor Mussolini, en realidad había desaparecido, y nunca más regresará. Este es un hecho de gran importancia no solo para Italia sino para todos los países del continente»— o la fortaleza militar británica —«puede [...] afirmarse que la fuerza militar británica es, en comparación con otras potencias europeas, mayor hoy que en cualquier momento anterior en la historia británica. No hago esta declaración con ningún espíritu de risa [...]. Afirmo que lo que estoy indicando es un hecho militar que puede ser comprobado por la opinión de expertos militares».

Tras adular a Franco —«el Generalísimo, siendo un soldado cuya distinguida carrera se ha logrado en hechos concretos»—, insistía en que las relaciones hispano-británicas habían mejorado notablemente desde su presencia de tres años en Madrid, y por lo tanto, «existe la base de una relación más amplia y fructífera entre nuestros dos países en el futuro». Pero había obstáculos.

El primer desencuentro es la creencia firme en Gran Bretaña de que «el Gobierno español siempre ha deseado y todavía desea una victoria del Eje» (que está subrayado en el original). Así lo evidenciaban el tono y el contenido de numerosos discursos oficiales, las actividades de sabotaje e inteligencia del Eje en territorio español —«particularmente en ambos lados del Estrecho, donde el territorio español, sin duda, se sigue utilizando con fines beligerantes»—, y la diferencia de trato con los intereses y actividades británicas en España. Hoare le indicaba incluso que se encontraba obligado a preguntarle ciertas cuestiones de no muy buena resolución diplomática al ministro de Asuntos Exteriores español, como «¿es un delito que un ciudadano español lea las noticias británicas mientras se les da a los alemanes todas las facilidades para inundar toda España con su propaganda?».

El embajador resaltaba el hecho de que no eran las relaciones con su gobierno las que podían hacer encallar las «buenas» relaciones entre Gran Bretaña y España, sino la actitud de los cuadros falangistas que ignoraban de manera constante el tratamiento que se le debía dar a Gran Bretaña, «que penalizan las actividades británicas y persiguen a los españoles que sean amistosos con los intereses británicos». Esta actitud de muchos gobernadores civiles y jefes de policía españoles había forzado al Gobierno británico a creer que la organización de Falange «es definitivamente hostil a los intereses de Gran Bretaña e Inglaterra [...] cuando también se cree en Inglaterra que no hay esencial diferencia entre los principios del Fascismo y del Falangismo».

Pero también le indicaba que «si el Falangismo se adapta a España, es asunto de España, y no le concierne directamente a Gran Bretaña; lo que preocupa a Gran Bretaña es la actitud del gobierno español, ya sea Falangista o militar o monárquico o republicano».

Si bien la identificación con el Eje a través del protagonismo de Falange en España fue claramente denunciada, como hemos visto, el segundo obstáculo para el mantenimiento de relaciones es la propia consideración de España como «no beligerante». Hoare manifestó a Franco que esta definición era vista mayoritariamente por la opinión pública británica «fundamentalmente como no amistosa hacia los aliados». Les recordaba mucho la declaración de Mussolini de pre-beligerancia, ya que casualmente las dos «parecían siempre estar a favor del Eje». Sería conveniente, «ahora que la última fase de la Guerra está alcanzándose, y los países de Europa comienzan a girar con interés hacia cuestiones de la posguerra», que Franco estimara cambiar esta consideración, aunque «dejo claro que esta es una cuestión para que España lo decida».

En el fondo, la percepción aliada de sentir a España como una excepción dentro de los países «neutrales» se constata cuando menos desde la primavera de 1943. Y esto, continuaba Hoare, se había convertido en un nuevo obstáculo para el desarrollo de la política de posguerra y para los intereses del nuevo mundo occidental a construir. España continuaba jugando un papel estratégico fundamental no solo militar, sino también económico y social al ser frontera de África. Seguir manteniendo este control era fundamental para el dominio del horizonte democrático capitalista,

aun a costa de persistir la dictadura militar, que necesariamente debería cambiar su imagen exterior para su homologación posterior.

El tercer obstáculo en el que insistió Samuel Hoare fue mencionado como «quizás el más difícil y peligroso de los tres: es la presencia de la División Azul en el frente ruso». Esta calificación posiblemente venga dada por su alta concreción, ya que los dos planteamientos anteriores son cuestiones que se deberían abordar de manera interna. Y en los plazos estimados, ya que se consideraban «asuntos internos españoles». Esta era, «una vez más, una cuestión española para que España decidiera». Pero la retirada de los voluntarios españoles que combatían en el frente soviético era una necesidad para que Gran Bretaña mantuviera buenas relaciones militares con la Unión Soviética. Hoare indicaba las veces que había reiterado a Serrano que «la presencia de un contingente español luchando contra uno de los aliados seguramente crearía serios problemas con las Naciones Unidas». Franco tenía que elegir. La situación de los apoyos externos al frente ruso aislaba todavía más a España en el contexto internacional futuro de Europa: «Con el retiro de las unidades italiana y húngara y el agotamiento de las divisiones rumana y finlandesa, puede ser que la División española se encontrara como el último contingente no alemán que queda en el frente ruso» [342].

Hasta aquí la reproducción del modo en que el embajador dejó anotado que pretendía abordar sus pretensiones. Con indudable mano diplomática dejaba constancia de una fuerte demanda sobre el necesario giro del régimen español ante el futuro de la posguerra. Samuel Hoare, años más tarde, relató este encuentro de manera pública en su obra *Ambassador on Special Mission*. E indicaba lo siguiente:

Los puntos principales de mi charla, la Falange, la no beligerancia y la División Azul, tocaron los tres puntos más sensibles de la armadura de Franco [...]. Hasta aquí, por lo que dijo. Lo que no dijo fue quizás igualmente significativo. Ya no habló con la vieja seguridad de la máquina militar alemana [...]. Reaccionó a mis comentarios sobre la caída de Mussolini y el fascismo [...]. De hecho, su complacencia fue casi abrumadora [343].

Hoare también insistía en esta obra en su especial interés en destacar la idea de que «Falange no era una administración, sino un movimiento». Pero, como hemos visto en el informe previo, la denuncia respecto a la actividad de Falange era precisamente la contraria: un partido cuya dirección suprema recaía en el general Franco, al que se le solicitaba una ruptura drástica con aquello que Gran Bretaña identificaba claramente con el fascismo. La reconstrucción *a posteriori* de estos hechos suavizó en parte la denuncia realizada, teniendo en cuenta que, en el momento de la redacción final de las memorias del embajador, Falange sí se había convertido en eso: en el Movimiento, en el recuerdo de un pasado falangista, mucho más atemperado y, sobre todo, reducido en cuanto a poder efectivo en política exterior. Era necesaria esta homologación. Como hemos probado en líneas anteriores, hubo una denuncia frente al «fascismo español», pero la decisión final se hizo recaer en Franco.

Si hubiera algunas palabras con las que Hoare definiría este encuentro, serían las de desconcierto, estupor, sorpresa, incredulidad...:

Aquí estaba el dictador de España, a cuatrocientas millas de su capital en un momento de crisis europea, sentado en una sala de fumadores, listo para hablar de los cultivos y el clima o las perspectivas de la temporada de caza con la misma voluntad que los tremendos sucesos que tienen lugar en el mundo, y todo el tiempo, autoposeído, complaciente y aparentemente confiado en su propio futuro. Mis fuertes palabras, lejos de provocar explosiones, se esfumaron como si fueran algodón [344].

Hoare volvió a Madrid con esta sensación de aturdimiento. En el mismo día de su regreso a Madrid, el 21 de agosto, el embajador emitió un informe secreto con sus impresiones del encuentro. No fue solo un encuentro verbal:

Al final, le dejé una traducción al español de las notas de lo que hablé y memorandos sobre la diferenciación contra intereses británicos, actos no neutrales, por ejemplo, hacia submarinos enemigos, sabotaje del enemigo y organizaciones

de inteligencia y discriminación por publicidad.

Diplomático, eso sí: se le reiteró que estas demandas no provocaban ningún cambio en la promesa realizada previamente de «no interferir en los asuntos internos españoles o invadir el territorio español».

Franco le insistió en su réplica que lo que había realizado hasta la fecha era el pago de una deuda, la contraída con Alemania e Italia por su ayuda en la victoria de la Guerra Civil. Incluso «él incidentalmente admitió que muchos aventureros y criminales habían ingresado en Falange y que ahora estaba haciendo todo lo posible para expulsarlos». Respecto a la posición de no beligerancia, indicaba que la gran diferencia con la neutralidad era que esta significaba, a su entender, desinterés. Esta era la posición que quería mantener a partir de ahora, distinguiendo entre su actitud hacia Rusia y hacia los restantes aliados («que era de auténtica neutralidad»).

Respecto a la División Azul, Franco consideró que siempre se planteó la intervención como un «*symbolic gesture*» («gesto simbólico») y nunca permitiría un conflicto con americanos o británicos. El embajador vio aquí su oportunidad «de señalar la imposibilidad de mantener la guerra en su fase actual en compartimentos estancos. ¿Qué pasaría si preguntara si los bombarderos angloamericanos atacaran a la División Azul o si formábamos un frente unido con los rusos en Noruega o los Balcanes?»[345]. No fue una pregunta que dejara indiferente a Franco.

Respecto de las demandas sobre cómo paralizar las actividades de sabotaje del Eje en el Estrecho, indicó que ya había notificado su intención de realizar drásticas acciones en este sentido a Jordana como ministro de Asuntos Exteriores, para que, a su vez, se lo indicara al general Orgaz en San Sebastián. En este aspecto, Franco fue tajante[346]. La percepción del embajador sobre otros aspectos citados en la entrevista no fue tan satisfactoria como en el caso de la División Azul. Hoare cita que el barón de las Torres «susurró en mi oído cuando salía: “El Generalísimo va a deshacerse de la División Azul”».

En resumen, la impresión personal de Hoare era de indefinición

respecto a la postura que iba a tomar Franco, pero con la idea de que algo había cambiado, como le reafirmó la aceptación de Jordana tras la entrevista con el vicecónsul británico para Ceuta: «Si bien es posible que lo deje caer y vuelva a la neutralidad, bien puede ser que no cambie el nombre, aunque seguramente cambiará su contenido, ya que durante toda la entrevista quedó claro que desea estar en buenas relaciones con los aliados»[347].

Para el Foreign Office la satisfacción fue la nota predominante. La entrevista había sido la «más satisfactoria de cuantas sir Samuel Hoare había mantenido con el general Franco»[348]: posiblemente la más directa y franca. Incluso se retomaron contactos. Como relata el propio Hoare en la documentación de su archivo, el propio Franco preguntó de manera personal a Hoare si en la Embajada se tenía alguna referencia del paradero del general Saro, gentilhombre de cámara de Alfonso XIII y compañero de armas en Marruecos. Saro, muerto el 19 de agosto de 1936 por milicianos republicanos, permaneció en Madrid a pesar del ofrecimiento del propio Bernard Malley y de otros intermediarios para acogerlo en la Embajada británica y sacarlo hacia Valencia en cuanto se pudiera. Según la opinión de Malley, tras la pregunta de Hoare, «me contestó que temía le habrían de reconocer en la calle o en la estación y que procuraría buscar escondite hasta la entrada de las tropas nacionales, de cuyo próximo triunfo estaba convencido»[349].

Pero, a pesar de lo dicho en Meirás sobre el mantenimiento de la promesa de no interferir en la política española o de la posibilidad de invasión de territorio español, de todas estas buenas intenciones declaradas, lo cierto es que la presión militar aliada existía con cierta intensidad. Los combates y vuelos de aviones británicos siguieron con especial presencia precisamente en estos momentos, en los días finales del mes de agosto: en la ya consabida zona cercana de Ferrol[350], Gijón[351], Villaviciosa[352] o Santander[353].

La tensión diplomática latente se incrementó cuando, en medio de los preparativos del viaje del embajador a Londres para comunicar sus impresiones, se publica la noticia de este encuentro. Provocó las inmediatas quejas de los embajadores alemán e italiano. Se había convenido en no dar publicidad al hecho, confiando en que al propio Franco no le interesaría dar publicidad a la

conversación. Según comentario registrado en un telegrama que el propio Jordana le envía al duque de Alba, la filtración fue producto de publicaciones extranjeras. Le indicaba al embajador británico que «en la primera visita que realice

V.E.

ese Ministerio de Relaciones Exteriores sírvase señalar dificultades creadas en España [...] y se hayan conocido por españoles estos temas antes de que conversaciones hayan tenido lugar». Continuaba indicando que «claro está que hay cosas que podrían hacerse sin publicidad y que son difíciles de realizar si no pasan inadvertidas [...] no pudiendo llegarse a tanto cuando se hacen aparecer ante el público como impuestas por una potencia extranjera en merma de la soberanía propia»[354]. La Embajada de España en Washington publicó un comunicado breve en el que relataba que la entrevista «fue amistosa y satisfactoria, y visualizaba que las relaciones entre España y Gran Bretaña eran excelentes»[355].

De hecho, entre las disposiciones de Quebec tomadas finalmente respecto al caso español, aprobadas el 24 de agosto, media esta entrevista en la residencia veraniega del Caudillo. La actitud de ambigüedad del Caudillo conlleva «la inmediata adopción [...] de la alternativa moderada británica con algunas dosis de dureza norteamericana (sobre todo en asuntos petrolíferos, ya por entonces virtual competencia exclusiva de Washington)»[356]. Esta actitud en torno al petróleo americano se acelera precisamente en estas fechas, cuando desde principios de agosto el agregado petrolífero de la Embajada estadounidense informa de las duras condiciones que se le imponen a España en su adquisición de crudo. Esta negociación durará más de cinco meses, con su punto álgido de conflicto entre finales de 1943 y los primeros meses de 1944 [357].

Y es que, según el duque de Alba, en telegrama enviado a Jordana el 31 de agosto, el embajador Hoare «está dando pruebas de absoluta discreción respecto a su entrevista con el Generalísimo», pero todos mostraban su extrañeza por la noticia publicada. Tampoco querían dejar pasar la ocasión «de dejar claramente asentada la opinión oficial británica sobre algunos extremos acerca de los cuales tiene motivos de queja y que a tal efecto entregó un memorándum al Generalísimo». En impresión autógrafa sobre este mismo telegrama, se indicaba que «tal vez sea un poco fuerte» [358].

Jugada estratégica que obligó al Foreign Office a señalar lo que consideraban «una deformación evidente de la verdad», con exposición del ministro británico de Asuntos Exteriores en la Cámara de los Comunes el 22 de septiembre de 1943, además de contestación a través de un comunicado de prensa en el que mostraba su disconformidad «con el comportamiento no neutral del Gobierno español»[359]. En un comunicado enviado el día posterior por el duque de Alba incluyó específicamente las palabras dichas por Eden:

Quejas que en algunos casos habían sido remediadas habiendo otras que aún no habían sido resueltas y que debían serlo si la política de neutralidad proclamada por el Generalísimo Franco significaba igual trato pero no beligerancia por España, había de ser realizada estrictamente [sic].

Indicativa del contexto en aquellos meses resulta la parte final del comunicado:

Al preguntar de nuevo el diputado interpelante si la respuesta del Generalísimo Franco fue favorable o desfavorable y en este último caso qué medidas pensaba tomar el Gobierno inglés, Mister Eden contestó: «El Gobierno español se ha comprometido a estudiar esta reclamación y esperamos que su acción produzca una mejoría en la situación» y de nuevo dijo: «La situación está mejor de lo que estaba: supongo que eso se puede llamar progreso»[360].

No parecía que la jugada de la filtración de la noticia ayudara mucho a mantener el exquisito trato con el que fue recibido el embajador en Meirás.

La «Carta de los Generales»:
septiembre de 1943

La respuesta británica no se hizo esperar. La presión interna

llegaba hasta su máxima expresión. Pocos días más tarde de esta reunión, el 8 de septiembre, una parte determinante de los generales de Franco le presentaban una carta a través del ministro del Ejército en la que explicitaban su voluntad de propiciar el retorno de la monarquía y alejarse de «modas extranjeras»:

En aquella ocasión la victoria rotunda y magnífica sancionó los laureles de gloria en el acierto de vuestra decisión, y el acto de voluntad exclusivo de unos cuantos generales se convirtió en acuerdo nacional por el asenso unánime, táctico y clamoroso del pueblo, hasta el punto de que fue lícita la prórroga de mandato más allá del plazo para el que fue previsto.

Quisiéramos que el acierto que entonces nos acompañó no nos abandonara hoy al preguntar con lealtad, respeto y afecto a nuestro Generalísimo si no estima con nosotros llegado el momento de dotar a España de un régimen estatal que él como nosotros añora, que refuerce al Estado con aportaciones unitarias, tradicionales y prestigiosas inherentes a la forma monárquica. Parece llegada la ocasión de no demorar más el retorno a aquellos modos de gobierno genuinamente españoles que hicieron la grandeza de nuestra Patria, de los que se desvió para imitar modas extranjeras.

Al margen del contenido implícito de la carta de lo que les debía Franco por su apoyo durante la guerra, el objetivo sobre la Restauración monárquica es manifiesto:

Son unos compañeros de armas los que vienen a exponer su inquietud y su preocupación a quien alcanzó con su esfuerzo y por propio mérito el supremo grado en los ejércitos de tierra, mar y aire, ganado en victoriosa y difícil guerra; los mismos, con variantes en las personas impuestas algunas por la muerte, que hace cerca de siete años, en un aeródromo de Salamanca, os investimos de los poderes máximos en el Mando Militar y en el del Estado.

Y termina con un: «Este es,
Excmo

.

Sr

., el ruego de unos viejos camaradas de armas y respetuosos subordinados»[361].

Y es que los firmantes de la carta eran los generales Orgaz, Kindelán, Dávila, Solchaga, Moscardó, Saliquet... Y algunos más que prefirieron guardar cierta prudencia. Y anotaciones enviadas a la Embajada británica sobre este tema en las que se indica que:

Se hace constar la identificación de criterio del General Muñoz Grandes, aunque no asistió a las reuniones. Vigón no asistió a las reuniones del Consejo Superior del Ejército, de donde parte la idea, pero fue consultado posteriormente y al no figurar su firma debió negarse a ello [362].

Sin embargo, aunque sacudió los cimientos de la residencia del Caudillo, Downing Street indicaba a finales de este mes al Foreign Office su constancia del hecho, pero también les decía que «no había ninguna evidencia que sugiriera que se intentara tomar alguna acción para poner sus teorías en práctica». Ni siquiera como constitución de una posible oposición militar suficiente a Franco «que sigue sin existir»[363].

De tal calibre eran las dificultades de búsqueda de información británica sobre el hecho que varios días más tarde se constataba por el agregado de la Embajada, Yencken, la incerteza sobre cuántos habían firmado la carta[364]. Advertencia sí, pero prudencia también. Franco había utilizado todos sus recursos. El Caudillo llegó a prever en los días siguientes una visita de Vigón a Don Juan en Suiza —que había sido su tutor— para establecer mejores relaciones. Vigón, inicialmente, respondió en positivo, pero al final desistió y envió en su lugar al intermediario tradicional: el conde de Fontanar. Estos pasos, en aquel contexto de presión, hacían presagiar al embajador portugués que la Restauración podría tener lugar en los próximos tres meses. El informante de la Embajada británica destacaba el hecho de que era la primera vez que el Dr. Pereira, «muy bien informado», se tomaba cualquier informe sobre

la Restauración «seriamente» [365].

La presión monárquica se activaba desde todos los frentes. A finales de septiembre, el conductor de la carta a Franco, el ministro del Ejército, Carlos Asensio, recibía una extensa misiva desde Estoril de Gil Robles. Además de indicar la falta de credibilidad de España, el ex líder cedista planteaba un futuro catastrófico si no había movimientos que convergieran en la desactivación de Franco y su posterior sustitución por Don Juan:

Cada día que pasa nos acerca a una catástrofe sin precedentes. Para conjurarla no hay más solución que una rápida restauración de la Monarquía. El Rey podría iniciar una labor de rectificación de la política externa que cuanto más tarde en venir menor valor tendrá. Rectificación que debe suponer una vuelta a una neutralidad verdadera que nos saque del aislamiento absoluto en que vamos cayendo, y que haga que nos perdonen los vencedores muchos actos anteriores de beligerancia germanófila [...].

Restaurar la monarquía no es poner al Rey en el Palacio de Oriente, sino además rodearle de instituciones medianamente consolidadas, coger fuertemente las riendas del poder, iniciar la rectificación de los yerros más graves y todo esto con una Realeza firmemente apoyada en el Ejército, con un plan trazado de antemano, una ordenación jurídica preparada en sus más pequeños detalles, con una orientación segura y clara a seguir desde el primer instante [...].

Y llego quizás al punto más delicado. El Rey no puede venir traído de la mano del Generalísimo. Una monarquía que diera sensación de ser continuadora del Régimen actual no duraría tres meses. Si el sistema vigente español debe desaparecer por sus errores internos y externos, ¿cómo va a desprestigiar al monarca haciéndole cómplice de los mismos? ¿Quién puede pretender que la Monarquía cargue con la herencia de odios que hoy despierta el Régimen

imperante en España y fuera de ella? [366].

A finales de este mes, Franco comienza a moverse de acuerdo con las pretensiones anglo-americanas. Gestos aislados, no demasiado publicitados, pero necesarios para que los aliados reconocieran que el autismo del general *primus inter pares* había cesado. A mediados de septiembre se inició una discreta retirada de la División Azul. La comunicación oficial al Alto Mando alemán de estos movimientos tuvo lugar el 20 de septiembre. Sin publicidad, incluso con una sencilla recepción a su último comandante, Esteban Infantes, y reteniendo una reducida proporción de voluntarios bajo el nombre de Legión Azul. A finales de este mismo mes, Franco rechaza la petición del ministro de Exteriores de la República de Saló de que reconozca el nuevo régimen de Mussolini. Y, sobre todo, como veremos en las páginas siguientes, no habrá protesta por la decisión de Salazar de dejar las Azores para uso de los aliados en su campaña contra Alemania [367].

Si bien la idea de la Restauración pivota amenazadora sobre el poder personal del Estado con cierta continuidad, la opción elegida por Franco reside en moverse, pero lo menos posible. Su situación normal es la inmovilidad. Franco deja que los demás se coloquen y se acomoden a un rotundo inmovilismo basado en la garantía de la paz social y el orden. La idea de un reino de España sin rey, bajo la tutela del general victorioso del combate civil, apoyado por su jerarquía militar, se comienza a escuchar con cierta benevolencia en algunos círculos diplomáticos europeos. El agregado de Prensa de la Embajada española en Bucarest enviaba un informe titulado «Sobre la actitud de las democracias ante la situación política española en sus aspectos interior e internacional». En principio, parece una mera recogida de información del contexto del régimen en distintos países. Pero relevante resulta el comentario que realiza sobre una reunión diplomática a la que asistió en Estambul entre los meses de agosto y septiembre de este año, y en la que se encontraban presentes varios ministros. Tras surgir el tema de la Restauración española, un «reconocido hispanófilo y sincero admirador de nuestra lucha y nuestro régimen» indicaba que había que vencer con las mismas armas del enemigo. Respecto del interés anglo-americano sobre el retorno de la monarquía a España, decía:

Yo estoy convencido [...] que si Franco no ha procedido a llevarla a efecto es porque tiene poderosísimas razones para ello, pero si bien dice el refrán que a zorro, zorro y medio, yo restablecería la Monarquía para satisfacerlos, pero... ¡sin Rey! ¿Acaso Hungría no es un reino y sin embargo no existe Monarca? Pues bien, ¿quién le podría impedir a Franco restablecer la Monarquía y erigirse en regente contando como cuenta con el cariño y la lealtad de todo un pueblo?... ¿Transitorio? En efecto, transitorio, mientras se dilucidasen los derechos o pretensiones de los diferentes aspirantes a la Corona, pero ese «mientras» podía dar lugar a que España ganase el tiempo tan precioso y del cual tan necesitada se encuentra en las actuales circunstancias [368].

Los movimientos de Franco se consideran escasos. La presión continúa. A principios del mes de octubre se envía a Londres un listado exhaustivo de lugares posibles de aterrizaje para un supuesto de intervención directa de los aliados en el noroeste español. La cantidad de lugares escogidos y detallados en la zona septentrional indica claramente cuál era la zona elegida y señalada desde hace meses por los británicos. Aquí se incluyen descripciones de Guitiriz, Virgen del Camino (León), Zamora, Vigo-Peinador, Vigo-Estuario, A Coruña, Ferrol,

Lugo-As

Rozas, Santiago, Valdoviño... [369]. De este estudio posiblemente los servicios secretos franquistas ya tenían conocimiento desde meses anteriores, como hemos indicado en líneas anteriores. Era una advertencia de carácter serio, que se combinaba con los avisos diplomáticos y la presión interna —política, militar, social—, además del propio rumbo negativo del contexto bélico para los intereses del Eje. Posiblemente el régimen de Franco nunca estuvo tan amenazado como en estos momentos. Aún más: las conversaciones entre la diplomacia británica y portuguesa del mes de octubre de 1943 no presagiaban nada bueno para el franquismo, ya que se orientaba hacia la tendencia de arreglar el problema estratégico de la península ibérica y su relación con el Eje por la doble vía de negociar con Portugal —siempre mucho más favorable por las tradicionales relaciones con Gran Bretaña— y aislar a

España.

La información británica también circulaba. Con mayor intensidad de lo esperado por algunos. Hoare regresó de Londres en los primeros días de octubre. Recién aterrizado, se encontró con que se había difundido por Madrid el rumor de que tendría lugar un desembarco británico por el Tajo. De hecho, llegó a oídos del embajador norteamericano, quien se lo comentó a «nuestro Encargado de Negocios, Arthur Yencken». Esta comunicación se había realizado el 7 de octubre. Tres días más tarde aterrizó en Madrid Hoare, quien concertó una entrevista para el día 12 de octubre por la mañana, en la fecha en la que el rumor indicaba que se iba a producir la invasión[370]. El Gabinete británico siempre contempló estas fechas de una manera singular. Tras el regreso del embajador, este dirigió una carta a Winston Churchill el 14 de octubre, en la que le decía textualmente: «*Today, a week after zero hour, everything in Spain seems remarkably quiet...*» («Hoy, una semana después de la hora cero, todo en España parece notablemente tranquilo»). Hoare estaba convencido del viraje de Franco. En esta misma carta, le indicaba también al primer ministro británico que el resultado había sido una reorientación muy importante de la política española hacia una auténtica neutralidad. De hecho, los rumores sobre la posible invasión británica que habían circulado aquellos días estaban muy en relación con el hecho de que Hoare no había regresado a España: «Si no hubiera regresado, se habría creado la impresión de que habíamos abandonado la Península y, en consecuencia, podría haber habido problemas en lugar de tranquilidad en relación con el Acuerdo de las Azores»[371].

De hecho, la circunstancia de haber mantenido el contenido de las negociaciones sobre las Azores con Portugal prácticamente en secreto desde el mes de junio fue considerada un éxito por las organizaciones de inteligencia británicas, ya que «los alemanes creyeron e hicieron circular informes confiados de que, el 8 de octubre, Portugal iba a declarar la guerra a Japón. Este doble fallo en el espacio de menos de doce meses apunta a que algo anda muy mal en la maquinaria alemana»[372]. La inteligencia alemana era consciente de esta debilidad en los asuntos de la península, como lo denotan sus esfuerzos a partir de este verano por reestructurar sus

unidades en España con la intención de retomar el protagonismo en la lucha de los servicios de inteligencia.

Los mensajes difundidos por los servicios británicos fueron eficaces en la generación de un clima de tensión en toda la península ibérica sobre esa posibilidad de invasión británica. En Lisboa y en Madrid, entre la población y los servicios diplomáticos, la fecha del 8 de octubre era referencial, como indica el propio embajador en comunicación a Eden:

Cuando llegué, primero a Lisboa y luego a Madrid, se decía que algo importante iba a suceder en octubre. En Lisboa, el 8 de octubre, encontré a la población parada en las calles y buscando en el cielo. Algunos decían que tenía el propósito de observar un despliegue de luz diurna del planeta Venus, otros con la expectativa de que los aviones alemanes estuvieran a punto de atacar la ciudad. En Madrid, una persona tan responsable como el embajador estadounidense, que había recibido un telegrama desde Lisboa sobre el tema, presionó al Sr. Yencken el 7 de octubre para decirle si los infantes de marina británicos ya habían aterrizado en Lisboa [373].

Las estrechas relaciones de Alba en Londres jugaron un papel importante. El contacto estrecho y constante que mantuvo con Jordana es muy indicativo para observar cómo se templaban las aristas de la relación. Con fecha de 19 de octubre, el duque de Alba enviaba una carta al ministro de Asuntos Exteriores español —que reproduzco de manera exhaustiva por su interés— en la que le daba cuenta del juego que se establecía dentro del Foreign Office en relación con el resultado de la importante conversación de Hoare en Meirás:

Insisto siempre en la dificultad en que nos colocan ciertas campañas y ciertas alusiones, como por ejemplo en el caso de la División Azul. A esto se me dice que por nuestro lado debemos comprender que aquí la prensa tiene completa libertad en cuanto no afecta a la seguridad nacional o a secretos militares, y que en el Parlamento es completamente imposible evitar se hagan preguntas que obliguen a un

Ministro a contestar como lo hizo *Mr.* Eden cuando le interpellaron sobre la entrevista del Pazo de Meirás...

Avisaba de la reacción a la actitud ambigua tomada respecto a la División Azul reconvertida en reducida Legión:

Me temo que la retirada de la División para convertirla en una Legión de Voluntarios no satisfaga aquí, más bien, al contrario, produzca irritación, ya que el cambio de nombre sería el reconocimiento de que hasta el presente faltábamos a la verdad cuando decíamos que la División Azul estaba compuesta por Voluntarios [...]. Mientras queden españoles en el frente oriental, ya sean como División o como Legión, aquí no harán diferencias y, desde luego, estoy seguro no aceptarán hablar de venta de armamento hasta que la retirada de nuestras fuerzas sea total...

A pesar de los problemas surgidos tras la entrevista, especialmente por la rápida revelación pública de las conversaciones, el embajador británico seguía siendo el elegido, también para Alba:

Estoy de acuerdo con que es preferible siga Hoare de Embajador a que vaya otro con las mismas instrucciones y menos simpatías por España [...]. Durante su estancia en Londres habló con gran afecto de España y defendió la presencia de gente que no podía sospechar me lo repetiría, la necesidad de mejorar las relaciones entre nuestros dos países. He sabido que Hoare aspira a recobrar su posición en la política interna de Gran Bretaña y tal vez dentro de algunos meses cese como Embajador en Madrid...

Era evidente que comenzaba a cambiar la percepción británica exterior sobre España, tras el acuerdo conseguido con Portugal. Alba daba cuenta de ello:

Constantemente repito la necesidad de que en este país se reconozca que nuestra neutralidad fue una ayuda indirecta para los aliados, sobre todo en cuanto se refiere a la

operación de desembarco en el Norte de África [...]. Habiéndome producido satisfacción ver que escritores prestigiosos comienzan a señalar la importancia que para la causa aliada tuvo la neutralidad de España [374].

Cuatro días más tarde de esta carta, el embajador Alba invita a almorzar en su sede diplomática al primer ministro Churchill. Antes y después de la comida —«a la que asistían señoras, no se expresó con la libertad que lo hace cuando solo hay hombres»—, hablaron de manera reservada. Churchill, tras comentarle cómo había cambiado la situación a favor de los aliados desde la última vez que había estado allí, le indicó, para que lo transmitiera a España, que sentía «satisfacción por la actitud de España en lo que él llamó asunto Azores Gobierno Badoglio y submarinos alemanes». Dos eran de manera especial los elementos que le irritaban por los problemas que le generaban al Reino Unido en su actitud hacia España:

Refiriéndose a la División Azul expresó la esperanza de que la retiremos rápidamente, ya que según él nada ganábamos con presencia de aquellas fuerzas en el frente oriental y nos exponemos en cambio a vernos envueltos en rozamientos que pueden ser graves con una poderosa potencia militar. Su tono de comprensión y simpatía hacia España cambió al referirse a Falange, con la que dijo tenía Inglaterra motivos de queja serios, por ser a menudo responsable de incidentes que pudieran llegar a exacerbar las relaciones entre los dos países.

Pero el camino de futuro se iba marcando, sin duda: «Al tratar la situación en Rusia opinó que el peligro bolchevique va desapareciendo, pero manifestó con todo calor que él sigue siendo tan enemigo del comunismo como lo era antes y que si llegara a ser un peligro para Europa lo combatiría con todas sus fuerzas» [375].

Poco tiempo después, en los días finales de octubre, Yencken (por mandato de Hoare) enviaba al Foreign Office los resultados de la estrategia llevada a cabo por Franco para anular la presión a favor de la Restauración de sus altos mandos militares. Según este informe, Franco tuvo conversaciones individualizadas con varios de los firmantes. El primero: Kindelán. En una larga reunión que duró

tres horas, este último le expuso que, por dos importantes razones —la inevitabilidad de la victoria aliada y, en poco tiempo, el odio sobre España tras la derrota del Eje—, el general debía dar pasos hacia la Restauración de la monarquía, incluso permaneciendo dentro del propio régimen. Franco le respondió que, aunque estaba de acuerdo en que la guerra se encontraba decantada, la victoria no necesariamente sería inmediata. Además, le indicaba que en ese momento Estados Unidos y Gran Bretaña podrían aceptar a España. La no Restauración de manera inmediata se justificaba además porque podría ser considerado un régimen enemigo por Alemania, que, desde luego, aún tenía suficiente fuerza como para amenazar a España.

Según estas líneas, el siguiente general en ser recibido fue Ponte, con idénticas argumentaciones de unos y otros, sin llegar a un mínimo acuerdo. El 25 de octubre recibió también al general Orgaz con idénticas conclusiones. El general Saliquet le manifestó su arrepentimiento por haber firmado la carta, acción que justificó ya que se lo habían pedido sus compañeros de armas.

El 28 de octubre tuvo lugar una reunión en casa de Kindelán con Ponte, Orgaz, Solchaga y Dávila. Kindelán insistía en que no había fuerza suficiente para poder afrontar un cambio de esta envergadura sin el consentimiento de Franco, cuando menos hasta el próximo año. A Kindelán le molestó la actitud posterior a la carta de los generales Asensio, Moscardó, Muñoz Grandes, García Valiño y Yagüe, que según su perspectiva solo atendieron a sus intereses personales. La fuerza de Franco residía en el control de Madrid (Asensio, ministro; Muñoz Grandes, jefe de la Casa Militar; García Valiño, jefe del Gabinete Militar, y Saliquet al mando de la Región Militar de Castilla). La unión a este grupo clave de los generales Moscardó y Yagüe, al mando de dos zonas estratégicas como Burgos y Barcelona, entradas fundamentales de defensa desde el norte —recuérdense las planificaciones previstas de posibles invasiones—, así como territorios de fuerte oposición monárquica a Franco (cita a Cataluña y Navarra), podría haber variado sustancialmente la situación de presión hacia el Caudillo [376]. Aun así, Kindelán volvería a pedir la Restauración «con Franco y la Falange» a finales de diciembre de 1943 [377].

Pocos días más tarde, la impresión de una posible Restauración

monárquica por medio de la violencia en España se reduce en intensidad. Un informante del servicio exterior británico, *Señor Pastor*, de regreso a Inglaterra a principios de noviembre de 1943 tras pasar unos días por España, indicaba que había cambiado completamente su actitud respecto de este proceso. Por variadas razones. Entre ellas, el intercambio de opiniones con familias respetadas dentro del republicanismo moderado, e incluso entre las clases medias españolas, acerca de que la sociedad española, dentro del contexto económico tan crítico en el que se encontraba, no tenía en mente de manera prioritaria un cambio político, sino intentar sobrevivir a lo que se estaba encontrando. Pero también pensaba que Franco realmente no tenía ningún motivo para dejar el poder tras las gestiones realizadas. Como deducción, que la política llevada adelante hasta el momento por el Reino Unido era la adecuada[378].

El segundo semestre de 1943 Franco se jugó su futuro. La intervención británica en España era una amenaza cada vez más seria. Y Franco jugaba sus bazas, que tenían mucho que ver con la capacidad de infiltración de sus propias redes dentro de los servicios británicos. Precisa romper y frenar la extensión de las redes aliadas dentro de la península. Necesitaba golpes de efecto. Era necesario poner las cartas encima de la mesa. Hacer frente a la presión. Cada uno con sus armas. También utilizando a los servicios de inteligencia.

Pero estos meses entre septiembre y octubre de 1943 son cruciales para entender el desarrollo del régimen dirigido por Franco. Hay numerosas circunstancias que así lo demuestran. En relación con los servicios de inteligencia, hay que decir que Alan Hillgarth, asesor y principal artífice de la inteligencia militar británica en España, que tenía contacto estrecho con Churchill y fue capaz de apuntalar inicialmente la posición del Reino Unido en el Mediterráneo y luego en el Atlántico —porque de eso era de lo que se trataba—, aquel que aprovecha sus buenas relaciones en España previas al golpe de julio de 1936, es desplazado de manera sorpresiva en este momento a Asia, para convertirse en jefe de la Inteligencia naval británica en el espacio oriental. ¿Sorpresiva? Si tenemos en cuenta la opinión que el mismo Churchill tiene en estas mismas fechas sobre el hecho:

Como oficial retirado que vive en Mallorca y que actúa como nuestro cónsul general, tiene un conocimiento de España que se extiende a lo largo de casi diez años y ha visto todas las fases de la Guerra Civil. No puede haber ninguna duda de lo que se ha movido y de que todos sus conocimientos especiales y contactos se puedan perder [379].

La inteligencia británica en España queda sin su referente. Sin su guía. ¿No es prioritaria España ya? De acuerdo, pero ¿hasta qué punto? ¿Cómo se debe enfocar lo hecho hasta ahora en materia de inteligencia? ¿Habrá algún lastre que debe soltarse en beneficio de un futuro de construcción en común de los dos países?

Capítulo 4

Franco y los aliados, cara a cara.
La caída de los Servicios de Información aliados.

La «Red Sanmiguel»

Es dentro de este contexto de extrema presión cuando los servicios de inteligencia de Franco logran su mayor éxito: la desarticulación de la red de informadores del norte de España. Tiene lugar dos semanas después de lo que Churchill, Eden y Hoare denominaban en sus comunicaciones epistolares privadas la «Zero Hour». O lo que es lo mismo: el conocimiento real del acuerdo con Portugal sobre la utilización militar de las Azores que propicia todo un vuelco en la estrategia militar sobre el Atlántico, sobre el mapa militar europeo y sobre las relaciones anglo-españolas.

A las 9 horas del día 20 de octubre de 1943, la Guardia Civil entra en el piso quinto del número 34 del leonés paseo de la Condesa de Sagasta, en el que, tras enfrentamiento directo y resistencia, muere Lorenzo Sanmiguel por herida de bala. Detrás de este hecho luctuoso cae toda una red de informadores británicos del norte de España, precisamente de aquellos lugares que hemos visto como objetivo prioritario de búsqueda de información sensible en España. Según algunos autores, esta red fue descubierta por los servicios secretos nazis, con ayuda de los españoles, y «se encargaba de una serie de sabotajes en unas fábricas de municiones cercanas a Oviedo y obtuvieron la descripción de la red de inteligencia británica en Ferrol que les facilitó un teniente de policía que era

agente de Falange»[380]. Para los americanos fue una «cooperación en operaciones de contrainteligencia»[381]. Incluso otras fuentes de la Guardia Civil lo incluyen directamente como delito de espionaje[382]. La caída de la red fue masiva.

Lo cierto es que en la abundante documentación que se encuentra sobre esta red se hace mención inicialmente al hecho de un sople: una de los contactos de la red tejida da cuenta de que lo que se están realizando son operaciones de espionaje y lo comenta a la Guardia Civil de Trubia. Indica que tiene relación con un individuo denominado Juan Martínez, que realiza numerosos viajes por el norte de España como comercial de la sucursal de Santander de una compañía de transportes, La Vasco Riojana. Sus relaciones cubren toda la zona septentrional de la península: A Coruña, Ferrol, Asturias, León, Santander y Bilbao. Y también que cada quince días se acerca a Coruña a dejar información en el bar Minerva. Juan Martínez, o Lorenzo Sanmiguel, solicitaba y pagaba todo tipo de informes, especialmente vinculados a armas, movimiento de buques en puertos y diseños de ingeniería militar. Esta denuncia se realiza solo dos días antes de la muerte de Juan Martínez, que resulta ser Lorenzo Sanmiguel Martínez, de quien, tras su muerte, se indica que hay cargos concretos de «ser Jefe de la Zona Norte y asuntos de espionaje»[383].

El inicio de la causa tiene aspectos de *thriller*: tras el chivatazo, el guardia civil jefe de Orden Público de Asturias localiza a Lorenzo Sanmiguel en esta pensión leonesa —aunque se busca antes en varios domicilios— y se encarga de la operación. Se monta un dispositivo de vigilancia el día anterior y a las seis de la mañana está todo dispuesto. A las nueve de la mañana se entra en el piso con un destacamento de la Guardia Civil[384]. La portera abre las puertas de las habitaciones. Cuando llegan a abrir la puerta de su habitación, perciben en la oscuridad que en una cama se halla acostada una persona, que, al darse cuenta de su presencia, aparta las ropas, al mismo tiempo que monta una pistola que tiene en la mano apuntando al citado cabo, momento en el que se defiende este haciendo un disparo que logra matar a dicha persona. Tras el registro, se encontraron en la habitación varias pistolas, una ametralladora, un puñal e incluso dinamita. Un auténtico arsenal. Y no solo eso: numerosa documentación, esta que permite, entre otras

fuentes, poder reconstruir el intenso funcionamiento de esta red y sus actividades, incluidas «partes quincenales de diferentes provincias que empiezan en La Coruña y terminan en León [...] en las que se contienen datos reveladores de sus actividades de espionaje»[385].

Desde luego, el modo en que se desarticula es cuando menos sospechoso. No tiene el *modus operandi* clásico: desde el inicio de la misma se conoce prácticamente todo el alcance de la red. Algunos aluden al chivatazo de uno o varios implicados. Incluso informes del servicio secreto estadounidense aluden a ello[386]. Tampoco fue la Guardia Civil en exclusiva la que se encargó del caso, ya que hay testigos que inciden en que después de los hechos bajaron a la habitación «hombres de paisano» llevando detenidos[387]. Pero posiblemente sea mucho más que eso.

Una red de estas características, de tales implicaciones para los aliados, no puede caer sola, cuando menos resulta complicado, por un chivatazo individual. De hecho, como ya veremos en las páginas siguientes, desde el verano de 1943 se conoce la vigilancia a que se ven sometidos parte de estos informadores. Su caída provocaría, si no existen medidas preventivas y negociaciones anteriores, un conflicto diplomático inmediato. No estaba la situación de Franco para sorprender a Gran Bretaña. Esta caída fue uno más de los avisos de Franco a los aliados de que podía enseñar los dientes. Pero ¿por qué se elige esta?

El volumen de la red y su imbricación en los territorios del norte de España eran notables. El coronel juez especial para delitos de espionaje indicaba lo siguiente pocos días después de la caída de esta red:

De las diligencias hasta el presente practicadas en el citado procedimiento, se acredita que si bien el Jefe de la zona norte solo tenía anotados como agentes de la Red por él organizada en dicha zona a treinta y cinco personas, sin embargo, se servía eventualmente de otros colaboradores, habiéndose detenido actualmente sesenta y seis personas por razón de los citados hechos de espionaje, de las que ocho no se halla aún debidamente determinada su participación directa en el delito[388].

En el listado inserto en la causa que existe sobre esta caída, se citaban tres decenas de personas que funcionaban como suministradores de información de todo tipo a Lorenzo Sanmiguel: movimiento de barcos, fotografías, información de tropas, de armas, de comercio de wolfram, mapas de costa, planos de instalaciones militares...[389]. Se aprecia su organización. Su procedencia era diversa: desde antiguos amigos de la infancia y juventud hasta técnicos especializados relevantes por los datos que podían aportar, pasando por mujeres con las que entablaba relaciones de amistad más o menos duraderas. Extraña y singular relación afectiva en una red de información... Todos ellos eran designados con una letra, que físicamente les daba Sanmiguel para su identificación mutua. Recibían importantes compensaciones económicas por su servicio: cada una de las informaciones se pagaba en cantidades que oscilaban, según su trascendencia, entre 100 y 3000 pesetas[390]. De estos primeros treinta detenidos la localización geográfica expresa claramente su extensión e importancia: había informadores en La Felguera, Santander, Astorga, Virgen del Camino, Trubia, Reinosa, Bilbao, Guarnizo, Gijón, Ferrol, Avilés, Siero, Ribadesella, León y A Coruña. Era una red que había sido trabajada minuciosamente durante tiempo. Con un notable apoyo financiero y logístico de la Embajada inglesa. Que conozcamos, hasta este momento se había convertido en la principal suministradora de información aliada para las posibilidades de intervención militar directa en territorio español.

El juez especial instructor de la causa, Carlos Canella, se extraña en sus primeros informes de que no aparezca ningún enlace en Oviedo y Mieres, «donde existen industrias de guerra y de interés militar»[391]. De hecho, en las fechas en que Canella redactó esta causa, se tenía constancia de la existencia de la red de Oviedo, que implicaba directamente a la hermana de uno de los acusados en relación con varios miembros de la red, entre ellos el propio Lorenzo Sanmiguel, al que visitaba incluso en su domicilio de Condesa de Sagasta[392].

El organizador de la red es Lorenzo Sanmiguel Martínez, que vuelve de México, donde vivía con sus padres en 1935. Según la declaración de su padre, Lorenzo se adelanta un tiempo a su retorno, ya que —según esta información— no le gustaba España y

pretendía volver cuanto antes a México. Un año después entra como voluntario en el ejército y es procesado en marzo de 1936 por la distribución de hojas subversivas dentro de los cuarteles. Se le implica y condena por amenazas al sargento de su batallón, firmadas por «El Comité Rojo», en las fechas previas a las elecciones del Frente Popular, y por la difusión de *Soldado Rojo* dentro del cuartel, medio de comunicación y propaganda comunista militar. Esta circunstancia podría encajar dentro del perfil más o menos frecuente de infiltración de sectores comunistas procedentes del exterior en España.

Tras ser arrestado, se fuga de la cárcel el último día de 1936 y pasa al frente de Asturias, donde combate. De hecho, en su ficha de referencia como soldado se le inscribe como natural de Ponferrada, nacido el 9 de marzo de 1916. Como oficio declara ser «comerciante» y haberse evadido por Pola de Cerdón [393].

Cuando cae el frente de Asturias se oculta en Gijón, en casa de su abuela materna, adonde lo va a visitar periódicamente su madre. Esta lo consigue traer a León en abril de 1938, en ferrocarril, acompañado de su madre y vestido de mujer. Prueba de esto sería el hecho de que el propietario de una barbería testificó en esta misma causa que el tío de Lorenzo, José Sanmiguel, se había presentado en su establecimiento «para que le acompañara a cortar el pelo a un enfermo». Cuando llegó a una casa de la avenida Roma, número 9, letra B, se encontró con Lorenzo Sanmiguel, y señala que «a este individuo le cortó dos trenzas de pelo de unos doce o catorce centímetros [...] que no le hicieron manifestación alguna de guardar silencio por él y que ignora el motivo por el cual dicho Lorenzo se había dejado crecer el pelo» [394].

Según la declaración del padre, pasa oculto estos tres años hasta los primeros días de febrero de 1941 y, con cierto dinero y una cédula falsa, se dirige a Algeciras, a ver si puede escapar por Gibraltar hacia México. Desde Algeciras, intenta entablar contacto para entrar en Gibraltar (porque le interesa comunicarse con los contrabandistas). En estos primeros contactos con gente que se dedicaba a pasar personas a Gibraltar, se le deniega el contacto a través de un policía porque estaba «en edad militar». Pero su primer enlace desconfía de esta relación y llega a decirle que «no debía ser lo que decía». Se había corrido la voz de que era un agente de

policía[395]. Como no lo consigue, según esta versión, se desplaza directamente hasta Sevilla para hablar con el cónsul inglés, con el objetivo, según sus propias apreciaciones, de enterarse «de las condiciones de enganche en el Tercio». Tras sus infructuosas gestiones —el cónsul le indicó que él no podía hacer nada más, pero que si pasaba a Gibraltar le señalaba que le pidieran informes desde allí—, volvió a León: «Con harto dolor de mi corazón, pues era para mí un caso de amor propio»[396]. A la vista del desarrollo posterior, la versión del padre es poco creíble: «No le atendió como esperaba, regresando otra vez a León descontento»[397].

Es en marzo y abril de 1941 cuando Sanmiguel inicia su actividad dentro de la red de información británica, coincidiendo con la etapa ya citada de expansión del SOE

por la península. Se encarga de difundir comunicados falsos de Falange para crear confusión entre el régimen, concretamente entre militares y clero. Estos papeles de propaganda fueron previamente controlados por elementos vinculados a la Embajada inglesa —que no cita más que con códigos numéricos—, y posteriormente enviados a Bilbao y difundidos por esta red de informadores. Dos conclusiones de estos hechos:

1.) Que la relación buscada en Sevilla y Gibraltar había calado de alguna manera, no necesariamente la pretendida en un principio. Se activa la relación y acción a partir de este momento.
2.) Que su red se encontraba en estado incipiente en estos primeros días de marzo de 1941 en que comienza la difusión de la propaganda. Aparte de Bilbao, Pola de Siero y La Felguera, se constata la existencia de envíos de propaganda el 4 de marzo a Madrid, Valladolid y León.

La difusión de estos papeles funcionó, según expresa Sanmiguel en sus propias anotaciones. De hecho, los primeros contactos que va a utilizar en el desarrollo de su red, al margen de familia y amigos de infancia, comenzaron a trabajar con esta iniciativa. Una acción muy en línea con lo que pretendía en aquellos momentos Gran Bretaña: desequilibrar el régimen y, sobre todo, desprestigiar la influencia de Falange. Desde el primer momento los militares se

dispusieron en contra de las actitudes supuestamente reivindicativas de los falangistas, según comprueba Sanmiguel en las informaciones de retorno que le llegan de León. Prueba de que tiene relativo éxito es el hecho de que pocos días después de los envíos, en abril, se nombra un capitán de la Guardia Civil para la apertura de expediente sobre este hecho, que interroga inmediatamente a numerosos falangistas. La osadía llega hasta el punto de que el propio Lorenzo había enviado un ejemplar directamente a este capitán de la Guardia Civil de León [398].

Según sus impresiones, los movimientos internos provocados por sus cartas incrementan el desequilibrio entre las fuerzas del régimen, incluso hasta lo más alto. Considera que ha tenido éxito. Que han provocado en parte las destituciones de Ridruejo, Tovar, o de los ministros Camero del Castillo y Larraz, a mediados de mayo. Pero se comienza a difundir la idea de que es Inglaterra la que está detrás de estos papeles, como llega a indicar el periódico *Proa* de León, entre los días 13 y 15 de mayo.

El 25 de mayo vuelven a enviar por correo propaganda a las capitales gallegas: concretamente a Lugo, Vigo y Pontevedra. Dos días después se enteran de que la Dirección General de Seguridad estrecha el cerco al localizar octavillas que salen de una capital del norte de España. Pero, curiosamente, no hay aparente precaución motivada por este hecho. Simplemente continúan los envíos. Dos días después, el 29 de mayo, se mandan a Burgos, Valladolid, Zamora y Madrid. Según su propia cita, el único cambio ante la intensificación de la vigilancia es el depósito directo de las cartas desde el buzón de la estación de León. Y se siguen enviando, además, a la capital leonesa.

Esta segunda oleada de panfletos provoca de nuevo rumores entre los militares de la guarnición leonesa y conversaciones con miembros de Falange para localizar a los autores. Lógicamente, el interés se incrementa. Pocos días después, un agente especial de la policía secreta, un hombre de confianza del jefe de los Servicios de Información Militar, según Lorenzo Sanmiguel, el coronel Urrutia —¿puede ser, en confusión onomatopéyica, Ungría?—, se desplaza directamente a Bilbao. No podemos olvidar que la autorización para la difusión y acción de este plan parte de una primera conversación —y autorización— desde Bilbao, dicho por el propio Sanmiguel.

Se observa en los días siguientes una intensificación de la vigilancia en León, que obliga a Sanmiguel a extremar sus precauciones. El general de la plaza de León recibe órdenes del capitán general, Solchaga, de que se emplee la máxima energía en el tema: llega a decir que «como coja a los autores falangistas y distribuidores de los manifiestos los fusilo a las 11 de la mañana en la plaza pública»[399]. De manera paralela, a principios de junio se remiten órdenes terminantes a la prensa de que no difundan estas informaciones recibidas en varias capitales provinciales.

Viendo que el cerco se estrecha, la entrada de Rusia en guerra le incita a continuar en lo que considera un conflicto a medio plazo, en el que le asiste la razón (según indica él mismo). Ante los acontecimientos, decide volver a intentar la salida de España, esta vez por Portugal. Logra, mediante un contacto en la policía de Ferrocarriles, un salvoconducto y el 7 de julio se marcha para intentar el paso por Verín (Ourense). Lo consigue a través de rutas utilizadas por el contrabando y pasa de noche la frontera. Sus encuentros con las policías española y portuguesa se saldan con distintas versiones: en el primero de los casos, con un pretendido viaje de un soldado; en la segunda, con la indiferencia.

Su intención: llegar a Lisboa, centro del espionaje peninsular y territorio franco de intervención de la información de los distintos servicios europeos. Toma un tren desde Chaves hacia la capital portuguesa. A su llegada a Lisboa, y según sus informaciones, por la guía de teléfonos obtiene las direcciones de las embajadas-consulados de México, Cuba, Argentina e Inglaterra. En la primera de ellas, tras explicar su caso, pidió que lo repatriaran, a lo que el embajador le indicó que necesitaba mayores referencias de las que llevaba —por ejemplo, que su tío en México lo reclamara— y que fuera reservando 400 pesetas para el pasaje. Ante las circunstancias que le explicaba Sanmiguel de que no podía ahora dar marcha atrás, el responsable diplomático le insistía en que había muchos en su situación y que a todos les tenía que decir lo mismo.

Se dirigió posteriormente hacia el Consulado argentino y solicitó lo mismo, basándose en la fe de bautismo en Argentina que exhibía. La respuesta del diplomático argentino fue que «era muy raro que hasta entonces no se me ocurriera que era argentino». Luego se fue hacia la Embajada inglesa directamente, donde comentó lo que

había hecho, se presentó como «español y evadido» y pidió que le «enviaran a donde quisieran, pues deseaba combatir por la libertad en todas partes». El diplomático correspondiente «me felicitó por lo que había hecho», pero le explicó que allí no podía hacer nada, ya que la policía portuguesa estaba poniendo muchas dificultades, incluso deteniendo a militares británicos por realizar estas actividades de salida hacia barcos británicos. Se marchó luego hacia la Embajada de Cuba, donde le indicaron lo mismo que en las anteriores[400].

Su salida de Portugal tiene lugar, según su familia, tras su muerte, al enterarse de «que la Policía Internacional, conocedora de su permanencia en Portugal, tiene el propósito de interrogarle». El hecho concreto fue que, en cuanto regresó de la ruta por los consulados y embajadas a la pensión, la camarera le comentó que en poco tiempo la Policía Internacional vendría a revisar su documentación. Su respuesta fue que tenía que salir de manera rápida y, tras pagar su cuenta, salió de su habitación; incluso dejó la ropa que había dejado para lavar. Intentó que en la Embajada inglesa y en la mexicana le acogieran, pero se negaron y le comentaron incluso que en esta última la Policía Internacional se había interesado por teléfono por «un joven de lentes que al parecer es mexicano y que había estado en la Pensión Sur-Americana». Se fue a la estación de tren y cogió el tren nocturno que salía de nuevo hacia Chaves. Realizó el mismo trayecto de paso de frontera que en la ida y en la misma compañía, y aparentemente sin novedad regresó el día 14 a León. No parece muy creíble por la inseguridad que podría suponer el hecho de utilizar el mismo retorno, pero él narra su regreso por esta vía.

Según la versión de su padre, poco tiempo después, en octubre de 1941, Lorenzo Sanmiguel se marcha definitivamente a Bilbao. Según la versión de las primeras páginas de la causa del juez Canella, «en el año 42 se pone en contacto con la Embajada Inglesa y al servicio de la misma actúa como Jefe de la Zona Norte»[401]. No volvió a aparecer por su casa hasta mayo de 1942, momento en el que comentó que era gerente de la sucursal en Santander de la citada empresa de transportes La Vasco Riojana[402], y que tenía contactos en la empresa Duro Felguera. En el otoño de 1942 monta una empresa de productos eléctricos en León, con un socio, y desde

aquella su actividad parece que toma base en la capital leonesa. Esta cuenta incluso con un sistema de envíos personal de información hacia la Embajada inglesa y también una estación de radio enviada a León por un coche de «una Embajada Extranjera»[403].

En principio, en un primer análisis, parece que el grado de voluntarismo en la construcción de esta red se confirma, tanto por el interés de los servicios secretos británicos en no provocar problemas diplomáticos con el Gobierno franquista y alejar sus servicios de informadores de las embajadas como por la trayectoria previa del propio Lorenzo Sanmiguel en acciones arriesgadas (comprobables tanto por la difusión de propaganda en los cuarteles durante los años de la Guerra Civil como por la extensión de falsos mensajes de Falange para apoyar la división interna del régimen):

Según manifestaciones de los detenidos la Embajada Inglesa ignora los agentes secundarios, que parece ser son reclutados y organizados con independencia por los jefes de las respectivas zonas, y estos reciben directamente las instrucciones de la Embajada y distribuyen entre sus agentes, remitiendo dichos Jefes, quincenalmente, la recopilación de los datos obtenidos por sus enlaces [404].

Sin embargo, algunos testimonios de esta causa indican lo contrario de esa épica voluntarista. Todo se encontraba tremendamente planificado y con antelación. Los testimonios de las causas militares hay que leerlos siempre entre líneas, entre otras cosas porque el objetivo en el caso de los implicados es algo tan rotundo como salvar la vida. Nada mejor que indicar su desconocimiento y la implicación exclusiva hacia el único muerto inicialmente, Lorenzo Sanmiguel, lo que había sido una estrategia reiterada en los interrogatorios desde el golpe militar de julio de 1936. Por lo que se deduce de estas líneas, los miembros de la Embajada y de los servicios consulares británicos establecían una comunicación constante —y casi exclusiva— con Lorenzo Sanmiguel, al que preguntaban por cuestiones concretas, información luego suministrada por sus enlaces en un camino de ida y vuelta[405]. Hay una implicación notable de los servicios

diplomáticos ingleses de Madrid o Bilbao. Sanmiguel parece muy integrado:

Que primeramente no se puso en contacto con la Organización, sino que [...] fue requerido por un Agente del Consulado Inglés de Bilbao; quien le preguntó si estaba dispuesto a prestar servicios para Inglaterra, contestándole que sí, y al día siguiente fue presentado por dicho Agente a Lorenzo Sanmiguel [406].

La declaración de García Robles ante la Guardia Civil implica de manera muy directa a la Embajada inglesa. Auxiliar de obras del Ayuntamiento de León y contratista en una empresa cuyo gerente era el inglés Caldecott, cuando este se marcha a Portugal, a principios del año 1941, le presenta en la misma Embajada al coronel Martín. Con la ocupación de servirle como chófer a este último durante unos meses —desde junio hasta octubre de 1941—, a su retorno a Madrid, Martín le encarga enviar un sobre lacrado al Consulado británico en Sevilla, lo que realiza. Inicialmente le pide que se encargue de la vigilancia y transmisión de información de los puertos del norte, a lo cual se niega, y ello no sienta muy bien al coronel Martín, en lo que considera una falta de identificación con los británicos. Parece ser que Lorenzo Sanmiguel sí jugó ese papel. Tras unos días, otro hombre de la Embajada británica llamado Pedro Cotinelli le encarga llevar otro sobre al Hotel Ritz de Barcelona con dinero. A finales de 1942, Cotinelli le indica que empezará a prestar servicios en León. Le manda enviar un sobre a un número del paseo de la Condesa de Sagasta, con la clave de reconocimiento de media peseta. Le recibe Lorenzo Sanmiguel, con el nombre en clave de Juan Martínez, y al día siguiente este le da otro sobre para devolver a la Embajada. Desde ese día, según sus apreciaciones, se convirtió en el correo de información de Juan Martínez hacia la Embajada, con visitas y envíos los días 15 y último de cada mes, hasta la caída de la red. Lorenzo Sanmiguel no se fiaba de García Robles. Incluso le llegó a manifestar tres meses después de su primer encuentro que lo había estado vigilando por sus antecedentes conservadores.

No hemos encontrado referencias a ningún Pedro Cotinelli entre los servicios británicos en toda la documentación revisada. La

mayor referencia es a la que alude el fiscal militar, en su resumen de la causa, de que García Robles se «encontraba a las órdenes inmediatas del empleado español de la Embajada Pedro Cotinelli»[407]. Realmente es la misma sensación que se tiene entre los archivos de procedencia británica sobre esta red. Como suposiciones podría estar el hecho de un nombre ficticio para ocultar otro más trascendente o alguna otra relación de servicios de inteligencia que obedezca a que se oculte intencionadamente el nombre.

Ha aparecido otra referencia a Cotinelli en relación con otra red de información en Madrid existente en julio de 1943 y que utilizaría también a García Robles como enlace. Cotinelli (o «Cortinelli», según esta obra) tendría la misma función de dirección de la información para la Embajada británica, pero los autores han localizado una descripción del mismo: «Cincuenta y cinco a sesenta años. Bajo de estatura, muy corto de vista, fuerte y de hombros cargados. Aunque afirma ser de origen italiano, habla el idioma español lo mismo que nosotros y tiene cierto deje madrileño»[408].

En una de las últimas visitas a Madrid de Lorenzo Sanmiguel, concretamente en el mes de agosto de 1943 —uno de los momentos cruciales en la presión a Franco—, se presentó directamente en la Embajada norteamericana en Madrid y ofreció información detallada de planos y puertos del norte de España. Según la declaración de García Robles, Sanmiguel indicó que los servicios americanos le dijeron que no les interesaba España y sí noticias relacionadas con Alemania o Italia. Este les ofreció una red integrada por especialistas, delineantes e incluso «Jefes del Ejército». En ese mismo viaje, Lorenzo Sanmiguel le pidió a García Robles si le podía conseguir armas, lo que hizo. Posiblemente esto es lo que permite encontrar todo el arsenal en la habitación de la pensión el día de su muerte.

Curiosa esta visita de Sanmiguel a la Embajada americana, cuando era de ilusos no reconocer las estrechas relaciones entre los aliados en materia de información peninsular. Un dato interesante a tener en cuenta es que Sanmiguel realiza esta visita sospechosa, al mismo tiempo que, como hemos visto, comienza a solicitar armas de manera paralela. Si seguimos los plazos temporales que se establecen en la causa militar, es el momento en que el denunciante

de la red en La Felguera se niega a seguir estas actividades. En su marcha, se lleva algunos papeles y documentos —entre ellos, un pretendido escrito autobiográfico de lo realizado por Lorenzo Sanmiguel en los años anteriores, que hemos insertado previamente en parte— y los entrega a la Guardia Civil de Oviedo [409].

En estas fechas García Robles paralelamente observa la llegada de dos maletas pesadas a León, que constituían el material para la instalación de una emisora que transmitiera directamente y que ahorrara la comunicación personal por coche a Madrid. Se pensaba en transmitir a Londres cada cinco días, fundamentalmente información de zonas portuarias, transporte, localización de submarinos y barcos alemanes, así como empresas de armamento.

La planificación previa para el funcionamiento de la emisora fue notable. Formaba parte de una red de emisoras que emitían hacia Gran Bretaña por toda la península. Manuel Rivero San Juan era el encargado de activar esta emisora. El radiotelegrafista tuvo inicialmente una entrevista en el Consulado británico de Bilbao, concretamente el 14 de octubre de 1942, donde conoció a Lorenzo Sanmiguel, y le ofrecieron este trabajo, para lo que solicitó que le pagaran 3000 pesetas mensuales. Recibió este sueldo por adelantado [410]. Según el informe posterior del fiscal militar de la causa, «la red ha venido funcionando durante un plazo no inferior a diez meses» [411]. Es decir, la investigación tiene las pruebas suficientes de que la red, cuando menos, comenzaba a funcionar de manera plena en estos meses de contacto de Lorenzo Sanmiguel con Rivero y el Consulado británico en Bilbao [412].

Manuel Rivero se desplazó a Madrid en mayo de 1943. En la Embajada inglesa estuvo probando distintas emisoras —no siempre el mismo aparato, aunque sí la misma marca y tipo— durante tres o cuatro días, antes de dirigirse a León, lo que hizo finalmente el mes de junio. La Embajada se encargó del local y también de su pago personal, siempre a través de Lorenzo Sanmiguel, que funcionaba como intermediario. En el mes de septiembre, Rivero regresó a Madrid «para recibir aclaraciones del manejo y prácticas del cifrado», ya que tenía dificultades en la transmisión [413].

El trabajo que se tomaban desde la Embajada en el correcto funcionamiento de la emisora era notable. Las líneas rojas sobre la intervención británica en los asuntos internos de España se

encontraban ya sobre la mesa. Este párrafo forma parte de las advertencias e instrucciones enviadas a Lorenzo Sanmiguel para que se las transmitiera a Manuel Rivero a finales de septiembre de 1943:

Queremos avisarle al mismo tiempo que X no debe transmitir nada que pueda indicar que la estación suya está situada dentro de España. *Esto es muy importante*. Le rogamos transmitir otra cifra en su próximo contacto con la Central acordándose siempre de los detalles siguientes: mucho cuidado de que el número escrito sea exacto; antes de transmitir una comunicación haga una prueba de que es exacta, descifrándola asimismo; no ponga ninguna firma; la comunicación no debe tener menos de 125 letras ni más de 300; para practicar cifre y descifre un comunicado diariamente[414].

¿Y cuál era la intención de la Embajada británica en estas transmisiones? Según las declaraciones de Manuel Rivero:

Cree se trataba de tener, por el servicio inglés, un control de las actividades tanto políticas como sociales de España, y él explica a su modesto entender que la finalidad de Inglaterra era asegurarse de que la política seguida por España no era contraria a los intereses británicos[415].

Los rumores hablaban de algo más. Es precisamente en el momento en que se comienza a instalar esta emisora para empezar a pleno funcionamiento, verano-otoño de 1943, cuando la organización salta en pedazos. De hecho, Manuel Rivero comenta que nunca transmitió nada desde ella, más allá de aquello que le permitiera asegurar el funcionamiento y recepción de la comunicación. Siempre comenta «que únicamente lo que hizo fue establecer contacto o que no prestó ningún servicio más que el de práctica de cifrado y contacto»[416]. Lorenzo Sanmiguel le indicaba por aquellas fechas que «en plazo próximo había de comenzar su trabajo»[417]. Este le había señalado que en noviembre se produciría una invasión aliada —«para evitar una irrupción alemana en España los ingleses se adelantarían»—, y ya los meses anteriores, concretamente en octubre, le indicaba que comenzaba el

trabajo y se encontraba preparando la llegada de un mando inglés, que había de resultar su jefe directo para esta misión [418].

En este punto retrocedamos en el tiempo. Solo unos días. En estos meses de verano tiene lugar un hecho con interpretaciones contradictorias, pero que para buena parte de los investigadores encuentra su relación precisamente en esta red: la explosión de un polvorín en la base naval del Ferrol. El hecho tiene lugar a las 5:30 horas del día 22 de junio de 1943. En el informe que se realiza desde la Dirección General de Seguridad se indica que la explosión fue notable. Sus consecuencias son muy visibles en la ciudad y la zona:

Las sucesivas explosiones que se fueron produciendo a medida que avanzaba el siniestro causaron, no solo grandes destrozos de cristales en la ciudad, sino que dieron lugar a que entre la población se creara un estado de alarma e inquietud que llevó al vecindario a evacuar en gran parte la ciudad. Se quemaron una gran parte de los explosivos y municiones del polvorín y ha quedado inutilizado la casi totalidad del material bélico allí existente.

Este informe se toma especial interés en no seguir la hipótesis del origen de la explosión como acto de sabotaje, incluso con ciertas referencias a una bomba lanzada desde un avión. Finalmente se indicaba que había sido «determinado por accidentes puramente casuales y fortuitos, debidos a los muchos años que lleva fabricada la pólvora allí almacenada» con una concentración extremadamente alta para el espacio que ocupaba (se cita que se guardaban allí 187 toneladas de pólvora y 45 de trilita) [419].

Son los momentos en que Lorenzo Sanmiguel tiene una relación que le permite viajar con cierta asiduidad a esta ciudad gallega, en ocasiones acompañado por el propio Angel Monge, su atribuible segundo en escala jerárquica. En un contexto de fuerte presión británica: diplomática pero también militar, con la intensificación de los combates militares precisamente en esta costa gallega. La opción del sabotaje es perfectamente creíble, sobre todo teniendo en cuenta el contexto de los hechos. Realmente solo la interpretación oficial lo considera un acto de abandono del material

debido a circunstancias fortuitas[420].

Precisamente en agosto de 1943, en los días previos a la visita de Samuel Hoare a Meirás, el proceso se acelera. En los propios interrogatorios posteriores a esta caída de la organización de información se cita expresa y explícitamente por los miembros de Policía y Guardia Civil la preparación de un plan de invasión: la línea roja[421]. Aunque el lenguaje del fiscal militar de la causa es algo más rotundo, la intención de la red sigue estando clara:

Lejos de limitarse a la práctica [...] de un espionaje a favor de determinada potencia beligerante a costa o en perjuicio de otra, eligen la propia carne de su Patria con el obsesante propósito de provocar y facilitar en su día un ataque armado que según su lógica simplista, había de determinar un cambio político favorable a sus tendencias frentepopulistas y comunistas [422].

Según la declaración de García Robles, es en estas fechas cuando personalmente entra más en relación con Sanmiguel, pero podemos acompañarlo con el hecho de que el enlace de esta red en Gijón también se localiza en este mes de junio. A este le encuentran apuntes relacionados con la entrada en El Musel de seis barcos de pequeño tonelaje, alemanes y españoles. Fue trasladado a la Comisaría de Marina y luego a la Dirección General de Seguridad, donde se le interrogó. Sanmiguel lo describe de la siguiente manera: «Lo trasladaron a los sótanos y allí lo apalearon brutalmente, haciéndole sangrar por la cabeza y por todo el cuerpo. Durante dos días estuvo incomunicado y sin comer ni beber, dándole una paliza cada hora, por dos Guardias de la Policía Armada».

Sus enlaces y contactos propiciaron la posible salida del agente:

Una vez que le levantaron la incomunicación nos pusimos al habla con él y se hicieron las gestiones oportunas para lograr sacarlo libre, lo que se consiguió después de logrado que respondiera por él..., quien lo hizo influenciado por personas de mi amistad personal [423].

Los puntos suspensivos no son del autor, sino que forman parte de la misma traducción mecanografiada del informe que se remite a

las instancias policiales. Alguien quería intencionadamente que no se supiera el nombre concreto de la autoridad que permite realizar esta salida; desde luego, no parece fácil de conseguir *a priori*[424]. Estos espacios en blanco en la transcripción no fueron los únicos. El enlace en Gijón quedó «completamente inútil para el servicio: le he ordenado que se abstenga en absoluto de efectuar ninguna clase de trabajos concerniente al servicio»[425]. Lo más curioso de todo es que, según obra en el resumen del fiscal, el agente del que hablamos era su tío carnal, Zósimo Martínez Navares. Según esta explicación, su detención vino motivada por una cuestión distinta y aparentemente circunstancial: la sospecha de la policía de que se dedicara a la vigilancia en el puerto para el tráfico clandestino de tabaco[426].

Parece que Sanmiguel tenía algún contacto más entre la policía de transportes y vigilancia, desde la época en que se marcha a Santander a trabajar en La Vasco Riojana. En un careo entre dos detenidos por su relación con Sanmiguel, uno de ellos indica que, en una conversación con él en un bar en Santander,

entraron en el café dos paisanos, al parecer policías, de los que dijo JUAN MARTÍNEZ ser amigo y alternar con ellos y que también conocía a otro JUANITO, igualmente Policía y desempeñando sus servicios en los Ferrocarriles del Norte, el cual, por cierto, le prestaba buenos servicios, porque en una ocasión le había dado salvoconductos para que viajasen agentes suyos [...], por lo cual le había gratificado con quinientas pesetas que el dicho Policía le había pedido, pesetas que decía JUAN MARTÍNEZ daba por bien empleadas, porque de él se valía para obtener más salvoconductos [427].

Y es que las relaciones en este ámbito de la información exceden con mucho a un mapa simplificado de los combatientes en el conflicto mundial. La realidad de los «agentes dobles» y de los servicios específicos de contrainteligencia es mucho más importante de lo que tradicionalmente se plantea. La información al final es una, y muy compartida por muchos actores, que buscan en momentos determinados conseguir un beneficio propio o a favor de la organización que los apoya. Solo así se puede entender la

multiplicidad de apoyos dentro del propio engranaje militar y de información del régimen sobre una persona que lleva escondida tres años en un domicilio de León tras combatir en el Frente Norte a favor de los derrotados y represaliados. Estos contactos, en distintos niveles de relación, eran frecuentes y utilizables cuando correspondía. Solo así se puede entender también el interés que le puede despertar a Lorenzo Sanmiguel el hecho de conocer y contactar con aquellos que establecían las rutas de transporte clandestinas de wolframio a Alemania, como comentaba su enlace en A Coruña, Ángel García Díez: «Al decirle el declarante al JUAN que estaba en negociaciones para vender una partida de wolfram a los alemanes, se interesó en saber cómo lo transportaban, contestándole el declarante que creía que en barcos pesqueros a Portugal»[428].

Y si no, ¿cómo se había desplazado Sanmiguel en los años anteriores hacia Algeciras o Lisboa sino utilizando rutas semejantes? La información era común, pero también acumulable. Lo que podía luego servir para los alemanes podía servir para los aliados en un momento dado —y viceversa—, pero sobre todo, siempre, era en beneficio propio.

Y es que el servicio diplomático británico, cuando menos en sus comunicaciones directas, no se encuentra nada defraudado en estas fechas por el servicio de Sanmiguel[429]. A finales de agosto, Lorenzo se encuentra planificando una ampliación de la red. A la caída del puesto de Gijón —al que está intentando encontrar un sustituto en los astilleros de Riera—, busca nuevos colaboradores en Reinosa, Trubia, La Felguera, Torrejón de Ardoz... Para establecer de manera permanente un contacto en el puerto de San Juan de Nieva necesitaba la cantidad de 550 pesetas mensuales, «advirtiendo que luego se podrá ampliar este servicio a medida que transcurra un poco de tiempo y se les oriente en la organización del servicio». Según estos informes, a buena parte de sus contactos Sanmiguel les entregaba determinadas cantidades de dinero como entendía personalmente que el trabajo lo mereciera, según la información registrada: «A la mayoría de ellos se hará en forma de “obsequio” alimenticio y ropa de vestir, que en realidad algunos necesitan. Espero que se atenderá esta sugerencia por ser parte del servicio que se está realizando»[430].

Posiblemente por esta mayor sensación de inseguridad, y probablemente animado por los futuros hechos militares que prevé en su territorio, Lorenzo Sanmiguel lleva intentando, cuando menos desde este verano de 1943, recoger y comprar la mayor cantidad de armamento. Lo solicita a sus enlaces, contactos particulares y, cómo no, a la Embajada inglesa. Esta es la contestación —en mensaje cifrado— a su propuesta de armas en septiembre de 1943:

Sentimos mucho tener que decirle que no tenemos nada de estas cosas y que nunca hemos aconsejado a nuestros Agentes que lleven armas. Pasa con frecuencia que la posesión de armas hace la situación más peligrosa, porque se dispara sin pensar en lo que van a ser las consecuencias. Sin embargo, comprendemos muy bien su punto de vista y si Vd. cree verdaderamente que necesita algo así, mejor sería conseguirlo en su propia región[431].

Y sí parecía que las necesitaba. Tras la entrada de la Guardia Civil en la habitación del paseo de la Condesa de Sagasta, Cotinelli le indicó a García Robles que Martín saldría inmediatamente hacia Bilbao, debido a que habían detenido a varios miembros de esta red e incluso creía que habían fusilado a algunos [432]. García Robles no está en una relación de principios de diciembre de 1943 de personas vinculadas como chóferes u otros oficios en tareas de información al servicio diplomático inglés en España. De hecho, en su segunda declaración, indica que «la proposición que le hizo Pedro Cotinelli la rechazó, prefiriendo ser detenido porque ya tenía ganas de deshacerse de ellos» [433].

Pero quién avisó a Cotinelli sigue siendo una incógnita. Es bien cierto que las notificaciones circularon en algunos sitios con capacidad suficiente para el aviso, recogida de documentación y, en su caso, la huida, pero en este caso la información que tenemos sigue resultando confusa. Según la comunicación que tenemos de la Comandancia de la Guardia Civil de León, con fecha del 1 de enero de 1944 —varios meses después de los hechos—, se localizaron dos telegramas a Madrid enviados desde León supuestamente por el padre de Lorenzo Sanmiguel con el mismo texto: «Juanito falleció madrugada día 20». Lo más curioso es que los dos telegramas

fueron enviados a las 7 de la madrugada de este día 20. En opinión de esta Comandancia, «el Juan Martínez fue muerto hacia las 8 horas y habiéndose prohibido la salida de toda persona del piso donde habitaba, lógicamente no pudo enterarse el EMILIO padre del muerto, antes de las 9 horas aproximadamente» [434]. Y más curioso todavía es que en estos tiempos la petición de la Guardia Civil al jefe de Telégrafos de León de la documentación sobre los telégrafos depositados allí los días 20 y 21 de octubre se responda con esta sorprendente declaración:

No se puede cumplimentar lo que en el mismo interesa, por no hallarse el servicio en este Centro sino en la Dirección General para su comprobación, cumpliendo las normas reglamentarias. Puede dirigirse a dicho organismo Superior, por si en sus atribuciones estuviera el hacerlo, aun cuando lo veo difícil, ya que los telegramas no pueden facilitarse más que copias certificadas a los expedidores o destinatarios o bien al Juzgado competente cuando señala un telegrama determinado [435].

La comunicación del hecho, fuera como fuere, no provocó solo la huida de los responsables británicos. La noticia llegó a Bilbao y a Santander en respectivos telegramas. Aunque debería haber llegado el día 21 de octubre como mínimo, no llegó a tiempo. Provocó la salida de Ángel Monje Antón de Bilbao y de María Gómez Álvarez de Astillero (Santander). La búsqueda de información desde el día 26 en estas capitales de provincia resultó tardía [436]. Sí. Leen bien. Desde el día 26. La información de estas fuentes indica que la orden para continuar la «práctica de servicio sobre la Red de Espionaje en las provincias de Bilbao y Santander» había llegado en la mañana del día 24 de octubre. Es decir, cuatro días después del proceso de detención del cabecilla de la red llega la información a la ciudad clave en la zona norte de la inteligencia británica: Bilbao. Las historias que se cuentan sobre la manera en que salió Ángel Monje pueden resultar hasta cierto punto de película, pero lo cierto y probado es que cuatro días, casi cien horas después de iniciado el proceso de detención de la red, llega la noticia a un lugar de vigilancia clave en la misma. No parece fruto de la casualidad. El

mismo informe de Candía firmado en el primer día de noviembre de 1943 así lo indicaba. Las líneas finales de este hecho se redactan citando las interpretaciones sobre la huida de María Gómez y Ángel Monje:

Como causas de la posible evasión de MARÍA GÓMEZ ÁLVAREZ de Astillero (Santander) y de ÁNGEL MONJE ANTÓN de Bilbao puede considerarse el telegrama puesto desde Trubia a Santander para la detención de JUAN MARTÍNEZ, ya que al tratar de efectuarla se dio publicidad a la noticia en la casa de vecinos n.º 1 de la calle de Carlos III, en la Agencia Vasco Riojana y en el Garaje Palacios (antes Garaje Iberia) y por la llamada telefónica que desde León tuvieron el jueves día 21 el ÁNGEL MONJE y el MANUEL ABASOLO, suegro del radiotelegrafista MANUEL RIVERO, detenido en León, por la esposa de este, que se encontraba en libertad [437].

Tiempo hubo de sobra. El hermano de Ángel Monje, Gabino, lo avisó con una carta y llamándolo directamente por teléfono a los talleres donde trabajaba minutos después de haberse enterado de la muerte de Lorenzo Sanmiguel. A las ocho y media de la mañana del día de la muerte de Lorenzo se presentó en su casa Angel, y allí le contaron el relato: «Su citado hermano hizo un gesto como de asombro, al mismo tiempo que parecía conocer de lo que se trataba». Gabino lo llevó a su trabajo y en este piso se escondió todo el día 21, «dando muestras de abatimiento». Decidió marcharse en un tren que salía a las once de esa misma noche, sin que lo acompañara Gabino a la estación: «diciéndole que se iba con dirección a Bilbao, aunque se suponía que no llegaría allá» [438].

El coronel juez militar Carlos Canella consideraba, ya inicialmente, que aquello era mucho más que una simple red de información y que tenía una clara orientación política de oposición al régimen, con acciones de sabotaje incluidas:

Por algunos datos recogidos en la documentación parece inferirse que la finalidad de la organización era no solo facilitar datos a Inglaterra, sino perseguir fines de tipo político interno, así por ejemplo, se indica en algunos apuntes que pueden cometerse actos de sabotaje,

retribuyéndolos bien; que dividido el Ejército y la Falange, se recogerán los frutos; a algún enlace se le encomendó averiguar las personas que fueron ejecutadas con expresión de qué personas intervinieron, y por último, el Jefe de la Zona Norte propone que podrían ofrecerse los servicios de la organización a la Unión Nacional Sindicalista [439].

También insistía en que se reclamaba del Estado Mayor Central que indagara sobre las distintas redes de información británica extendidas por la península semejantes a esta del norte [440]. La implicación de la Embajada se encontraba plenamente probada según este proceso:

Lo que sí está plena y absolutamente acreditado, no solo por la numerosa documentación unida al presente procedimiento, sino por numerosos testimonios de los procesados, es que dicha organización fue aceptada, utilizada, controlada y subvencionada por la Embajada Inglesa en Madrid [441].

La verdad es que esta información sobre la red nunca salió a la luz pública. No hubo noticias de ella. Desapareció en un manto de silencio español y británico. Seguiremos considerando que la existencia de esta red fue utilizada como elemento de presión por parte del régimen de Franco con los aliados a la hora de defenderse de sus reclamaciones, aplicando la estrategia de que la mejor defensa es un buen ataque. Pero la implicación de las embajadas de los países aliados era un elemento que el franquismo cuidaba especialmente. Hay varios casos en este sentido, de silencio oficial ante una realidad de hecho de servicios de espionajes entrelazados y agentes dobles, como el citado por Joan Maria Thomàs de una red de españoles pagados por el delegado de la

OSS

en Barcelona, muy semejante a la «Red Sanmiguel» [442].

El trabajo de captación de la red del norte de España tiene dos objetivos: uno político, ya que en buena parte Sanmiguel contacta para este trabajo con familiares de represaliados dándoles esperanza de un futuro cambio político; y otro económico, mucho dinero a

cambio de información. Un ejemplo de la manera de actuar es mencionado por uno de los implicados para la zona de A Coruña y Ferrol, al que pagaba a través de su actividad en un comercio por desplazamientos que tendría que realizar. Así narraba su viaje a las ciudades gallegas:

Que el referido LORENZO le ofreció colocación en el comercio indicado, que su sueldo serían quince pesetas diarias, y su cometido estar en la expresada tienda más hacer algún viaje a Galicia a llevar unos sobres a unas personas que él le presentaría, abonándole el viaje más veinte pesetas de gastos particulares. Que, efectivamente, el día dos de octubre, acompañado del expresado LORENZO salió para La Coruña y El Ferrol; que en la primera plaza le presentó a dos individuos cuyos nombres no conoce, diciéndole que a ellos eran los que tenía que ver en el Bar Minerva, que después anduvieron por el muelle y oyó cómo el expresado LORENZO le aconsejaba que tomasen nota de la entrada y salida de barcos, con expresión de carga y descarga, procedencia, nacionalidad y punto de destino, y asimismo que tomasen detalle de los cañones que había en la plaza y anotasen el número de cerrojo; que vio también cómo el LORENZO les entregó dinero, sin que pueda precisar qué cantidad. Que desde La Coruña se trasladaron a El Ferrol, donde le presentó a CÉSAR QUIÑONES, y oyó cómo le recomendó tomase toda clase de datos de interés, y habiéndole dado CÉSAR un escrito con información, y comunicado que habían pasado aviones, el LORENZO le insistió en que anotara todo; que también vio cómo le entregó dinero ignorando la cantidad [443].

Pero la trascendencia de la red residía no tanto en la búsqueda de información militar, que era evidente que por la documentación incautada se realizaba, como en si esta tenía realmente esa implicación «política». Esta delgada línea era delimitada desde el principio en uno de los primeros informes secretos del juez especial que llevaba el caso. Cuando mencionaba el «carácter político interno» de la red, el juez decía lo siguiente:

Esta no aparece claramente perfilada y, hasta el presente,

no se apreciaba fuera dirigida desde el exterior, sino más bien inspirada por el Jefe de la zona Norte, como obedeciendo a su anhelo de prestar servicios y de procurar por todos medios fomentar el descontento, para favorecer así su causa marcadamente izquierdista [444].

La apreciación del juez militar es relevante. Como veremos en páginas posteriores, cuando se redacta este informe pueden ser los peores momentos de la relación del régimen con Gran Bretaña. Por otro lado, la intención del redactor es clara: no implicar a nadie en la relación «particular» que mantiene el régimen con los británicos. Sin embargo, esta tesis de la participación voluntarista y espontánea de una única persona —que se deshace totalmente por la cantidad de pruebas de la implicación de la Embajada que se presentan en la causa— será abandonada pocos días más tarde a la hora de presentar pruebas de la equiparación de los servicios de información británicos con los alemanes. El discurso nunca es inocente y menos en esta frágil línea interpretativa, que como veremos será utilizada con un claro objetivo de defensa por parte del régimen.

La argumentación del juez militar desvincula la relación que existe en la causa con las opciones de sabotaje inspiradas desde la Embajada británica. Pero, realmente, ¿cuáles eran las relaciones que había establecido?, ¿hasta dónde llegaba su implicación? Los informes recogidos por la «Red Sanmiguel» indicaban que también estaba en contacto con los grupos armados de resistencia del noroeste peninsular:

Existen indicios de que el citado Jefe de la Red parece que se hallaba en contacto con los elementos huidos en el monte a los que se cree ayudaba [445].

Complementa esta actividad política el hecho de que mantenía, indudablemente, contacto con los elementos rojos huidos, a los que facilitaba auxilios y procuraba hacerse, para los fines de su organización, con las armas y explosivos [446].

Los mismos informadores de la red indicaban en sus informes a la Embajada la movilización armada de los grupos clandestinos del

norte con la posibilidad de invasión británica. En una información remitida desde León se advertía sobre la disponibilidad de la zona para tomar actitudes de mayor calado:

Con motivo de los actuales acontecimientos internacionales, y dadas las manifestaciones particulares de destacados falangistas, de hacer una limpieza antes de que lleguen «los otros», los partidos de izquierdas están trabajando en la clandestinidad, han tomado el acuerdo de armarse y estar prevenidos para que, en el momento oportuno, hacerse cargo de la situación e impedir cualquier acto de salvajismo, como los registrados en la guerra de España. En la actualidad solo cuentan con armas cortas y alguna larga automática. Se tiene el proyecto de fabricar bombas[447].

Y no solo de la relación con grupos armados o con posibilidades de incrementar el número de la guerrilla. La información suministrada iba más allá de los componentes técnicos. La insistencia de la «Central» en datos de carácter político-social era respondida desde los informes enviados por Sanmiguel de manera exhaustiva. Desde los altercados del 18 de julio en Santander entre falangistas y requetés, hasta los nombres de los agentes alemanes en Reinosa, pasando por las condiciones personales de los militares a cargo de la vigilancia de la fábrica de dinamita de Galdácano, la intensificación de la propaganda alemana en Galicia por estas fechas, la desmoralización de oficiales de aviación en el aeródromo de la Virgen del Camino (León) ante el hecho de que la guerra alcance a España, el trabajo directo de alemanes en distintas fábricas en Ferrol, el posible envío de mineral de wolfram a través de barcos de pequeño tamaño entre Francia o Alemania con el puerto del Musel (Gijón), o la difusión de manifiestos en contra de Franco en el cuartel de Astorga... Una información muy completa, centrada en cuestiones técnicas. De hecho, existe incluso una elaboración de una estructura de defensa militar de toda la costa cantábrica, una descripción pormenorizada y exhaustiva, cuantificada y definida a través de los datos que se suministran de alrededor de treinta puntos entre Galicia y Santander [448].

Especialmente relevante desde el plano político es la

información respecto de la estructura de Unión Nacional Española. Así ocurre con informes suministrados por el enlace en La Felguera:

Se ha formado en esta zona un Comité perteneciente a la Organización UNIDAD NACIONAL, y la propaganda que en la actualidad hacen es en contra de Franco y la Falange y la entrada en la guerra al lado de la Alemania Nazi. Parece ser que esta Organización está formando una Unidad de Acción, para ayudar a las fuerzas Aliadas en caso de Invasión, así como para inutilizar las instalaciones que quisieran ser utilizadas para fines contrarios al programa que ellos defienden[449].

Por diversas causas, son tres o cuatro máquinas las que se estropean diariamente, llegando a la conclusión de que, en su mayor parte, son debido a los actos de sabotaje que efectúan elementos de izquierdas (pertenecen al partido comunista y están encuadrados dentro de la organización «Unidad Nacional»)[450].

O de sus actividades en Trubia:

El día 18-7-43 fue apuñalado un falangista destacado por sus delaciones y denuncias falsas. Se ignora quién es el autor de este golpe, aunque nuestros Agentes en la Fábrica dicen ha salido de Organización UNIÓN NACIONAL, en la que militan socialistas, católicos, republicanos, comunistas, requetés, y todos aquellos que sus tendencias políticas están contra Franco y la Falange[451].

En casos como el de Felguera, parece que la estructura de sabotaje funcionaba, cuando menos boicoteando la posibilidad de actuar contra la posibilidad de incendios. Recuerda mucho el caso ocurrido el 20 de septiembre de 1943 con el de Ferrol de días anteriores. En esta ocasión, el incendio se ocasionó en una caldera de alquitrán por problemas técnicos y estuvo a punto de llegar a los depósitos de benzol. Ante este temor, buena parte de los trabajadores intentaron salir de la fábrica, pero la Guardia Civil los retuvo. Sin embargo, algo distinguía la actitud de los trabajadores.

Sanmiguel lo explicaba del siguiente modo:

En otra ocasión, cuando surgía cualquier avería en las instalaciones, los obreros acudían voluntariamente a sofocarlo, pero en la actualidad, debido a las consignas lanzadas por la organización UNIDAD NACIONAL, procuran dejarlo sin intervenir en ello, pues en otras ocasiones en que han acudido, no fueron ni llamados por la Dirección para felicitarles, ni aun a los que sufrieron heridas por ello... [452].

Pero este chorro de información interceptado entre la Embajada británica y esta red desde agosto de 1943 hasta el fallecimiento de Sanmiguel se muestra de manera bidireccional. Es decir, no es solo la recepción de informes desde la red, pagados y suministrados a petición de esta, sino que, en ocasiones, estos informes también insertan las pretensiones de información de la Embajada británica. Lo más exhaustiva posible. Por ejemplo:

En cuanto a los informes de los barcos en los puertos de Coruña, Gijón y Santander, ¿quiere Vd. avisar a los Agentes que tienen que poner los detalles siguientes, si es posible?: nombre del barco, detalles de las mercancías, puerto de origen, peso de las mercancías, puerto de destino y fecha de llegada del barco [453].

O confirmaciones sobre otras informaciones, como la referida a unas amplias maniobras de carácter anti-invasión en A Coruña entre el 30 de junio y el 3 de julio, en las que participaron unidades de Marín, Ferrol y A Coruña:

Durante este período desde las nueve de la mañana hasta las 13 los cañones antiaéreos y de costa han disparado proyectiles activos contra blancos remolcados entre Monte San Pedro y la Península de Suevos [...]. El Comandante Basterreche le dijo que la puntería con proyectiles activos había resultado excelente, por lo cual hay que dar muchos elogios a los instructores alemanes que habían enseñado a los equipos de los cañones costa [454].

En León se encontraba buena parte del entramado de la «Red Sanmiguel», pero quién se iba a imaginar que en Carracedo, pueblo situado en la carretera de comunicación entre A Coruña-Vigo y Madrid, enlace también con la carretera de conexión entre Asturias y el oeste de España, se encontraba uno de los núcleos del espionaje inglés. «El Inglés», Alexander Easton, un ingeniero escocés que se instala en el pueblo berciano para funcionar como servicio de información y enlace con la guerrilla de la zona noroeste, en proceso de creación y consolidación. Una guerrilla distinta de la que conoceremos posteriormente, mucho más plural que la de años venideros y unida en su lucha contra el régimen franquista. Como distinto y singular era Easton. La evaluación de su trabajo en estos años 42 y 43 es valorada por los propios servicios de inteligencia británicos:

Escocés de 47 años que era ingeniero de minas y de ferrocarril y que ha residido en su propia propiedad en Cacabelos, cerca de Ponferrada, durante los últimos 15 años. Ahora trabaja para el Consulado de Vigo, conductor de un coche de mensajería hacia Vigo y Gijón. Reclutado por

H. X

en 1942 debido a su contacto con los grupos de resistencia de extrema izquierda del área de Ponferrada. Desde que comenzó su trabajo de mensajería ha estado enviando espléndidos informes topográficos sobre Galicia [455].

Y es que desde el verano de 1943 la presión británica se hace insoportable para el régimen franquista, que se defiende como puede. Se revuelve utilizando sus armas. También los servicios secretos. Pocos días después de la detención masiva de la red del norte, la Embajada norteamericana se puso en contacto con los servicios de Telefónica porque habían descubierto la intervención de sus líneas, en un pinchazo claramente intencionado de los teléfonos de la Embajada en sus secciones de petróleo, agregado militar, agregado naval y consulado [456]. Pero el servicio secreto español-alemán nunca pudo controlar totalmente la información británica. Así, aunque los alemanes descifraron los códigos de las embajadas norteamericana, japonesa, portuguesa y francesa

—Vichy—, no ocurrió así con la británica, que cada día cambiaba la clave de los mensajes[457].

La caída de esta red fue crucial. Crucial por la caída en sí de una de las mayores redes de inteligencia británica en la península. Crucial por el momento concreto en que se realizaba, el último trimestre del año 1943, ya comentado como el más tenso en las relaciones de Gran Bretaña con España de todo el período franquista. Considerado también crucial por los propios británicos en su relación con España, como veremos después, porque sucede pocos días más tarde del anuncio oficial del permiso dado a Gran Bretaña por Portugal para la utilización militar de las islas Azores, lo que provoca un vuelco en la relación geoestratégica de la península en el contexto militar del océano Atlántico. Crucial ante la necesidad del régimen de sumar argumentaciones de defensa ante las demandas de los aliados en su apoyo al Eje... Crucial hasta el grado de representar un punto de inflexión en el trato entre aliados y régimen de Franco. Fue una de las mayores pruebas para que la dictadura adujera que Gran Bretaña había traspasado el pacto establecido de no injerencia en los asuntos españoles: la búsqueda de información era permitida, pero no que su objetivo fuera la localización de objetivos estratégicos para una posible invasión militar aliada en territorio español. Mucho se había hablado de ello a principios de este mes de octubre, influenciado sin duda por la contrapropaganda alemana.

También fue crucial para reafirmar la tesis oficial de que no se debía incluir a personal español dentro de las actividades de inteligencia. Buena parte de las redes de inteligencia británicas en la península las nutre personal formado en Gran Bretaña y originario de este país. Por confianza, por disciplina, por manera de actuar... El personal español funcionaba como enlace, correo o puestos menores de apoyo. No es el caso de esta red. Su caída también reafirma un giro rotundo en esta opción, activada ante la necesidad, y que los propios servicios secretos americanos aprobaron en sus comunicaciones no mucho más tarde de esta caída:

Ningún español u otro extranjero recibirá información sobre el uso de la valija diplomática o el servicio de

mensajería para la transmisión de material de inteligencia. Las mismas reglas se aplican al OSS

que a la Embajada y los Consulados que rigen el servicio de valija y mensajería [458].

No debe ser casual el hecho de que, varios días después de que se descubra esta amplia red de inteligencia de varias decenas de personas en el norte de España, a principios del mes de noviembre, el embajador británico Samuel Hoare denuncie la información que le envía el agregado aéreo británico acerca de la instalación en Algeciras, Sevilla y Tetuán de nuevos centros de información italianos contra los aliados. Parece que ha hecho su efecto en la diplomacia británica. Lo cierto es que esta caída tiene lugar de manera asombrosamente paralela con un paso más en la presión diplomática:

Un memorándum del embajador británico al general Franco pone de manifiesto la dudosa neutralidad de este último y su poca disposición a abordar el problema de los agentes italianos en España. Tras lamentar las nuevas facilidades dadas por Franco al Gobierno alemán para la compra de wolframio [...] Hoare manifestaba irritado que las agresiones de los agentes alemanes desde territorio español contra territorio británico ya habían sido denunciadas ante Franco en agosto de 1943, y que el Generalísimo había prometido acabar con ellas por ir en contra de su política de neutralidad [459].

No fue casual la desarticulación de las redes inglesas en estos meses finales de 1943. De hecho, había serias sospechas dentro del servicio secreto español de que las posibilidades del desembarco inglés por el noroeste se aceleraban. El transmisor de la información de Lorenzo Sanmiguel indicó lo siguiente en su declaración:

No puede expresar en qué habría de consistir su labor y el contenido de los mensajes cuya transmisión se le encomendase ni con qué sentido, pero el declarante sospecha pudiese tratarse de un desembarco inglés, ya por referencias del

SANMIGUEL creía posible se produjera precisamente durante el mes de noviembre actual. Concretamente SANMIGUEL en una ocasión le dijo que para evitar una irrupción alemana en España los ingleses se adelantarían, sin que fuese más explícito, si bien durante el mes de octubre al anunciarme que probablemente empezaría la etapa de trabajo le advirtió se vendría a León un inglés el cual sería jefe directo del declarante, cosa esta que debe ser cierta porque LORENZO parece trataba de buscarle un sitio adecuado para su hospedaje[460].

Real o no, realidad o rumor intencionado... Posiblemente, a tenor del modo de operar tradicional de la inteligencia británica, más lo primero que lo segundo. El hecho es que esta red salta en pedazos en el momento justo. No resulta muy creíble que la estructura no fuera captada con la cantidad de información que circulaba, su elevado número de informadores, las constantes visitas a los edificios consulares —vigilados—, la amenaza siempre latente de una invasión... Es más, pocos días antes, el 30 de septiembre de 1943, el informador de la localidad leonesa de Virgen del Camino indicaba a los ingleses su temor a que lo descubrieran:

Dadas las actuales circunstancias de nerviosidad interior que existen, y las condiciones en que me encuentro, solicito para mi defensa personal, me sea facilitada una pistola automática de cualquiera de estos calibres: 7,65 o 9 corto, pues la que tengo en mi poder es un nueve largo y por su gran tamaño se me dificulta para llevarla siempre encima. Espero que se atienda esta petición, pues no ha de dejar de reconocer que por mis actividades debo estar siempre prevenido[461].

Con muchos visos de posibilidad, lo que activó el descubrimiento de esta red fue la llegada a Galicia de Walter Giese, responsable del servicio secreto alemán en esta zona desde el verano de 1943. Giese, que ya había estado implicado en los trabajos de inteligencia en Bilbao —donde la «Red Sanmiguel» también tenía importantes ramificaciones y, no olvidemos, que se produjo un retraso en la comunicación de la brigada española

encargada que permitió la salida de alguno de los más destacados miembros de la red— y en el envío de agentes a América, se desplazó hacia Galicia porque sus superiores entendían la zona como vital para el destino de Franco. En el interrogatorio posterior a la guerra que se le realizó por los servicios americanos, Giese destacó la actividad de sus dos principales puertos —Vigo y A Coruña—, así como la trascendencia estratégica del cabo Finisterre («teníamos un agente permanente ubicado en el faro del cabo Finisterre»)[462].

Giese se instaló en A Coruña, donde residió de julio a noviembre de 1943, precisamente las fechas del incremento de la presión diplomática británica y la fecha de «limpieza» de esta red. A partir de las inscripciones de los hoteles locales, la estructura de Giese conseguía listados de personas vinculadas de alguna manera con Gran Bretaña o Estados Unidos que se encontraban de paso por Galicia. Estos informes eran enviados a KOSp en Madrid, el servicio de espionaje alemán para España. La recepción de la información se difundía por todo el entramado alemán peninsular y, si salía de Galicia, Giese avisaba a los agentes hacia qué región se dirigía. Otra vez en una curiosa coincidencia de fechas, en el mes de diciembre de 1943, justo después de la caída de la «Red Sanmiguel», «Giese fue ascendido a jefe del espionaje y del contraespionaje de KOSp en Galicia»[463]. Tanto su llegada a Coruña en el verano de 1943 como su ascenso a la totalidad de Galicia —con el control también de Vigo— estuvieron motivados por cuestiones locales, ya que el trabajo de los agentes alemanes anteriores no era satisfactorio para la KOSp. Pero lo relevante para el caso que nos ocupa es que la razón de que Giese sea enviado a Galicia desde Bilbao es porque en aquel verano de 1943 se «había roto el círculo del espionaje británico en Bilbao»[464]. La zona norte en el reparto de áreas de la inteligencia nazi en la península ibérica coincide con la red británica «Sanmiguel»: zona norte, con toda la línea de costa cantábrica desde Galicia hasta la frontera francesa[465].

Una de las cuestiones más curiosas de este caso es su absoluta desaparición posterior. No hay referencias a una red de esta magnitud en los fondos centrales de los servicios de inteligencia británicos, ni tampoco hay referencia más allá de los embargos posteriores de los implicados en la prensa periódica. Hay una losa

de silencio que pesa sobre esta red hasta que se desempolvieron por parte de los técnicos y responsables del Archivo Militar de Ferrol. Y, sin embargo, existió... y en qué medida. Son los propios encargados de la investigación los que se ocupan de denominarla red británica del norte de España. Los propios servicios secretos británicos, después de la guerra, reconocían que el trabajo realizado fuera de la Embajada, a cargo de intermediarios españoles que se relacionaban con otros, había sido muy rentable y positivo en estos años. Precisamente porque las embajadas y los consulados eran lugares referenciales para los servicios de inteligencia, no solo españoles, sino también y sobre todo del Eje. La propia Dirección General de Seguridad franquista «tenía órdenes directas de Franco de no interrumpir la actividad de la embajada británica», precisamente por el grado de vigilancia interna que se había conseguido tanto por los grupos españoles de inteligencia como por la Gestapo. Pero también porque el pacto preestablecido desde la llegada del embajador Samuel Hoare a España así lo consideraba. La «línea roja» era sin duda el trabajo en contra del propio régimen, de los «asuntos internos españoles»: «Franco no tenía inconveniente en dejarles hacer siempre y cuando no amenazasen su control del poder»[466]. Entre finales de 1943 y los primeros meses de 1944 se pusieron todas las cartas sobre la mesa.

Cuanta menos relación hubiera entre informantes y servicios diplomáticos británicos, mejor. De hecho, la utilización de un numeroso grupo ajeno a la inteligencia británica fue un elemento que resultó positivo para los objetivos aliados: el desconocimiento de que su trabajo servía para el espionaje británico era notorio, sobre todo con los agentes del MI-6 [467]. Pero en este caso concreto iba más allá. Llega hasta el punto de que no existen referencias directas, ni antes ni después, solo pistas indirectas de actuación que nos permiten identificar el entramado de la «Red Sanmiguel» como una de las mayores redes de información al servicio de los aliados en territorio español. Algunos de sus participantes no tenían ni siquiera conocimiento de cuál era el objetivo de aquel hombre, educado, galante y de buena presencia, que pedía a cambio de dinero fotografías de instalaciones militares y de defensa, planos de la costa norte, información sobre la salida y la entrada de buques en los puertos, movimiento y desplazamiento de tropas... Como indica

Bristol, este desconocimiento del objetivo de sus actividades no era casual, sino intencionadamente buscado:

Estos agentes a menudo ni siquiera se daban cuenta en qué se habían metido, pues solo reparaban en que seguían recibiendo dinero. Para ellos, esta actividad les significaba recibir dos pagas, libres de impuesto. Debo agregar que algunos de estos agentes eran voluntarios [468].

La «Sanmiguel» no es la única gran red de información para los aliados que cae en fechas semejantes. Secundino Serrano cita el mes de febrero de 1944 como el momento en el que el servicio de espionaje británico en la península llega a su fin, cuando menos dentro de los objetivos marcados en 1940 con la creación del SOE

. Alude a la caída de redes de información vinculadas a orientaciones comunistas en Málaga [469].

Del análisis conjunto con otras surgen detalles esclarecedores. Es curiosa la coincidencia en sus objetivos de información, pero sobre todo en los modos en que tuvo lugar la caída, con la «Red Castelltort», que desaparece entre febrero y marzo de 1944, pocos meses después de la «Sanmiguel». Organizada por los norteamericanos, se encargó de informar de todos los emplazamientos militares del litoral español —e incluso preparó un estadillo de las fuerzas militares españolas—, además del movimiento de barcos en los puertos y la producción de empresas vinculadas a las fuerzas militares. Desarticulada por servicios españoles, lo más interesante fue su vigilancia de los agentes alemanes y su descubrimiento de la organización secreta alemana en España, tanto militar como de Gestapo [470]. También la formaban decenas de personas que intercambiaban dinero por informes [471].

Pero las coincidencias con la red británica del norte de España no acaban ahí. En la caída de la «Red Castelltort» también estaba el agente alemán Giese por medio, lo cual hasta cierto punto es lógico si tenemos en cuenta la relación estrecha que la red tenía con los servicios secretos nazis [472]. Coincidente también fue el extremo silencio que se le dio al caso. Nunca apareció referenciada en

prensa. Como la «Red Sanmiguel». La explicación de este mutismo informativo parece semejante:

La prensa de la época no citó el caso ni de refilón. No aparece la detención de ninguno de sus componentes en la prensa, ni como delincuentes comunes. El asunto se llevó con la máxima discreción por parte de las autoridades españolas, que necesitaban mantener ante el mundo la ficción de la neutralidad oficial del régimen, y por lo tanto, no podían permitirse el lujo de acusar a Estados Unidos de espiar en España. Además, estaba la cuestión de la colaboración española a favor de los nazis[473].

De esta cita cámbiense las palabras Estados Unidos por Gran Bretaña y tendremos la «Red Sanmiguel».

Un encargado del contraespionaje español lo deja expreso en el final del proceso:

Teniendo en cuenta lo contraproducente que pudiera hacer la defensa de ellos, cosa imposible dados sus antecedentes, he enfocado mi gestión en evitar que figure el Servicio en este asunto y lo he conseguido. Las diligencias pasan a la Autoridad Militar para juzgar la responsabilidad de los detenidos pero sin que se mencione para nada el Servicio Americano[474].

Al margen de las cuestiones territoriales, Cataluña o norte de España, lo cierto es que el análisis sobre los objetivos y la caída de estas redes resulta muy semejante. Los servicios secretos norteamericanos y británicos siempre funcionaron de manera conjunta, con sus discrepancias, pero en convergencia hacia el objetivo final. En el caso de la «Red Sanmiguel», los servicios españoles necesitaban frenar la presión británica, pero sin hipotecar el futuro. Gran Bretaña había sido necesaria, pero seguía siéndolo cada vez más en el nuevo horizonte político que se vislumbraba tras el final del conflicto bélico mundial, y que Franco ya había empezado a preparar tras dejar de lado las pretensiones de Don Juan.

Y aunque en todo el proceso de esta causa de espionaje, material

fundamental en la elaboración de este capítulo, se insiste en que la iniciativa y la preparación se atribuyen a la Embajada británica, lo cierto es que los resultados en la misma se derivan hacia cuestiones más personales que de trascendencia diplomática. Toda esta estructura queda reducida al voluntarismo y la venganza. Una acción revanchista:

Es evidente, por deducirse de muchos testimonios y pruebas del sumario, que los procesados, al menos en su núcleo principal, con ánimo hostil al Gobierno y al Régimen, habían concebido un plan, que si bien considerado objetivamente era disparatado, sin embargo, obedecía a la idea fija de tomar una revancha y, cuando se pone en contacto con agentes extranjeros, no lo hicieron más que con el fin de conseguir su objeto, y desde tal momento, sea cualquiera la eficiencia de los datos que suministraban, lo hacían como medio para conseguir el fin indicado [475].

A tenor del resultado final, Lorenzo Sanmiguel parece haber montado una red hasta cierto punto autónoma de la conexión británica: las pruebas concretas de esta relación parecen ser dejadas de lado, así como la conexión con sectores de la policía del régimen, o de determinados miembros relevantes de la red que son tratados de manera distinta a los demás. Un complejo puzzle que difícilmente podía casar con la Ley de Seguridad del Estado franquista sin hacer estallar un conflicto diplomático de alto nivel. El juez instructor, en su informe final del consejo de guerra, cita bien claramente hasta dónde llegaba la legislación en este sentido que se había constituido en la base de este proceso desde el principio: «Publicada la Ley de Seguridad del Estado, basta para que exista el delito de traición que en la intención del Agente se persigue como fin, la ayuda a un enemigo actual o futuro de la Patria...» [476].

Desde luego, a Gran Bretaña, a 14 de marzo de 1944, no se la podría considerar como enemiga de la Patria, pero sus relaciones con el régimen, como veremos en las páginas posteriores, tampoco pasaban por sus mejores momentos. Aun sin tener en cuenta esto, la inseguridad era clara, sin tener dotes de clarividencia, ya que también se perseguía la ayuda de un enemigo *futuro* de la Patria...

La red de información del norte de España era indudablemente mucho más amplia, dividida en varias capas, entre las cuales no había prácticamente comunicación.

Capítulo 5

España cambia de bando (1944-1945)

A pesar de las buenas perspectivas que se traducían de los intercambios de información en los meses de septiembre y octubre, tras la caída de esta «Red Sanmiguel», las circunstancias vuelven a variar. Desde finales de este mes hay dos medidas que, según Moradiellos, provocan un intenso deterioro de las relaciones con los aliados: el incidente diplomático causado por la publicidad que el Eje dio sobre la felicitación de Franco al Gobierno Laurel en Filipinas[477] y el acuerdo con Alemania para rebajar la deuda pendiente liberando una cantidad importante de mineral de wolfram para el mercado español. Esta última medida colocaba a Alemania otra vez en opciones de competir en la adquisición del preciado mineral[478].

Pero también es cierto que la tensión diplomática con Gran Bretaña y Estados Unidos volvía a incrementarse tras el parón otoñal. En diciembre de 1943, el embajador Hoare seguía insistiendo directamente a Franco en los problemas diplomáticos que generaba el comercio del wolfram con Alemania, la División Azul y las actividades de espionaje, a punto de provocar todo ello un conflicto directo con Gran Bretaña. A ello se añadían los problemas generados con algunos barcos en puertos españoles, como el italiano *Olterra*, encargado de entorpecer a los barcos británicos que pasaban por el Estrecho desde el puerto de Algeciras[479]. En este último mes del año, los países aliados interpusieron quince quejas oficiales «por la detección de

actividades de espionaje y sabotaje alemanas organizadas desde territorio español»[480]. Además, por estas fechas será atacado por grupos falangistas el Viceconsulado británico de Zaragoza y el Consulado de Estados Unidos en Valencia[481].

No solo eso. Franco, en sus conversaciones con el embajador alemán de finales del año 1943, denotaba cierta inclinación a su favor que no se producía en las conversaciones con Hoare. Según la conversación transcrita en marzo de 1946 por el Departamento de Estado de Estados Unidos y que había tenido lugar el 3 de diciembre de 1943 en el palacio del Pardo entre el jefe del Estado español y el embajador Dieckhoff, el primero le comentaba que

era claramente consciente del hecho de que solo la victoria de Alemania haría posible la existencia continuada del régimen de Franco; una victoria de los anglosajones, a pesar de todas las declaraciones pacificadoras que se le harían [...], significaría su propia aniquilación. Por lo tanto, esperaba con todo su corazón la victoria de Alemania y solo tenía un deseo de que esta victoria llegara lo antes posible[482].

El ministro de Asuntos Exteriores, Jordana, era partícipe por estas fechas de planteamientos no tan lejanos de las motivaciones británicas durante los años treinta sobre España: «La guerra es un fenómeno pasajero, mientras que el espíritu revolucionario de las masas constituye el problema fundamental de la época presente, de una hondura y de una permanencia muchísimo mayor que la del conflicto bélico»[483].

Entre los servicios de información británicos hay en estos momentos como una especie de reseteo, casi una imagen de retorno a la situación de 1940, pero con la lección sobre la península ibérica bien aprendida. El futuro parecía presagiar un mundo dividido en dos bloques económico-sociales bien diferenciados, pero los primeros años de la posguerra sin duda determinarían el rumbo de buena parte de Europa, en qué lado se situarían. Especialmente complicada parecía ser la situación desde los aliados occidentales en la zona septentrional, con un dominio de la oposición a los regímenes fascistas o dictatoriales liderado por

sectores comunistas.

Es evidente que España se encontraba en esa situación. Es precisamente a principios de diciembre de 1943 cuando el Foreign Office recibe un listado con anotaciones y valoraciones con el título de «Consulados y diversos contactos», en el que expone las redes de información seguras. Realmente, el retorno a la situación de unos años antes, donde solo se podía confiar para la puesta en marcha de redes de sabotaje e información en el personal de confianza destacado. La mayoría de estos contactos conformaban esta primera red. Por ciudades la red cubría los consulados de San Sebastián, Bilbao, Santander, Gijón, A Coruña, Vigo, Sevilla, Huelva, Cádiz, Jerez, La Línea, Algeciras, Málaga, Granada, Linares, Almería, Cartagena, Alicante, Valencia y Barcelona. Resultan curiosas algunas referencias, como la de Lovelace de Gijón, con quien se dice que no han tenido ninguna relación, o la de A Coruña, de quien indican que no se encuentran muy satisfechos, pero sí de su hijo, «a quien pensamos utilizar en algún momento. Sin esperanzas». De Davenhill de Granada se indica que ha tenido duraderas relaciones de amistad con los «tradicionalistas de Granada y con los bandidos rojos de Sierra Nevada». Respecto a los contactos, Vigo y Bilbao son las zonas donde existe un mayor número de estos diecinueve que son citados. También son citadas las ciudades de Salamanca, Gijón, Alicante, Barcelona y, por supuesto, Madrid. La mayoría son reclutados dentro de compañías inglesas ya existentes —como El Cable Inglés de Vigo— o como chóferes de los distintos consulados. Solo en el caso de Alexander Easton se comenta su relación directa con el «grupo de resistencia en Ponferrada», aunque en la mayoría de los casos se les define como comprometidos contra los alemanes y Falange. Únicamente el definido como «Agente T» se presenta como destacado miembro de Falange, con buenos contactos, intermediario por medio del miembro de los servicios españoles de información Salvador Gómez-Beare. A veces también se insertan las cuantías de sus pagos, que van desde las 3000 pesetas al mes de este último miembro de Falange hasta las 300 por el mismo período para el chófer Riós de Vigo.

Una conclusión que podríamos sacar de esta estructura es que la red de informantes intentaba cubrir los huecos que no cubría la red consular. Podemos apreciar que hay una mayor proporción de

consulados operativos en el sur de España, interpretables por la relación económica con Gibraltar y el comercio con el Mediterráneo y el Estrecho. La zona norte se considera que debe desarrollarse por los servicios de información, pero de un modo distinto. ¿Puede ser interpretada esta relación, en la fecha de finales de 1943, como una prueba más de la prioridad que se establecía en esta zona norte para una posible invasión militar y, por lo tanto, necesitada de una red de información y sabotaje, más que de relaciones diplomáticas? ¿O también, y no necesariamente interpretación excluyente de la anterior, que la zona sur, siempre considerada como objetivo prioritario de una hipotética invasión nazi, necesitara una mayor red de consulados que protegiera diplomáticamente —tapadera de los planes del frente militar sur que hemos visto realizar en 1941 y 1942— de esta acción? Lo cierto es que la desproporción entre las dimensiones de las redes consulares del sur y el norte de España es evidente. Y no obedece de manera matemática a una proporcionalidad del comercio con Gran Bretaña [484], circunstancia que luego resultará relevante en el camino de futuro de posguerra de estas redes, como veremos.

Y es que hasta el propio Hoare, defensor a ultranza de la política combinada de diplomacia y amenazas, manifestaba que «me hicieron preguntarme una vez más si no había llegado el momento al fin de cambiar la política británica hacia un gobierno que persistía en permitir y cometer actos no neutrales» [485]. En la carta que remitió a Londres el 11 de diciembre de 1943 se refiere de manera directa a la respuesta que ha obtenido sobre la presión del régimen con las redes de espionaje alemanas: «A pesar de mis reclamaciones reiteradas sobre esas actividades, lejos de haber sido contrarrestadas, continúan tan agresivas como siempre» [486].

El contexto era el miedo. El pánico a la anarquía fue un elemento recurrente en todas las acciones del embajador británico Hoare en España. A principios de diciembre de 1943, ante la presión estadounidense a favor del embargo de petróleo a España, Hoare insistía en esta idea:

Temo que, si la vida diaria del país se paraliza de repente, la anarquía más peligrosa se propagará como un fuego arrasador de una punta a otra de España [...]. En todo caso,

es prácticamente seguro que sumirá al país en una orgía de masacres y caos y ofrecerá a los muchos saboteadores alemanes que hay en España una magnífica oportunidad para explotar la confusión general en perjuicio nuestro [487].

Fue precisamente a partir de este punto cuando la política exterior franquista puede ser, según algunos, etiquetada con propiedad como una «política ambivalente»[488]. En una comunicación que tiene el omnipresente brigadier Torr con el general Aranda en enero de 1944, este le transmite el temor de Franco de que las relaciones con las Naciones Unidas se estén deteriorando y la posibilidad de que no arreglar las demandas planteadas por Gran Bretaña y Estados Unidos pueda incluso provocar la apertura de un segundo frente militar en la península. De hecho, según esta comunicación, Franco echaba la culpa del mantenimiento de las relaciones con Alemania a los generales Vigón, Asensio y García Valiño, que seguían pensando en que Alemania no podía ser derrotada.

La imagen que da esta conversación es la de un Franco situado entre dos aguas por propio convencimiento. Indica que quiere mantener esta política. Una de las cuestiones que le apoya es el hecho de que dice que tiene pruebas de que Londres ha dado órdenes a la Embajada británica de que no «se asocie» con nadie de la oposición a Franco. La referencia de Franco en su discurso del día de Reyes de enero de 1944 a los «patriotas yugoeslavos» iba en el mismo camino de creación de una nueva identidad española y en el orgullo nacional de independencia que debería regir la posguerra.

Aranda termina indicándole que la vía monárquica de Don Juan ahora mismo sería complicada de realizar. Y es que Franco se fortalece, según el militar, por el apoyo alemán que todavía tiene. Incluso en armas. Y empresas, tropas y personas: señala que el permisivo paso de la frontera para los alemanes entre noviembre y diciembre de

1943 ha

permitido que en la actualidad haya alrededor de 14 000 alemanes en España. Se inicia la creación de una red de apoyo interior. La opción «invasión» se encuentra casi en su totalidad desechada [489].

Necesitaba un giro muy expresivo de su política exterior, que ya

había avanzado en los días anteriores. El silencio sobre las actividades secretas británicas y americanas en el territorio español recién descubiertas pudo formar parte de ese trato.

Pero lo prioritario para los Estados Unidos era sin duda arreglar el problema de las exportaciones de wolfram a Alemania. En estos primeros días de 1944 se decide pasar a la ofensiva ante un Franco siempre indeciso. De hecho, el wolfram fue quizás el mayor y más duradero motivo de amenaza diplomática no solo contra España sino también contra el Portugal de Salazar, incluso en el período en el que el acuerdo establecido sobre las Azores funcionaba. Las demandas de ayuda británica por Portugal ante una posible reacción alemana o española a este acuerdo fueron constantes y debatibles durante todo el año 1944 [490].

Hoare mantiene una entrevista con Franco el 28 de enero de 1944. El contexto de la conversación es de fuerte tensión, porque Estados Unidos decide pasar a la acción: el mismo 27 por la noche, Samuel Hoare recibe la noticia desde Washington de que se han suspendido los envíos de petróleo a España. Las constantes advertencias de los americanos se hacen realidad colocando en difícil posición la actitud británica. Para la Embajada,

los estadounidenses, especialmente después de la declaración de la política respecto a los neutrales y con miras a las próximas elecciones presidenciales y, por supuesto, con muy poco interés económico en España, señalaron de manera rotunda su opción por un embargo completo. Sin embargo, los convencimos al final de que era importante para nosotros llegar a un acuerdo [491].

La gravedad de la situación es de tal calibre que, tras realizar la entrevista por la mañana —según sus palabras, «una larga entrevista, dos horas y media con la presencia del Ministro de Asuntos Exteriores»— y de manera inmediata, a su término enviaba varios telegramas informando de los resultados de la conversación. No fue una reunión fácil. Si bien entre los términos utilizados en los informes posteriores de Hoare sobre sus reuniones con Franco siempre aparece la palabra «*frankness*» («franqueza») para caracterizar su tono, aquí inserta palabras como «*almost brutality*»

(«casi brutalidad»), añadiendo consideraciones como «*chief grievances, very strong pressure*» («principales quejas, presión muy fuerte»). Posiblemente una de las reuniones más tensas, a tenor de las consideraciones del embajador británico.

Hoare remitía a la consideración de los escasos avances realizados desde la conversación del 20 de agosto, añadiendo ahora en el mismo nivel de demandas el apoyo prestado a los barcos y submarinos italianos, respecto de las actividades alemanas en España, la División Azul y el comercio del wolframio. La conversación se realizó en un ambiente duro. Aquí las impresiones de Hoare: «Aunque debo haber dicho muchas cosas que hirieron al orgullo español, el general Franco no intentó tomar represalias con ningún contraataque [...]. Incluso parecía ansioso por impresionarme con su deseo de evitar una ruptura con nosotros».

Aunque Franco no menciona en ningún momento la suspensión del suministro de petróleo americano, es evidente que tenía conocimiento. Curiosamente para Hoare el planteamiento de Franco seguía siendo «que nadie en España sabía quién iba a ganar la guerra». Resistencia pertinaz y constante a una realidad cada vez más perceptible de fracaso del Eje en los campos de batalla.

El comercio del wolframio que se seguía ofreciendo al Gobierno alemán era tema central. Franco seguía insistiendo en que el tema del wolfram era «un asunto comercial y no afectó a la neutralidad española». Además, existían notables discrepancias entre las cifras de comercio de wolframio hacia Alemania registradas por los aliados y por los españoles. El negocio «sería desastroso para las buenas relaciones entre los aliados y España», finalizaba Hoare.

Pero lo que consideraba Samuel Hoare más importante era la cuestión de las operaciones alemanas de sabotaje y de espionaje. El último trimestre del año 1943 había demostrado que los trabajos de inteligencia aliados se encontraban a punto de cruzar esas líneas rojas marcadas en aquel pacto previo establecido. El conocimiento de los preparativos de información para un desembarco por el norte de España, con aeropuertos improvisados por toda esta zona, además de la restante información, era de uso común: conocido por los españoles, pero también por los alemanes, como lo prueba el informe posterior a la guerra de Kurt von Rohrscheidt, jefe de la sección de contraespionaje

KO

Spanien en estos años[492]. En este informe incluso se explicita a más de cien personas, de nacionalidad mayoritariamente británica, clasificándolas tanto por su actividad como por las posibilidades de dirigir tropas en el supuesto de una invasión, información que fue suministrada, según esta fuente, por los servicios alemanes a los españoles[493].

Un pacto previo que había sido asumido también por los americanos en cuanto a la no interferencia en los asuntos internos españoles. En un memorándum realizado en los difíciles días de noviembre de 1943 sobre las relaciones entre la Embajada americana y la

OSS

en España, la primera escribía lo siguiente en su punto número 2:

En relación con cualquier posible trabajo de inteligencia dentro de España, debe tenerse en cuenta que el Embajador ha sido autorizado por Washington para dar las garantías más solemnes del Gobierno de los Estados Unidos al Ministro de Asuntos Exteriores español de que «nadie de nuestro personal en España está comprometido en actividades dirigidas contra España»...

La anotación al margen del embajador Hayes sobre este punto en concreto es un significativo y muy elocuente autógrafo «*Of course!*»[494].

Un pacto previo, decisivo en las relaciones entre los aliados y el régimen, pero que se había establecido en mayor grado desde la perspectiva política que desde la meramente técnica de los servicios de inteligencia, que lo consideraban un obstáculo para el desarrollo de su trabajo. Así se cuestionaba este acuerdo no escrito —expreso en el memorándum de relaciones de la inteligencia americana y británica en territorio español, y citado en la nota anterior— por los responsables americanos de los servicios de inteligencia:

No está claro por qué se insertó este párrafo. Si es simplemente un gesto formal a los españoles, eso es una cosa. Por otro lado, si las actividades de

SI

y

X-2

en España se consideran actividades «dirigidas contra España» y, por lo tanto, se consideran prohibidas por las garantías dadas al Ministro de Asuntos Exteriores español, esta es una limitación injustificada de las actividades de

OSS

y restringe indebidamente las operaciones del Comandante[495].

Esta disposición indica la principal y fundamental diferencia en la concepción entre los modos de la diplomacia de conducir la inteligencia y nuestra manera como

OSS

[...]. Para mí, parece evidente que el Acuerdo, tal como está redactado, establece una inofensiva e inocua organización que incluso los alemanes no objetarían. Si no podemos operar de acuerdo con los principios de la inteligencia, entonces nosotros deberíamos abandonar nuestros esfuerzos[496].

Los servicios intensificaron la vigilancia en determinadas zonas de España, especialmente sobre la difícil cuestión del tráfico de wolframio. A principios de marzo de 1944 se envía un informe desde A Coruña hacia los servicios de inteligencia estadounidenses referente a la estructura de vigilancia que se había montado en Galicia sobre este tema. La información dibuja una costa gallega absolutamente vigilada. En el sur de la provincia de A Coruña había doce personas repartidas entre los puertos de Vilagarcía y Malpica. Otras quince esparcidas por el golfo Artabro, entre A Coruña y Ferrol. Incluso se informaba de que en el plazo de seis semanas se podía establecer una buena estructura de vigilancia al sur de Vilagarcía, en la provincia costera de Pontevedra[497].

La inteligencia alemana, por su parte, decidió, desde los meses del verano de 1943, dar la batalla por el control de la información, siendo contrarrestados en muchas zonas por el desarrollo de las

redes en favor de los aliados. Hoare comenzaba su alocución diciendo que «los dos grandes centros de la actividad alemana fueron España y Argentina». El embajador, tras el retroceso de las actividades alemanas en el país austral, «esperaba que España no fuera el único país no-ocupado del mundo en el que estas actividades beligerantes pudieran continuar a gran escala». Pero se consideraba poco agradable que, después de la visita del general Canaris, las circunstancias seguían sin mejorar. Hoare denunciaba en concreto el traslado de dos de los más importantes agentes alemanes en un vehículo militar español y el «recientemente descubierto caso del Cónsul español en Vancouver (Canadá)» [498]. Se atrevía a reclamar de manera directa que el Consulado alemán en Tánger debía ser cerrado y «que los alemanes que habían estado de manera ilegal asentados en Tánger deberían ser inmediatamente expulsados». La paciencia parecía haber llegado al límite para el diplomático Hoare.

Franco defendía la idea de que las actividades de sabotaje «habían sido endémicas en España, fue una dura batalla». Además, le comentó directamente que buena parte de estas no se debían a los alemanes o fuerzas favorables al Eje, sino al trabajo de «rojos que actuaron bajo la instigación de instrucciones Secretas Rojas». La respuesta era contundente. La ambigüedad de Franco había puesto a prueba incluso al flemático Samuel Hoare:

Reaccioné muy fuerte contra esta inútil defensa diciéndole que, lejos de los ataques de los rojos, teníamos pruebas específicas de la instigación alemana y que una y otra vez le había dado pruebas al Ministro de Asuntos Exteriores [...]. Dije que nuestra paciencia había sido exagerada y que, a menos que se hiciera un daño irreparable a nuestras relaciones, estas actividades alemanas deben cesar.

Y respecto a la cuestión de Tánger...: «Finalmente le vuelvo a hacer la pregunta sobre el Consulado de Tánger. Lo máximo que pude obtener de él fue que dijera que toda la cuestión del sabotaje, incluido Tánger, estaba en una activa consideración».

Hoare casi consideraba que, desde el punto de vista diplomático, poco más se podía hacer: «Ahora debemos juzgar los resultados

[...]. Puse especial énfasis en el riesgo de que España fuera encaminada a encontrarse clasificada con nuestros enemigos» [499].

Muy pocos días más tarde, el 2 de febrero, Samuel Hoare hace un examen de la situación ante la colonia británica en Madrid. En este contexto de absoluta crispación diplomática decía lo siguiente:

Durante estos días circulan por Madrid los rumores más fantásticos. Se dice en el extranjero, por ejemplo, que los aliados tienen intención de invadir territorio español muy en breve y de hacer que España entre en la guerra. Se vuelve a decir que hemos pedido el uso de bases españolas para la próxima campaña [...]. No cabe duda que los alemanes están haciendo cuanto está en su poder por desfigurar y perjudicar la situación. Nada les agradaría más que poder crear un conflicto entre los aliados y España. En efecto, han estado jugando esta carta desde que yo vine a España [...]. La situación es muy sencilla. En verdad no puede ser más sencilla, y espero que así lo haréis ver a vuestros amigos españoles. Lejos de desear que España entre en la guerra, los aliados desean que España sea neutral. Si en efecto es así, y España es en verdad neutral, no hay nada que motive un conflicto entre los aliados y el Gobierno español. Esto es todo lo que deseamos [500].

Dos días más tarde, el 4 de febrero, precisamente el día en que se publicaba esta alocución, tiene lugar una entrevista crucial, entre el general Vigón y un encargado militar de la Embajada británica. Ya no es entre representantes diplomáticos de máximo nivel. Se realizó en un tono arisco, complicado y con poca predisposición por parte del general, ante las advertencias que los británicos le realizaban de la seriedad de la situación y las amenazas reales de corte de suministro de petróleo. De hecho, su recepción fue un encuentro violento: ante la documentación que le presentaba el delegado británico, Vigón respondía de entrada indicándole que no le hacían falta esos papeles, que ya había leído las copias que tenían Jordana y Franco.

Inicialmente Vigón le indicaba al capitán Vincer que era posible «que ciertos alemanes hubieran abusado de la hospitalidad de España», pero también añadía que «tenía también evidencias en su

poder de que nuestro servicio secreto no se encontraba del todo sin culpa». El delegado británico respondía aduciendo la sustancial diferencia entre las actuaciones alemanas (que habían utilizado España «como una base para perpetrar actos de guerra») e inglesas («y no solo para la compilación de informes de inteligencia»).

La conversación siguió transcurriendo con diálogos amenazantes, bordeando el conflicto diplomático. Vigón le indicó que, ante el recorte de suministros para la aviación en el mes de febrero, tenían la posibilidad cierta de contar con apoyo alemán que ayudaría debidamente a solucionar el problema, circunstancia que había sido avisada por los alemanes «*several occasions*» («en varias ocasiones»). El delegado británico le insistía en que eso sería muy difícil, por su situación real actual, pero también por el transporte. Vigón le respondió que sí, que podía ser difícil, pero no «insuperable».

Finalmente, la diplomacia se mantuvo. Vigón se despidió indicándole que tuviera en cuenta que en aquella entrevista se había excedido en sus funciones como ministro del Aire. Vincer terminaba resumiendo que «a lo largo de la entrevista, fue obvio que el General Vigón estaba muy preocupado y ansioso por evitar cualquier discusión detallada»[501].

Parte del objetivo se había conseguido. A pesar de los reproches que se le podían hacer por parte de los responsables ministeriales españoles de la utilización de sus servicios de información como arma de presión —tanto en sus conversaciones, especialmente desde el otoño de 1943, como en la no difusión y el silencio oficial español de estas acciones—, lo cierto es que el corte de suministros había decantado totalmente la balanza del lado que más dolía al franquismo: el económico, en la supervivencia de una sociedad exhausta. Y el franquismo reaccionaba.

La presión directa de los aliados, especialmente de los Estados Unidos, con la amenaza de un embargo total de las exportaciones de petróleo, había obligado al Caudillo a variar su estrategia y expulsar de España a buena parte del espionaje nazi [502].

El grado de nerviosismo entre la población era palpable, sobre todo en aquellas localidades donde se encontraban ciudadanos de ambos frentes. Así era el caso de los puertos. A principios de febrero de 1944, en Vigo, el segundo oficial del mercante *Bessel*, en estado

de embriaguez, destrozó el coche del vicecónsul americano. Este altercado, según la documentación producto de un encuentro ocasional, aporta información que permite percibir cómo aumenta el grado de nerviosismo de las autoridades españolas sobre el tema. Uno de los testimonios de esta causa, el cabo de la Policía Armada que testificó sobre el hecho, declaró que una pareja —de la que formaba parte en ese momento— tenía como «misión permanente vigilar tanto de día como de noche los Consulados Alemán, Inglés y Norteamericano» [503].

En estos días, la Marina británica ya contaba con detalles muy elaborados de los puertos, especialmente del norte, que habían sido publicados por sus servicios de información en marzo de 1944. Recordemos también la gran información que para esta zona había recogido la «Red Sanmiguel», que en su mayoría había sido enviada por valija diplomática a la Embajada. Y no solo esto. Los ofrecimientos para llevar adelante acciones con el apoyo de Gran Bretaña fueron muchos en este momento, incluso por parte de los sectores monárquicos, según cita Carlos Collado [504]. Además, Hoare, en un informe de 26 páginas sobre la situación creada en España, enviado el 25 de marzo de 1944 desde Madrid, colocaba un título bien expresivo: «*Potted Spanish Politics*» («Políticos Españoles en conserva»).

En este último informe, después de hacer un amplio recorrido inicial por la historia contemporánea española desde la invasión napoleónica y las Cortes de Cádiz, diseccionaba la política española y las fuerzas que componían la fortaleza del régimen franquista, así como las posibilidades en la oposición a la dictadura. Su análisis llevaba como punto final a las demandas realizadas ante Franco y aún no cumplidas, campo de batalla, tanto en el terreno diplomático como en el económico y en el de los servicios de información. Hoare indicaba a Londres que «el descontento crece día a día, ya que cada vez es más generalizada la percepción de que FRANCO ha respaldado al tanque equivocado y que los aliados van a ganar la guerra». Sin embargo, la presión de determinados sectores hacia el régimen provocaba dudas sobre la facilidad de contrarrestar de manera simple el poder que ejerce Falange:

Como demuestra el informe, existe un alejamiento

definitivo de los elementos del Partido de la Secretaría General y que los miembros todavía profesan odio hacia las Naciones Unidas, especialmente hacia Gran Bretaña. Ninguno de estos hechos es asombroso cuando se recuerda que la mayoría de los falangistas tienen una posición y un yo que defender, y que desde 1936 los elementos intelectuales más jóvenes se han incubado en la cámara ideológica política alemana.

Existía la sospecha de que las reticencias de Franco fueran apoyadas por una acción soterrada de introducción de estos elementos dentro del que aparecería un nuevo aparato administrativo español de posguerra. El problema de estos grupos no era tanto su finalidad como hasta qué punto iban a constituir parte de un régimen que deseaba ser homologado por las Naciones Unidas:

Las autoridades parecen ser conscientes de la insatisfacción entre los falangistas y están intentando disiparla incorporando al máximo número de elementos del Partido en los servicios administrativos estatales. A los miembros repatriados de la División Azul se les otorgan facilidades especiales para unirse a la fuerza de Policía mientras se rumorea que los planes están en marcha para una organización de una «Formación

SS

Negra». Estos matones también deben ser reclutados de miembros que regresan de la División Azul, se les debe pagar 50 pesetas por día y trabajar en estrecha colaboración con los alemanes. Se afirma que deben ser utilizados exclusivamente contra grupos comunistas.

Samuel Hoare, en este informe enviado en marzo de 1944, indicaba de manera bastante explícita cuál era en su opinión la posición de Franco. Se preguntaba cómo su régimen podía durar tanto, y lo achacaba a numerosas razones. Más de una, y entre ellas, según su apreciación personal:

1. Miedo a la anarquía, tanto de orientación anarquista como

comunista. El problema básico residía en que la población no quería volver a la sangre derramada durante los años del conflicto civil.

2. Ausencia de liderazgo claro en las distintas organizaciones de oposición al régimen.
3. La personalidad de Franco, que cree que la dirección del Estado recae en él por *designio divino*, además de su modo de entender la legitimidad de una manera absolutamente *práctica*, como le recuerda a Don Juan en sus conversaciones privadas mantenidas con él durante estos años.

Hoare, de todas maneras, había enviado muchas cartas intentando explicar esta autoconsideración mesiánica que tenía Franco de su propio liderazgo. Aducía que sin ella no era posible entender su acción política y las acciones de la Embajada. A Franco había que tratarlo con mucho tacto, entre otras circunstancias porque era impermeable a dar información valiosa —que no le interesara— y también porque se creía su papel. De manera firme e interiorizada, no como fachada e imagen. Pero puede ser la primera vez que Samuel Hoare aluda con tanta intensidad a la esencia del pensamiento conservador español, para entender también él por qué Franco reacciona de esta manera tan falta de autocrítica. Finalizaba su informe con estas palabras:

Quizás sea el último punto en el que resulte la solución más difícil. Bajo la dictadura, generalmente se ha olvidado, como George Bernanos señaló en *Les Grandes Cimetières Sous La Lune*, que si un hombre ha de ser cristiano, también debe ser libre para no ser cristiano [...]. Bajo la República, al menos después de la ruptura provocada por la revuelta de Franco, se olvidó igualmente que la práctica de la verdadera caridad social es avanzada y no obstaculizada por la tolerancia de una Iglesia cuyos seguidores, si no son conducidos al confesionario por el miedo, la superstición o la bayoneta, no pueden sino aprobar la eliminación de la injusticia. Porque el progreso, que es la realización de un futuro más feliz para todos, se puede realizar mejor mediante el matrimonio de las sinceras búsquedas morales del presente con la sabiduría del pasado [505].

Todo hacía pensar también que el destino final dependía del curso de los acontecimientos bélicos. A pesar de los amagos, nunca se había variado esta estrategia casi «aurista»: ver, oír y callar. Ahora parecía que Franco demoraba demasiado su posicionamiento, cuando la realidad era cada vez más pesada. El tiempo jugaba decididamente en su contra. Y de manera acelerada. El recurso de las denuncias de las actividades de investigación y sabotaje con apoyo británico para equilibrar el discurso de la posición de «neutralidad o no beligerancia» cada vez era menos eficaz. Era como si nadie hiciera cambiar de idea a Franco, que parecía todavía convencido de que el Eje tendría futuro.

El nuevo embajador se encontraba un panorama complicado. Pero encarrilado. Desde luego no era comparable en situación y contexto internacional con el que se había encontrado en el verano de 1940, pero sí muy semejante en cuanto a la actitud tomada por Franco en sus relaciones con los países aliados. Franco seguía sin querer mover ficha. Por otro lado, la presión americana sobre los británicos para impulsar definitivamente a Franco fuera de la órbita del Eje iba siendo sustituida, con la experiencia diaria, por aceptar la tesis británica de la moderación. La consideración de que había que aceptar el mal menor.

Un memorándum realizado sobre la situación interior de España por la Embajada inglesa, con fecha del 4 de abril de 1944, nos muestra una foto fija del momento previo a que Samuel Hoare abandone la Embajada. El primer punto es Franco, siempre Franco, del que se dice que «el examen de la situación política interna tiene que centrarse en inmensa medida en la actitud de Franco y que piensa con sincero convencimiento que el mantenimiento del orden en España exige que él permanezca a su frente». Además, «en el exterior, Franco cree que la necesidad de orden en el Occidente de Europa le sostendrá, pase lo que pase». Sin embargo, en estas líneas la opción alemana parece diluirse, como indica la orientación en la búsqueda de apoyos:

En el exterior busca a toda costa el refrendo americano, el Pontificio y el inglés para la permanencia de su régimen. Inglaterra y Estados Unidos obtendrán de él cuanto quieran en el orden económico, diplomático, etc. Y la propuesta de Franco de un amplísimo tratado de alianza política y militar

a los Gobiernos de estas potencias podrá presentarse cualquier día.

¿Y las preguntas sobre el futuro? El memorándum advertía de que «si prescindimos de la influencia que indudablemente ejercerán los factores externos, por acción de Franco y omisión de los demás, la situación tiende a ser estática». Con la aplicación de esta influencia externa, el análisis reducía a tres las posibilidades a corto plazo:

1. Una acción consciente de potencias extranjeras encaminada a producir directamente un cambio.
2. Una evolución de la política interior española motivada por la impresión producida aquí por los acontecimientos exteriores. Esta evolución que, como se ha dicho antes, no será hacia la Monarquía, podría desembocar en un Estado de tipo portugués, abandonando Franco la Presidencia del Gobierno.
3. Si la inercia interior se prolonga sin capacidad de reacción ante las circunstancias internacionales y no se da ninguno de los supuestos anteriores, entonces la crisis ideológica, el contagio del desorden europeo, el esquinamiento internacional del régimen, un proceso de indisciplina social interna difícil de reprimir desde los supuestos totalitarios, la tentación de golpes de fortuna en algunos Generales, ¿adónde podría llevarnos?

Hay que tener en cuenta que en este último supuesto y también en el segundo, como la opinión que irá tomando fuerza será la republicana, en la medida que Franco opte por resistir a ella —si es que fracasa en su posible propósito de absorberla— variaría su relación con la Monarquía y, también, inevitablemente, la de esta con él...

Resulta muy curioso observar que en estas apreciaciones las opciones que se presentan como más factibles son las de orientación republicana, incluso pensando en la posibilidad de que Franco pudiera «ser integrado» de algún modo. No hay que olvidar que la cercanía del espacio portugués aconsejaba una perspectiva común en materia política en la península: la que se considera en este informe como la opción más probable es la número 2. Se observa una percepción de la opción monárquica deteriorada y falta de

influencias ante la personal negativa de Franco. Así se explican las condiciones impuestas por el dictador español a los monárquicos a estas alturas:

Dado que el Generalísimo es enemigo de su instauración en el presente, todas aquellas fuerzas se encuentran ante el dilema de aplicarse con todos sus recursos y en alianza con los elementos afines oficiales a la indispensable y urgente reforma política para que el régimen español pueda tener una viabilidad internacional o, por el contrario, aferrarse al propósito plenamente monárquico, en una de sus dos formas posibles: el encastillamiento en una profesión de fe para el mañana, apartados de toda mezcla con el presente, o la pugna violenta e inmediata por derribar el poder existente y traer al Rey.

Curiosa percepción de la absoluta necesidad del refrendo internacional que precisaba el régimen. Se cita su desesperada búsqueda de apoyos occidentales, pero al mismo tiempo la oposición a la Restauración impide su homologación y, por lo tanto, la llegada de una República. Esta no era una circunstancia que prefirieran desde el Foreign Office. De todas maneras, el mayor valor de Franco se encontraba siempre más en su método:

Hay que tener en cuenta que su psicología no es la del hombre que forma planes de carácter sistemático, sino que su evolución será la de responder con los movimientos necesarios frente a cada nueva circunstancia interpretada de un modo empírico y con espíritu de regateo internacional [506].

Finalmente, tras varios días de dura pugna, el 29 de abril de 1944 se llega a un acuerdo entre Samuel Hoare y Jordana. Diez son los puntos que se firman con fecha del 2 de mayo, entre los que se encuentran la limitación de exportaciones de wolframio a Alemania, la vigilancia del contrabando por España, el cierre del Consulado General de Alemania en Tánger y la salida de su personal, la expulsión de los agentes alemanes de espionaje, el arbitraje sobre los buques de guerra italianos en las islas Baleares, la salida en

libertad de todos los buques italianos en otros puertos, «la retirada final de toda clase de unidades españolas del frente oriental, que parece haberse realizado ya, en su mayor parte será completada»... En definitiva, todas las medidas solicitadas desde hace más de un año. A cambio, el último punto del acuerdo, el décimo: «Como parte de este acuerdo se reanudarán inmediatamente las exportaciones de productos petrolíferos a España»[507].

Construyendo las bases del futuro de los Servicios de Información

No cabe entender de otra manera el discurso de Churchill en la Cámara de los Comunes del 24 de mayo en el que manifestaba su intención de no intervención en los asuntos internos españoles. Esta circunstancia formaba parte desde 1940 del pacto nunca escrito entre Gran Bretaña y España, y ahora, tras los primeros acuerdos —y la pérdida de influencia nazi—, se explicitaba en aras de un desarrollo futuro de la posguerra. La reacción al discurso fue relatada por Hoare a Franco días después:

Tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos existen opiniones apasionadas con relación a ciertos aspectos de la política española y sería ocioso negar que hubo mucha gente en ambos países que se permitieron censurar el gesto de amistad hecho a España por el Primer Ministro [...]. No puedo negarme a mí mismo el hecho de que mucha gente en la Gran Bretaña y no poca en el Parlamento desconfían mucho de unas relaciones más estrechas entre los dos países en las condiciones actuales. Declaran sin ambages que las dos disposiciones principales, es decir, la que atañe a la expulsión de agentes alemanes y la que se refiere a la restricción de exportaciones de wolframio, de hecho, no se llevarán a cabo.

Hoare, en este mismo texto, narraba la defensa que tuvo que realizar el día anterior a este discurso de Churchill delante de «varios centenares de miembros de ambas Cámaras del

Parlamento». La opinión que transmitiría a Franco era directa:

Cualesquiera que sean las diferencias entre los dos sistemas, el Falangismo, en la visión británica, será siempre identificado con el fascismo y con el nazismo [...]. Ha de ser España y únicamente España quien decida su propia forma de gobierno. Yo no hago más que referir un hecho que, aunque nos guste o no nos guste, existe y como es una realidad me permito indicar que merece la atención española [508].

De todos modos, y a pesar de las buenas maneras que implicaba este acuerdo expresadas en su correcta y diplomática redacción, lo cierto es que la diplomacia británica seguía sin fiarse de la actitud de Franco. Pocos días más tarde, el 10 de junio, Hoare enviaba a Jordana notas aclaratorias respecto al cumplimiento del acuerdo:

Es verdad que en la redacción de los Artículos 3 y 4 del Acuerdo del día 2 de mayo no consta ningún límite de tiempo para cuya fecha su cumplimiento debiera ser un hecho.

V.E.

recordará que durante nuestras negociaciones insistió en que complicaría su tarea si el Acuerdo hiciera hincapié sobre un límite de tiempo. Sin embargo, siempre fue mi creencia y también la creencia del Gobierno de su Majestad y del Gobierno de los Estados Unidos, y creo, me permito pensar, que el suyo también, que el cumplimiento del Acuerdo se efectuaría inmediatamente después de su firma. Y aunque esta no fuera nuestra mutua comprensión respecto del espíritu del Acuerdo, no creo sea necesario señalar que si el cumplimiento no fuese rápido, el objeto de los compromisos que encierra quedaría adulterado y esta parte principal del Acuerdo desde el punto de vista del Gobierno de su Majestad y del Gobierno de los Estados Unidos dejaría de tener efecto [...]. Deseo más bien señalar que según mi Gobierno si el compromiso ha de tener significación alguna, su cumplimiento rápido es esencial.

La prioridad británica era ahora la falta de cumplimiento respecto de la salida de agentes alemanes. El embajador británico denunciaba que ni siquiera en Tánger se había cumplido de manera total este punto y que la inmensa mayoría de agentes señalados por los servicios de información británicos seguían en su lugar. Hoare fue leal, a pesar de que Churchill no deseaba verlo mucho por Londres, y atendió a las peticiones de Eden de no abandonar la Embajada —aunque su paciencia diplomática con el régimen se encontraba ya al límite— hasta el desembarco de Normandía [509]. El acercamiento de los aliados a Franco también se hacía patente:

Dos días antes del Día D, Churchill envió a Roosevelt un curioso mensaje, en el que se hacía patente el deseo personal del primer ministro británico de olvidar los peores episodios protagonizados por Franco en su colaboración con el Eje a lo largo del conflicto, así como de esforzarse por entablar las mejores relaciones posibles con España en el escenario posbélico: «Franco no me preocupa pero, cuando termine la guerra, no quiero una península Ibérica hostil a los británicos» [510].

Con la invasión de las costas francesas del 6 de junio, Hoare se sintió más libre. El todavía embajador transmitía de inmediato, tras el desembarco en las costas francesas, que el tema de la presencia alemana en España debía cumplirse de manera taxativa: «El Gobierno de Su Majestad ruega urgentemente que se impongan restricciones inmediatas sobre las actividades [...] de todos aquellos agentes alemanes cuyos nombres han sido comunicados al Gobierno de Su Majestad, y cuya expulsión todavía se espera» [511].

El 12 de junio Hoare mantuvo una reunión personal con Franco en la que le expuso los elementos que consideraba que aún no se habían cumplido. Le insiste en que el contrabando de wolframio seguía teniendo lugar a través de la frontera pirenaica..., «pero en cuanto a la expulsión de los agentes [...] la situación es aún más *seria*» (en castellano en el original). Realmente repetía la nota transmitida a Jordana (que le entregó también en este encuentro). La advertencia final era de un tono mucho más duro que el acostumbrado: «Si a causa de vacilación, de demora o de

interpretación errónea, por cualquiera de las partes, se perdiera la ocasión que hoy se ofrece de mejorar las relaciones anglo-españolas, puede que no volviera a presentarse otra en muchos años» [512].

¿Y la respuesta de Franco? Tras ver un breve telegrama enviado por Hoare al Foreign Office con el relato de lo ocurrido en esa reunión, en su reacción no parece haber muchas novedades respecto de la actitud acostumbrada. Sí. Una. No por muy esperada, había llegado al fin, en fecha del 12 de junio de 1944, pocos días después del desembarco de Normandía: «Quizás solo las nuevas características de esta parte del debate fue la suposición aparente de que los aliados ganarían la guerra y ciertos comentarios que parecen implicar que las relaciones españolas con Alemania están lejos de ser buenas» [513].

En contestación a una felicitación de pocos días más tarde que le hace el embajador británico en aquel momento en Buenos Aires, David Kelly, Hoare intenta explicar la complejidad de lo que llama «*Spanish character*», acercándose a la psicología de las sociedades que se habían declarado «neutrales» en el conflicto. Decía:

Es muy difícil para los beligerantes entender la psicología de los neutrales [...]. Me alegró que el Primer Ministro tratara de manera tan realista con ciertos países neutrales. Él era prudente al juzgar por los resultados y no por un estándar de superioridad ideológica. Lo que algunos de nuestros amigos también olvidan es que los neutrales en general, lejos de avergonzarse de mantenerse al margen de la guerra, están orgullosos de ello. Sin duda, se necesita mucha paciencia y sensibilidad para lidiar con esta actitud irritante [514].

En el verano de 1944 parecía que la situación internacional obligaba a Franco a dejar sus cuentas pendientes con el Eje e inclinarse hacia una solución de unidad «contra» el socialismo soviético. No solo diplomáticamente, sino también en cuestiones protocolarias. El embajador norteamericano Hayes, en su visita realizada a Franco el 6 de julio de 1944 —un mes después del desembarco de Normandía—, observó cómo las fotografías del Duce y Hitler se habían quitado de la sala de recepciones de El

Pardo [515].

Todo muy diplomático y con constante presión. Por ejemplo, en relación con el comercio del wolframio hacia el Eje que todavía, en este verano, se seguía realizando por Irún y la frontera francesa. Así explican desde la Embajada británica sus acciones:

El problema era que, aunque teníamos buena información y una organización activa, era difícil obtener una cooperación satisfactoria desde los guardias fronterizos españoles y las autoridades aduaneras. El Ministro de Relaciones Exteriores y sus funcionarios [...] hicieron grandes esfuerzos para hacer que el acuerdo se cumpliera adecuadamente, pero no había ninguna maquinaria disponible a mano para que pudiera usarse de manera efectiva y llevó tiempo crearla. Bajo nuestra presión constante, y con la cooperación de la administración, los esfuerzos para detener el contrabando tuvieron mucho más éxito a medida que pasaba el tiempo, y realmente se hicieron efectivos después del 1 de julio: contrabandistas y guardias civiles fueron arrestados y confiscadas las existencias no registradas [516].

Y es que solo era posible detener este tráfico con la colaboración y firme disposición del Estado español. El agregado financiero en la Embajada británica, Hugh Ellis-Rees, lo comentaba años más tarde: «Nuestra dificultad era que sus existencias estaban tan cerca de la frontera que un camión podía cargarse y enviarse mientras nos enviaban el mensajero, y solo podíamos quejarnos después de que se hubiera hecho la escritura» [517].

Fue necesaria una política paciente, hasta la extenuación y el cansancio, pero combinando la aplicación de medidas complementarias. La contrainformación lanzada por los servicios británicos en relación con los temas espinosos funcionaba de manera exitosa, con una escasa capacidad de ser contrarrestada por los servicios alemanes o españoles. Así, por ejemplo, dentro de un apunte fechado el 8 de julio de 1944 sobre noticias confidenciales captadas en distintas agencias y emisoras internacionales por el Gabinete diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores español,

se avisaba de la noticia difundida por un medio de comunicación alemán —«*Deutscher Kurzellkesender Amatlantic*»— en su emisión del día 5, en la que se narraba que el ministro de Asuntos Exteriores Jordana había pedido el cese del cónsul alemán en Vigo, Richard Wichling, por hallarse comprometido en el negocio clandestino del wolframio, almacenado en un barco en el puerto de Vigo listo para zarpar y que había sido detenido. Se había captado el día siguiente en Radio Leopoldville que Hoare, ante el contrabando de wolframio descubierto en el puerto de Vigo, «le había concedido un nuevo plazo al Gobierno español para que presentara las aclaraciones pertinentes». Al lado de la noticia de la emisora alemana hay una anotación manuscrita de los servicios de inteligencia españoles que indica: «Esto es inexacto» [518].

Si bien de manera pública la reacción era exquisita, la repetición de determinados hechos, sobre todo de relación diplomática, afectaba a Hoare. Prácticamente desde su llegada a España, Samuel Hoare se quejaba del trato recibido en las recepciones diplomáticas por cuestiones de protocolo. De manera muy reiterada, en las recepciones oficiales se le colocaba en la mesa al lado de los representantes alemanes. Si bien colocar en lugar anexo a los representantes diplomáticos alemanes e ingleses debía de ser una rutina bastante frecuente —eso sí, hasta la Segunda Guerra Mundial— entre los miembros de protocolo españoles, sin embargo, un país «no beligerante» debía impedir esta circunstancia, que se repitió de manera reiterada durante la estancia de Hoare en España.

En la última recepción del 18 de julio a la que asistió como embajador, a Hoare se le sentó de nuevo al lado de la esposa del embajador alemán. Su actitud fue drástica: abandonó la recepción con todos los miembros de la Embajada sin despedirse [519]. Jordana lo describía como «acto de inexplicable acaloramiento y descortesía» que, tras conversación con Hoare, explicó como «que tal vez hubiese influido en su gesto lo dolido que está al ver que no se atienden totalmente las demandas inglesas atribuyéndolo a influencia alemana». Jordana le comentó que estas quejas no deberían llegar a Franco, que acababa de estar en la misma fiesta y le había felicitado por su retorno a Londres [520]. La percepción de Hoare, como le había comentado a un alto cargo del Departamento de Estado norteamericano de visita en Madrid, era que «una vez

concluida la guerra, se avecinaba con toda probabilidad un golpe de estado que barrería del escenario político tanto a Franco como a Falange»[521].

El importante y trascendente embajador Hoare se despedía de la Embajada, no precisamente con una sensación de haber sido atendido en sus demandas, pero con la satisfacción de un trabajo casi cumplido, y también con estas palabras sobre el futuro del rumbo político de España: «Cuatro años en España me han convencido de que no solo no es prudente que yo haga una profecía, sino que aún es más imprudente que los aliados se mezclen en el caos, la confusión y la amargura de la política interna española»[522].

A su llegada a Westminster, en su discurso como nuevo lord en Londres, insistió especialmente en los esfuerzos realizados en España por distanciar al régimen de Franco de la influencia alemana. Esta actitud había sido en el fondo la que había caracterizado de principio a fin su mandato, como hemos visto. Para eso se le había nombrado en «*Special Mission*». Aun así, su discurso no sentó bien en el Gobierno español. Se redactaron hasta dos versiones de la respuesta a esta comunicación de Hoare. Sobre todo lo que había molestado eran las referencias identificadoras del franquismo con la Alemania nazi, especialmente en cuanto a la colaboración en los servicios de inteligencia. Este era el tono:

Ya sabemos que serán muchos sus compatriotas, entre ellos la mayoría de personas responsables, que, sin duda, han de condenar el que un Embajador, al día siguiente de abandonar su cargo, emita conceptos subjetivos y apasionados sobre la Nación en que fue representante, sin que a ello le obligue un imperativo nacional; mas cuando estos conceptos están tan íntimamente ligados a los errores o equivocaciones de una gestión, la injusticia alcanza un grado imperdonable.

¡España moralmente dominada por los alemanes!

¡La Prensa y la Policía españolas a las órdenes de la Gestapo! ¡Los raptos de alemanes a la orden del día!

Cómo se reirán los españoles al leerlo...

En tiempos de guerra todos los extranjeros en países neutrales intentan servir a la causa de sus respectivas naciones, y los neutrales han de sufrirlos mientras no infrinjan las leyes del país pero si sus actividades no solo entran en el campo de lo vedado, sino que maquinan contra la paz, el orden o el régimen de la Nación, entonces la intervención enérgica y eficaz de la Policía es obligada. En los Códigos de todas las naciones existen muy distintas sanciones para castigar las maquinaciones contra la seguridad de la propia Patria, que las actividades de propaganda o de información que puedan ejercitar los naturales de unos países extranjeros contra otros. Todo observador imparcial tiene que aplaudir sin regateos la actuación de nuestros servicios de Policía, que han hecho abortar, sin graves penas para los extranjeros, los propósitos extraños de agitación, ya que ayudaron eficazmente al mantenimiento del orden y de la seguridad de nuestra Nación...

En el fondo era la opinión manifestada por Franco meses antes...:

Vino a España creyendo en su futura intervención en la contienda, y equivocando el camino para lograr su propósito, fue más el amigo de las pequeñas disidencias españolas, que el diplomático encargado de estrechar una relación. Por ello debiera tener mucho más valor en los medios ingleses, a pesar de ello, la neutralidad de España [523].

Después de todo, refleja la persistencia de un determinado pensamiento y el aviso de la incapacidad de adaptación del régimen franquista a las nuevas circunstancias que se iban a dar en la Europa occidental de la posguerra. El imaginario colectivo generado del enemigo inglés, la versión moderna de los «piratas de Drake», seguía existiendo en círculos amplios de la Administración española. Hasta el punto de transmitir una denuncia verbal al respecto.

Parecía como si la influencia y el carisma de Hoare hubieran

dejado de existir. Como si no tuvieran muy claro hacia dónde ir... Eso oficialmente, porque en la práctica se cuidaban muy mucho de no molestar a sus posibles —únicos— aliados: tensar la cuerda, pero no romperla. Ante la reacción de Hoare en el acto de julio, Jordana escribía así a un delegado exterior, suponemos que al embajador español en Gran Bretaña:

No puede menos de preocuparme la idea de que al dar cuenta a Londres de lo ocurrido en la misma forma inconveniente y descortés con que lo comentó conmigo pueda surgir ahí una interpretación que no podría menos de tener gravedad y que por virtud de una injusticia respecto del Jefe del Estado y el Gobierno totalmente ajenos a un gesto privado y que careció de la menor intención hostil se crease una situación pública que sería inadmisibles para nosotros [...]. Mas que en una gestión oficial que estaría desproporcionada con el origen del incidente utilizando sus propios recursos personales, previniese cualquier consecuencia desagradable ante la que no podríamos menos de reaccionar en forma que, aunque todos lamentásemos, tendría forzosamente que estar inspirada en la energía que corresponde al mantenimiento por encima de todo del decoro del Jefe del Estado [524].

Por estas fechas los mandos del

SOE

en la península se orientan hacia el abandono de sus actividades, debido a que sus objetivos —información y apoyo ante una posible invasión de fuerza militar en España— desaparecían. El 30 de agosto de 1944 el responsable del

SOE

enviaba al Gabinete británico de Guerra sus impresiones sobre la permanencia de los cuadros de la inteligencia británica en suelo ibérico, indicando que el único futuro que entendía para el

SOE

en este territorio era el control del dinero alemán en los países neutrales [525].

Y seguían hablando del comercio ilegal del wolframio. La

presencia de alemanes en territorio español seguía siendo un grave problema, pero la sensación era de franca retirada. Existían «muchos rumores de alemanes comprando oro por su cuenta, comprando grandes propiedades, casas, etc., y otras mercancías». No parecía ser solo una cuestión de conseguir bienes ante el hecho de que una presumible inflación posterior en Alemania obligara a vender, sino también que estas propiedades en España no iban a ser *a priori* sentenciadas por la dictadura. La impresión de los sectores alemanes no era la de un peligro inminente de cambio de régimen que supusiera un peligro para sus bienes.

La decisión de reestructuración de los servicios de inteligencia británicos en la península se ejecuta ya desde el verano de 1944:

En las etapas iniciales, todo lo que podíamos hacer sería obtener la mayor cantidad de información posible sobre todos y cada uno de los alemanes en el país [...]. Creo que valdría la pena haber seguido a cualquiera de los enemigos en caso de que logren mantener sus pequeños ahorros por especulación en este país fuera de esta guerra [526].

Y es que la valoración sobre las actividades realizadas hasta la fecha por los miembros del

SOE

en España y Portugal era positiva. Se menciona su notable experiencia en el terreno no solo desde la perspectiva puramente militar, sino en los apartados de inteligencia e incluso económico. En buena parte el gran problema era qué hacer ahora con toda esta estructura, adaptarse a los nuevos tiempos. En una carta que dirige Ellis-Rees al embajador británico —que reside en San Sebastián de manera temporal—, el 21 de agosto de 1944, le indica la necesidad de continuar la vigilancia sobre las actividades alemanas:

Recientemente, durante mi estancia en Londres, me reuní para que la Enemy Branch se dedicara a rastrear las ramificaciones de algunas de las materias de armamento. También hay indicios de que personas están sacando oro de contrabando y otros elementos o activos que se mantendrían en la España neutral. Por supuesto, algunas secciones de la Embajada están interesadas en hacer un seguimiento de las

personas que llegan a España. Me parece que tarde o temprano querremos echar mano a los activos [527].

En otro informe enviado pocos días más tarde del anterior, se indicaba de manera clara cómo se consideraba el futuro de España en relación con el mantenimiento de estas redes. Se analizaba cuáles eran las condiciones de una España de posguerra en una situación estancada en cuanto a la continuidad de la dictadura franquista. Se subrayaba que la prioridad sería el establecimiento de relaciones económicas a medio plazo y ayuda en los mercados exteriores, con la utilización de aquello que había funcionado de manera excelente durante los primeros años del conflicto: el personal británico de las empresas localizadas en España. Se consideraba la utilidad de la inteligencia británica en este territorio en clave puramente de defensa de los intereses británicos:

España debe ser importante por razones geográficas y de comercio. De ahí se deduce que su política interna nos concierne considerablemente.

Si se necesita mayor énfasis, esta guerra seguramente ha demostrado que sin una España amiga, sería difícil, si no imposible, mantener abierto el estrecho de Gibraltar. Gibraltar en solitario no es suficiente y, sin embargo, al negarnos el acceso al Mediterráneo, nuestra posición mundial es muy difícil de mantener.

Pero mantener esta situación no iba a ser fácil para los observadores británicos:

España necesitará el manejo diplomático más cuidadoso y deberíamos estar vivos para todas las corrientes cruzadas de opinión, tan numerosas y tan difíciles de apreciar para un observador casual: autonomía catalana y vasca, monárquicos, falangistas, liberales, republicanos y comunistas. De todos los matices de opinión política, clericalismo y ateísmo, todos mezclados [sic] juntos, por lo que parece imposible que haya alguna vez en España un factor unificador; de modo que la única esperanza es que la

unidad se imponga desde arriba, pero con una mano suave, aunque firme y sin egoísmo. Imaginar que este país está maduro para un gobierno democrático o que el antiguo gobierno republicano era de alguna manera democrático es una completa falacia.

Gran Bretaña asumía la imposibilidad de potenciar un gobierno representativo —o republicano—, lo que en el fondo, y salvado el período excepcional de los años del conflicto mundial, significaba una línea de continuidad con lo realizado en los meses finales de la Segunda República. No hay un cambio en el posicionamiento que plantea este informe. La excepción son los años 41 al 43, siempre pendientes de la opción monárquica. Las líneas de este futuro deberían marcarse cuanto antes: «Ahora es el momento de planificar nuestra política y formar las organizaciones que sean necesarias. Recogerán algo de ellas para construir y perfeccionar, pero se debe comenzar ahora»[528].

Un esquema titulado «*Memorandum on possible Activities in Iberia in the immediate future*
S.O.E.

» fue enviado a Londres desde España una semana después del anterior comunicado, el 14 de septiembre. En él se citaban siete puntos básicos sobre los que diseñar el futuro de los servicios de inteligencia. Entre ellos, el contexto de la compra de propiedades y oro por parte de sectores al servicio del Eje («estos ciudadanos enemigos están construyendo una reserva con la cual comenzar sus actividades nuevamente cuando sea necesario»), y también la posibilidad de que, a través de Portugal, «los criminales de guerra escaparan del territorio enemigo», circunstancia que se venía produciendo desde el verano de 1944. Pero sobre todo planteaban un aumento de recursos y la necesaria coordinación territorial: «Creemos que, si accedemos a la solicitud del Asesor Financiero, debemos, al mismo tiempo, coordinar nuestros esfuerzos tanto con Lisboa como con Tánger, y que cualquier directiva dada a Madrid se aplicaría del mismo modo a ellos»[529].

A finales de este año ya se había tomado la decisión de unificar los servicios peninsulares del

SOE

con el
SIS

, con el objetivo a medio plazo de instalarse en la posguerra [530]. Tras una visita realizada por Hoare a Bilbao entre el 8 y el 9 de septiembre de 1944, le envía una carta a Eden en la que le indica que coincide con él en que Bilbao debe ser incluido dentro de los puntos estratégicos para desarrollar los esfuerzos británicos en materia política y económica en el futuro, junto con Madrid, Barcelona y Sevilla [531].

La participación americana estaba muy presente. Su colaboración era necesaria, siempre lo había sido, incluso percibiendo notables diferencias en sus objetivos. Así se narraba:

También es obvio que tendrá que haber cooperación con nuestros aliados estadounidenses y con otros. He visto al hombre responsable sobre los asuntos del enemigo en la Embajada de Estados Unidos aquí y está totalmente de acuerdo en que debe haber algún tipo de Comité Aliado en Madrid donde, una vez que se hayan recibido unas directrices, se deba reunir información para evitar la duplicación de trabajos y tácticas establecidas [...]. Tuve la impresión, que puede ser bastante errónea, de que los estadounidenses están considerando el problema desde el punto de vista del comercio de posguerra y no tanto desde el punto de vista de recuperar el botín o confiscar los activos del enemigo [532].

El 17 de octubre de 1944 tuvo lugar una reunión en la londinense Berkeley Square House entre representantes de los servicios de inteligencia británicos en España, responsables del Foreign Office y del Tesoro sobre las medidas coordinadas para abordar el viraje de objetivos de esta presencia en España. Se concentran en frenar ese trasvase de capital y de inversiones alemanes, con su confiscación y proceso por parte de los aliados. En esa reunión se decide que el proceso debe ser semejante al exitoso realizado junto con los americanos en el tema del wolframio [533].

Propiciado por nuevos vientos, a la reorganización de los servicios de inteligencia aliados en los meses finales de 1944 le

sucede de manera automática una reestructuración de la información de los servicios españoles. El 30 de septiembre de 1944 Franco aprobó un decreto mediante el cual refundía las Delegaciones de Asuntos Especiales y de Recuperación de Documentos en un solo organismo: la Delegación Nacional de Servicios Documentales, que dependía directamente de Presidencia de Gobierno[534].

Este cambio de enfoque de los servicios de inteligencia británicos en España se convierte en un problema para sus relaciones en un momento determinado, hasta el punto de que, a finales de 1944, Franco envía una carta al embajador en Londres, el duque de Alba, sobre una propuesta de alianza antibolchevique entre Gran Bretaña y España. El objetivo común hacia el que convergían ambos Estados..., se advertía de las peticiones que solicitaba Franco:

Para concluir: hay españoles exiliados que especulan y basan su comportamiento en la esperanza de cambios internos en España —que son tan vagos y problemáticos que es ocioso discutir su posibilidad. Creen que, mientras cumplen sus propios objetivos políticos, facilitarán así el acercamiento a Gran Bretaña. Creo que debe explicar que cualquier cambio hipotético de esta situación solo serviría a los intereses de Rusia. En asuntos exteriores, todos los españoles responsables piensan lo mismo, y la historia muestra que el amor y la amistad de España no son difíciles de ganar [535].

Pero, sin duda, lo más relevante en el tema que nos ocupa era la percepción del propio Franco sobre las actividades de los servicios de inteligencia británicos: «La única mancha significativa en las relaciones entre los dos países había sido la interferencia del Servicio Secreto Británico en los asuntos internos de España»[536]. El Caudillo planteaba la actitud británica de los anteriores cinco años casi como una afrenta a la «buena voluntad» expresada por el Estado español en sus relaciones. Como si nada de lo que hubiéramos escrito en estas páginas anteriores hubiera existido. Bueno, sí, algo sí... las actividades de agentes británicos en España:

Creo que el Gobierno británico debería saber que las actividades de sus servicios secretos y de propaganda han tenido a lo largo de los últimos cinco años un efecto perjudicial en nuestras relaciones; han antagonizado con los elementos más fuertes y sensibles de la nación, como el Ejército, la Policía y la Falange, con sus tres millones de miembros activos. Puedo decir positivamente que durante estos años no se ha descubierto nada, desde un complot hasta un desorden menor, que no se haya rastreado, de una manera u otra, a los agentes británicos. El Estado español no tenía otra alternativa que la oposición a las actividades clandestinas extranjeras, y el relevante papel que desempeñaron en su descubrimiento y enjuiciamiento por los tres elementos que he mencionado ha creado un odio hacia los agentes extranjeros y una indignación natural entre nuestro propio pueblo.

De hecho, había que agradecer la colaboración española en este sentido:

Es recomendable que sepan en Londres que no hemos pasado por alto ninguna de sus actividades políticas o diplomáticas extranjeras que conciernen o afectan a España. Incluso aquellos asuntos que podrían haber considerado de la naturaleza más íntima y secreta han sido providencialmente conocidos, pero el Estado español, con una visión clara del futuro y de sus intereses tradicionales, ha evitado en la medida de lo posible su publicidad y escándalo correspondiente[537].

Es evidente, lo hemos leído en páginas anteriores, que algunas redes de inteligencia británicas fueron silenciadas en su actividad, incluso considerada por los españoles un éxito su desarticulación. Pero la pregunta sería: ¿cuál es el escándalo para Gran Bretaña? ¿Utilizar redes de información para presionar a un gobierno «no beligerante» a que cambie su relación respecto al apoyo a las fuerzas del Eje? ¿Por qué Gran Bretaña parece asumir esta tesis? ¿Por qué no hay hasta el momento referencia alguna, en las variadas fuentes de información británicas, a determinadas redes

instaladas en España en estos años y las únicas localizables son precisamente las de origen español controladas por los servicios militares casi de manera exclusiva? ¿Por qué unos agentes son reconocidos por las fuentes británicas y otros no existen, literalmente? Y, sobre todo, ¿cómo se puede decir esto oficialmente cuando de manera notable se está procediendo durante todo el año 1944, pero especialmente desde el verano, a la salida de agentes alemanes de España con la colaboración secreta, entre otros, de la compañía aérea Lufthansa? Preguntas todavía sin respuesta, pero que en estos momentos Franco coloca encima de la mesa sobre el futuro de su régimen.

El 13 de noviembre, casi un mes después del comunicado, Samuel Hoare aportaba su opinión de cómo debería responder el Gobierno británico. Al margen de recomendaciones de funcionamiento interno[538], lo cierto es que Hoare decide abandonar la diplomacia. Llega a decir que considera «que debería ser muy firme y explícito y que ningún explosivo menor o fuerte tendría algún efecto sobre la complacencia del general Franco [...]». Creo que podría asustarlo». Una carta dura, sembrada de consideraciones como «durante este período el Gobierno Español no fue neutral», que no afectaban solo a lo ocurrido en el pasado inmediato, sino que continuaban:

Estos hechos deben tenerse en cuenta, ahora que la guerra está llegando a su fin y se están haciendo planes para el futuro de Europa y el mundo. La comunicación del general Franco los ignora [...]. El general Franco también ignora la Carta del Atlántico, es decir, el derecho de los países a elegir sus gobiernos e individualmente vivir sus propias vidas. No hay libertad en España. Las ejecuciones políticas continúan. El encarcelamiento arbitrario está muy extendido. Las críticas al gobierno son reprimidas de manera despiadada.

Y un remate concluyente: «Ha llegado el momento de que el gobierno español elija entre un completo aislamiento o la conformidad con los principios básicos del nuevo mundo» [539].

Pero, por lo visto hasta la fecha, no hay ni una sola cita de las denuncias sobre las actividades de sus servicios de inteligencia en España. Se aconseja una respuesta airada y firme, pero ni siquiera

se mencionan brevemente los conflictos que pudieron haber surgido. Conocidos por todos, pero silenciados. Por unos más que por otros...

Porque la intención de Londres es pasar de puntillas sobre el tema. Pocos días más tarde, el 18 de noviembre, se comienza a tomar postura sobre el futuro de los distintos servicios de inteligencia británicos en España. Y es que Portugal se encontraba, según sus apreciaciones, mejor controlado. En el caso de España, se veía necesaria una mayor coordinación entre

SIS

y

SOE

, pero, sobre todo, se intentaba separar la acción directa de la recogida de información. No convenía molestar en las relaciones con España, susceptibles siempre, como hemos visto, de posibles denuncias. Textualmente:

Existe la dificultad inherente de que el arreglo propuesto implica, hasta cierto punto, una combinación de «operaciones» e «inteligencia», si bien toda la experiencia (incluida la experiencia en el servicio) demuestra que, aunque sea una coordinación estrecha, o incluso una combinación [...], estos dos temas deben mantenerse separados[540].

La inactividad de buena parte de los responsables del

SOE

en estos momentos provocaba una notable incomodidad, incluso problemas más graves, como la detección de sus propias redes. En carta enviada a Londres por el responsable del

SOE

en Tánger, el 27 de noviembre de 1944, le solicita la autorización de cerrar la misión «mientras esto pueda todavía ser hecho con dignidad y honor», ya que era previsible que, en un corto plazo de tiempo, fueran detectados ante la inacción de Londres tras el envío de un nuevo responsable[541].

En una reunión establecida al mayor nivel en el número 64 de Baker Street se anunciaba el nuevo coordinador del

SIS

y

SOE

en España y Tánger. Sus primeras impresiones denotaban ciertas críticas a la inacción de los últimos meses. Había apartados en los que la situación de ventaja se había perdido casi definitivamente, como en las inversiones alemanas: «Los alemanes ya tenían activos considerables en España y, sin duda, se esforzarán en el futuro para aumentar estos. Estos activos fueron el alimento con el que vivirían las organizaciones alemanas en España durante los próximos años».

O en la masiva salida de empresas británicas durante el conflicto, necesarias ahora no solo como expansión comercial:

Instó encarecidamente a que se alentara a los sujetos británicos con negocios en España a regresar a España de inmediato. Esto no era solo esencial desde el punto de vista del comercio de posguerra, sino que también era muy útil para proporcionar contratos e inteligencia para nuestro trabajo. Teníamos un notable hándicap en la actualidad por el pequeño tamaño de la colonia inglesa en España.

En la reunión también se abordó la reutilización por los alemanes de líneas de huida de refugiados:

AD

/ X dijo que las líneas que habíamos establecido a través de Francia podrían ser usadas nuevamente. Los contrabandistas que operan estas líneas a través de los Pirineos son para todos los intentos y propósitos una gran familia, y si los alemanes usan estas líneas, deberíamos estar en posición de saber qué se está haciendo. Por lo tanto, no queríamos perder el contacto con estos contactos, ya que tienen un potencial valor en el futuro [542].

Inmediatamente después de esta reunión, Samuel Hoare tuvo una larga entrevista con Franco, concretamente el 12 de diciembre. Dura conversación, quizás la realizada con mayor franqueza por Hoare. Duró dos horas. Le llega a decir:

No es de extrañar que el público británico considere a España como un bastión fascista y como un potencial núcleo para las intrigas nazis en el futuro [...]. Entonces hice un ataque frontal sobre los métodos de los tribunales militares españoles, el número de ejecuciones y los métodos de represión que adoptaba generalmente el gobierno. Esto nos llevó a una discusión sobre si los tribunales militares estaban más activos ahora que en capítulos anteriores de la historia española y si las ejecuciones se habían visto realmente incrementadas en los últimos meses...

¿Y sobre los servicios de inteligencia británicos? La narración de la conversación sobre este tema es la siguiente: «Dejó que mi reclamación pasara en silencio cuando dije que los agentes británicos nunca habían estado intrigando contra el Gobierno español y que si tenía alguna evidencia de lo contrario, deberíamos agradecer la oportunidad de poder confrontar esta opinión».

No fue esta la única alusión a la actitud de silencio de Franco en esta entrevista. Como casi siempre en las reuniones con el embajador, el general Franco escuchó. De hecho, Hoare salió de la entrevista con una percepción negativa de lo que podía haber conseguido. Su mayor éxito fue lo que cita como parte final de esta comunicación. Y es que las referencias de futuro ya tenían nuevo dueño:

Solo cuando me iba, noté una señal de que el viento había empezado a soplar en este santuario de autocomplacencia sin ventilación. Las fotografías del Papa y el presidente Carmona habían tomado el lugar de honor que anteriormente en su mesa de despacho tenían Hitler y Mussolini [543].

Era evidente que el conflicto mundial había ido girando hacia la supremacía militar de los aliados. Solo parecía cuestión de tiempo cuánto pudiera aguantar Alemania. El hecho del término de la guerra, y la posición de aislamiento diplomático en que quedaba el Estado franquista, anima a buena parte de la oposición política a intentar echar definitivamente al dictador del poder. Es a partir del año 1944 cuando se intensifican los movimientos de la

clandestinidad en este sentido: se localiza propaganda contra el régimen cerca de las zonas de extracción de wolfram, en Silleda (Pontevedra), en el mes de diciembre de 1944 [544], lugar donde meses antes tienen lugar actos de sabotaje en las propias minas [545]. En la localidad coruñesa de Arzúa, en octubre, aparecen pintadas en la Casa de Correos en contra de Franco [546]. Porque las redes de resistencia no se encuentran únicamente en zonas rurales o más alejadas de la vigilancia estatal. Durante la primavera de este año, concretamente con motivo del día 1 de mayo de 1944, se realiza un sabotaje en la línea eléctrica de Vigo [547].

Precisamente en los meses finales de este 1944 se intensifica la ejecución de sentencias. Así se lo confiesa el presidente del Tribunal de Responsabilidades Políticas en carta manuscrita al general Franco por estas fechas: «Esas sentencias dormían hace años en los cajones». De hecho, este se pregunta —y le pregunta al Caudillo—: «¿No es chocante la coincidencia con la campaña exterior de agitación?» [548]. La «campaña exterior» pertenecía evidentemente a los aliados. Su opinión, confidencial pero representativa de importantes sectores de la Administración estatal en estos momentos, no era precisamente de conciliación con los británicos:

Creo que ha sido bueno que no esté Hoare, pues estaba personalmente muy dolido, y todo inglés es rencoroso y *las guarda*...

Hoy en la Universidad he tenido que hacer un esfuerzo supremo para no abofetear a un Elias de Tejada, Catedrático de mi asignatura en la Universidad de Salamanca. Convenía oírle. Según él, la Restauración es cosa de días y sin

VE.

naturalmente, y con todo cinismo, su esperanza y su seguridad provenían del ultimátum que ellos dicen hizo Hoare al Ministro de Marina y al de Industria, y el motivo ocasional, el anuncio de la intervención o intrusión según el artículo o carta abierta de Salvador Madariaga [...].

Si esto —o cosa análoga— tuviese verosimilitud, yo

sé que mis días están contados [...] y los de ellos también, naturalmente, pues ninguno piensa en elecciones si no es bajo la protección de las bayonetas inglesas [...]. Con estas condiciones de odio e inquina de estos malvados de levita, no queda más para sostenerse y hasta anticiparla con mano firme en casos públicamente justificados... [549].

Cómo no va a haber tensión entre la administración del régimen, cuando pocos días antes tiene lugar la tentativa de invasión del valle de Arán, en el mes de octubre; cuando la camarilla militar del Caudillo se constituía cada vez más como un poder no confiable plenamente; cuando la presión exterior debería ser mayor... La posición de Franco era precaria. De hecho, no era una excepción. Desde 1943 lo había sido. Los servicios británicos de información recababan las posibilidades de fuerzas guerrilleras situadas entre dos aguas, cerca de la frontera francesa. Con apoyo importante de los sectores comunistas y de la resistencia francesa. Es el propio vicecónsul británico en Barcelona el que se va a entrevistar con los dirigentes de la

UNE

en Toulouse a mediados de diciembre. Muy sintomáticas las apreciaciones respecto a las implicaciones británicas con el régimen franquista de un coronel citado con el nombre de Pas que, según estas referencias, había dirigido la expedición del valle de Arán:

Desde el principio, vi que el ambiente era poco amistoso, casi hostil, y muy pronto descubrí que, mientras se evitaban todas mis preguntas respecto a sus cambios y política, recibía el tratamiento en la jerga política habitual.

U.N.E.

consideró que Gran Bretaña era el enemigo de la España republicana, que era en gran parte responsable del colapso de la República española, que si el general Franco todavía estaba en el poder hoy en gran parte era gracias al Sr. Churchill...

La presión se trasladaba ahora a las bolsas de experimentados guerrilleros con casi diez años en combate. Con expectativas de

entrar en España. El problema fronterizo podría surgir en cualquier momento. El vicecónsul le realiza una pregunta muy concreta:

A mi primera pregunta estándar «¿cuál fue la política actual de la

U.N.E.

con respecto al gobierno francés y sus recientes órdenes para las fronteras?». Me informaron de inmediato y con la aprobación unánime de todos los presentes que a

U.N.E.

no le preocupaba el gobierno francés ni reconocía tales órdenes; pretendía seguir manteniendo las bandas guerrilleras y crear tantos incidentes como fuera posible en la frontera española. Si las autoridades francesas intentaran evitar esto, la fuerza armada se encontraría con fuerza armada, como había sido en el pasado. Además, sostuvieron que al crear numerosos incidentes en la frontera continuarían manteniendo la atención de la prensa mundial y, por lo tanto, recibirían mucha más publicidad. Afirmaron, además, que tales incidentes fronterizos mantenían y alentaban la moral de todos los buenos republicanos en España...

Las impresiones de los delegados británicos siguen siendo muy semejantes al recuerdo negativo de la República de 1936:

Tras mis diversos contactos con la

U. N. E.

llegué a la conclusión, que coincide con la de las autoridades francesas, de que este grupo, bajo denominación ficticia de un Frente Nacional, está compuesto por unos pocos soñadores que se encuentran completamente en manos de los guerrilleros extremistas [550].

De todas maneras, bajo el estigma y el recuerdo de la debilidad institucional republicana, y su presencia en la división de la oposición democrática a Franco, no todos los informes iban en esta línea. Algunos, aunque insistiendo en la idea de la excesiva división interna de la oposición, comentaban también el hecho de que «un número considerable de españoles, dentro y fuera de España, están

dispuestos a aceptar la Constitución de 1931 como símbolo de continuidad y punto de partida, al menos, para un retorno a los senderos de una democracia». Además, este mismo informe, procedente directamente de Londres, añadía, a la permanente conclusión de la falta de unidad y de las dificultades de ensamblar a todos estos colectivos, que

sin embargo, podemos equivocarnos al atribuir demasiada importancia a estas constatables diferencias [...]. Las diferencias descritas en este documento pueden resultar menos profundas de lo que el simple observador británico juzgaría por el tono de violencia empleado en la denuncia mutua. Todas las partes que componen el gobierno en el exilio siguen en activo y podrían encajar en circunstancias favorables[551].

A principios de 1945 ya se observa de manera clara el viraje del franquismo en política exterior: también en materia de espionaje. La situación ha variado totalmente. El wolframio ya no era un problema. Y lo había sido, ya que había afectado a las relaciones con España: «El mercado se ha colapsado y espero que ahora podamos pasar un velo sobre esta escena y abandonar este mineral, que fue de consecuencias tan vitales para los alemanes y para nosotros mismos, tendido en su oscuridad natural en las montañas de Galicia»[552].

El primer día de 1945, el nuevo coordinador de los servicios de inteligencia para España y Tánger fue elegido para llevar adelante planteamientos concretos, que podríamos resumir en recopilación de información, vigilancia sobre los movimientos de capitales y personas que tuvieran que ver con ciudadanos alemanes, desarrollo de canales clandestinos de comunicación de España en Alemania —entre los que se encontraba el desarrollo de contactos con trabajadores españoles en Alemania— e, incluso, la posibilidad de formación a largo plazo de una organización entre los propios españoles para la realización de actividades antialemanas[553]. El enemigo seguía siendo Alemania. La guerra no había finalizado. O no totalmente. Del fuego quedaban los rescoldos que no debían ser reactivados.

Pero ahora son los sectores aliados, británicos y americanos, los que denuncian las redes de espionaje alemanas. En febrero de 1945 se inicia una causa por espionaje a favor de Alemania en San Juan del Monte (Vigo) por la posesión de una emisora y la documentación que fue intervenida, tras la denuncia del Consulado estadounidense. La justificación de su abogado defensor, ya en septiembre de 1945, terminado el conflicto, residía en el hecho de que solo en el supuesto de que fuera contra los intereses españoles podía considerarse algún tipo de delito de este cariz. Pero no era el caso. Es más, argumentaba una justificación que podríamos incluir como muy representativa del sentir oficial del franquismo en los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial:

Y si cuando hace algún tiempo sostuve esta misma doctrina ante otro Consejo de Guerra en que se enjuiciaban actividades de un procesado a favor de las Naciones Aliadas, el Tribunal absolvió al reo, hoy en que las características del hecho enjuiciable son idénticas, la conclusión no puede ser distinta por la sola circunstancia de que las supuestas actividades del Sr. Campos se consideren realizadas —lo que no es cierto— en beneficio de una nación vencida [554].

El franquismo no podía renunciar tampoco al mantenimiento del control del orden público. La represión seguía considerándose parte sustancial del régimen. El nerviosismo fue en aumento. Pero también las acciones represivas ante el miedo institucional a que la derrota del Eje fuera el preludio de la derrota de todos aquellos que colaboraran con la dictadura. En una carta enviada por un militar británico de la Base de Riós (Vigo) en febrero de 1945 se informaba de los arrestos masivos de gente considerada «red (roja)», que en ocasiones anteriores habían sido detenidos o sometidos a juicios previos. Su confidente le indicaba que

durante casi un mes se arrestaba a mucha gente sin ninguna razón para ello. La única cuestión que tenían contra la mayoría de esos «prisioneros aislados» (INCOMUNICADOS) es que fueran «rojos» [...] había muchos que estaban todavía libres pero que tenían mucho miedo.

Un testimonio local le había comentado que solo en Vigo «el número de arrestos era de más de cincuenta» [555].

La inteligencia británica en la península se encargaba de sembrar confusión en el interior, dentro del propio aparato de poder local del franquismo, y entre los apoyos alemanes que continuaran. Esta fue la nueva orientación del SOE-

SIS

. Se llegaron a poner en funcionamiento en estos meses hasta cinco planes de intoxicación informativa con nombres clave.

El primero de ellos, «*Periwig*», abordaba las actividades de una «*mythical*» (subrayado en el original) organización antinazi desplazada en los territorios de los aliados. La orientación sería dotar de credibilidad a esta estructura para que así se pudiera visualizar mejor las posibilidades de agrupación a esta. El segundo, «*Sainete*», para vigilar los desplazamientos de personal alemán a la península ibérica y luego a Sudamérica. Tercero: «*Codford*», sobre el trato a los capitales alemanes en territorios neutrales, para lo que se planteaba una reunión con un representante que había regresado recientemente de Suiza, a fin de tomar una decisión definitiva sobre este tema, que se alargaba ante el hecho de que las Naciones Unidas no habían tomado aún una opción decidida y firme sobre los países neutrales. Cuarto: «*Socavar*», con el claro objetivo de desacreditar a los sectores alemanes y denunciar las víctimas a las autoridades a través de canales diplomáticos. Y quinto: «*Sablazo*», con información a los alemanes, que se remitía mediante telegramas internos [556].

Una nueva perspectiva. De hecho, el responsable del SOE

Iberia indicaba días más tarde que

en mi opinión, la carta marcará un hito muy definido en la historia del

S.O.E.

: el punto en el que virtualmente dejamos de tratar con la guerra y comenzamos a convertir las mentes hacia la «paz». Este cambio de perspectiva demanda su correspondiente cambio en organización y personal.

Continuaba insistiendo sobre el desajuste que representaba en el pasado tener una excesiva plantilla en España, o tenerla insuficiente y hacerla funcionar de manera intensa, citando en este último caso la vigilancia sobre el tema del wolframio. Además, «hubo ocasionales operaciones de golpe de estado, para las cuales siempre tuvimos que estar preparados». Se sugería que el

SOE

debería dejar la protección de embajadas y consulados e integrarse entre el comercio y la industria, para construir futuro. La colaboración de la Embajada y del servicio diplomático sería de agrupación, de caja de entrada de la información y el material correspondiente. De hecho, también la estructura de relación con la sede central de Londres debería ser reducida, especialmente en el apartado «Codford», el encargado de los capitales alemanes en territorio peninsular: «Una vez que CODFORD esté en marcha y funcione como parte constitutiva de SAFEHAVEN, no habrá necesidad de que los asuntos puramente CODFORD-SAFEHAVEN se conviertan en propiedad del

S.O.E.

».

El

SOE

se desmantela, vaciándose de contenido tras el remate del conflicto. En su último apartado indicaba lo siguiente: «En resumen, siento que la rueda ha dado un giro completo y que el

S.O.E.

ahora debería volver a la oscuridad en la que comenzó, y en la que casi todo su mejor trabajo se ha realizado en países neutrales» [557].

Por estas fechas se llega a varias conclusiones que añaden significado a la valoración personal anterior:

—Que el

SOE

en España y Tánger no tiene prácticamente nada con que contribuir a la operación «Safehaven» que no haya sido ya cubierto por otros servicios.

—Que el

SOE

debería salir de España y Tánger, «*or, at least, be reduced to the barest minimum*» («o, al menos, reducido a lo mínimo»).

—Que el

SOE

sí puede jugar cierto papel en Portugal. En este caso, la posición del

SOE

seguía manteniendo las mejores condiciones en el campo de la información económica [558].

No parecía que los servicios especiales tuvieran que jugar un papel relevante, pero no se decía nada de los servicios más tradicionales de inteligencia. Se reconvertían, como el

SOE

, en algo nuevo, en un punto y aparte de la creación de un nuevo mundo bipolar. Los modos de la inteligencia aprendieron de las experiencias bélicas y se desarrollaron espectacularmente durante el conflicto. Hay un antes y un después de la Segunda Guerra Mundial, y no solo porque los objetivos estratégicos habían variado en la nueva concepción del mundo bipolar de la posguerra.

Los británicos sabían que poco podía girar Franco hacia un Eje muerto. Porque no habían visto grandes esfuerzos en este sentido por parte del dictador. No era una planificación anecdótica, ya que, por parte de los británicos, seguía existiendo la impresión de que Franco se inclinaba hacia Alemania, incluso en los meses de mayor presión británica: desde 1943 hasta 1945. Franco siempre había jugado así. Incluso había sospechas tras el final de la guerra de que los servicios españoles se reorganizarían en esta dirección, según la confidencia de un «topo» que cita Heiberg, y que tiene lugar pocos días después de los comunicados británicos sobre las ideas de desmantelamiento del

SOE

:

Agentes del Alto Estado Mayor español van a reunirse en

Madrid más o menos el 23 de mayo de 1945 para discutir la reorganización de los servicios de información. Como sabemos, la mayor parte de los agentes del

AEM

en este campo ha estado cobrando de los alemanes, y [nuestra] fuente ha sido informada por un confidente próximo al

AEM

de que la influencia alemana no será eliminada del todo con la organización propuesta [559].

Las relaciones entre los grupos militares —sector de donde procedían inicialmente los servicios de información españoles— y las redes alemanas de espionaje fueron muy estrechas. No podían desaparecer de la noche a la mañana. Ni tras haber visto el *modus operandi* de Franco en estos años, le interesaba tampoco al Caudillo la pérdida de esta posibilidad. Un radiotelegrafista de la Abwehr que había estado cumpliendo su servicio en Madrid y Algeciras comentaba, muchos años más tarde, en 1974: «Entre las autoridades españolas de entonces y nosotros hubo una colaboración perfecta. Pocos alemanes fueron expulsados: solo aquellos respecto de los cuales Londres presionó para que lo fueran debido a sus actividades secretas» [560].

De hecho, a la vista de los acontecimientos ocurridos en los años de la Segunda Guerra Mundial y en los momentos finales de los años treinta, parece como si Inglaterra fuera el regulador que enfoca la situación interior española, presionando cuando es necesario y dejando hacer en su momento. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, era evidente que se necesitaba un aliado del mundo occidental que controlara la entrada del estrecho mediterráneo.

Como resumen final, la opinión del mayor general Stewart Menzies, jefe del

MI-6,

puede resultar explicativa de la nueva estrategia británica a seguir con la dictadura española tras 1945, no muy distinta del punto de partida de 1940:

Nos encontramos en un mundo que, desde el fin de la guerra, está cambiando con gran rapidez, política y económicamente. En principio, ha quedado claro que Alemania volverá lentamente a ser nuestro aliado y los rusos nuestros enemigos. España se presenta como una especie de enigma. No sabemos lo que la mayoría de los españoles siente realmente. Aún existe una fuerte fracción comunista y todavía hay nazis dando vueltas. Pero gracias a Dios, políticamente España está quieta por el momento [...]. Aunque el general Franco es impopular entre nuestros políticos más liberales, ha traído una cierta estabilidad a España y, con suerte, se mantendrá en el poder [561].

Bibliografía

- Aguado Sánchez, Francisco, *El Maquis en España*, Madrid, San Martín, 2.a ed., 1975.
- Alpert, Michel, «Operaciones secretas inglesas en España durante la Segunda Guerra Mundial», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, núm. 15, 2002.
- Bristow, Desmond, y Bristow, Bill, *Juego de topas. Memorias del jefe de la sección española del servicio secreto británico*, Barcelona, Ediciones B, 1993.
- Burns Marañón, Jimmy, *Papá espía. Amor y traición en la España de los años cuarenta*, Barcelona, Debate, 2010.
- Cervero, José Luis, y Landera, José Antonio, *El tercer ruido. Espionaje en España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Ediciones MS-CYC, 2015.
- Collado, Carlos, *El telegrama que salvó a Franco. Londres, Washington y la cuestión del régimen (1942-1945)*, Madrid, Crítica, 2016.
- Cruz, Rafael, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006.
- Day, Peter, *Franco's Friends. How British Intelligence helped bring Franco to power in Spain*, Londres, Biteback Publishing, 2011.
- Flunser Pimentel, Irene, *Espiões em Portugal durante a II Guerra Mundial*, Lisboa, A Esfera dos Livros, 2013.
- González Calleja, Eduardo, «La historiografía sobre la violencia política en la Segunda República española: una reconsideración», en Julio Prada y Emilio Grandío (eds.), *La Segunda República. Nuevas miradas, nuevos enfoques*, en

Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea, 11, 2013 (<http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d004.pdf>).

Grandío Seoane, Emilio, «Casares y el 18 de julio», en Emilio Grandío y Joaquín Rodero (eds.), *La forja de un líder. Santiago Casares Quiroga*, Madrid, Eneida, 2011.

—«Rumores a gritos: ruido de sables contra el Frente Popular (febrero-mayo 1936)», en Julio Prada y Emilio Grandío (eds.), *La Segunda República. Nuevas miradas, nuevos enfoques*, en *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, 11, 2013 (<http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d012.pdf>).

Grau, Anna, *De cómo la eliminó a Carrero Blanco y nos metió en Irak*

CIA

, Barcelona, Destino, 2011.

Heiberg, Morten, *La trama oculta de la guerra civil: los servicios secretos de Franco, 1936-1945*

, Barcelona, Crítica, 2006.

Hoare, Samuel, *Ambassador on Special Mission*, Londres, Collins, 1946.

Lochery, Neill, *Lisboa,*

1939-1945

, Madrid, Aguilar, 2013.

Martín de Pozuelo, Eduardo, *Los secretos del franquismo. España en los papeles desclasificados del espionaje norteamericano desde 1934 hasta la transición*, Barcelona, Libros de Vanguardia, 2007.

Martín de Pozuelo, Eduardo, y Ellakuría, Ignacio, *La guerra ignorada. Los espías españoles que combatieron a los nazis*, Barcelona, Debate, 2008.

Martínez de Vicente, Patricia, *Embassy: la inteligencia de Mambrú*, Madrid, Velecio, 2003.

Messenger, David

A.

- , *Hunting Nazis in Spain*
Franco's
 , Baton Rouge, Louisiana State University, 2014.
- Moradiellos, Enrique, *Franco frente a Churchill. España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)*,
 Barcelona, Península, 2005.
- La guerra de España Estudios y controversias (1936-1939)*.
 , Barcelona,
 RBA
 , 2012.
- Moreno Luzón, Javier, *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, Alianza, 1998.
- Pastor Petit, Domingo, *Espionaje: la Segunda Guerra Mundial y España*, Barcelona, Plaza y Janés, 1990.
- Ponzán Vidal, Pilar, *Lucha y muerte por la libertad, Memorias de nueve años de guerra 1936-1945*.
 , Barcelona, Tot, 1996.
- Ros Agudo, Manuel, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*,
 Barcelona, Crítica, 2002.
- Serrano, Secundino, *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Madrid, Temas de Hoy, 2006.
- Tellez Sola, Antonio, *La red de evasión del grupo Ponzán. Anarquistas en la guerra secreta contra el franquismo y el nazismo (1936-1944)*,
 Barcelona, Virus, 1996.
- Thomas, Joan Maria, *La batalla del Wolframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1947)*,
 Madrid, Cátedra, 2010.
- Tusell, Javier, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.

- Twigge, Stephen; Hampshire, Edward, y Macklin, Graham, *British Intelligence. Secrets, Spies and Sources*, Londres, The National Archives, 2009.
- Viñas, Angel, *La conspiración del General Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada*, Barcelona, Crítica, 2011.
- La otra cara del Caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco*, Barcelona, Crítica, 2015.
- Wingeate Pike, David, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio. Una alianza no firmada*, Madrid, Alianza, 2010.



EMILIO GRANDÍO SEOANE n. en Galicia (España) en 1967. Profesor Titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Santiago de Compostela desde 2003, ha sido Secretario de Departamento de Historia Contemporánea y de América (2006-2010)

y coordinador del Máster Interuniversitario de Historia Contemporánea (2012-2018).

Doctor en Historia en 1995 con la tesis La CEDA

en Galicia

1931-1936.

Sus líneas prioritarias de investigación giran en torno a la historia política y social desde la II República hasta la Transición democrática, los movimientos fascistas y de la derecha conservadora.

Dirigió y coordinó diversos proyectos de investigación nacionales e internacionales, financiados por el Ministerio de Presidencia y MINECO. También los financiados por la Deputación Provincial da Coruña sobre la represión de la Guerra Civil en la provincia de A Coruña

(2004-2006),
conflicto sociopolítico en la Segunda República
(2006-2008)
y la represión institucional en las provincias de A Coruña
(«Xeración Perdida Coruña 36»,
2016-2017)
y Pontevedra («Xeración Perdida Pontevedra 36»,
2017-2018).

Entre 2006 y 2012, fue coordinador del proyecto interuniversitario
(Universidades de Santiago de Compostela, A Coruña y Vigo) «As
víctimas, os nomes, as voces e os lugares», pionero en los estudios
sobre la represión de la Guerra Civil. También coordinó los grupos
EUCODE, a cargo de siete universidades españolas, para desarrollar
un proyecto europeo sobre «La cultura del fascismo / antifascismo
en la construcción de procesos de transición democrática»
(2015-2017);
y la Red de Excelencia
RETTDES
(2015-2017).

Actualmente dirige el grupo de investigación HISPONA (Historia
política y de los nacionalismos), grupo de la
USC
que participa en diversos proyectos y organiza seminarios
nacionales e internacionales.

Entre sus libros destacan *Historia da Coruña (séculos XIX e XX)*
(1996); *O republicanismo coruñés na Historia* (1997); *Anos de
guerra. A Coruña,
1936-1939*
(1999); *Caciquismo e eleccións na Galicia da Segunda República*
(1999); *O Informe Brandariz (A Coruña, 1937)* (2001); *Casares
Quiroga. Discursos parlamentarios* (2006), *Casares Quiroga. A
forxa dun líder* (2011); *Vixiados* (2011), *War Zone. A Segunda
Guerra Mundial no noroeste da Península Ibérica* (2012) y
Derribar a Franco (2013).

Entre sus últimos trabajos, mencionar la coordinación del Dossier
de la revista Historia del Presente sobre la Transición en Galicia con

el artículo «A maquinaria da transición: a

UCD

en Galicia» (2015); «A luz que marcou o camiño: a reconstitución do

PSOE

en Galicia», en *Historia del Presente* 26; (2017) *The Balancing Act: British Intelligence during the*

IIWW

in Spain, Sussex Academic Press (2017); «Franquismo e oposición nos anos cincuenta: narracións da reconciliación nacional» en Morente y Gallego: *The last survivor*, Sussex Academic Press (2017); *Compromiso coa democracia. Historia e vida de Salvador de Madariaga* (2017); «Sobre a transición democrática e o século XXI: Novas formas, novas fórmulas», en *Studia Histórica Contemporánea*, 35 (2020); «En transición. Europa y los retos de la representatividad» (2020); «¿Orden o República? Conflictividad social y política en A Coruña (1931-1936)».

Autor de los Informes Históricos sobre el Pazo de Meirás encargados por la Deputación da Coruña (2018) y la Comisión de Expertos de la Xunta de Galicia (2019). Coordinador —junto con

X.M.

Núñez Seixas— del dossier Meirás: a sombra da ditadura en Grial. *Revista Galega de Cultura* (out-dec 2019). Miembro de las redes internacionales «Direitas, Història e Memoria» y «Red para el estudio de los fascismos, autoritarismos y transiciones a la democracia» (

REFAT

). Miembro numerario do Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses y Vocal de la Junta Directiva de la Asociación de Historiadores del Presente.

Notas

[1] Véase Ángel Viñas, «La querencia pronazi de Franco tras la victoria», en *La otra cara del Caudillo. Mitos realidades en la biografía de Franco*, Barcelona, Crítica, 2015, págs. 203-280. < <

[2] Ángel Viñas, *La conspiración del General Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada*, Barcelona, Crítica, 2011, pág. 137. < <

[3] Su ficha se puede localizar entre los fondos del Proxecto Interuniversitario «Nomes e Voces»: **<http://vitimas.nomesevoces.net/gl/buscar/?buscar=Azarola>**.

< <

[4] National Archives,

ADM

223/822, citado por Ángel Viñas, *La conspiración del General Franco...*, *op. cit.*, pág. 158. < <

[5] Esta y la anterior nota de «Unpublished notes by Mr. Bernard Malley. August 1936», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 1. < <

[6] El conde de Romanones había sido el político más importante de la segunda parte de la Restauración borbónica, además de haber sido el que había aconsejado finalmente al monarca Alfonso XIII que abandonara España tras las elecciones del 12 de abril de 1931. Continuó como diputado durante las tres legislaturas republicanas: «La fascinación que produce el personaje proviene de esta acumulación de poder. Por hablar solamente de la política, nadie manejó como él los instrumentos de la dinástica: la creación de una clientela fiel dentro de las filas liberales, el arte de organizar elecciones, la presión sobre la corona para conseguir sus objetivos, el uso de la prensa como arma de la escena pública, eran elementos esenciales que utilizó con destreza», Javier Moreno Luzón, *Romanones. Caciquismo y política liberal* Madrid, Alianza, 1998, pág. 21. < <

[7] Ángel Viñas, *La conspiración del General Franco...*, op. cit.,
pág. 160. < <

[8] Chilton interpeló directamente a Herrera sobre por qué sus comunicaciones solo tenían como destinatarios a estos tres embajadores y, sobre todo, por qué no a Francia. Su respuesta, interesante... e ideológica: «Respondió que el embajador francés era, o en todo caso lo había sido, un socialista y que también era masón. Los masones franceses, como los masones españoles, no eran como los masones ingleses. Eran instituciones más políticas que filantrópicas. Prefirió no hablar con el embajador francés», informe enviado el 7 de enero de 1936 y recibido el 13 de enero de 1936,,

NA

FO

371/20519. < <

[9] Informe enviado el 30 de diciembre de 1935 y recibido el 3 de enero de 1936,,

NA

FO

371/20519. < <

[10] Del 7 de enero de 1936 y recibido el 13 de enero de 1936,,

NA

FO

371/20519. < <

[11] Del 7 de febrero de 1936 y recibido el 11 de febrero de 1936,,

NA

FO

371/20520. < <

[12] Recibido el 23 de enero de 1936,

NA FO

371/20519. < <

[13] Sobre este proceso iniciado muchos meses antes de la campaña electoral, véase Emilio Grandío Seoane, «Rumores a gritos: ruido de sables contra el Frente Popular» (febrero-mayo 1936), en Julio Prada y Emilio Grandío (eds.), *La Segunda República. Nuevas miradas, nuevos enfoques*, en *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, 11, 2013 (<http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/1ld012.pdf>). < <

[14] Del 20 de febrero de 1936,,

NA

FO

371/20520. < <

[15] Del 23 de marzo de 1936,,

NA

FO

371/20520. < <

[16] En Ángel Viñas, *La conspiración del General Franco...*, op. cit.,
pág. 211, nota 224. < <

[17] Véase Eduardo González Calleja, «La historiografía sobre la violencia política en la Segunda República española: una reconsideración», en Julio Prada y Emilio Grandío (eds.), *La Segunda República. Nuevas miradas, nuevos enfoques*, en *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, 11, 2013 (<http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d004.pdf>).

< <

[18] Peter Day, *Franco's Friends. How British Intelligence helped bring Franco to power in Spain*, Londres, Biteback Publishing, 2011, pág. 88. < <

[19] *Ibid.* Peter Day, *Franco's Friends. How British Intelligence helped bring Franco to power in Spain*, Londres, Biteback Publishing, 2011, pág. 88. TEXTO_ADICIONAL: 87. < <

[20] Véase el proceso en Emilio Grandío Seoane, «Casares y el 18 de julio», en Emilio Grandío y Joaquín Roderó, *La forja de un líder. Santiago Casares Quiroga*, Madrid, Eneida, 2011, págs. 178-182.

< <

[21],

NA

FO

371/20523. < <

[22] Enviado a las 21:05 horas del 20 de julio de 1936, «Situation in Vigo»,,

NA

FO

371/20523. < <

[23] *«British lives and property in Vigo are not at the moment endangered but in the opinion of Consul serious danger would arise if local garrison, strength of about 600, should lose command of the centre of the town, which they have enjoyed since yesterday Monday, to the Government cum communist forces, strength estimated 20 000. No Spanish warships in the port but the naval base at Rios has today Tuesday declared in favor of the garrison. Fighting continues. Insufficient intelligence yet to determine period presence of Ships necessary*

HBM

HM.

», enviado en «*Naval Code*» («Código Naval») y recibido a las 14:42 del 21 de julio de 1936,,

NA

FO

371/20523. < <

[24] Del 21 de julio de 1936, «Situation in Spain»,

FO

371/20523. < <

[25] Rafael Cruz, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, págs. 257 y 267. < <

[26] En Enrique Moradiellos, *La guerra de España Estudios, controversias (1936-1939)*.
, Barcelona,
RBA
, 2012, pág. 120. < <

[27] Como cita Moradiellos en un caso de extremo contraste entre las informaciones de antes y después de julio de 1936 con el Consulado General en Barcelona: Enrique Moradiellos, *La guerra de España...*, *op. cit.*, pág. 153. < <

[28] Del 3 de diciembre de 1936, «Spanish Civil War»,.

NA

FO

371/20519. < <

[29] En Peter Day, *Franco's Friends...*, op. cit., págs. 63-64. < <

[30] *Ibid.* En Peter Day, *Franco's Friends...*, op. cit., págs. 63-64.

TEXTO_ADICIONAL: págs. 114-115. < <

[31] Informe del 13 de mayo de 1943, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[32] En la corriente del United Christian Front, citado por Peter Day, *Friends...*

Franco's

, op. tit, pág. 117. < <

[33] Enrique Moradiellos, *La guerra de España...*, op. cit, pág. 222.

< <

[34] Del 20 de julio de 1936, «Spanish rebellion»,.

NA

FO

371/20523. < <

[35] *Ibid.* Del 20 de julio de 1936, «Spanish rebellion»,

NA

FO

371/20523. TEXTO_ADICIONAL: También el anterior párrafo,
pág. 142. < <

[36] Peter Day cita reuniones en París con el coronel Ungría y el ministro de Finanzas José Larraz, op. cit., pág. 156. < <

[37] Enrique Moradiellos, *La guerra de España...*, op. cit., pág. 139.

< <

[38] Especialmente en España y Turquía, países neutrales, los servicios de operaciones especiales británicos (

SOE

) tuvieron un papel muy relevante, según Stephen Twigge, Edward Hampshire y Graham Macklin, *British Intelligence. Secrets, Spies and Sources*, Londres, The National Archives, 2009, págs. 202-203.

< <

[39] «La flota alemana, de guerra y comercial, había hecho viajes ininterrumpidamente a los puertos cantábricos y en especial gallegos y estaban familiarizadas con aquellas aguas. Coruña y Vigo, por ejemplo, habían sido de los más visitados [...]. El primer navío mercante que arribó a Coruña salió de Hamburgo el 26 de agosto de 1936, y el que lo hizo a Vigo, el 19 de septiembre», en Ángel Viñas, *La otra cara del Caudillo...*, op. cit, pág. 272. < <

[40] Eduardo Martín de Pozuelo e Ignacio Ellakuría, *La guerra ignorada. Los espías españoles que combatieron a los nazis*, Barcelona, Debate, 2008, pág. 184. < <

[41] Propiedades protegidas por Gran Bretaña, informe de junio de 1936,,

NA

FO

773/12. < <

[42] Para observar la decidida actividad previa de los servicios británicos en los meses del Frente Popular, véase Angel Viñas, *La conspiración del General Franco...*, op. cit.; o Peter Day, *Friends... Franco's*
, op. cit. < <

[43] «Durante la primera semana del conflicto bélico —el 9 de septiembre de 1939—, el almirante Salvador Moreno, ministro de Marina, visitó Vigo y El Ferrol para inspeccionar personalmente las instalaciones de dichos puertos e informó a la Embajada alemana de que los preparativos para la operación se encontraban lo suficientemente avanzados como para que los submarinos nazis pudieran comenzar a aprovisionarse de combustible en las costas gallegas», David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio. Una altana no firmada*, Madrid, Alianza, 2010, pág. 71.

< <

[44] De hecho, a través de una causa abierta por la pelea entre dos marineros alemanes de un petrolero contra dos guardias civiles en Moaña, se indicaba que el barco alemán se encontraba fondeado en el puerto de Vigo desde agosto de 1939, Archivo Militar Territorial de Ferrol, Causa 687/40, Vigo. < <

[45] Con fecha del 13 de enero de 1940,,

NA

FO

371/24507, 668. < <

[46] Del 27 de diciembre de 1939,,

NA

FO

371/24507, 42. < <

[47] *Ibid.* Del 27 de diciembre de 1939,,

NA

FO

371/24507, 42. TEXTO_ADICIONAL: «El reducido equipo de Seguridad del pág. 50. < <

[48] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission*, Londres, Collins, 1946, pág. 149. < <

[49] «Información Internacional. Intelligence Service», con fecha del 14 de enero de 1940, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 24367. < <

[50] Informe con fecha del 27 de marzo de 1940,,

NA

ADM

223/480. < <

[51] Peter Day, *Franco's Friends...*, op. tit., págs. 55, 58 y 104. < <

[52] Michel Alpert, «Operaciones secretas inglesas en España durante la Segunda Guerra Mundial», *Espacio, Tiempo Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, núm. 15, 2002, pág. 459. < <

[53] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía. Amor y traición en la España de los años cuarenta*, Barcelona, Debate, 2010, págs. 48, 50 y 110-111.
< <

[54] Informes de febrero y abril de 1940,,

NA

ADM

223/490. < <

[55] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 111. < <

[56] Peter Day, *Franco's Friends...*, op. tit., pág. 153. < <

[57] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. tit., págs. 119 y 121.

< <

[58] Informes desde marzo hasta mayo de 1940,,

NA

FO

371/24507, 4243. < <

[59] Stephen Twigge, Edward Hampshire y Graham Macklin, *British Intelligence...*, op. cit., pág. 44. < <

[60] Peter Day, *Franco's Friends...*, op. cit., pág. 118. < <

[61] *Ibid.* Peter Day, *Franco's Friends...*, op. cit., pág.118.

TEXTO_ADICIONAL: pág. 36. < <

[62] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., págs. 118-119.

< <

[63] «El Secretario de Asuntos Exteriores añadió que sir Samuel Hoare está de acuerdo en encabezar una Misión Especial en España, y probablemente comenzaría la siguiente semana. Sería una gran ventaja para nosotros tener un representante allí que esté tan bien informado de los temas que nos causan ansiedad», extracto de las conclusiones del Gabinete de Guerra, con fecha del 18 de mayo de 1940,,

NA

ADM

223/490. < <

[64] De seis semanas a tres meses le habían indicado inicialmente, ya que su objetivo primordial era que los puertos atlánticos del noroeste no pasaran a un control total por el Eje: Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 16-17. < <

[65] *Ibid.* De seis semanas a tres meses le habían indicado inicialmente, ya que su objetivo primordial era que los puertos atlánticos del noroeste no pasaran a un control total por el Eje: Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 16-17. TEXTO_ADICIONAL: pág. 18. < <

[66] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 119. < <

[67] David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlin-Tokio...*, op. cit., págs. 26-27. < <

[68] Informe con fecha del 29 de mayo de 1940,,

NA

FO

371/24507. < <

[69] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., págs. 134 y 136-137.

< <

[70] Proceso iniciado en julio de 1940 y terminado en el mes de octubre,,

NA

FO

369/2558, 9722. < <

[71] Citado por Eduardo Martín de Pozuelo e Ignacio Ellakuría, *La guerra ignorada...*, op. cit., pág. 65. < <

[72] Así explicaba sus intenciones el propio Hoare: «Mi plan de acción incluía crear una atmósfera de indiferencia británica frente a las alarmas, así que decidí ignorar las advertencias de los que miraban con recelo esta insólita vecindad de las embajadas rivales, y alquilamos la casa», en Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit, pág. 22. < <

[73] *Ibid.* Así explicaba sus intenciones el propio Hoare: «Mi plan de acción incluía crear una atmósfera de indiferencia británica frente a las alarmas, así que decidí ignorar las advertencias de los que miraban con recelo esta insólita vecindad de las embajadas rivales, y alquilamos la casa», en Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit, pág. 22. TEXTO_ADICIONAL: Carta enviada el 7 de junio de 1940, pág. 32. < <

[74] *Ibid.* Así explicaba sus intenciones el propio Hoare: «Mi plan de acción incluía crear una atmósfera de indiferencia británica frente a las alarmas, así que decidí ignorar las advertencias de los que miraban con recelo esta insólita vecindad de las embajadas rivales, y alquilamos la casa», en Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit, pág. 22. TEXTO_ADICIONAL: pág. 31. < <

[75] *Ibid.* Así explicaba sus intenciones el propio Hoare: «Mi plan de acción incluía crear una atmósfera de indiferencia británica frente a las alarmas, así que decidí ignorar las advertencias de los que miraban con recelo esta insólita vecindad de las embajadas rivales, y alquilamos la casa», en Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit, pág. 22. < <

[76] Informe de Alan Hillgarth al embajador británico, del 2 de junio de 1940, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 2. Resulta curioso constatar cómo las disposiciones de Hillgarth fueron atendidas desde el primer momento. Y no solo en España: la Embajada británica en Lisboa llegó a aconsejar a la BBC

que no utilizara en sus emisiones para Portugal la palabra «democracia». Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal durante a II Guerra Mundial*, Lisboa, A Esfera dos Livros, 2013, pág. 71.

< <

[77] < <

[78] 77 Hoare empezaba de esta manera su carta: «Bien puede ser que en este Armagedón no tengas el tiempo ni la inclinación para pensar ni por un momento sobre nada más excepto en la batalla», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 16. < <

[79] 78 David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlin-Tokio...*, op. cit., pág. 81. 79 Realizado el 18 de julio de 1947, NA KV

3/273. < <

[80] Michel Alpert, «Operaciones secretas inglesas en España durante la Segunda Guerra Mundial», op. cit., pág. 460. < <

[81] «Naval policy in the event of war with Spain», National Archives,

CAB

/66/10/8. También en Domingo Pastor Petit, *Espionaje: la Segunda Guerra Mundial y España*, Barcelona, Plaza y Janes, 1990, págs. 231-232. < <

[82] En Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 99. < <

[83],

NA

FO

369/24508, 7817. < <

[84] *Ibid.*,

NA

FO

369/24508, 7817. < <

[85] Peter Day, *Franco's Friends...*, op. cit., págs. 128-129. < <

[86] «Correspondió a Beigbeder, que había asumido la dirección de la represión inicial en el Protectorado en 1936 (algo que se olvida), tomar las riendas de la diplomacia española en las últimas semanas de paz internacional y dirigirla en los casi dos años que permaneció en el puesto», en Angel Viñas, *La otra cara del Caudillo...*, op. cit., págs. 38 y 258. < <

[87] Neill Lochery, *Lisboa, 1939-1945*, Madrid, Aguilar, 2013, pág. 86. < <

[88] En Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 49-50. < <

[89] Beigbeder le notificaba, entre otras cuestiones: «Desde la información oficial que le transmití, le ruego que le asegure [...] que tanto las autoridades competentes como el general Sainz de Buruaga dieron órdenes para que cesara toda expresión que pudiera herir sentimientos tan dignos de respeto como los de *lady* Hoare y Su Excelencia y las personalidades británicas que le acompañaron. Sin embargo, estas órdenes, quizás debido a las circunstancias del lugar y de la naturaleza de la celebración, no llegaron a aquellos a quienes fueron dirigidas con la rapidez deseada»,

NA

FO

371/24508, 7817. < <

[90] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 263. < <

[91] Morten Heiberg, *La trama oculta de la guerra civil: los servicios secretos de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006, pág. 227. < <

[92]

NA

, Cabinet Papers,

CAB

66/10/8. < <

[93] David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlin-Tokio...*, op. cit., pág. 95. < <

[94] En Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 28. < <

[95] Carta a lord Halifax del 17 de agosto de 1940, en Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 42-43.

< <

[96] En Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 64-66. < <

[97] Citado por Peter Day, *Friends...*

Franco's

, op. cit., pág. 142. < <

[98],
NA
ADM
223/490. < <

[99] Si bien el informe completo se presenta en octubre de 1940, el texto al que hacemos referencia es un anexo de preparación con fecha del 15 de septiembre del mismo año,,

NA

ADM

223/480. < <

[100] Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit.,
pág. 121. < <

[101] Sobre Yencken, Hoare indicaba textualmente que «*upon such a second in command I constantly depended*», en Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., pág. 132. < <

[102],

NA

FO

369/24508. < <

[103] En Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 147. < <

[104],

NA

FO

369/24508. < <

[105] *Ibid.*,

NA

FO

369/24508. < <

[106] Los datos de este párrafo y el anterior en la misma cita,,

NA

FO

371/24508. < <

[107] Informe resumen enviado por el embajador británico el 6 de diciembre de 1940,,

NA

FO

369/24508. < <

[108] Enviado con fecha del 10 de octubre de 1940,,

NA

FO

369/24508. < <

[109] Basada en la relación personal de Francisco Ponzán, que había sido maestro nacional en la localidad de Olveira (Dumbría), con el también maestro Vicente Rodríguez, de Mazaricos, lugares cercanos entre sí en la zona de la Costa da Morte de la provincia coruñesa, Archivo Tribunal Militar Territorial N.

º IV, Causa 624/40, pág. 73. < <

[110] Del 26 de julio de 1940, Archivo Tribunal Militar Territorial N.

º IV, Causa 624/40, pág. 11b. < <

[111] *Ibid.* Del 26 de julio de 1940, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Causa 624/40, pág. 11b. TEXTO_ADICIONAL: pág. 39. < <

[112] Enviado con fecha del 6 de diciembre de 1940,,

NA

FO

369/24508. < <

[113] Enviado el 23 de julio de 1940 desde el Consulado británico de Sevilla,,

NA

FO

369/24508. < <

[114] Con fecha de 9 de octubre de 1940,,

NA

FO

369/24508. < <

[115] En Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit, pág. 112. < <

[116] *Ibid.* En Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit, pág. 112. TEXTO_ADICIONAL: pág. 144. < <

[117] En los dos países ibéricos, donde existían regímenes dictatoriales, el

SOE

plantearía «actividades políticas irregulares», animando en sus grupos a cultivar contactos también entre miembros de la oposición clandestina a las dictaduras de Franco y Salazar que pudiesen servir de alternativas a los respectivos regímenes locales: Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit, págs. 122 y 123. < <

[118] Informes con fechas del 2 y el 22 de noviembre de 1940,,

NA

ADM

223/480. < <

[119] Esta cita y lo anterior en «Resumen histórico y recopilación de antecedentes del *Intelligence Service* en Las Palmas», informe fechado el 27 de mayo de 1942, Fundación Francisco Franco, N.

º 27159, págs. 26-28. < <

[120] Informe con fecha del 19 de octubre de 1940, Fundación Francisco Franco,

N.

º 27066. < <

[121] En Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 77. < <

[122] Peter Day, *Franco's Friends...*, op. cit., págs. 161 y 162. < <

[123] Informe con fecha del 21 de octubre de 1940, Fundación Francisco Franco,

N.

º 27065. < <

[124] Con fecha del 17 de noviembre de 1940, Fundación Francisco Franco,

N.

º 27060. < <

[125] En nota manuscrita añadida al informe redactado con fecha del 17 de noviembre de 1940, Fundación Francisco Franco, N.

º 27060. < <

[126] *Ibid.* En nota manuscrita añadida al informe redactado con fecha del 17 de noviembre de 1940, Fundación Francisco Franco, N.

º 27060. < <

[127] 127 Beigbeder escribía lo siguiente desde la capital madrileña, con fecha del 31 de mayo de 1949: «Otra vez vuelven a atacarle la calumnia y la insidia. Y nadie ha comprendido lo buen amigo de España que fue

V.E.

, al resistir en Madrid en su puesto de Embajador en 1940, sin querer abandonar España a su suerte, luchando contra la opinión de Londres que le pedía no soportar más insultos», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 28. < <

[128] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 154. < <

[129] Anotado en el bloc del Consejo de Ministros. La reunión tuvo lugar en la mañana del 19 de diciembre de 1940, Fundación Francisco Franco,

N.

º 27051. < <

[130] Con fecha del 23 de diciembre de 1940, Fundación Francisco Franco,

N.

º 27047. < <

[131] *Ibid.* Con fecha del 23 de diciembre de 1940, Fundación Francisco Franco,

N.

º 27047. < <

[132] *Ibid.* Con fecha del 23 de diciembre de 1940, Fundación Francisco Franco,

N.

º 27047. < <

[133] Peter Day, *Franco's Friends...*, op. cit., pág. 172. < <

[134] De hecho, se indicaba textualmente que «acusan los británicos los buenos propósitos políticos de Eden respecto de España. Estos propósitos son —según ellos— los que se impuso como directriz Hoare», en informe realizado por el agente en la Embajada británica con fecha del 6 de enero de 1941, Fundación Francisco Franco, N.

º 27135. < <

[135] Informe enviado a la noche del 12 de enero de 1941,
Fundación Francisco Franco, N.º 27102. < <

[136] *Ibid.* Informe enviado a la noche del 12 de enero de 1941, Fundación Francisco Franco, N.º 27102. TEXTO_ADICIONAL: Del 16 de enero de 1941, < <

[137] *Ibid.* Informe enviado a la noche del 12 de enero de 1941, Fundación Francisco Franco, N.º 27102. TEXTO_ADICIONAL: Del 31 de enero de 1941, < <

[138] *Ibid.* Informe enviado a la noche del 12 de enero de 1941, Fundación Francisco Franco, N.º 27102. TEXTO_ADICIONAL: Nota manuscrita que ampliaba información del 16 de enero de 1941,

< <

[139] *Ibid.* Informe enviado a la noche del 12 de enero de 1941, Fundación Francisco Franco, N.º 27102. TEXTO_ADICIONAL: Del 21 de enero de 1941, < <

[140] David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio...*, op. cit., pág. 121. < <

[141] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 189. < <

[142] Del 9 de enero de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[143] Peter Day, *Franco's Friends...*, op. cit., pág. 143. < <

[144] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 265. < <

[145] Carta para la reunión con el coronel Donovan del día 17 de febrero de 1941 en Madrid, en Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit. pág. 119. < <

[146],

NA

ADM

223/480,

HS

6/961 y

HS

5/46. < <

[147] Del 8 de febrero de 1941,,

NA

HS

6/977. < <

[148] Esta red de apoyo portuense sería conocida en mayor medida como la «Red Shell», ya que se encontraba dirigida por el vicecónsul británico Cecil Rogerson, delegado de esa empresa en Oporto: Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit., pág. 128. < <

[149] *Ibid.* Esta red de apoyo portuense sería conocida en mayor medida como la «Red Shell», ya que se encontraba dirigida por el vicecónsul británico Cecil Rogerson, delegado de esa empresa en Oporto: Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit., pág. 128. < <

[150] *Ibid.* Esta red de apoyo portuense sería conocida en mayor medida como la «Red Shell», ya que se encontraba dirigida por el vicecónsul británico Cecil Rogerson, delegado de esa empresa en Oporto: Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit., pág. 128. < <

[151] *Ibid.* Esta red de apoyo portuense sería conocida en mayor medida como la «Red Shell», ya que se encontraba dirigida por el vicecónsul británico Cecil Rogerson, delegado de esa empresa en Oporto: Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit., pág. 128. TEXTO_ADICIONAL: En carta del 12 de febrero de 1941,

< <

[152] *Ibid.* Esta red de apoyo portuense sería conocida en mayor medida como la «Red Shell», ya que se encontraba dirigida por el vicecónsul británico Cecil Rogerson, delegado de esa empresa en Oporto: Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit., pág. 128. TEXTO_ADICIONAL: Según escrito firmado por el < <

[153] Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit.,
pág.126. < <

[154] Michel Alpert, *Operaciones secretas inglesas en España durante la Segunda Guerra Mundial*, op. cit., págs. 461-463. < <

[155] Entre las prioridades de la estructura portuguesa del SOE

se encontraban la «elaboración de planos de sabotaje y creación de unidades de guerrilla», en Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit., pág. 125. < <

[156] Informe con fecha del 3 de abril de 1941,,

NA

ADM

223/480. < <

[157] Hoare indicaba también lo siguiente: «Esto significaba que nada debería ser hecho en territorio español sin conocimiento y aprobación de Hillgarth», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 9. < <

[158] Del 15 de abril de 1941, Fundación Francisco Franco,
N.

º 27115. < <

[159] Del 19 de febrero de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[160] Carta del 8 de febrero de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[161] Del 8 de febrero de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[162] Del 1 de marzo de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[163] Indicaciones con fecha del 1 de marzo de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[164] Del 6 de marzo de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[165] Del 24 de marzo de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[166] Del 5 de marzo de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[167] Del 27 de abril de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[168] Informe con fecha del 10 de mayo de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[169] Con fecha de lo realizado hasta el 7 de junio y recibido el 20 de ese mismo mes,,

NA

HS

6/959. < <

[170] El 12 de marzo le envían información sobre almacenamientos y depósitos de petróleo en Alcoy y Alicante,

HS

6/959. < <

[171] Informe con fecha del 28 de abril de 1941,,

NA

HS

6/977. < <

[172] «En abril de 1941, yo y otros diecisiete oficiales que hablábamos español llegamos a la Roca. No esperábamos permanecer demasiado tiempo en Gibraltar, ya que nuestra misión era entrar en España antes que, como se creía, lo hicieran las fuerzas alemanas y cortarles sus líneas de comunicación por la retaguardia», en una carta de Austin Baillion a Desmond Bristow, en Desmond Bristow y Bill Bristow, *Juego de topas. Memorias del jefe de la sección española del servicio secreto británico*, Barcelona, Ediciones B, 1993, pág. 69. < <

[173] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 176-177. < <

[174] Comunicado con fecha del 4 de mayo de 1941,,

NA

HS

6/977. < <

[175] Plan fechado el 5 de junio y recibido el 20 de junio de 1941,,

NA

HS

6/977. < <

[176] Del 2 de julio de 1941,,

NA

HS

6/977. < <

[177] Del 3 de julio de 1941,,

NA

HS

6/977. < <

[178] David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlin-Tokio...*, op. cit., pág. 132. < <

[179] *Ibid.* David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlin-Tokio...*, op. cit., pág. 132. TEXTO_ADICIONAL: pág. 190. < <

[180] Manuel Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*,

Barcelona, Crítica, 2002, págs. 249-251. Según información de los servicios británicos, facilitada por el general Aranda a finales de julio de 1942, esta estación meteorológica de Castro de Rei sería una secundaria dependiente de otra situada a medio camino entre Vilalba y Outeiro distante unos ocho kilómetros de la anterior, y que según estos informes estarían preparadas en un plazo de cinco o seis semanas. También habría otras preparándose en estos momentos a unos treinta kilómetros al sur de Sevilla —en la carretera entre Dos Hermanas y Cádiz—, en una finca comprada por los alemanes perteneciente al señor Urquijo,,

NA

ADM

223/485. < <

[181] Informe del 9 de abril de 1941,,

NA

HS

6/921. < <

[182],

NA

FO

930/192. < <

[183] David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio...*, op. cit., págs. 115-116. < <

[184] Con fecha del 2 de junio de 1941, Fundación Francisco Franco, N.

º 27141. < <

[185] La opción de golpe contra el Gobierno portugués fue asimismo barajada por los servicios británicos, también en el supuesto de una evolución política hacia Alemania: en Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit., pág. 127. < <

[186] Del 4 de junio de 1941, Fundación Francisco Franco, N.

º 27141. El ferrolano Jesús Suevos Fernández, «camisa vieja» y uno de los fundadores de Falange en Galicia, ocupó altos puestos vinculados a los servicios de información y prensa durante los años de la Segunda Guerra Mundial entre Portugal y Francia. < <

[187] Patricia Martínez de Vicente, *Embassy y la inteligencia de Mambrú*, Madrid, Velecio, 2003, pág. 174. < <

[188],

NA

ADM

223/480. < <

[189] Michel Alpert, *Operaciones secretas inglesas en España durante la Segunda Guerra Mundial*, op. cit., pág. 463. < <

[190] Tras los consabidos gritos sobre Gibraltar, una hora más tarde se acercó el secretario de Serrano «no para pedir disculpas, sino para inspeccionar el alcance de los daños», según Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 125-126. < <

[191] Comunicado de H del 19 de agosto de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[192] «The Relator Party. History and Present Position», del 1 de febrero de 1942,,

NA

HS

6/959. < <

[193] Del 22 de agosto de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[194] Posiblemente necesitaría que realizaran pronto un curso de organización y otro de paracaidismo; con fecha del 23 de septiembre de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[195] Concretamente en el interrogatorio realizado a Kurt von Rohrscheidt, definido como el jefe de la sección de Contraespionaje del

KO

Spanien desde 1941, indicaba que requetés carlistas, a través del diplomático Hamilton-Stokes, habían contactado con grupos de la inteligencia inglesa para ser utilizados como cuerpos auxiliares de defensa ante el supuesto de una invasión alemana,

NA KV

373

IT

. < <

[196] Kemp intentó más tarde la entrada en el País Vasco en paracaídas, para organizar el movimiento de resistencia, pero su propuesta fue vetada y él desplazado a las operaciones que realizaba el

SOE

en la zona balcánica: Peter Day, *Friends...*

Franco's

, op. cit., págs. 114-115 y 188. < <

[197] Se desplaza al sur en abril de 1941, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

o

IV

, Asturias, Causa 558/43, pág. 273. < <

[198] Informe del 18 de julio de 1941,,

NA

HS

6/926. < <

[199] Se insistía también en este documento en que se pensaba, entre la policía portuguesa, que la persona responsable del despacho de esta propaganda era un ciudadano francés residente en Oporto: Pierre Hourcade, en informe del 19 de septiembre de 1941,,

NA

HS

6/926. < <

[200] En una información de un miembro de la «Red Sanmiguel» tras el apuñalamiento de un falangista el 18 de julio de 1943 en Trubia (Asturias), se atribuye que la autoría del hecho es la «Organización Unión nacional, en la que militan socialistas, católicos, republicanos, comunistas, requetés, y todos aquellos que sus tendencias políticas están contra Franco y la Falange», Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

⁹ IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 530. < <

[201] Con fecha del 19 de julio de 1941,,

NA

HS

6/926. < <

[202] Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII,
File 4. < <

[203] Desmond Bristow y Bill Bristow, *Juego de topos...*, op. cit.,
pág. 44. < <

[204] Tras la ocupación por las tropas germanas de la Francia de Vichy —11 de noviembre de 1942—, se incrementó el número de salidas clandestinas desde Francia hasta agosto de 1944, tras la liberación aliada de Francia: «Se ha estimado que, a principios de 1943, entre 120 y 200 personas pasaban cada día. En todo caso, la gran riada fue cosa de 1943. A partir de principios de 1944 un control mucho más efectivo de la frontera por parte alemana redujo muy drásticamente —al parecer un 80 por 100— el flujo de salidas. Y no deja de ser paradójico, dado el carácter dictatorial y fascistizado del Régimen de Franco, que para todos estos refugiados llegar a España significase recobrar la libertad», Joan Maria Thomàs, *La batalla del Wolframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1947)*

, Madrid, Cátedra, 2010, pág. 63. < <

[205] Para esta red, véanse Antonio Téllez Solà, *La red de evasión del grupo Ponzán. Anarquistas en Li guerra secreta contra el franquismo y el nazismo*

(1936-1944),

Barcelona, Virus, 1996, y Pilar Ponzán Vidal, *Lucha y muerte por la libertad, Memorias de nueve años de guerra*

1936-1945.

, Barcelona, Tot, 1996. < <

[206] Desarrollado en Patricia Martínez de Vicente, *Embassy..*, op. cit. < <

[207] En un escrito con fecha de 7 de diciembre de 1941,,

NA

HS

6/970. < <

[208] Del 3 de noviembre de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[209] Respuesta a la anterior petición del 11 de noviembre de 1941,,

NA

HS

6/959. < <

[210] Se entrenaba con armas de fuego, se pasaron las pruebas sobre demoliciones con un 88 por 100 en teoría y un 83 por 100 en práctica, granadas, código morse, lectura de mapas... Parecida instrucción a la realizada sobre el terreno en los primeros meses del 41. < <

[211] Fechado el 9 de diciembre de 1941, Fundación Francisco Franco,

N.

º 27025. < <

[212] «Por si hubieran hecho falta más pruebas, varios de los marineros capturados llevaban consigo cajas de cerillas de fabricación española, así como medicamentos alemanes con un sello en el que podía leerse “Farmacia Vigo”», David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio...*, op. cit., pág. 161. < <

[213] Manuel Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*

, op. cit., pág. 109. < <

[214] David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio...*, op. cit., pág. 161. < <

[215] Escrito con fecha de 27 de diciembre de 1941,,

NA

FO

371/26964. < <

[216] El comunicado fue enviado desde la capital suiza a las 8:52 p.m. del 31 de diciembre de 1941 y recibido a las 6:35 del 1 de enero de 1942,,

NA

FO

371/30893. < <

[217],

NA

FO

371/30893. < <

[218] *Ibid.*,

NA

FO

371/30893. < <

[219] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 160. < <

[220] Comunicado desde Gibraltar con el título «*The Thieves*», del 8 de enero de 1942,,

NA

HS

6/959. < <

[221] «*Relator Party*», del 2 de febrero de 1942,,

NA

HS

6/959. < <

[222] *Ibid.* «*Relator Party*», del 2 de febrero de 1942,,

NA

HS

6/959. TEXTO_ADICIONAL: págs. 269-270. < <

[223] Patricia Martínez de Vicente, *Embassy..*, op. cit., pág. 75. < <

[224] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 269. < <

[225] Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit.,
pág. 125. < <

[226] *Ibid.* Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit.,
pág. 125. TEXTO_ADICIONAL: pág. 270. < <

[227] Del 25 de marzo de 1942,,

NA

HS

6/959. < <

[228] «Documentos Varios,
1936-1946»,
Informes Policiales, Archivo Histórico Nacional, 255H. < <

[229] Informe enviado el 16 de octubre de 1941,,

NA

HS

6/926. < <

[230] Del 12 de enero de 1941, Fundación Francisco Franco,
N.

º 27189. < <

[231] Con fecha del 6 de febrero de 1942, Fundación Francisco Franco,

N.

º 27149. < <

[232] Del 27 de mayo de 1942, Fundación Francisco Franco,
N.

º 27159. < <

[233] «Hasta octubre de 1942 existió la posibilidad cierta de que los alemanes, ayudados por el ejército español, invadieran Gibraltar. Al menos, este era el sentimiento que predominaba entre quienes no conocían muy bien a los españoles», Desmond Bristow y Bill Bristow, *Juego de topos...*, op. cit., pág.76. < <

[234] Información facilitada el 26 de mayo de 1942,,

NA

FO

371/30935. < <

[235] Del 22 de mayo de 1942,,

NA

HW

1/598. < <

[236] En el interrogatorio realizado tras la derrota militar al jefe del
KO

Spanien, Rohrscheidt, indicaba que Hamilton-Stokes había estado
planificando esta invasión, que se realizaría por mar y aire,

NA KV

3/273. < <

[237] 237 Informe fechado en Berlín el 20 de noviembre de 1942, citado por David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio...*, op. cit., pág. 191. < <

[238] *Ibid.* 237 Informe fechado en Berlín el 20 de noviembre de 1942, citado por David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio...*, op. cit., pág. 191. TEXTO_ADICIONAL: Informe con fecha del 19 de noviembre de 1942, citado pág. 161. < <

[239] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., págs. 225-226.

< <

[240] Otra vez por la idea de que no existía unidad suficiente entre ellos: informe enviado el 17 de julio de 1942,,

NA

FO

371/31227. < <

[241] *Ibid.* Otra vez por la idea de que no existía unidad suficiente entre ellos: informe enviado el 17 de julio de 1942,,

NA

FO

371/31227. TEXTO_ADICIONAL: Oposición que se seguía considerando «creciente» en el verano de 1942, también por parte del episcopado y ciertos departamentos militares, sobre todo en contra del ascenso de las posiciones falangistas; «German-Spanish Relations since the Outbreak of War», estudio que realiza el Foreign Research and Press Service, Balliol College (Oxford), y que envían al Foreign Office el 2 de junio de 1942, < <

[242] Desde Madrid con fecha del 7 de julio de 1942,,

NA

FO

371/31227. < <

[243] David

A.

Messenger, *Hunting Nazis in Spain*

Franco's

, Baton Rouge, Louisiana State University, 2014, pág. 48. < <

[244] Del 11 de junio de 1942, Archivo Tribunal Militar Territorial N.

º IV, Causa 274/42. < <

[245] Desmond Bristow y Bill Bristow, *Juego de topos...*, op. cit.,
pág. 93. < <

[246] Del 24 de agosto de 1942,,

NA

FO

371/31227. < <

[247] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Vigo, Causa 378/42. < <

[248] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Coruña, Causa 99/42. < <

[249] Los hechos son de diciembre de 1942, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Coruña, Causa 122/43. < <

[250] Información procedente del 28 de agosto de 1942,,

NA

FO

371/30895. < <

[251] *Ibid.* Información procedente del 28 de agosto de 1942,,

NA

FO

371/30895. TEXTO_ADICIONAL: Respuesta del Foreign Office del
30 de septiembre de 1942, < <

[252] *Ibid.* Información procedente del 28 de agosto de 1942,,

NA

FO

371/30895. TEXTO_ADICIONAL: Del 16 de septiembre de 1942,

< <

[253] *Ibid.* Información procedente del 28 de agosto de 1942,,

NA

FO

371/30895. < <

[254] «Hasta octubre de 1943, con la irritación británica ya por las nubes, el *Bessel* no fue finalmente inutilizado para la navegación, quitándole una pieza de su maquinaria. Para mayor seguridad fue trasladado al puerto interior de Vigo y así acabó sus días», Manuel Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*, op. cit., pág. 110. < <

[255] De Madrid al Foreign Office, del 2 de octubre de 1942,,

NA

FO

371/31212. < <

[256] Del 3 de octubre de 1942,,

NA

FO

371/30895. < <

[257] En Javier Tusell, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pág. 77. < <

[258] Entre noviembre y diciembre de 1942 circulan varios informes que llegan al Foreign Office sobre este desplazamiento masivo de tropas españolas,,

NA

FO

371/31262. < <

[259] Del 4 de diciembre de 1942,,

NA

FO

371/31213. < <

[260] *Ibid.* Del 4 de diciembre de 1942,,

NA

FO

371/31213. TEXTO_ADICIONAL: Del embajador Hoare al Foreign Office, del 4 de diciembre de 1942, < <

[261] Del 9 de diciembre de 1942,,

NA

FO

371/31213. < <

[262] También del 9 de diciembre de 1942,,

NA

FO

371/31262. < <

[263] Con fecha del 20 de noviembre de 1942,,

NA

FO

371/31213. Según el testimonio de Hoare, los alemanes hicieron correr el rumor en el mes de octubre de que Negrín había almorzado con Churchill en Downing Street y había sido recibido por el rey en Buckingham Palace: Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., pág. 193. < <

[264] Fechado el 9 de diciembre de 1942,,

NA

FO

371/31213. < <

[265] Un empleado incluso iba escribiendo los nombres de las ciudades tomadas en la pared y se las enseñaba a un obrero falangista, diciéndole que ahora iban ellos a tomar Gibraltar, Archivo Tribunal Militar Territorial N.

º IV, Causa 122/43. < <

[266] Del 19 de diciembre de 1942,,

NA

FO

371/30895. < <

[267] En buena parte de los casos este trasiego se realizaba en relación con el transporte de wólfram, pero también respecto del suministro de combustible, en algunos de los casos con implicación de la propia

CAMPESA

de manera directa, como expresa el testimonio de un testigo ocular que observó, el 20 de enero de 1943, cómo el petrolero *Campomanes* abastecía a un submarino alemán: Manuel Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*

, op. cit., págs. 112 y 114. < <

[268] La cursiva es subrayado del original, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 340. < <

[269] Del 23 de enero de 1943,,

NA

FO

371/34819. < <

[270] Desmond Bristow y Bill Bristow, *Juego de topos...*, op. cit.,
pág. 152. < <

[271] Joan Maria Thomàs, *La batalla del Wolframio...*, op. cit.,
pág. 66. < <

[272] Con fecha del 28 de febrero de 1958 desde París, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 29. < <

[273] Michel Alpert, *Operaciones secretas inglesas en España durante la Segunda Guerra Mundial*, op. cit., pág. 465. < <

[274] Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 5.
< <

[275] Eduardo Martín de Pozuelo, *Los secretos del franquismo. España en los papeles desclasificados del espionaje norteamericano desde 1934 hasta la transición*, Barcelona, Libros de Vanguardia, 2007, pág. 146. < <

[276] Irene Flunser Pimentel, *Espides em Portugal...*, op. cit.,
pág. 287. < <

[277] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 265. < <

[278] «La llamada obedecía a un plan premeditado; los sujetos en cuestión habían de ser utilizados como prácticos del terreno cuando se iniciase el futuro movimiento marxista en España», en Francisco Aguado Sánchez, *El Maquis en España*, Madrid, San Martín, 2.^a ed., 1975, pág. 125. < <

[279] «Cuando el prisionero descendió de los pasos de montaña, fue arrestado por los guardias fronterizos o encontró de manera secreta su camino a un consulado británico o a la Embajada en Madrid. Si fue arrestado, probablemente fue llevado a una prisión española y acusado de cruzar ilegalmente la frontera sin papeles. En los primeros días de mi misión, era posible que un hombre permaneciera en prisión muchos días sin que llegara a escuchar nada sobre el caso», Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 230-231. < <

[280] La red de evasión funcionó de manera constante durante el mandato de Samuel Hoare. Según sus apreciaciones, fue el gran número de redes alemanas de información lo que curiosamente facilitó la persistencia de estos canales de salida, y «cada uno de ellos se encontraba tan celoso de los otros que adoptaron una política de secreto aislamiento», Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 228 y 229. Posiblemente el beneficio mutuo de las redes de información de los distintos países en lucha permitió transigir en este proceso en una relación de intercambio, hasta que la situación se hizo obvia y muy visible.

< <

[281] Realizado en Madrid con fecha del 29 de marzo de 1943,
Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5.

< <

[282] Del 16 de junio de 1943, Cambridge University Library,
Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[283] Desde el día de Reyes de 1943, cuando tiene lugar una conversación privada entre Franco y Hoare, la búsqueda de una salida pactada a una posible derrota del Eje centra las conversaciones de británicos y españoles. Según sus memorias, Hoare logró hablar con Franco «*having broken the cordon of German diplomats that invariably encircled him*» («habiendo roto el cordón de los diplomáticos alemanes que invariablemente lo rodeaban»), y le recomendó establecer contacto en detalle con Jordana: Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., pág. 185. La respuesta de Jordana con un memorándum entregado a Hoare pocos días más tarde de la cita indicada arriba mencionaba textualmente las frases de que «el comunismo es el mayor peligro del mundo» o de que se debía «no dejar escapar los momentos oportunos para una paz», Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill. España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)*,

Barcelona, Península, 2005, págs. 303 y 312. < <

[284] Directrices dadas al

SOE

por el Gobierno del Reino Unido, citado por Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., pág. 299, nota 83. De todas maneras, la opción B referente a la intervención ya había sido planteada, como indica también Carlos Collado, aunque solo se refiere a las relaciones con los tradicionalistas navarros: «El

SOE

. [...] ya estaba en contacto desde hacía tiempo con los tradicionalistas; un cierto número de aparatos de radio se hallaban almacenados en lugares estratégicos; se habían elegido puntos de aterrizaje y desembarco de acuerdo con los ministerios de Aviación y Marina británicos; se había confeccionado una lista de oficiales de enlace, y se habían preparado depósitos de armas y material», en Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco. Londres, Washington y la cuestión del régimen (1942-1945)*

, Madrid, Crítica, 2016, pág. 80. < <

[285] Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 5.

< <

[286] Este texto y el anterior están extraídos de documentación procedente de la Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 14156. < <

[287] En Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit.,
pág. 100. < <

[288] Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit.,
pág. 308. < <

[289] «No hay nada que permita decir que el Gobierno británico apoya oficialmente un plan en este sentido [...]. Puede asegurar que no hay acción oficial alguna del Gobierno. Lo que hay es una actividad desarrollada por “*certain elements*” que el Gobierno no apoya ni combate. Simplemente deja hacer», citado por Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., págs. 322-323.

< <

[290] Memorándum que le dirige Hoare a Eden el 19 de abril de 1943,,

NA

FO

371/34819, 2525. < <

[291] Citado por Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit., pág. 107. < <

[292] «Si bien no sería apropiado que entrara en los detalles de lo que sucedió después, puedo decirles que tuvimos una grave crisis con el Gobierno español sobre el tema y que, como resultado, los alemanes, al menos en este momento, han sido derrotados. Le pediría, en particular, que no mencione esta crisis a nadie más que a sus colegas inmediatos, ya que la publicidad simplemente debilitaría a nuestros amigos españoles y estimularía el nuevo embate alemán», en carta enviada por Samuel Hoare desde la Embajada británica en Madrid a Eleanor Rathbone, representante del Comité Parlamentario británico sobre refugiados con fecha del 3 de mayo de 1943, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[293] En carta que le envía a Eden el día 5 de este mes de abril, le indica: «Los acontecimientos de las últimas dos o tres semanas me han disgustado más de lo que puedo decir con palabras, y por varias razones personales desearía acabar con España y con los españoles», citado por Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit., pág. 94. < <

[294] Enviado desde el Foreign Office con fecha del 6 de abril de 1943, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[295] Carta con fecha del 1 de abril de 1943, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 16. < <

[296] En Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit., págs. 113-114. < <

[297] Se recordaba que el control de la costa norte en la Guerra Civil española desde Vigo hasta Gijón y Oviedo se había realizado en siete meses, contando con un mayor número de voluntarios, técnicos alemanes, legionarios... De la misma manera, también se emplazaba como lugar idóneo para la realización de este tipo de actividades de sabotaje el paso de Pancorbo hacia los Pirineos, en informe sobre una posible entrada de los alemanes en España, con fecha del 9 de abril de 1943,

NA

,

HS

6/921. < <

[298] *Ibid.* Se recordaba que el control de la costa norte en la Guerra Civil española desde Vigo hasta Gijón y Oviedo se había realizado en siete meses, contando con un mayor número de voluntarios, técnicos alemanes, legionarios... De la misma manera, también se emplazaba como lugar idóneo para la realización de este tipo de actividades de sabotaje el paso de Pancorbo hacia los Pirineos, en informe sobre una posible entrada de los alemanes en España, con fecha del 9 de abril de 1943,

NA

,

HS

6/921. TEXTO_ADICIONAL: De < <

[299] Enviada el 26 de abril de 1943,,

NA

FO

371/34819, 4854. < <

[300],

NA

FO

371/34819, 2525. < <

[301] Citado por Joan Maria Thomàs, *La batalla del Wolframio...*, op. cit., pág. 50. < <

[302] Citado por Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., pág. 313. < <

[303] En el caso de las persecuciones de representantes británicos, además de Apfel, se citaban expresamente en este informe los casos de Harris (Málaga), Stocker (según esta información, un joven que, sin tenerse cargos aparentes contra él, estuvo encarcelado seis meses en Sevilla) y de tres británicos acusados de masones que se encontraban en aquella fecha en la cárcel de Burgos, en informe elaborado el 13 de mayo de 1943, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[304] Con fecha del 9 de junio de 1943, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[305] Citado por Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., pág. 314. < <

[306] En Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit.,
pág. 98. < <

[307] Irene Flunser Pimentel, *Espiões em Portugal...*, op. cit., págs. 287-288. < <

[308] Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 5646. < <

[309] Aunque el acuerdo fue anunciado de manera pública meses más tarde, en octubre de 1943: Irene Flunser Pimentel, *Espiões em Portugal...*, op. cit., págs. 289-290. < <

[310] Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 27261. < <

[311] Escrito desde Villa Ramonchu (Estoril), copia realizada por la Delegación Nacional de Información e Investigación, en Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 26342. < <

[312] Enviada por Rex Benson el 21 de junio de 1943,,

NA

FO

371/34820, 7785. < <

[313] En Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit.,
pág. 106. < <

[314] El relato de lo ocurrido en la Junta Política aparece en una hoja clandestina difundida días más tarde —el 8 de julio de 1943— por Madrid: «Sancho Dávila, Ibáñez Martín y Manolo Valdés piden poco menos que la cabeza de los firmantes. El camarada Sanz Orrio increpa duramente a Don Esteban Bilbao por haber admitido y transmitido el documento. Este se indigna, dice que ha cumplido con su deber y está dispuesto a abandonar la Junta. Entonces interviene el Obispo de Madrid-Alcalá —a quien por ahí llaman el Obispo falangista— diciendo que a él le habían enseñado el documento y que no lo quiso firmar, pero que le parece muy respetuoso y muy sensato. Entonces el Ministro del Ejército dice que lo primero que hay que definir es si el ser monárquico es un delito tan grave, o si no lo es, y en ese caso definirlo públicamente», Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 27351. < <

[315] Citado por Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., págs. 315-316. < <

[316] Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 27351. < <

[317] Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit.,
pág. 116. < <

[318],

NA

FO

371/34820, 8302. < <

[319] Del 26 de julio de 1943,

NA

,

HS

6/921. < <

[320] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 200-202. < <

[321] *Ibid.* Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 200-202. TEXTO_ADICIONAL: «Fue un contraataque, protestando contra un supuesto sobrevuelo de aviones británicos»; debemos fijarnos también en el adjetivo utilizado por Hoare ante este hecho, pág. 229. < <

[322] Citado por Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., página 319. < <

[323] *Ibid.* Citado por Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., pág. 321. < <

[324] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 207. < <

[325] «A lo largo del verano de 1943, el gobierno norteamericano reforzó la política de evitar por cualquier medio que nada desestabilizase su actitud conciliadora hacia Franco, como demuestran los contactos entre el embajador Hayes, el presidente Roosevelt y Robert

E.

Sherwood, jefe en el extranjero de la Oficina de Información sobre la Guerra», Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 298.

< <

[326] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 218. < <

[327] Firmado por la Embajada británica en Madrid y con fecha del 30 de julio de 1943, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[328] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Pontevedra, Causa 385/43. < <

[329] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Pontevedra, Causa 385/43. TEXTO_ADICIONAL: págs. 15-16.

< <

[330] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Pontevedra, Causa 385/43. TEXTO_ADICIONAL: págs. 244 y 251. < <

[331] Con fecha del 19 de agosto de 1943, en Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill.*, op. cit., pág. 325, nota 7. < <

[332] «España está ayudando al Eje con recursos económicos y hasta con fuerzas armadas. Las Naciones Unidas han soportado con actitud conciliadora el que ese país aprobase oficialmente los objetivos del Eje y denunciase los nuestros. Actualmente las tropas españolas mantienen una actitud defensiva contra nosotros y muestran poca o ninguna disposición a enfrentarse a nuestro enemigo. Esta disposición nos obliga a mantener muchas fuerzas preparadas para proteger nuestra línea del Estrecho de Gibraltar y planificar constantemente el envío inmediato de fuerzas adicionales para mantener Gibraltar si España permitiese una ofensiva alemana a través de su territorio», citado por Joan Maria Thomàs, *La batalla del Wolframio...*, op. cit., pág. 75. < <

[333] Cambio verificado en la prensa del régimen no solo en meses, sino incluso en días u horas: «La alteración en la estimación de la prensa es extraordinaria. Diariamente desde hace cinco días se convierte en más y más orientada hacia los aliados»,

NA

FO

371/34821. También citado por Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit., págs. 109-110. < <

[334] En «Anglo/Spanish Economic Relations, 1944», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 7. < <

[335] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 220. < <

[336] *Ibid.* Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., pág. 220. < <

[337] Informe enviado por *Mr.* Muirhead, agregado honorario de la Embajada británica, con fecha del 23 de agosto de 1943,,

NA

FO

371/34752, 10005. < <

[338] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 537. < <

[339],

NA

FO

371/34752, 10005. < <

[340] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 218-220. < <

[341] *Ibid.* Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., págs. 218-220. TEXTO_ADICIONAL: pág. 221. < <

[342] Si bien papeles de este estilo y enunciado semejante vienen firmados siempre con fecha y un escueto «Embajada Británica. Madrid», aquí no aparece ninguna de las dos referencias; esta cita y toda la reproducción anterior del informe en Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[343] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 221. < <

[344] *Ibid.* Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., pág. 221. TEXTO_ADICIONAL: pág. 222. < <

[345] Pregunta citada también por Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., pág. 327. < <

[346] Según algunos autores, este cambio se verificó, aunque fuera de manera incipiente: «A finales del verano de 1943, Jordana comenzó a prestar atención a las acusaciones de espionaje contra los alemanes. Hasta entonces, se había limitado a transmitir las informaciones recibidas a los negociados competentes sin poner especial acento en la necesidad de su tramitación [...]. A mediados de octubre de 1943, y a instancias de la Embajada británica, se desmanteló por vez primera un observatorio alemán cerca de Gibraltar, desde el cual, al parecer, se habían perpetrado actos de sabotaje contra instalaciones inglesas», en Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit., págs. 148 y 153. < <

[347] Esta información fue reenviada directamente a Lisboa, Gibraltar y Tánger, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[348] En Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit.,
pág. 327. < <

[349] Aunque *a priori* sorprende esta referencia tan concreta siete años después de su muerte, la intervención británica en Madrid durante la Guerra Civil fue constante, como también se aprecia en otros apartados de esta misma obra. En esta misma carta de respuesta a la petición de Franco en Meirás, Hoare señala datos: «Esta Embajada tuvo cinco casas alquiladas y en ellas vivieron refugiados españoles hasta el final de la guerra. El número de personas españolas que, huyendo de la persecución, fueron evacuadas de la zona republicana por buques de guerra de Su Majestad, rebasó la cifra de 50 000 y a mí, como Ministro de Marina en aquel entonces, me cupo el honor y la satisfacción de dar las órdenes para el salvamiento de tantos beneméritos hijos de España», con fecha del 23 de agosto de 1943, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 5. < <

[350] «El día 25-8-43 a las 14:30 (hora española) tuvo lugar un combate a unos veinte kilómetros a la altura de Monte San Pedro, entre aviones alemanes y cañoneros o destructores aliados; o frente al puerto del Ferrol, dos aviones aliados, al parecer fortalezas, bombardearon al submarino español que efectúa inmersiones y viajes de práctica de este arsenal, al que obligaron a subir a la superficie con cargas de profundidad. No hubo víctimas, aunque según parece, a las explosiones primeras quedaron atontados y “fuera de combate” por el pánico», informes de la «Red Sanmiguel» de Ferrol y A Coruña, con fecha del 31 de agosto de 1943, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 539. < <

[351] *Ibid.* «El día 25-8-43 a las 14:30 (hora española) tuvo lugar un combate a unos veinte kilómetros a la altura de Monte San Pedro, entre aviones alemanes y cañoneros o destructores aliados; o frente al puerto del Ferrol, dos aviones aliados, al parecer fortalezas, bombardearon al submarino español que efectúa inmersiones y viajes de práctica de este arsenal, al que obligaron a subir a la superficie con cargas de profundidad. No hubo víctimas, aunque según parece, a las explosiones primeras quedaron atontados y “fuera de combate” por el pánico», informes de la «Red Sanmiguel» de Ferrol y A Coruña, con fecha del 31 de agosto de 1943, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

⁹ IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 539. TEXTO_ADICIONAL: «Durante la última quincena de agosto han efectuado vuelos regulares aviones de nacionalidad desconocida, por encima de la ciudad y el puerto. También vuelan con regular frecuencia, siempre cerca de la costa y a muy baja altura aviones de nacionalidad alemana», informe de la «Red Sanmiguel», pág. 537. < <

[352] *Ibid.* «El día 25-8-43 a las 14:30 (hora española) tuvo lugar un combate a unos veinte kilómetros a la altura de Monte San Pedro, entre aviones alemanes y cañoneros o destructores aliados; o frente al puerto del Ferrol, dos aviones aliados, al parecer fortalezas, bombardearon al submarino español que efectúa inmersiones y viajes de práctica de este arsenal, al que obligaron a subir a la superficie con cargas de profundidad. No hubo víctimas, aunque según parece, a las explosiones primeras quedaron atontados y “fuera de combate” por el pánico», informes de la «Red Sanmiguel» de Ferrol y A Coruña, con fecha del 31 de agosto de 1943, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

⁹ IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 539. TEXTO_ADICIONAL: «Nuestro Agente en esta zona comunica que todos los días, aparatos de dos o tres motores, de nacionalidad alemana, vuelan cerca de las playas cercanas, casi al ras del agua», pág. 537. < <

[353] *Ibid.* «El día 25-8-43 a las 14:30 (hora española) tuvo lugar un combate a unos veinte kilómetros a la altura de Monte San Pedro, entre aviones alemanes y cañoneros o destructores aliados; o frente al puerto del Ferrol, dos aviones aliados, al parecer fortalezas, bombardearon al submarino español que efectúa inmersiones y viajes de práctica de este arsenal, al que obligaron a subir a la superficie con cargas de profundidad. No hubo víctimas, aunque según parece, a las explosiones primeras quedaron atontados y “fuera de combate” por el pánico», informes de la «Red Sanmiguel» de Ferrol y A Coruña, con fecha del 31 de agosto de 1943, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

⁹ IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 539. TEXTO_ADICIONAL: «El día 24-8-43 a las seis de la madrugada han salido con destino ignorado los barcos de guerra que se encontraban en esta. Al poco tiempo de haber salido se escuchó un fuerte ruido de aviación cerca de la costa», pág. 541. < <

[354] Telegrama con fecha del 26 de agosto de 1943, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 27228. < <

[355] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 222. < <

[356] Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit.,
pág. 325. < <

[357] *Ibid.* Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., pág. 325. TEXTO_ADICIONAL: págs. 328-329. < <

[358] Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 27228. < <

[359] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 222. < <

[360] Del 24 de septiembre de 1943, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 13998. < <

[361] Este texto y los dos anteriores proceden de «Carta Colectiva de los Tenientes Generales al Ministro del Ejército», del 8 de septiembre de 1943, Archivo Salvador de Madariaga, Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses, Caja 140, Carpeta 7. < <

[362],

NA

FO

371/34821, 11895. < <

[363] *Ibid.*,

NA

FO

371/34821, 11895. TEXTO_ADICIONAL: Con fecha del 24 de
septiembre de 1943, < <

[364] *Ibid.*,

NA

FO

371/34821, 11895. TEXTO_ADICIONAL: « < <

[365] *Ibid.*,

NA

FO

371/34821, 11895. < <

[366] Del 28 de septiembre de 1943, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 2410. < <

[367] Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., págs. 332-333. < <

[368] Escrito con fecha del 10 de septiembre de 1943, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 11004. < <

[369],

NA

AIR

40/1253. < <

[370] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 241. < <

[371] Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII,
File 16. < <

[372] Carta a Anthony Eden con fecha del 13 de octubre de 1943,
Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File
23. < <

[373] *Ibid.* Carta a Anthony Eden con fecha del 13 de octubre de 1943, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 23. < <

[374] Enviado como «Personal y reservado», del 19 de octubre de 1943, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 27319. < <

[375] Mandado inmediatamente tras el almuerzo, ya que la hora registrada de envío del telegrama son las 14:35 horas del mismo 23 de octubre de 1943, en Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 27246. < <

[376] En,

NA

FO

371/34821, 13103. < <

[377] Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill.*, op. cit.,
pág. 331. < <

[378],

NA

FO

371/34821, 13152. < <

[379] *Ibid.*,

NA

FO

371/34821, 13152. TEXTO_ADICIONAL: Peter Day, pág. 190. < <

[380] El falangista les entregó «una representación gráfica de la red británica que incluía una lista completa de nombres y direcciones de los principales agentes británicos y de sus colaboradores españoles», citado por Eduardo Martín de Pozuelo e Ignacio Ellakuría, *La guerra ignorada...*, op. cit., págs. 245-246. < <

[381] Eduardo Martín de Pozuelo, *Los secretos del franquismo...*, op. cit., pág. 115. < <

[382] Según sus autores, la cita concreta procede del Servicio de Persecución de Huidos de la Benemérita con fecha del 20 de noviembre de 1943, justo un mes después del hecho: «Lorenzo, hoy ajusticiado por el delito de espionaje», en José Luis Cervero y José Antonio Landera, *El tercer ruido. Espionaje en España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Ediciones MS-CYC

, 2015, pág.212. No coincide la fecha con la muerte oficial de Lorenzo Sanmiguel y, sobre todo, debemos fijarnos en la utilización del verbo *ajusticiado* para referirse al hecho. < <

[383] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 38. < <

[384] Si bien en todo el proceso esta hora es la más citada, en la apertura de diligencias previas del caso se indican las ocho y media, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, León, Diligencias Previas 741/43, pág. 1. < <

[385] Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, págs. 39-40. < <

[386] Anna Grau, *De cómo la eliminó a Carrero Blanco y nos metió en Irak*

CIA

, Barcelona, Destino, 2011, pág. 169. < <

[387] En esta misma declaración de una persona que residía en el mismo lugar y escalera de los hechos se indica esto, además de que solo cita dos momentos distantes ocho horas: las 9 horas, en que llevaban detenido estos «hombres de paisano que supone eran policías» a Gabriel Carrizo, y el de las 17 horas, momento en el que se saca el cadáver de la buhardilla,

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 827. < <

[388] Aunque finalmente los procesados serán 56, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, págs. 401 y 2778b. < <

[389] «Entre los efectos ocupados, había propaganda extremista, planos de maquinaria, fotografías de puertos, del aeródromo de la Virgen del Camino, cartas, notas diversas, planos de fortificaciones, diarios de producción de máquinas y talleres, estadística de obreros, movimiento de buques, distribución de material de guerra, situación de las fuerzas de la Guardia Civil y del Ejército, informes políticos, otros informes referentes a las partidas de huidos en León y Asturias», en Francisco Aguado Sánchez, *El Maquis en España*, op. cit., pág. 128. < <

[390] *Ibid.* «Entre los efectos ocupados, había propaganda extremista, planos de maquinaria, fotografías de puertos, del aeródromo de la Virgen del Camino, cartas, notas diversas, planos de fortificaciones, diarios de producción de máquinas y talleres, estadística de obreros, movimiento de buques, distribución de material de guerra, situación de las fuerzas de la Guardia Civil y del Ejército, informes políticos, otros informes referentes a las partidas de huidos en León y Asturias», en Francisco Aguado Sánchez, *El Maquis en España*, op. cit., pág. 128. TEXTO_ADICIONAL: Otros autores indican que entre 50 y 300 pesetas, pág. 127. < <

[391] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, páginas
220-220b

y 252b. < <

[392]

ATMT N

.º

IV

, Asturias, Causa 558/43, 3.er rollo, pág. 999. < <

[393] Centro Documental Memoria Histórica,

PS

Gijón, F_C082. Agradezco la disposición de este material a Alejandro Rodríguez. < <

[394]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 673. < <

[395] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 673.

TEXTO_ADICIONAL: pág. 270. < <

[396] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 673.

TEXTO_ADICIONAL: Escribe en una especie de diario de este viaje: «Han pasado veintidós días y me encuentro otra vez en mi mismo sitio. Paciencia», pág. 271. < <

[397] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 173. < <

[398] «Teniendo la osadía de dirigir un ejemplar al Capitán de la Guardia Civil de León Sr. Moset»,

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 252. < <

[399] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 274. < <

[400] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 274. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 276. < <

[401]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 252. < <

[402] Según el resumen final de la causa, Lorenzo Sanmiguel deja voluntariamente este trabajo en La Vasco Riojana en febrero de 1942,

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 4.º rollo, págs. 1949b-1950. < <

[403] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 2778. < <

[404] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 2778. TEXTO_ADICIONAL:
págs. 251B-252. < <

[405] «Cada cinco días y mediante clave [...] trasmitía directamente a Londres las informaciones procedentes de Bilbao, Santander, Asturias, Galicia y Segovia. Otras eran llevadas los días 15 y 30 de cada mes a la embajada por un emisario que desde Madrid se desplazaba a León, al mismo tiempo que era portador de nuevos cuestionarios, órdenes a cumplir y dinero para los agentes informadores», en Francisco Aguado Sánchez, *El Maquis en España*, op. cit., pág. 128. < <

[406] Declaración de Manuel Rivero San Juan, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 659b. < <

[407] ATMT N.º

IV

, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 1994b. < <

[408] José Luis Cervero y José Antonio Landera, *El tercer ruido...*, op. cit., pág. 28. < <

[409]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 1995. < <

[410]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 4.º rollo, pág. 1659. < <

[411]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 1988. < <

[412] En el alegato final del Consejo de Guerra, Rivero dice que, cuando se entrevista por primera vez con Lorenzo Sanmiguel, «este ya tenía formada la red»,

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 2133b. < <

[413]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 322b. < <

[414] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 322b. TEXTO_ADICIONAL: La cursiva es subrayado del original, pág. 481. < <

[415] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 322b. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 322b. < <

[416]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 4.º rollo, pág. 1659b. < <

[417]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 322. < <

[418] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 322. TEXTO_ADICIONAL: «El Sanmiguel al referirse a dicho inglés decía que “estaba muerto de miedo”», declaraciones de Rivero Sanjuán, < <

[419] Esta cita y el texto anterior, en Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 27261, con fecha del 21 de julio de 1943 y firmado por el director general de Seguridad al ministro de Gobernación. Según otra fuente, Franco eligió al general Manuel Vela Bermúdez para investigar la explosión y este dio una versión semejante a la que acabamos de citar; en José Luis Cervero y José Antonio Landera, *El tercer ruido...*, op. cit., pág. 189. < <

[420] Para más datos sobre el caso concreto, véase <https://memoriahistorica democratica.wordpress.com/2009/02/04/la-red-de-espionaje-de-lorenzo-san-miguel-martinez/> o <http://www.afar2rep.org/documentos/polvorin.htm> < <

[421] «PREGUNTADO si no es más cierto que colaboró y prestó dichos servicios de enlace, conociendo los verdaderos fines a que tendía el espionaje, es decir, que le constaba que eran para que Inglaterra conociera el grado de preparación militar de España, así como las defensas de costas y lugares de fácil acceso, ante la posibilidad de una invasión del territorio nacional», interrogatorio a García Robles del 9 de enero de 1944,

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 4.º rollo, pág. 1657. < <

[422]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 1989b. < <

[423] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 1989b.

TEXTO_ADICIONAL: Esta cita y la anterior, pág. 533. < <

[424] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 1989b.

TEXTO_ADICIONAL: Además de esta omisión, también podemos encontrar en la referencia literal de informes cifrados a la Embajada inglesa en algunos momentos grandes espacios en blanco, tapados intencionadamente, especialmente cercanos a las fechas de la reunión de Hoare con Franco, como por ejemplo en una comunicación de Sanmiguel con fecha del 15 de agosto de 1943, en contestación a una del día anterior de la Embajada, pág. 535. < <

[425] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 1989b.

TEXTO_ADICIONAL: pág. 533. < <

[426] En este mismo informe se cita que «a partir de entonces regresó a Ponferrada cesando al parecer su relación con la red», ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 1996. < <

[427]

ATMT N

.º

IV

, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 780b. < <

[428]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 899. < <

[429] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 899.

TEXTO_ADICIONAL: Sanmiguel contesta el 15 de agosto de 1943: «Siento la satisfacción del deber cumplido al saber los favorables comentarios que hace la Central de nuestro trabajo, y espero continuar proporcionándolo en las medidas de mis esfuerzos, para lograr el triunfo de la causa que defendemos, que es la de la Razón y la Justicia», pág. 535. < <

[430] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 899.

TEXTO_ADICIONAL: Enviado el 31 de agosto de 1943, pág. 540.

< <

[431] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 899.

TEXTO_ADICIONAL: pág. 481. < <

[432] Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, págs. 235-236. < <

[433] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, págs. 235-236. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 242. < <

[434]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 4.º rollo, págs. 1646-1646b. < <

[435] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 4.º rollo, págs. 1646-1646b.

TEXTO_ADICIONAL: pág. 1646b. < <

[436] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 4.º rollo, págs. 1646-1646b.

TEXTO_ADICIONAL: pág. 399. < <

[437] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 399. < <

[438]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 877b. < <

[439] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 877b.

TEXTO_ADICIONAL: Con fecha del 26 de octubre de 1943,
pág. 248b. < <

[440] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 2.º rollo, pág. 877b.

TEXTO_ADICIONAL: pág. 251. < <

[441] En el Informe Final del Coronel Juez Especial Carlos Canella, con fecha del 2 de febrero de 1944,

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 4.º rollo, página 1979b. < <

[442] El director de la

OSS

en Washington lo solventó indicándole al delegado «que se refugiase en Portugal, dejando en mal papel al cónsul en Barcelona y a la propia Embajada», en Joan Maria Thomàs, *La batalla del Wolframio...*, op. cit., pág. 66. < <

[443] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. < <

[444] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 40Ib. < <

[445] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. < <

[446] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 2778b. < <

[447] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL: Con fecha del 15 de septiembre de 1943, pág. 542. < <

[448] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL:
págs. 545-551. < <

[449] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL: Con la misma fecha que la anterior, pág. 530. < <

[450] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 543. < <

[451] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL: De hecho, en una información remitida el mismo día que el anterior (el 31 de julio de 1943) se indicaba que circulaban hojas de Unión Nacional en Valladolid, Palencia, Burgos, Bilbao, Santander, Asturias, San Sebastián y Galicia, es decir, la zona de influencia de esta red, págs. 530 y 531. < <

[452] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL: Informe
del 30 de septiembre de 1943, pág. 557. < <

[453] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 479. < <

[454] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 704. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 480. < <

[455] Informe del 7 de diciembre de 1943,,

NA

HS

6/921. < <

[456] Morten Heiberg, *La trama oculta de la guerra civil...*, op. cit.,
pág. 235. < <

[457] *Ibid.* Morten Heiberg, *La trama oculta de la guerra civil...*, op. cit., pág. 235. TEXTO_ADICIONAL: pág. 236. < <

[458] Punto 6 del apartado «*Security*» del «*Memorandum on Understanding between Embassy and in Spain*

OSS

», del 3 de noviembre de 1943,

NA

(Maryland), Box 14. < <

[459] Morten Heiberg, *La trama oculta de la guerra civil...*, op. cit., págs. 247-248. < <

[460] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 322. < <

[461] *Ibid.* Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Asturias, Causa 558/43, pág. 322. TEXTO_ADICIONAL:
pág. 544. < <

[462] Eduardo Martín de Pozuelo, *Los secretos del franquismo...*, op. cit., pág. 112. < <

[463] *Ibid.* Eduardo Martín de Pozuelo, *Los secretos del franquismo...*, op. cit., pág.112. TEXTO_ADICIONAL: Además, resulta curiosa la coincidencia entre la actividad principal de Giese a partir de esos momentos y la que realizaba la estructura de Sanmiguel: «Su misión fue la de establecer una nueva red de información sobre el movimiento de barcos a lo largo de la costa noroeste de España, contactar con agentes alemanes a bordo de los buques que viajaban desde América a Vigo y A Coruña, y poner agentes a bordo de los pesqueros que operaban fuera de los puertos gallegos», pág. 113. < <

[464],

NA

KV

3/271. < <

[465],

NA

KV

3/272. < <

[466] Jimmy Burns Marañón, *Papá espía...*, op. cit., pág. 235. < <

[467] «Las posibilidades de que un español llegara a obtener información sobre los agentes del

MI-6

en España eran prácticamente nulas, pues las medidas de seguridad adoptadas por el servicio de inteligencia extranjera de los británicos eran muy completas. Incluso el embajador inglés en España, Samuel Hoare, era mantenido en la ignorancia sobre su composición, emplazamiento o actividades en concreto», Morten Heiberg, *La trama oculta de la guerra civil...*, op. cit., pág. 230. < <

[468] Esta situación de descontrol sobre la red de informadores y su voluntarismo tenía sus peligros: «Suponía una preocupación adicional en cuanto podían resultar agentes triples, en la medida en que tenían la libertad de reunirse en privado con sus jefes alemanes o españoles», Desmond Bristow y Bill Bristow, *Juego de topos...*, op. cit., pág. 161. < <

[469] Secundino Serrano, *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Madrid, Temas de Hoy, 2006, pág. 100. < <

[470] Eduardo Martín de Pozuelo e Ignacio Ellakuría, *La guerra ignorada...*, op. cit., págs. 173-175. < <

[471] *Ibid.* Eduardo Martín de Pozuelo e Ignacio Ellakuría, *La guerra ignorada...*, op. cit., págs. 173-175. TEXTO_ADICIONAL: pág. 182.

< <

[472] *Ibid.* Eduardo Martín de Pozuelo e Ignacio Ellakuría, *La guerra ignorada...*, op. cit., págs. 173-175. TEXTO_ADICIONAL: Giese se entregó a los americanos el 29 de agosto de 1945 y, tras un interrogatorio de un mes y once días, el militar al mando del mismo indicó que «había sido extremadamente cooperativo y que había tenido la actitud del que no ha cometido ningún crimen, de manera que no veía razón alguna para que hubiera mentado», pág. 184.

< <

[473] *Ibid.* Eduardo Martín de Pozuelo e Ignacio Ellakuría, *La guerra ignorada...*, op. cit., págs. 173-175. TEXTO_ADICIONAL: pág. 185.

< <

[474] *Ibid.* Eduardo Martín de Pozuelo e Ignacio Ellakuría, *La guerra ignorada...*, op. cit., págs. 173-175. TEXTO_ADICIONAL: pág. 186.

< <

[475]

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 2133. < <

[476] *Ibid.*

ATMT N

.º IV, Asturias, Causa 558/43, 5.º rollo, pág. 2133. < <

[477] Hoare califica el acto de «*inept and unfriendly act*»: «La simplicidad mental y la falta de experiencia del Ministro le habían impedido ver el significado detrás del mensaje. Con razón el incidente creó un verdadero alboroto en los Estados Unidos. De hecho, sus reverberaciones nunca cesaron por completo. Durante los meses siguientes afectó a la actitud del Departamento de Estado ante las preguntas españolas y provocó un incendio en los peligrosos conflictos de la controversia española», Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., pág. 241. < <

[478] Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill...*, op. cit., págs. 337 y 339. < <

[479] Informe de la reunión del 20 de diciembre de 1943,,

NA

ADM

1/13401. < <

[480] David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio...*, op. cit., pág. 227. < <

[481] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 240. < <

[482] «

N.

⁹ 15. Notes on conversation between General Franco and Ambassador Dieckhoff», desde Berlín, en *The Spanish Government and the Axis. Official German Documents*, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 28. < <

[483] Fechado en octubre de 1943 y citado por Ángel Viñas, *La otra cara del Caudillo...*, op. cit., págs. 69 y 71. < <

[484] Con fecha del 7 de diciembre de 1943,

NA

,

HS

6/921. < <

[485] Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit.,
pág. 246. < <

[486] *Ibid.* Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission...*, op. cit., pág. 246. TEXTO_ADICIONAL: pág. 286. También en ADM

1/13401. < <

[487] Citado en Joan Maria Thomàs, *La batalla del Wolframio...*, op. cit., pág. 115. < <

[488] David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlin-Tokio...*, op. cit., pág. 214. < <

[489] Informe con fecha del 25 de enero de 1944,

NA

,

HS

6/922. Sobre este informe de la conversación de Aranda, Hoare comunicaba al Foreign Office que si bien a Aranda ya se le conocía su tendencia a la exageración, sin embargo, en sus análisis «merecía la pena tomarlo en cuenta», según nota de Hoare sobre el texto con fecha del 25 de febrero de 1944,

NA

,

HS

6/922. < <

[490] Las posibilidades de ayuda fueron ampliamente debatidas, con supuestos diseñados de manera muy pormenorizada desde finales de 1943,

NA

,

HS

6/922. < <

[491] «*Our position was a delicate one*» («Nuestra posición era delicada»), en informe con fecha del 3 de octubre de 1944 titulado «*Anglo/Spanish Economic Relations, 1944*», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 7. < <

[492] Las

KO

—«Organización de Guerra»— fueron creadas por el almirante Canaris en el verano de 1939 en los países que se creían que iban a ser neutrales en un supuesto conflicto bélico mundial. La

KO

Spanien era la mayor de las organizaciones del Abwehr en el extranjero. Véase declaración del proceso de desnazificación realizada el 8 de junio de 1947, que implica directamente en la realización a Hamilton-Stokes,,

NA

KV

3/273. < <

[493] *Ibid.* Las

KO

—«Organización de Guerra»— fueron creadas por el almirante Canaris en el verano de 1939 en los países que se creían que iban a ser neutrales en un supuesto conflicto bélico mundial. La

KO

Spanien era la mayor de las organizaciones del Abwehr en el extranjero. Véase declaración del proceso de desnazificación realizada el 8 de junio de 1947, que implica directamente en la realización a Hamilton-Stokes,,

NA

KV

3/273. TEXTO_ADICIONAL: Entre el personal dispuesto para tomar el mando en una supuesta operación militar a gran escala se encontraba, en primer lugar, Alan Hillgarth, < <

[494] «*Memorandum on Understanding between Embassy and in Spain*

OSS

», del 3 de noviembre de 1943,

NA

(Maryland), Box 14. < <

[495] «*Relations with State Department in Spain*», de la autoría del coronel Forgan y James

A.

Montgomery Jr., del 16 de noviembre de 1943,

NA

(Maryland), Box 14. < <

[496] «*Comments on Memorandum of Proposed Understanding
between Embassy and in Spain*

OSS

», de *Mr.* Reginald

T.

Foster, del 16 de noviembre de 1943,

NA

(Maryland), Box 14. < <

[497]

NA II

, Maryland, Box 25. Deseo agradecer la disponibilidad de esta documentación al profesor José Ramón Rodríguez Lago. < <

[498] El cónsul español en Vancouver (Canadá) fue descubierto por los servicios canadienses y detenido por el

FBI

como responsable de una red de información —la llamada «Red To»— que enviaba noticias a los japoneses a través de los servicios españoles organizados por Angel Alcázar de Velasco. < <

[499] Toda esta información del encuentro con Franco fue reenviada inmediatamente a Lisboa, Gibraltar, Tánger y Washington, en Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 6.

< <

[500] «Boletín de Información de la Embajada de su Majestad Británica», núm. 1053, del viernes 4 de febrero de 1944, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 6. < <

[501] Escrito al embajador británico con fecha del 4 de febrero de 1944,

NA

,

HS

6/922. < <

[502] David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlin-Tokio...*, op. cit., pág. 228. < <

[503] Archivo Tribunal Militar Territorial N.º IV, Causa 0/44,
pág. 4b. < <

[504] «A mediados de marzo de 1944, el infante Alfonso incluso hizo llegar a Hoare un plan de acción [...] en que se fijaban tres fases para la actuación: en la primera se intentaría conseguir la restauración de acuerdo con Franco; en la segunda, sin la colaboración de Franco; finalmente en la tercera se procedería, llegado el caso, contra Franco. La acción directa contra Franco [...] solo se ejercería en caso de necesidad extrema, es decir, “cuando la hiciera imprescindible la urgencia de los acontecimientos mundiales”», Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit., pág. 190. < <

[505]

NA

,

HS

6/922. < <

[506] Este párrafo y todo lo anterior en «*Spanish internal situation*», del 4 de abril de 1944, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 6. < <

[507] Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII,
File 6. < <

[508] Este párrafo y el anterior proceden de «Notas del Embajador Británico para la entrevista con Su Excelencia el Jefe del Estado Español. 12 de junio de 1944», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 6. < <

[509] Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit.,
pág. 216. < <

[510] Citado por David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlín-Tokio...*, op. cit., pág. 237. < <

[511] Desde la Embajada británica en Madrid, con fecha del 10 de junio de 1944, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 6. < <

[512] «Notas del Embajador Británico...», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 6. < <

[513] Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII,
File 6. < <

[514] Fechada el 16 de junio de 1944, Cambridge University Library,
Templewood Papers, Part XIII, File 6. < <

[515] Citado por David Wingeate Pike, *Franco y el Eje Roma-Berlin-Tokio...*, op. cit., pág. 217. < <

[516] «Anglo/Spanish Economic Relations, 1944», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 7. < <

[517] Con fecha del 28 de febrero de 1958, desde Paris, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 29. < <

[518] Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 14182. < <

[519] Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit.,
pág. 220. < <

[520] Telegrama del 21 de julio de 1944, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 15883. < <

[521] En Carlos Collado, *El telegrama que salvó a Franco...*, op. cit.,
pág. 221. < <

[522] Carta de Hoare a Eden con fecha del 25 de marzo de 1944,,

NA

HS

6/922. < <

[523] Este párrafo y los anteriores, en Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 1615. < <

[524] Telegrama del 21 de julio de 1944, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 15883. < <

[525],

NA

HS

6/929. < <

[526] Escrito de

H.A.

a

H.

del 8 de agosto de 1944,,

NA

HS

6/929. < <

[527] *Ibid.* Escrito de

H.A.

a

H.

del 8 de agosto de 1944,,

NA

HS

6/929. TEXTO_ADICIONAL: Con fecha del 21 de agosto de 1944,

< <

[528] Del 6 de septiembre de 1944,,

NA

HS

6/929. < <

[529] Procedente de Ellis-Rees, del 14 de septiembre de 1944,,

NA

HS

6/929. < <

[530] Stephen Twigge, Edward Hampshire y Graham Macklin, *British Intelligence...*, op. cit., pág. 248. < <

[531] Carta enviada desde San Sebastián el 12 de septiembre de 1944, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 24. < <

[532] Del 17 de octubre de 1944,,

NA

HS

6/929. < <

[533],

NA

HS

6/929. < <

[534] En Angel Viñas, *La otra cara del Caudillo...*, op. cit., pág. 126.

< <

[535] Carta dirigida al duque de Alba del 18 de octubre de 1944,
Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 7.

< <

[536] Citado en Peter Day, *Friends...*

Franco's

, op. cit., pág. 190. < <

[537] Este párrafo y el anterior proceden de la carta dirigida al duque de Alba del 18 de octubre de 1944, Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 7. < <

[538] «Si la respuesta toma la forma de una comunicación escrita, debe traducirse al español. Los traductores del Ministerio de Asuntos Exteriores de España seguramente no proporcionarán una traducción correcta para el Caudillo», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 7. < <

[539] Este párrafo y el anterior proceden de Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 7. < <

[540] Enviado por

P. N.

Lexley, Foreign Office,,

NA

HS

6/929. < <

[541],

NA

HS

6/929. < <

[542] En reunión celebrada el 11 de diciembre de 1944,,

NA

HS

6/929. < <

[543] Fechada en la tarde de ese mismo 12 de diciembre de 1944,
Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 7.

< <

[544] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Pontevedra, Causa 522/44. < <

[545] La tentativa de sabotaje fue de mayo de 1944, Archivo Tribunal Militar Territorial

N.

º IV, Pontevedra, Causa 445/44. < <

[546] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Coruña, Causa 202/45. < <

[547] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Vigo, Causa 151/45. < <

[548] Del 18 de diciembre de 1944, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 14031. < <

[549] *Ibid.* Del 18 de diciembre de 1944, Fundación Nacional Francisco Franco (Madrid), Documento 14031. TEXTO_ADICIONAL:
La cursiva es subrayado del original, < <

[550] Estos tres párrafos proceden de un informe enviado por la Press Office del Consulado británico en Barcelona con fecha del 16 de diciembre de 1944,,

NA

FO

371/49553, 161. < <

[551] Con fecha del 15 de enero de 1945,,

NA

FO

371/49553, 1065. < <

[552] En palabras de Samuel Hoare, del 3 de octubre de 1944, en «*Anglo/Spanish Economic Relations, 1944*», Cambridge University Library, Templewood Papers, Part XIII, File 7. < <

[553] «*Directive for head of. and organization in Spain and Tangier*

STS

S.O.E.

»,,

NA

HS

6/929. < <

[554] Archivo Tribunal Militar Territorial
N.

º IV, Causa 71/45, pág. 116b. < <

[555],

NA

HS

6/922. < <

[556] «*Anti-german activities in Iberia*», del 17 de marzo de 1945,,

NA

HS

6/929. < <

[557] «Future of

S.O.E.

-Iberia», del 17 de abril de 1945,,

NA

HS

6/929. < <

[558] «Future of

S.O.E.

in Iberia», del 15 de mayo de 1945,,

NA

HS

6/929. < <

[559] Morten Heiberg, *La trama oculta de la guerra civil...*, op. cit.,
pág. 253. < <

[560] Domingo Pastor Petit, *Espionaje...*, op. cit., pág. 227. < <

[561] En Desmond Bristow y Bill Bristow, *Juego de topos...*, op. cit.,
pág. 236. < <